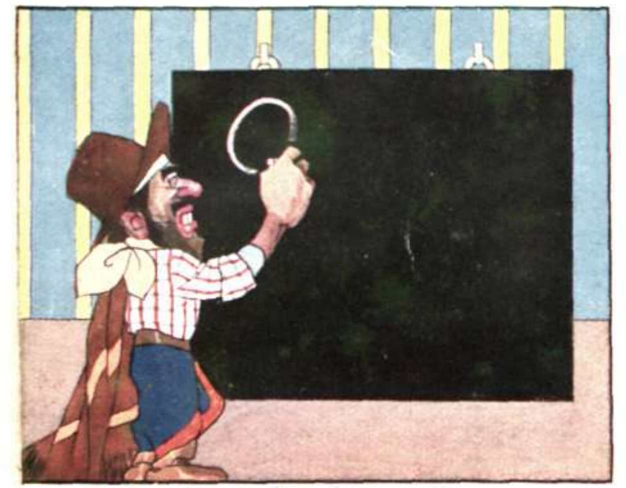
CARAS Y CARETAS

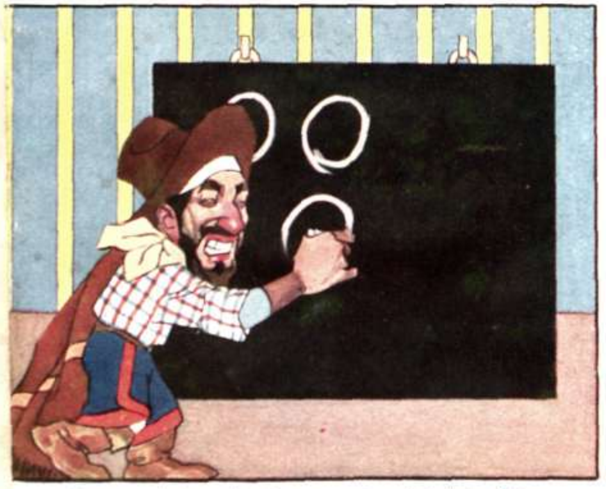
LAS CUENTAS DE JUAN PUEBLO



—Se han abierto las cámaras. Cero.



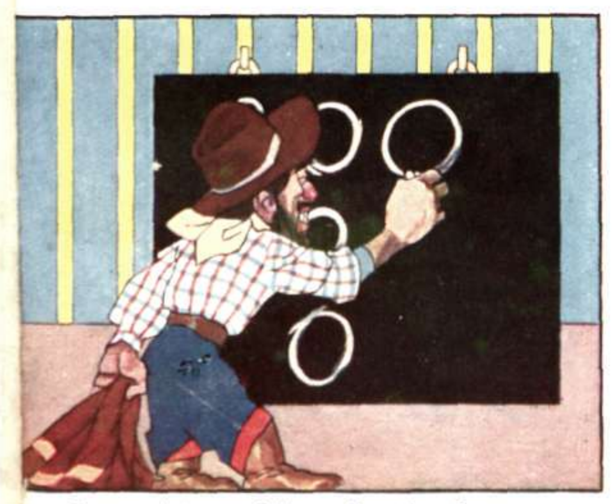
—Se anuncia que hablarán muchos diputados. Cero.



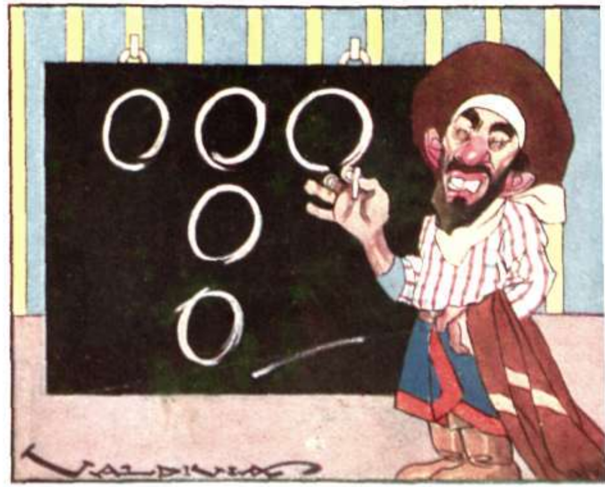
—Y que interpelarán a un ministro. Cero.



—Y que los socialistas propondrán algo tremendo. Cero.



—Y que intervendrán a Cantilo. Cero.



—Y no sigo haciendo cuentas, porque voy a llenar de ceros todo el pizarrón.

Los
CAMPANEROS
de
SANTO DOMINGO



Yo creo que esta vuelta no nos van a ocupar, Candelario.

—¿Por qué dices?

—El lego Pancho lo habló a Taripachi.

—¿Y lo quieren comparar con nosotros?

—Lo alaban mucho... Se ha hecho tremendo para las sogas.

—No nos gana. Taripachi lo único que sabe es llevar el canasto al mercado. El lego Pancho lo tiene de sirviente.

—¿Vos, cómo andas con el padre Roque?

—Bien, nomás. En él me atengo ahora. Si no me llama luego, estamos mal.

Unas cuantas lechuzas vuelan chillando en lo alto de la torre cuadrada de Santo Domingo. La noche comienza a desparramar en el cielo sus granitos de luz, y en la difusa claridad del poniente los techos del pueblo ponen sus rayas rectas y quietas.

—Es hora de irnos, Candelario.

—¿A qué?

—A cenar.

—Yo no voy. Si queremos ganar el tirón debemos quedarnos.

—Es que... tengo hambre.

—No has de morir. Esperate un poco, ya ha de salir el padre Roque. ¿Ve? Están sacando el púlpito. Es el mismo de la otra vez. En él habló el padre Pérez, ese que murió de golpe... ¿te acuerdas? Miralo al padre Roque.

Los dos muchachos, sentados en el cordón de la acera, observan el movimiento de los hombres que arreglan un alto armazón de madera en un rincón del atrio. Un coche pasa hinchando, bajo sus ruedas, gruesas ondas de polvo. Cuando éstas se disipan, el padre Roque llama:

—Candelario.

—Voy, padre.

—Dile al otro que venga también.

—¿No te dije?... Apurate... ¿Qué quiere, padre?

—Rápido los dos a la torre. Esta noche tienen buena tarea. Espero que se desempeñarán bien, hijos míos.

—Sí... sí...

—Sí... sí...

En esto aparece el lego Pancho.

—Ya no se precisan éstos. Taripachi es mejor y debe estar listo arriba.

—No importa, Pancho. Tres valen más que uno.

Vayan, muchachos.

Tropezando por la prisa y la obscuridad, Candelario seguido por su amigo trepa las crujientes escaleras en zigzag.

Con el pecho agitado por la fatiga llegan al campanario.

Taripachi había encendido una vela y fijádola sobre una tabla. Arregla el no muy complicado cordaje de las campanas y su rostro de betún se vuelve sorprendido:

—¿Qué vienen a hacer aquí?

—El padre nos manda para que te ayudemos a repicar.

—Mienten. Ya pueden ir bajando nomás. No los necesito.

Candelario pasea la mirada por las cuatro campanas, que como grandes copas invertidas cuelgan de los travesaños, recortándose nítidas en el azul nocturno. La luz de la vela se escurre por las cuerdas y brilla en los badajos inmóviles. En la ncha cavidad de las campanas se aprieta una somra espesa, y cree ver en ella los profundos sones acurrucados y obscurecidos de los bronces silenciosos.

—¿No les dije que bajen?

—Salgamos, Candelario.

—Pero ¿no ven? ¿Acaso no nos han mandado?

—Voy a llamar al lego.

—Vete nomás.

Pero Taripachi se queda anudando su cuerda. Sabe que el padre vale más que el lego y se calla. Ya verá el modo de desalojarlos. Desatando un nudo con los dientes, murmura:

—Aunque sea de hambre se han de ir. Lo que es yo no les daré ni una miga.

Transcurren los instantes. De las calles vecinas suben rumores leves.

—Che, Pascual, arrimate.

—¿Qué hay?

—¿Ves la torre de San Francisco?

—Sí, está obscura.

—Date vuelta ahora... ¿Sabes qué es aquello?

—Las dos torres de la Matriz. Todas están obscuras.

—En esas iglesias no hay nada esta noche..., pero tienen que tocar las ocho. No le digamos esto a Taripachi. Seguro que se descuidará y se hará aventajar. Entonces lo sacarán de aquí.

—Cierto.

Pascual, apoyado en el grueso borde del ventanal, dirige la vista al atrio.

—Están trayendo las sillas — dice.

—Es el viejo Nolasquito con sus hijas. Ellas siempre llegan primero. Yo lo conozco a don Nolasquito por la traza.

—Aha... ya lo veo. ¡Qué chiquito parece desde aquí.

—Más luego va a haber mucha gente, como el año pasado. Todo el atrio se llena y la esquina también.

De repente los muchachos se estremecen hasta los pies.

La campana más grande de Santo Domingo comienza a dar las ocho.

Taripachi encaramado en un pequeño andamio tira de la cuerda. Las vibraciones del bronce se extienden en gruesas ondas por sobre los tejados.

—Nos embromó.

—Es pícaro el negro, ¿no?

—Oye... ya tocan las otras iglesias.

—Dentro de un ratito tenemos que repicar nosotros para la procesión.

—¿Qué santo sacarán, Candelario?

—¡Que sois ignorante! Ahora es la procesión de Jesús Nazareno. También salen la Virgen y San Juan. Ya verás qué lindo es cuando los llevan en medio los faroles. ¿Cómo no sabes esto?

—Es que hace poco vine del campo. Allí no hay estas cosas.

—Entonces te va a gustar.

—Me han dicho que hay soldados.

—Sí... y la música de la policía toca también... Che, Taripachi, ya es tiempo de repicar.

—Callate vos. Yo sé mi obligación.

—¿Cuál toco yo?

—Esa chiquita.

Un momento después las cuatro campanas suenan estrepitosamente llamando a la procesión del Nazareno.

II

CANDELARIO y Pascual extendiendo el pescuezo escuchan la voz que desde el atrio llega hasta ellos confusamente.

—¿Quién habla, Candelario?

—El padre Roque está diciendo el sermón.

—¡Ah!...

—Dice muchas cosas lindas.

—¿Como cuentos?

—Sí. Cuenta cómo los judíos lo clavaron a Jesús Nazareno en esa cruz que tiene en el hombro, ¿no la ves?

—Pobrecito, ¿no? ¿Por qué le hicieron así los judíos?

—Porque eran muy malos.

—Jesús Nazareno era bueno, ¿no?

—Sí, era muy bueno.

—Entonces no debían pegarlo.

—Claro.

—¿Y todavía habrá judíos?

—No sé. Debe haber.

En los ojos de Candelario hay un brillo extraño. Su inocente mirada cae sobre la multitud que hormiguea allí abajo, y en ese «debe haber» que murmura, la conciencia de los hombres parece estremecerse sobre el alma del niño como una acusación y una certidumbre.

Desde la torre miran las cabezas descubiertas y los rostros pálidos a la luz de los cirios, convergiendo en un punto: la enorme cruz del Nazareno, una mancha obscura y larga sobre la imagen doblada, enpequeñecida, anulada.

Pascual, que se asombra de todo lo que ve y oye, saca cada vez más el cuerpo fuera de la torre.

—Los soldados... — dice mirando el reflejo de las bayonetas—. ¿Para qué los mandan aquí?

Va a responder Candelario cuando hace irrupción el lego Pancho. Tiene el rostro cubierto de sudor y agita las manos sofocado.

—¿Dónde están los muchachos?... ¡Ah!... Dice el padre

Roque que bajen en seguida. Hacen falta para llevar los faroles. Apúrense, que ya sale la procesión.

A grandes saltos descienden los muchachos seguidos por el lego que les recomienda prisa, en tanto que el negro hace flores con sus campanas, satisfecho de quedar dueño y señor de la torre.

III

Aunque se le ha prohibido hablar, Pascual de rato en rato dirige sus preguntas a Candelario. Van uno al lado del otro, muy tiesos, apretando con las dos manos el palo del farol, cuyos vidrios salpicados de sebo dejan pasar una amortiguada luz sobre las cabezas y los vestidos de la gente. Las mujeres, tocadas con gasas leves o mantos obscuros, van murmurando sus rezos y haciendo sonar las cuentas de los rosarios en las manos juntas sobre el vientre. Alguna vieja, quizá una de esas que hacen rezar en novenas y velorios, intuída de su capacidad y experiencia en estas ocasiones, alza su voz chillona sobre el murmullo general y el áspero deslizamiento de los botines sobre la calle polvorienta.

— ¿Quién es ésa?

— Hablá despacio, Pascual... Es doña Juanita, la rezadora de la calle Mitre. Ella sabe bien los rezos. El otro día la vi peleándose con una mujer en el mercado... Decía malas palabras... Llevá bien el farol... lo estás haciendo chorrear.

— ¿Y por eso grita así?

— Claro... para que el santo la oiga.

— Cerquita se le ha puesto.

— Cerrá la puerta del farol. Se va a apagar.

El lego Pancho se acerca balanceando su incensario. Los muchachos se callan. En la torre sigue Taripachi dándole con ahinco a los badajos.

IV

Ha terminado la procesión.

Los santos sobre sus mesas, a los lados del altar mayor, se destacan llenos de reflejos blancos y dorados, entre las cabezas apiñadas de la multitud.

— Más orden, hermanos — aconseja el padre Roque yendo de un lado a otro en interminables diligencias—. Todos tendrán lugar... Paciencia, hermanos.

Candelario y su amigo en un rincón esperan su turno. Acaban de dejar los faroles en el depósito y de rasparse de las mangas y solapas las gotas de sebo que les cayeron en la procesión.

— ¿Qué hacen ahora?

— Toman gracia. Es obligación de besar el vestido a los santos.

— ¿A todos?

— A cualquiera.

— Mejor es a Jesús Nazareno.

El padre Roque pasa junto a ellos.

— ¿Qué esperan ustedes? ¿Ya tomaron gracia? Cuidado con olvidarse.

Y sigue apurado agitando el hábito blanquinegro.

La vieja Juanita, sudorosa, los ojos brillantes, va entrando como una cuña entre los fieles:

— Hagan lugarcito, hermanos... Tengo que andar ligero porque vivo muy lejos...

Unas espaldas como muralla le obstruyen completamente el paso y doña Juanita las golpea con su huesuda mano.

El maestro Paz, carpintero del barrio se vuelve y rezonga:

— No me pegue, doña. ¿Cree que está en el mercado?

Doña Juanita sigue en su empeño de apartar la muralla. El maestro Paz estira el cuello hacia adelante, y como al descuido, tira un taconazo con tal maña que golpea a la vieja en una pierna.

Algunos fieles conducen a la desmayada al lado de un confesonario y a fuerza de aire y refregones la vuelven a la vida.

— Un síncope — dice uno.

— Sí... — lagrimea doña Juanita—. Que Dios le perdone la patada...

Siguen desfilando los creyentes.

Cuando ralean un tanto, los dos muchachos se aproximan recelosos.

Pascual clava las pupilas dilatadas en el Jesús Nazareno, y miedo y ternura siente al mirar la cara flaca, los ojos atónitos, las rayas rojas que le surcan las mejillas, la mano escuálida sobre el brazo de la cruz que parece acariciarlo y no sostenerlo.

— Pobrecito, ¿no? — balbuce, y viendo que Candelario se empina y toma la orilla del vestido, él hace lo mismo. Dos besos humildes, suaves, casi imperceptibles, brotan de sus labios. De puntillas salen al atrio y poniéndose el sombrero Candelario exclama:

— ¡Qué serás tonto!

— ¿Por qué?

— Pero si me has besado la mano.

— No digas... ¿No me vale entonces la procesión?

— Así es.

Pascual mira entristecido los últimos fieles que van por el atrio. Todos están contentos, menos él. El santo le castigará en cualquier momento por su pecado. Y estará bien hecho. ¿A quién se le ocurre besar la mano de un Candelario, un pobre muchacho como él? Tiene impulsos de entrar de nuevo al templo, pero sus grandes puertas se han cerrado ya.

Enlazados del brazo, los amigos se alejan por la calle silenciosa.

Algunos perros vagabundos escarban en los tarros de basura o arrimados a las paredes caminan sigilosos.

La torre de Santo Domingo es una sombra inmóvil bajo el cielo sembrado de granitos de luz, y en el corazón de Pascual, quizá el único en la noche del Miércoles Santo, florecen las maravillosas palabras del poeta de Jerusalén: «Amaos los unos a los otros»

GREGORIO GUZMAN SAAVEDRA

DIBUJOS DE MACAYA

LOS DE AYER



MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

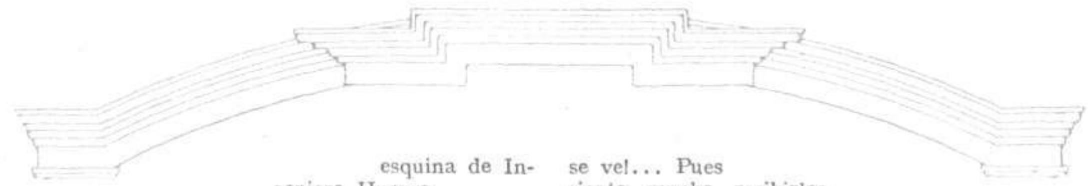


Los argentinos sentimos por los escritores uruguayos una verdadera debilidad. Y no sólo por los uruguayos: por todos nuestros hermanos de América. Nadie podrá dudar que a la gran reputación de Jorge Isaacs, contribuyó no poco la difusión que le diera Estrada y su casa editora, lo que hacía exclamar a Nicolás Avellaneda, para quien el poeta colombiano nunca fué de su predilección: «Usted que sabe ser tan buen autor, ¿por qué se empeña en ser tan mal editor?

Pero no es el caso. El caso es que Rubén Darío tuvo entre nosotros un hogar y se esparció por el mundo, debido a nuestros grandes medios de difusión. Esa amistad de oro, nos la pagó en diamantes de un quilate único, con su «Canto a la Argentina», al que no le hallamos pareja, desde Homero hasta nuestros días. Nervo halló en Buenos Aires su apoteosis. Venía enfermo, cansado, casi olvidado... Fué una conflagración. Su resplandor llegó hasta el cenit... Y murió:

...dans l'ivresse du reve,
meurt ainsi, d'une mort eblouissante et breve!

¿Quién no guarda en el santuario de su alma los suspiros del "Nocturno" y la acongojante muerte de José Asunción Silva? Todos los escritores de América que lo desean, colaboran y se difunden en nuestras revistas. Algunos crearon así su reputación. Otros se formaron aquí íntegramente, como Florencio Sánchez, cuyo nombre hoy encabeza la calle Belgrano, desde el balneario municipal hasta la



esquina de Ingeniero Huergo.

Está bien honrada su memoria y no ocurre como en el caso de la calle Ameghino que, para encontrarla tenemos que desterronarnos hasta los potreros de Villa Soldati.

Cuando un ilustre senador, adujo como razón para no erigir un busto a Darío en el Rosedal, el que Andrade y Almafuerte aun no lo tenían, consideramos su argumento como capcioso, pues el punto debió resolverse con un proyecto que autorizara *la erección de un monumento* a cada uno de los tres.

La idea no cayó en terreno estéril, y, al poco tiempo, vimos erigirse en el bello jardín un busto de Dante... y otro del pintor Sívori.

Esta especie de ternura, en cuanto pisamos Montevideo, nos lleva en seguida a visitar el sepulcro de sus poetas ilustres. Poetas que, posiblemente, ellos recuerdan menos que nosotros. Y es que la vida espiritual uruguaya tiene algo de trágico que nos emociona. Todas las vidas espirituales tienen algo de trágico, sólo que allí se ven mejor. Y con ese sentimiento de piedad casi amorosa visitamos las tumbas de Delmira Agustini, de María Eugenia Vaz Ferreira...

¡María Eugenia!... ¡Ah, sí, cómo olvidar aquella tarde en que la conocimos!

Un amigo uruguayo nos llevaba y advirtió desde luego:

— No se preocupen si María Eugenia les dice alguna ocurrencia... es un carácter así, un poco original...

Conocíamos ya su manera de recibir la gente. ¿Había algo de «pose» en esto? Si lo había, debemos confesar, por lo menos, que la «pose» le resultaba muy espontánea. Sin vacilar, uno tras otro, le iba soltando al azorado visitante todos los desplantes que le venían al ánimo y a la lengua.

Recordamos un patio grande, con azulejos y plantas. Golpeamos, y del fondo avanzó, con cierto contoneo, una joven morocha, de redondas formas, vestida con un traje azuloso, verdoso, no diremos sencillo, casi pobre. Nos presentaron, y, con un sacudimiento de hombros:

— Bueno... y ahora... ¿qué hacemos? ¡Pasen!

Ya en la sala, saludamos a la señora madre. Se hizo una rueda, con el gato en familia. Los gatos de Montevideo son los felinos más sobones que darse pueda. Luego, no guardan las formas, y se entregan a toda clase de juegos y mimos, que da gusto.

La conversación siguió por el estilo de la iniciación. Nos acompañaba otro escritor argentino, y ella, clasificándonos con curiosa impertinencia:

— ¿Cuál es el poeta y cuál el filósofo?... ¡Ah, se ve!... Pues siento mucho recibirlos así... Es una falta de consideración... Pero también es una falta de consideración el venir a visitarme cuando estoy así...

Era en 1903 y, sin duda, ignoraba las originalidades de Oscar Wilde; por eso la coincidencia resulta curiosa. El autor de «Un marido ideal» tiene una salida por el estilo.

No recuerdo nuestras respuestas. Era un floreteo, al que ella se prestaba de buena gana y con no escasa habilidad. Terminado el capítulo de las «cortesías», María Eugenia se entregó a una serie de felinas perezas, abandonadas nostalgias... ¿Qué edad tendría entonces? Unos veinticuatro años... Se explicaba todo aquello. Mi compatriota aprovechó aquel blanco fácil que se le ofrecía, y con sorna la interrumpió:

— Todas esas cosas se le quitarían en el Registro Civil...

— ¡Ay qué vulgaridad!... ¡Qué vulgar! ¿verdad?

Se dirigió a mí en busca de protección. Su rostro expresaba un disgusto evidente, un desdén muy marcado. No contesté, limitándome a sonreir. Quedó silenciosa, dispuesta a dejar que otro diera un nuevo giro a la conversación. Le pedimos que recitara; se hizo rogar un poco, pero luego accedió.

En un cuaderno de escolar, que ocultaba bajo la funda del piano, tenía copiadas sus poesías. Con voz plañidera, monótona, a veces sensual, leyó algunas que aplaudimos con entusiasmo. Concebía al hombre como el perfecto paladín, ínclito, hermoso, doblando ante ella sus rodillas. Así como el poeta exalta siempre a la mujer, ésta cuando siente arder en sí la llama del estro, se forja una visión del hombre que parece toda una apoteosis. Unicamente en Alfonsina Storni, vemos aparecer ese rencor, ese desprecio herido, que ha expresado en más de una estrofa.

El sagrado soplo del arte embalsamaba el ambiente. Habíamos llegado a la fraternidad, y recitando, hablando de música, se nos pasó la hora, sin que María Eugenia dejara de ser una buena muchacha... Inspirada, sincera, a menudo ingenua...

Y nos despedimos para no vernos más.

Al poco tiempo, hablando ella con un argentino, éste le hacía una referencia a nuestra visita.

— ¡Ah, sí!... ¿Un poeta y un filósofo?

— ¡Eso es!... ¿Y, qué tal?...

— Los dos hicieron muy bien su papel...

Era incorregible.

Su reinado en la poesía duró poco tiempo. Una extraña e inquietante personalidad se dibujaba ya en el horizonte. María Eugenia era la crisálida, Delmira fué la mariposa nocturna, una mariposa de fiebre y alucinación.

ESTANISLAO RIVAS

"Desde aquel instante su existencia fué un tejido de embustes. Fué aquello una necesidad, una manía, un placer; hasta tal punto, que si hubiera pasado el día antes por la acera derecha de una calle, era preciso creer que había sido por la izquierda. — "MADAMA BOVARY"—FLAUBERT



EL POBRE LLEVABA LOS «CAMINANTES» TORCIDOS, Y, NO OBSTANTE, NOS HA HABLADO DE MILES DE PESOS.

TIPOS *de la* CIUDAD

EL DE LAS CUENTAS GALANAS

Entre los pecados de nuestra época hay uno que resplandece entre todos, y ése es el pecado de la mentira. Eso no es decir que en otra época no se haya mentido... Lo que decimos es que en Buenos Aires se miente por necesidad, por placer, por el feo capricho de pagar con la moneda con que nos pagaron Y es que hacemos una vida falsa en que, para justificar un embuste, tenemos que inventar un embuste más gordo. Hay pocos que sepan sustraerse a la desdicha de la mentira. Y, si no, que lo diga ese buen señor a quien acabamos de saludar, mintiendo un interés que sentimos por muy pocas personas ¿Qué nos ha dicho ese hombre para que sintamos en nuestro espíritu el desagrado de la mentira? El pobre se ha limitado a decirnos que sus negocios van viento en popa, que dentro de días se va a reunir con un pico de varios miles de pesos, y que, el día que se acuerde, nos va a presentar al ministro que va a darnos una sinecura magnífica. El pobre no ha ofendido a nadie, y, sin embargo, sus pocas y optimistas palabras han llevado a nuestro espíritu un malestar, un desencanto, un vacío... El pobre llevaba los «caminantes» torcidos, y, no obstante, nos ha hablado de unos miles de pesos, de unos negocios magníficos, y hasta de lo fácil que le sería llevarnos, por unos anchos viales, a los alcázares de la opulencia.

— Usted, amigo — nos ha dicho el hombre, — debe confiar en que todo le va a salir a derechas. Mis amigos son sus amigos... Sí, sí: *les amis de nos amis sont nos amis.*

Se miente por manía, por placer, por necesidad, por no mostrar la hilacha, que dicen los que tienen experiencia del mundo. Al que se hace el chiquito, lo matan, lo pisan, lo olvidan, lo suprimen, en una palabra. «A mal tiempo, buena cara», que dice el adagio... Tonto y más que tonto ès el que dice que se halla en «la mala». Y es que la mentira nos viene de afuera, de la sociedad hecha a base de embustes, de la mala sabiduría de los que se hundieron por haber dicho la verdad siquiera una vez. El mal está en la atmósfera que se respira, en el suelo en que nos apoyamos, en el egoísmo de la muchedumbre y hasta en el discurso de los que ante ella predican.

Ello es que nuestro amigo nos ha preguntado por la salud, por la familia, por el diario en que movemos la péñola, y que, después de una pausa, se ha puesto a cantar una especie de *sursum corda* animador como un pomito de éter. El hombre, que es y será toda su vida un espíritu fino, traía un pantalón imposible, de esos que se venden a quince de la nación con rayitas y todo. Se veía que a la lámpara se le había concluido el espíritu... Bien es verdad que hay hombres a quienes la realidad se les importa un ardite, lo que no deja de tener cierta gracia. ¿Qué iba a ganar tampoco, con la relación de sus sinsabores y angustias, de sus penurias y aprietos? El mundo huye como de la peste de los que cantan la palinodia, y ni por gracia levanta a los que se tiran al surco. Y ha sido por eso — ¿qué duda cabe? — que nuestro confidente nos ha puesto la cabeza como una olla de grillos, hablándonos de la paz de la estancia, del viaje de las primitas, de los muebles de su tía la ricacha y de todas las cosas que él tiene guardadas en un arca antigua que huele a cedro y a grandezas pretéritas.

Pero no nos regocijemos demasiado y sigamos observando al riquísimo tipo que hace de su vida espiritual una abominable comedia. Ese hombre no dice más que mentiras, como para dar la razón a los que piensan que el lenguaje sólo nos sirve para ocultar las ideas. El cuitado miente con la palabra, con el gesto, con la actitud... Miente cuando

proclama su dicha y cuando se lamenta — esto suele ser muy de tarde en tarde — de su perrísima vida. Cuando nos dice que ha pasado por la acera de la derecha hay que pensar que la «cosa» fué por la izquierda, lo mismo que si nos halláramos ante la insanía de la famosa madama. Si va al teatro se las echa de «portugués», y de capitalista si hace su aparición en las tribunas de nuestro hipódromo. Hay que decir que nuestro hombre es el Napoleón del embuste y que con su simplicidad hace buena la del mal comerciante que se ampara con la advocación de «La buena fe», «La honradez» o «La buena medida».



EL CIGARRO DE HOJA LO FUMAMOS SIEMPRE EN MITAD DE LA CALLE.

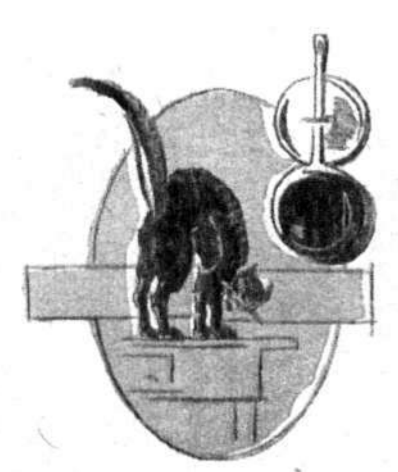
Y ¡guay de nosotros si saliéramos por ahí con la verdad en la frente! Con la verdad destruiríamos muchas cosas que no podríamos reconstruir nunca, ofenderíamos a aquellos de quienes tenemos mala opinión y asustaríamos al que pudiera ayudarnos. Si se dijera la verdad, tres años, en vez de tres meses, exigiría de fianza nuestro amigo el casero... La realidad sería una tragedia parecida a la del hombre que supiera lo que le habría de pasar alguna vez. ¿Para qué vivir en un ambiente tan claro, tan límpido, tan diáfano, tan refractario a la vida? El agua químicamente pura nos mataría de una indigestión de limpieza, y eso no es lo que quiere la naturaleza del hombre.

Mentimos por manía, por placer y también por necesidad. El mundo nos impone el respeto de la mentira, y ante esa fatalidad «no hay que hacerle». Hombres que no tienen nada del badulaque esconden como una mancha de grasa la marquilla de a veinte y se ocultan de una manera increíble cuando han de viajar en segunda. Tememos demasiado a lo que pueda pensar o decir el vecino de enfrente, y de ahí que seamos un poco cómicos ante las pequeñeces de la vida diaria. El cigarro de hoja lo fumamos siempre en mitad de la calle, y pocas veces en el recogimiento de la silenciosa salita. Las cosas hay que lucirlas... Abandonarse sería transigir con los demonios del infortunio, y hasta eso no debemos llegar.

Y no se diga que ésta es una debilidad privativa del hombre. Hasta en los animalitos de Dios vemos que los más inteligentes son los que con más gracia tratan de engañar al contrario con unas apariencias que no siempre concuerdan con lo que hay de verdad. El gato, ante un peligro inminente, aumentará de tamaño, erizando los pelos y echando centellas por los ojazos nictálopes. Las aves cantan más y mejor cuando se ven ante la pajarita de sus amores.

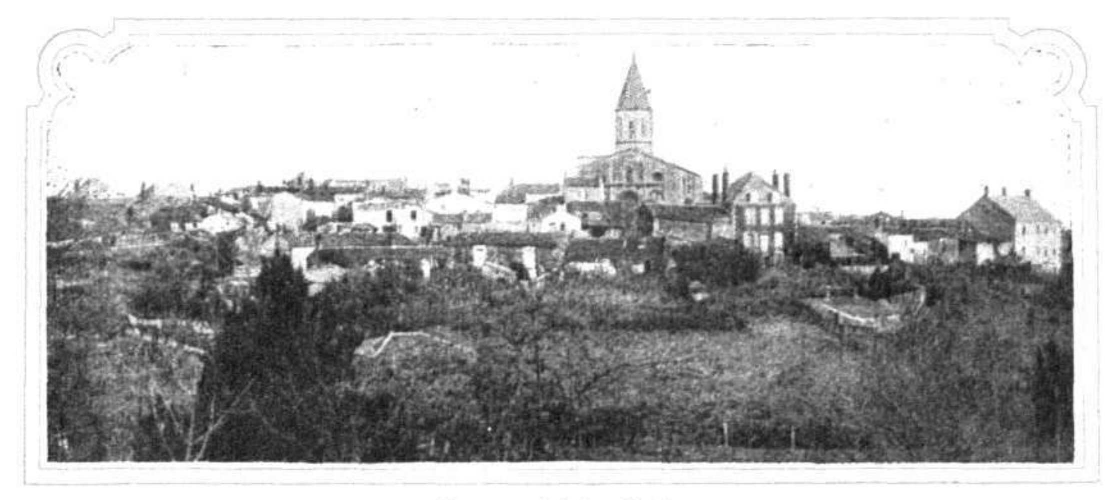
Para hallar la verdad tendríamos que descender hasta más allá de la condición de los calamares, que, con ser tan estúpidos, despistan a sus enemigos con el más editorial de los líquidos.

¿Por qué han de ser los hombres más torpes que los pajaritos del campo, que el gatito de los tejados, que los calamares del charco? La mentira... Disculpemos a los que sienten «la humana necesidad» de que nos habla, disculpando los rigores de todos, el infeliz Segismundo. Después de todo, ¿quién duda de que hay mentiras piadosas y verdades que maldito para lo que pueden servirnos? La mentira también puede ser una debilidad amenísima, como diz que lo es la del que acaba de acercarse a nosotros para decirnos que confiemos en su buena amistad y creamos en la realidad de sus pesos. Hay debilidades que no ofenden a nadie, que nos divierten no poco y que hasta nos hacen pensar en lo que hay que hacer para triunfar en la vida.



MANUEL AZNAR

DIBUJOS DE FARPAGNOLI



Vista general de la población

"CARAS Y CARETAS" EN FRANCIA

Un DULCE RINCON de la VENDÉE

LES MOUTIERS - LES - MAUXFAITS

Es casi seguro que no habrá lector que conozca este rincón de Francia, en la región de la Vendée, cuyo solo nombre parece un capricho gramatical. En todo caso cualquiera se mete a despejar la etimología de: ¡Les Moûtiers - les - Mauxfaits!

Pero así como es de largo y un poco estrafalario el nombre de la dulce aldea vandeana, es de encantadora la paz que respira el raro peregrino que por aquí aventura sus andanzas.

Apresurémonos a decir que Les Moûtiers - les - Mauxfaits no tiene luz eléctrica, ni ferrocarril, ni otro automóvil que el de don Eduardo Amelinau, especie de grave señor feudal que vive en su castillo de leyendas.

La aldea, vecina al caserío donde nació y reside hoy Jorge Clemenceau, vive abierta a los vientos del mar y a los soplos de la llanura fértil. En torno de su iglesia veneranda, que principia en recios cimientos seculares y acaba en clásico gallo - veleta, se agolparon las casas en arbitrario y pintoresco desorden; y aquí fueron viviendo y muriendo desde los tiempos más remotos de la Europa, las gentes de Dios.

El heroísmo sin aspavientos, el amor a las mejores tradiciones de la patria, la virtud y la alegría del trabajo rural, fueron desde las épocas remotas los rasgos característicos de los comarcanos. ¿Quién sino hombres de la Vendée, integraron las tropas que murieron a pie firme, quedando en rigurosa formación de combate en la Trinchera de las Bayonetas, donde el fervor asombrado acaba de levantar un templo? Aquellos soldados, que no sabían sino avanzar o guardar hasta la muerte lo que se les encomendara, no podían ser oriundos de otra parte que de esta tierra austera.

Aquí palpita el corazón de la verdadera raza francesa; aquí vibra el alma genuina de la nación, con todas sus virtudes, muchas de ellas insospechadas por los turistas rápidos o los «bataclaneadores» de París... La sencillez, el amor a la tierra y el ensueño en el cielo, son proverbiales; y nace, crece y fructifica en estos



En la feria de ganados



Una de las calles principales


Camino del mercado


Entrada al pueblo por Moricq


Castillo del señor Amelinau

parajes el corazón del hombre en tierna armonía con el árbol, la planta y la espiga. Si algún lugar del mundo puede hoy evocar y reproducir los encantos de la Arcadia, es la plácida Vendée. Así, cuando se sale de los trajines de Buenos Aires y París y se llega con sandalia discreta a Moûtiers - les - Mauxfaits, siente el caminante un soplo de otra edad que le satura.

* * *

Si los filósofos y los poetas pudieran llevar a todas las almas la verdadera buena nueva de la paz, ciertamente sucedería que el camino hacia esta amable pradera veríase frecuentado por los espíritus sedientos.

Porque la alegría panteísta que respira Les-Moûtiers - les - Mauxfaits tiene los secretos del descanso. La vida cobra aquí nuevos encantos; el sentimiento se afina, y parece que de la mente, como de una crisálida, surge la mariposa blanca de una nueva ilusión.

Comarca sana, donde la muerte tarda siempre en llegar, hasta el punto que casi no se le siente o percibe, tal vez cuente con sólo el joven médico parisiense que vive junto al pequeño grupo votivo de la Santa Familia, erigido por los fieles a la salida de la aldea.

Mas, el verdadero doctor que imparte el bien a manos llenas por estos parajes, es el médico de las almas, el señor cura-párraco de Les Moûtiers - les - Mauxfaits. Rozagante y mansito, humilde y santo, el señor cura es acaso la personalidad más representativa del país, de sus tradicionales virtudes y de su inmensa y saludable calma. Su palabra, acaso algo difícil en los sermones del oficio dominical, se hace florida en el consejo, a la orilla del camino, en la salita de la familia pobre o a la cabecera de los que van a irse del mundo, ungidos con los sagrados óleos.

Nosotros no hemos visto jamás un hombre tan sinceramente bueno, tan bellamente cristiano, y tan apostólicamente generoso.

Y la tierra, esta gleba feliz, cual si se diera cuenta de la calidad de las gentes que la habitan y laboran, ofrece cosechas opimas y llega hasta tener fuentes cuyas aguas curan a los ciegos, y jardines y huertos donde la madre naturaleza se complace y recrea.

¿Qué en invierno esta fiesta de esmeralda y de oro se convierte en nieve?

Es que la Vendée se viste de novia o de comulgante para recibir al Año Nuevo...

E. CARRASQUILLA-MALLARINO


Detalle de la feria



Calle central del burgo



MANDRÁGORAS

El amor es la literatura del matrimonio, como el matrimonio es el periodismo del amor.

*

Están perfectamente armonizados los sexos: las mujeres encantan al hombre porque están llenas de defectos, y el hombre seduce a las mujeres porque carece de virtudes.

*

La experiencia no puede ser nunca patrimonio de los tímidos, pero acepta muchas veces los procedimientos de la timidez.

*

En el amor, como en las óperas, los que generalmente desafinan, comprometiendo el éxito del espectáculo, son las segundas partes y los coros.

*

Los hombres cometen errores y delitos; las mujeres los cumplen.

*

Sería curioso conocer las deliberaciones y los fallos de un tribunal mixto de hombres y mujeres, en los delitos y faltas contra la moral.

*

Es frecuente que las mujeres se asombren de haber realizado lo que nunca dejaron de desear.

*

Con la generalización del uso de la melena femenina, la definición que dió Schopenhauer de la mujer está quedando desvirtuada en lo que se refiere a la longitud de los cabellos. Esta es una de las más importantes contribuciones de la mujer a la evolución de la filosofía en los últimos tiempos.

*

La práctica de las virtudes carecería de todo interés, si no existiera el estímulo de la tentación.

*

Las mujeres no sienten un gran amor por la vida, pero gozan con frenesí sus pequeños deleites.

*

La causa de que no se pueda nunca convencer a las mujeres, estriba en que están siempre más atentas a lo que ellas sospechan que se les trata de ocultar que a lo que se les dice.

*

Si la vida comenzara por la vejez y terminara en la infancia, haríamos todos las mismas cosas que ahora, porque los actos humanos no son el resultado de un juicio, sino la expresión vital de necesidades instintivas y circunstanciales, o la reacción orgánica de incentivos exteriores.

*

Conviene no olvidar la tradición que atribuye el origen de la mujer a una mentira anatómica del hombre.

*

Cuando una mujer discreta rechaza indignada un beso, lo primero que debe sospecharse es que alguien nos haya visto.

*

Las mujeres podrían distinguir perfectamente a un hombre enamorado, de un aventurero, si ellas mismas fueran capaces de discernir lo que hay en sus inquietudes amorosas, de sentimiento y de capricho.

*

Para muchas mujeres, el amor es un drama que sólo consta de prólogo y epílogo.

*

La mayor parte de los conflictos sentimentales se deben a la circunstancia de que, generalmente, la mujer sólo se convence de que un hombre la quiere, cuando éste ya ha empezado a dejarla de querer.

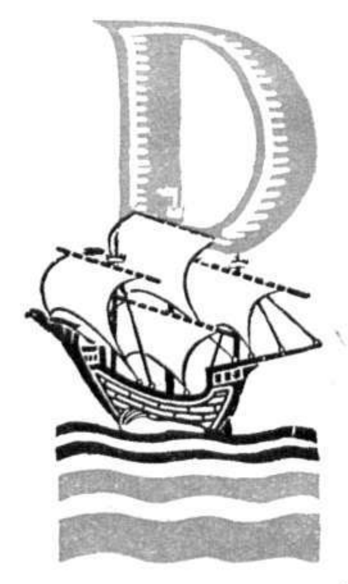
*

La psicología femenina escapa a los principios y aun a la investigación de la ciencia. El alma de la mujer es un fenómeno artístico.

JOSE MARTINEZ JEREZ



Perfil de Epopeya



DON Eulogio Robledo despertó. Aun soñoliento, miró el reloj que estaba sobre la mesa de noche, y, mentalmente, díjose: «¡Las seis!»

Sacó una pierna fuera de la cama, luego la otra, y se posó, en aquella fría alborada de junio, sobre el suelo embaldosado de la alcoba. Con mucha parsimonia comenzó a vestirse. Ya semivestido y calzado, tomó una descascarada palangana, un espejillo, un peine, una toalla, y salió al patio; hizo sus abluciones con agua fría y comenzó a peinarse ante el espejillo, recibiendo los confortadores rayos del sol invernal. Después de cuidadosamente peinado, con una raya al medio que le tomaba desde la frente hasta la coronilla, cogió la palangana, el espejillo, el peine y la toalla y entró en su alcoba para proseguir su vestuario.

Don Eulogio Robledo es un hombre de cincuenta y cinco años, bajo, cenceño, la color morena, aceitunado; viejo castellano venido muy joven a las americanas tierras, adonde lo condujera su espíritu de aventuras—como buen hijo de Argamasilla, la tierra de Alonso Quijano el Bueno — en busca de ignoradas emociones y desconocidas ansias. Y había pasado su vida, su ya larga vida, modesta, apacible, lentamente, absorbido por las necesidades de la vida, amable en la dicha, fuerte en los fracasos, duro en las desgracias. Y muchas, muy muchas desgracias lo habían abatido; la muerte de su esposa, una criolla camandulera que en más de una ocasión lo había hecho exasperar, muerte que él había llorado sincero, ya encariñado a la monotonía de su trato continuo, áspero a veces, pero en otras dulce. Muy muchas desgracias lo habían abatido: la muerte del hijo mayor, un muchacho altivo, peleador, mal estudiante, que cierta noche le trajeron tendido de un balazo. Sí, muy muchas desgracias habían abatido su fuerte espíritu de roble castellano, aguantador de recios soles, en ávidas llanuras, azotado por rotundos ventisqueros; después, su hija Clara, única sobreviviente, una mujer treintona ya, ni fea ni linda, ni alta ni baja, ni delgada ni gruesa, insignificante, inadvertida... Y ambos llevaban la común existencia como con hastío, fatalmente, resignados a seguir la ruta que el destino, un destino rudo, les había deparado; sin protestas, entre la cotidiana labor, empleado de comercio él, maestrescuela ella.

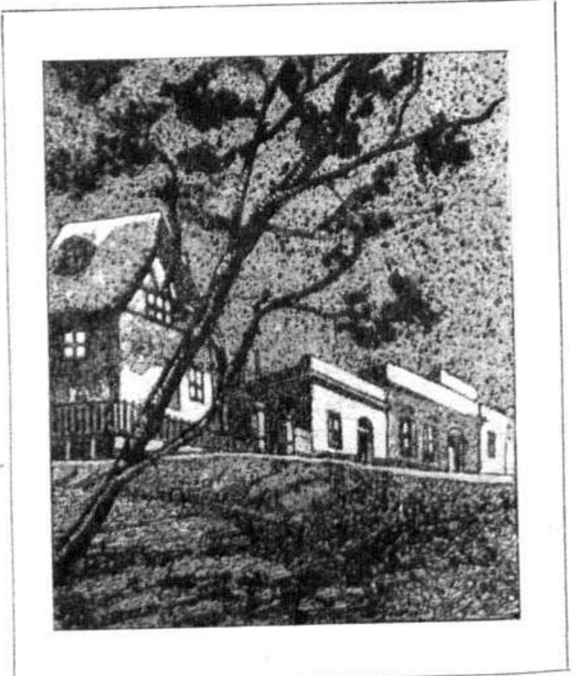
—¡Pepa! — musitó, más que habló, don Eulogio, saliendo, ya vestido, de su alcoba.

Y la fámula, una joven gallega, pecosa y sucia, llegó trayéndole el café. Don Eulogio pasó al comedor, pieza principal de las cuatro que constituían la casita, incluso la de la sirvienta. Comedor éste que servía de sala también, con sus paredes cubiertas de retratos y cuadros hechos con oleografías; comedor éste con una enrejada ventana a la calle, pequeñín, cuasi tétrico, iluminado solamente por un florero con rosas rojas del rosal que don Eulogio tanto amaba. En aquel comedor cuasi obscuro, a la vista de los retratos, de las gruesas oleografías, de las paredes resquebrajadas, tomó el anciano su desayuno, lentamente; luego, lentamente también, se levantó, cogió su sombrero y salió a la puerta, se paró unos minutos y llamó a un pilluelo vendedor de diarios.

— «El Diario Español», chico.

Y en la puerta, en la pequeña puerta de su pobre casita suburbana, se entregó don Eulogio a la lectura del periódico que traía de la lejana tierra natal saudosos recuerdos, en forma de noticias y telegramas. Bañaba así su espíritu en aquella hoja diaria como en un baño de recuerdos; era un pedazo de esa lejana tierra española, regada con el su-

dor y la sangre de sus antepasados, de esa fuerte y brava tierra española que había admirado al mundo con sus guerreros, sus músicos, sus artistas. Era la lectura del periódico un instante de fruición y alegría para el viejo; era el único instante en que sus nervios existían, en que sus pequeñines ojos viejos, encapotados por espesas cejas blancas, se movían febriles; luego de terminada la lectura, volvía a ser don Eulogio el manso viejito, resignado a la suerte mala que un rudo destino le había deparado.



El periódico doblado cuidadosamente y puesto en un bolsillo del saco, el cigarro en la boca, el andar calmoso, indiferente la mirada; marchó el anciano por la asoleada acera sin reparar en el trajín callejero de obradores de todas las nacionalidades, coches, carros, tranvías, pregones berreados en un español adulterado por la intromisión de las más diversas lenguas.

Allá iba don Eulogio Robledo: al trabajo, al trabajo de todos los días, mansamente, con la indiferencia de una res al matadero; allá iba, a cubrir la larga distancia que mediaba entre su casa, su pobre casita suburbana y el populoso caserón de la casa de comercio; allá iba, para llegar a la hora, puntual, como hacía quince años, para impedir que el patrono le negara los buenos días si llegaba con unos minutos de retraso.

En el luengo y semiobscuro salón, atiborrado de cajones y saturado de olores acres, que servía de negocio, estábase él cuatro horas de la mañana, silencioso, echado sobre los grandes libros, escribiendo números y más números, mecánico, inconmovible... Y a su alrededor la balumba de ruidos de los otros empleados y peones. Así pasaban aquellas cuatro horas de la mañana para luego volver, esta vez en tranvía, tranvía que le arrancaba a fin de mes algunas monedas, monedas que le privaban de alguno de sus sencillos placeres.

Y en el comedor de su casita don Eulogio almorzaba solo, pues su hija ya habíase ido a la escuela; almorzaba solo, con premura, para poder regresar al trabajo a pie, a fin de economizar la moneda del tranvía... Y allá iba nuevamente don Eulogio, el viejito de don Eulogio, mansa, resignadamente, con la inconsciencia de una res al matadero: al trabajo, al diario trabajo, como quince años hacía, a soterrarse en el obscuro salón atiborrado de cajones y saturado de olores acres. Ya sobre sus libros, apuntando números, números, números, don Eulogio nada pensaba. Antes, sí, ha diez años, cinco años, pensaba. Pensaba en poder regresar un día a su solar castellano, visitarle nuevamente; pensaba en su hijo, que podía llegar a ser médico o abogado, que podría sacarlo a él de su situación angustiosa; pensaba en su hija, que podía casarla con un hombre que la hiciese feliz; pensaba en su esposa; pensaba en su vejez tranquila para ambos, rodeados de sus nietecillos; más lejos, lejos de aquel salón obscuro del negocio atiborrado de cajones y saturado de olores acres. Pero ahora ya en nada pensaba: muerta su esperanza de volver a la castellana tierra, muerto su hijo, muerta su esposa, casi muerto el cariño filial de su hija, cuyo celibato y el continuo bregar con los chicuelos de la escuela le habían asperizado el carácter.

De vuelta, ya muriente el sol, regresaba el viejito a pie, con la misma mansedumbre en el andar, por la misma calle que hacía quince años. En su casa encontraba a la hija, corrigiendo los deberes de los chicuelos que le habían asperizado el carácter.

— Buenas tardes.

— Buenas tardes.

Pasaba don Eulogio a su alcoba, se desvestía y poníase un traje viejo; luego iba al patio, a remover la tierra de sus plantas, a regarlas, hasta que la noche le impedía continuar en su faena querida. Don Eulogio sentía por aquellas plantas, y por el rosal sobre todo, amor, amor inmenso de padre, amor benevolente de abuelo; todo ese amor de abuelo que él había soñado para unos nietecillos lo ponía en aquellas plantas, sacándoles las hojas muertas, extirpándoles las orugas y hormigas...

Pasaba luego al comedor con uno de sus tres o cuatro libros viejos que había tantas veces leído — a releer algo de Cervantes o de Zorrilla o de Calderón o de Larra — o tomaba un libro de lectura escolar y se entretenía en leer uno de esos cuentecillos patrióticos que su hija enseñaba a los rapaces del colegio.

— ¡La cena!

Era la fámula, pecosa y sucia.

Y en el comedor, alumbrado escasamente por la luz de una lámpara de petróleo, bajo un silencio de sopor, comían padre e hija sin que a veces una palabra se cruzase entre ellos. Después volvía ella a su trabajo de correctora de deberes hechos con letras garrafales, incomprensibles; y él, mientras fumaba un cigarrillo, cogía un mazo de naipes y formaba un solitario, luego otro, luego otro y



otro... A veces, después de la cena, marchaba ella a visitar una vecina, y él a la botica cercana a conversar con el farmacéutico, un italiano, sobre política internacional; conversaba con aquel italiano irascible que hablaba estruendoso y estruendosamente mal de América. El, don Eulogio, lo escuchaba apacible, casi sin protestas, y sólo interponiendo razones defensoras contra aquel Aristarco, en favor de la patria donde él había consumido sus energías, donde había formado su hogar, ya destruído, donde reposaban sus muertos, por él muy amados. Luego se iba a dormir, se iba con el mismo gesto apacible de siempre, sin que la discusión hubiera alterado sus nervios.

Era a fin de mes cuando más conversaba con su hija.

— ¿Cobró? — preguntábale ella, áspera.

— Sí.

— ¿Todo, o le descontaron?

— Todo, hija; cobré los ciento ochenta pesos justos.

— Bueno... yo no he cobrado todavía. Hoy estuvo el patrón de la casa; Pepa me ha pedido el sueldo.

— Toma, toma: ciento treinta de la casa, treinta y cinco de Pepa; me restan quince para mis gastos...

— Yo no cobré todavía; ¡por ciento veinte miserables pesos! Este mes no nos va a alcanzar; quédese con diez pesos para usted.

— ¡Cómo diez! — protestaba don Eulogio. — ¡Cómo diez! Si sólo el tranvía me los lleva casi.

— ¡Uf! ¿Y yo? — gritaba, ya enfurecida, ella. — Y yo tengo que andar dos inviernos con el mismo traje. ¡Todas me lo critican!

Callaba don Eulogio, en tanto deshacíase la hija en quejumbres y protestas «sotto-voce», protestas y quejumbres de las que a veces surgían hirientes:

— ¡Viejo egoísta!

Y era entonces que don Eulogio la miraba, la miraba largamente, con sus pequeños y brillantes ojos, encapotados por grandes cejas: ¡y callaba su hija! Callaba la hija hipnotizada por aquel mirar en el que resplandecía toda la enérgica austeridad de una raza fuerte y brava, oculta en el miserando cuerpecillo de su padre.

Cuando, después de uno de esos altercados, don Eulogio iba a su alcoba, con piso de frías baldosas, se acostaba triste, con un peso muy grande sobre el corazón, con un nudo estrangulador en la garganta y se desvestía pausado, poniendo su ropa, cuidadoso, en el respaldo de una silla; luego, apagaba la luz, y ya a obscuras rezaba, rezaba un Padrenuestro, poseído de fe, de una simple fe, sin pedir ni reprochar nada a Dios; rezaba con voz imperceptible, por rutina quizá, como por rutina trabajaba, así como por rutina, también, vivía esa vida subterránea de vencido.

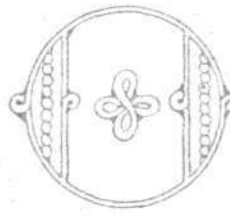
Y don Eulogio Robledo, que había venido a americanas tierras impulsado por su espíritu de aventuras — como buen hijo de Argamasilla, la cuna de Alonso Quijano el Bueno, — era un héroe, era un héroe sin saberlo, era un héroe que jamás poeta épico alguno cantaría en octavas reales, que moriría mansamente, como había vivido, y cuya vida, sin embargo, era una epopeya tenaz, sublime de fracasos y tristezas.

Don Eulogio Robledo, el viejito manso, hubiera podido ser en otras épocas un hidalgo hazañoso; hubiera podido ser en otro medio — que no el burócrata de Buenos Aires — un aventurero conquistador de Indias y fabulosas tierras; que así como sobrellevaba su vida triste, resignado, con humildad heroica; con esa humildez, con esa resignación hubiera sobrellevado peligros y glorias, porque en esa resignación y humildez ocultábase un altivo orgullo que dormía en el viejito don Eulogio, mas que no había muerto. Altivo orgullo que aparecía en sus pequeños ojos brillantes, encapotados por cejas blancas, cuando su hija lo hería: «¡Viejo egoísta!» Altivo orgullo que se revelaba en una de esas intensas miradas suyas, largas, penetradoras...

Ernesto Morales

ALGUNOS RECUERDOS SOBRE SAENZ PEÑA

DE CÓMO FALLÓ LA CONSABIDA SENTENCIA: «DE LA ABUNDANCIA DEL CORAZON HABLA LA BOCA».



CUPAN lugar preferente entre las memorias de mi época estudiantil, pasada en el Colegio Pío Latinoamericano, de Roma, las que se refieren a ciertos personajes que, por circunstancias casuales, tuve oportunidad de conocer.

Tenía yo una opinión muy alta de los méritos contraídos por Sáenz Peña ante el país. Era la mía, califiquémosla así, toda una devoción. La empujaba un fervor sincero y proselitista. Sin perder oportunidad, trataba de hacer partícipes a los compañeros y amigos de mi adhesión admirativa.

Varias veces, en los últimos tiempos de mi vida universitaria, aprovechando mis visitas a la Legación argentina ante el Quirinal, el doctor Hernán Cullen, escultor de renombre y miembro eficiente de la misma, me provocaba a polémica, en altas voces, con salidas intrépidas y festivas, a propósito de mi saenzpeñismo. Y lo peor es que la discusión resultaba inevitable, porque las interpelaciones que me formulaba eran previas a la entrega que me hacía de algún paquete de diarios y revistas de Buenos Aires, que luego, como valioso artículo de contrabando, distribuía entre los compatriotas de colegio, donde, en materia de publicaciones, únicamente tenía entrada, y esto con intermitencias, nuestro diario católico «El Pueblo». Y lo curioso del caso es que, a pesar de conocer las traviesas intenciones de mi adversario — que en este su empeño contradictorio sólo obedecía a su natural inclinación a la broma amable, — tomé siempre en serio mi papel de paladín, procurando decir sobre el asunto las últimas palabras — no en el sentido de la eficacia persuasiva, porque eran de las que el viento se llevaba, sino simplemente en el cronológico.

Parecíame que la personalidad de Sáenz Peña condensaba, de singular manera y con rara perfección, la dignidad y el decoro, la arrogancia el valor y la cultura de la vida nacional. Por lo demás, es justo que declare que, durante bastantes años, mi simpatía fué única y esencialmente sentimental. Quiero decir que mi admiración fué muy anterior a la noticia, más o menos cabal, que, andando el tiempo, pude adquirir sobre la vida y andanzas de nuestro protagonista. El motivo real que la despertó fué la lectura de un discurso que él pronunciara en la Conferencia Panamericana de Wáshington, y de un escrito suyo sobre «La doctrina de Monroe y su evolución». No sé en qué hoja encontré esas piezas célebres, de jugoso pensamiento, alto estilo y viril entonación.

Por lo que dejo dicho al principio, se comprenderá que fuese para mí motivo de satisfacción el hecho casual de haber coincidido, durante tres años, mi estada en Roma con la de Sáenz Peña, que ejercía a la sazón las funciones de ministro ante S. M. el rey de Italia. Es cierto que en muy contadas circunstancias, cinco o seis a lo sumo, me fué dado departir personalmente con el eminente compatriota. Aquel varón de casta consular gastaba en su plática amistosa una llaneza y afabilidad exquisitas.

Llamábale la atención — según nos lo expresó — el conocimiento circunstanciado que los alumnos argentinos poseíamos, a la distancia, de las cosas de nuestro país, en su vida interna, y la expectación con que seguíamos sus diversas incidencias en el orden internacional, con motivo de la Conferencia de La Haya, por ejemplo, o de los rozamientos del gobierno de Buenos Aires con la cancillería de Itamaraty. A esta nuestra situación de espíritu habría que atribuir, me parece, la amplia y benévola franqueza con que nos hablaba. Cuando en los primeros meses de 1910 partían de Buenos Aires rumores inquietantes, que los diarios de Roma recogían, anunciando como inminente la alteración del orden, Sáenz Peña, guardando una atención en extremo solícita, llegó al punto de anticiparse varias veces a nuestro pedido de noticias, dándonos directamente informes exactos sobre los acontecimientos u ordenando se nos hiciese su transmisión.

Fuera de estos casos, me limitaba a observarlo de lejos. Esto ocurría en el Pío Latino, a cuyas principales fiestas asistía puntualmente; en el Asilo de la M. Camila Rolón, en los días patrios, porque allí se celebraba con solemnidad el tedéum tradicional, al que concurrían en pleno las legaciones ante el Quirinal y la Santa Sede y el personal de la colonia argentina residente en Roma; y en su palacio de ministro, cuando daba brillantes recepciones a la sociedad, conmemorando las fechas nacionales.

Mientras tanto, mis datos sobre su personalidad y actuación habíanse acrecentado considerablemente, y me complace consignar aquí que, a la inversa de lo que me ha ocurrido al estudiar la biografía de otros personajes, a medida que adelantaba en el conocimiento de su múltiple obra, íbase robusteciendo proporcionalmente mi admiración.

Era el año 1910. El nombre de Sáenz Peña, candidato a la presidencia de la república, tuvo la virtud de aunar voluntades y de ser, desde el principio, un anuncio de victoria. Los sufragios de las urnas confirmaron, con la elocuencia de una mayoría abrumadora, esta impresión. La fecha memorable del primer centenario de nuestra emancipación, 25 de mayo, lo encontró ya presidente electo, desempeñando aún la representación argentina ante el gobierno de Italia. Un gentío enorme desbordaba del palacio de la legación en ese fausto día. Numerosas familias argentinas, en excursión de turismo por Europa, habíanse dado cita en Roma

para cumplimentar al futuro presidente. Allí estaban también los personajes del gobierno, con el jefe de ministros.

En diversos idiomas, ninguno de ellos el nuestro, le dicen a Sáenz Peña oratoriamente sus augurios, rindiéndole pleitesía algunos de los concurrentes.

— ¿Por qué no habla usted, en nombre de los argentinos de Roma? — oigo que alguien insinúa a mi lado.

— Sí, señor — me instan con mandato imperativo varios compañeros de colegio. — Hay que decir algo en estos momentos. Sáenz Peña ha sido invariablemente cumplido y obsequioso con nosotros.

El aprieto me resultaba sencillamente angustioso. Tenía una vaga noción de lo que se llama expedirse en público. Pero se trataba en aquel lance de no perder una honrosa aproximación — en circunstancias que no volverían seguramente a repetirse — hacia el ídolo a quien yo consagraba una adhesión sin límites.

— Habría que decirle muchas cosas — pensé. — Pertenece él a una reducida portión de privilegiados que pueden afirmar de sí mismos que han ocupado con prestigio todos los puestos a que podían aspirar en el país. Soldado voluntario en período de revuelta civil, llega, por su aptitud natural y consagración a las funciones de la milicia, al grado de teniente coronel. Periodista desinteresado y valiente, construye una prosa en ocasiones solemne y brillante, pero llena siempre de substancia y de comunicativa sinceridad. Jurista y codificador, de vasta y nutrida cultura, obedece a una orientación altamente científica y profundamente humana en el manejo y aplicación de las leyes. Parlamentario ilustrado y concienzudo, asume la responsabilidad, sin declinación, hasta las últimas consecuencias, de sus ideas. Representante de la nación en Wáshington, Montevideo, Madrid, La Haya y Roma, incorpora éxitos brillantes a la historia de nuestra diplomacia. Político de estirpe superior, se desinteresa en absoluto del provecho de los cargos públicos, para rehabillitar el genuino y verdadero sentido del patriotismo. Orador de raza, al sostener en la palestra nobles ideales, no puede contener los ímpetus generosos que brotan de lo íntimo de su alma y pone en su verbo los estremecimientos inconfundibles de la elocuencia. Y si esto no bastara para poner de manifiesto los materiales con que está construído su espíritu y la potencia múltiple y varia de sus facultades, aparece también, autor de memorables hazañas, como dechado de aventurero romántico. Fué allá en el Perú. Al frente de un batallón, combate enardecido. Culmina su coraje en la defensa de Arica. En esta acción de trágico sufrimiento, se destacan, como quiméricas visiones encendidas por la fiebre, en remolinos de tempestad, la fortaleza de los atacantes y la indomable resistencia de los guardianes de la plaza. Vencedores y vencidos, posesos de una heroica locura, son igualmente grandes. Abatidos los fuertes, desbaratadas las líneas, diezmada la tropa defensora, cesa el zumbar de la artillería. La catástrofe se precipita. Toda resistencia es inútil. Bolognesi y Moore no quieren parlamento. Antes que rendirse, fenecen en trance de gallarda bravura. Sáenz Peña decide seguir su ejemplo. No se rinde. Con ímpetu temerario y serena impavidez, desafía a la muerte. Al fin cae herido y preso, y sálvase providencialmente del encono desesperado de la soldadesca que pretende ultimarlo. Pasan los años. Un día, en la ciudad de Lima, nuestro protagonista, con las insignias de general, revista el ejército. Y desde su monumento de bronce, la figura del mártir Bolognesi contempla a su camarada, el porteño de Buenos Aires, y asiste a la apoteosis que se le tributa, y escucha el clamoreo de la muchedumbre que lo exalta, y ante esa gratitud colectiva tan grandiosa, su pecho de bronce late y se estremece con la emoción aquella de la jornada cruenta, inolvidable...

Pertrechado con estos recuerdos, llegado el momento, comencé:

— Señor...

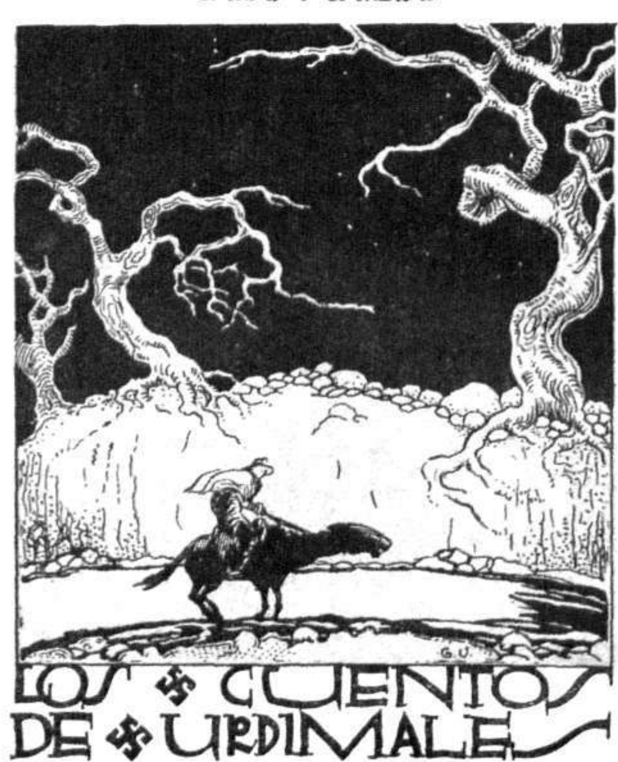
Delante mío estaba el ministro, en apostura militar. Alta la figura, varonil la cabeza, interrogadora la mirada, recia la complexión. ¡Qué bien armonizaba la arrogancia de su continente exterior con su innata distinción de patricio!

Comencé a hablar, y... como si una mano invisible hubiese pasado un borrador sobre los apuntes de mi memoria, éstos se desvanecieron al instante, a la manera de ligeras señales de tiza en un encerado. Y por más esfuerzos mentales que hice no pude descubrir, en esa pizarra obscura de mi pensamiento, una línea siquiera a la cual referirme. Hasta las mismas nociones de tiempo y lugar parecían empeñadas en disiparse, para mi confusión, en una penumbra de aturdimiento. Sentíame acribillado por las miradas de la asamblea. Aquellos momentos de sofocación espiritual se me ocurrían enormes y risibles. Habría dado cualquier cosa por desaparecer, repentinamente, aunque fuese del modo mágico que usan en los cuentos los encantadores.

En esa ocasión, según mi entender, falló la sabiduría de la consabida sentencia: «De la abundancia del corazón, habla la boca». No atiné a decir absolutamente nada de lo mucho que llevaba en el alma. Penosa y vulgarmente salí del paso, felicitando a Sáenz Peña por el veredicto que había merecido de sus conciudadanos y agradeciéndole las muchas atenciones que siempre nos había dispensado, como ministro, a sus compatriotas de Roma.

Tal mi primer tentativa de discurso improvisado. Después de una experiencia tan lamentable, quedé sin ganas de ensayar ese arte difícil de la palabra hablada. Y ahora que, en el desempeño de mi ministerio, las circunstancias me obligan a un constante ejercicio de oratoria improvisada, no puedo menos de pensar que se cumple, a pesar de todo una vez más, la predicción popular: «Nadie debe decir: de esta agua no beberé».

Dionisio R. Napal



La literatura regional ha creado entre las fábulas y "casos" de holgorio espiritual a don Pedro Urdimales, un curioso personaje de leyenda. Tiene en el prestigio poderoso de su talento simple, el sentimiento ingénito de la picardía humana y el carácter recreativo de la acción. Su temperamento, vivaz y travieso, tenía la predestinación triunfante del arrojo y de la suerte. Errante y noble amigo, amaba sin ambición, ni maldad, la mentira pueril, el humorismo agudo y el doloroso castigo de la burla.

En sus célebres apuestas de interés y aventura, la audacia de sus ideas pasmaba siempre la segura fe del éxito. Su existencia cómica y dramática, amenizó las horas de la soledad y el cansancio. Los grotescos episodios de su historia avivaron el ingenio de la raza, la virtud de la obediencia, el regocijo infantil y el culto del sacrificio y del valor. Quizá ilusoria creación de la mente popular, su vida trasunta uno de los símbolos más pintorescos del "folklore" del Norte.

Cuando quería algo imposible y necesario, ideaba los planes de la victoria más risueña y eficaz. Entre las hazañas de mayor amenidad, está su célebre travesura a un sacerdote sobre el fantástico cuento de la paloma de oro.

Aquella tarde del suceso, Urdimales, rendido de fatiga, caminaba en dirección al pueblo. Tenía necesidad de dinero y se encontraba huérfano de toda protección. ¿Qué hacer para salvar el largo viaje pedestre y proporcionarse un recurso monetario? La respuesta halagüeña era obscura y egoísta.

Sin embargo, su imaginación ardiente comienza a trabajar. Seguía la marcha torturado por la incierta salvación de la esperanza. De pronto, la casualidad aparecía en el camino. El viejo cura de la iglesia rural, avanzaba al trote largo sobre un gordo caballo alazán. Una idea luminosa le cruza por la mente. Busca una erizada hoja de nopal, se tira al suelo y, quitándose el sombrero, la cubre y le aprieta las alas en señal de una captura prodigiosa.

Llega el cura viajero y, al observar la incómoda actitud de Urdimales, le pregunta:

—¿Qué haces allí, Pedrito?

—Acabo de pillar una paloma de oro y tengo miedo que se escape.

—¡Será posible, hijo mío!

—¿Acaso duda de mi palabra, señor cura?

—No, pero será fácil verla.

—Imposible, señor. Es arisca, tiene una fuerza poderosa y es la única que existe en la comarca.

—Te la compro. ¿Quieres?

—No puedo, señor. Estas aves son una fortuna.

El cura, sugestionado por la curiosidad y el interés del maravilloso hallazgo, se apea del caballo. Entonces Urdimales, que preparaba la celada, le ruega:

—Vea, señor cura. ¿Podría hacerme un gran favor?

—Con el mayor gusto, Pedrito.

—He resuelto venderle la paloma, pero antes, ayúdeme a cazarla.

—¿En qué forma?

—Pues apriete usted bien las alas del sombrero hasta que yo vaya a traer una jaula del primer rancho que encuentre en el camino.

—Pierde cuidado, que de mis manos no se escapará jamás.

—Pero, en estos casos, hay que obrar con rapidez, señor cura. ¿No le parece que si voy a pie, tardaré mucho tiempo en volver? ¿Por qué no me presta su caballo un momento?

—Como no, Pedrito. Puedes ocuparlo con confianza, es demasiado manso el pobrecito.

Urdimales, ante la evidencia del triunfo, cede la custodia valiosa, monta en el bridón y parte al galope. Ahora, llegará pronto al pueblo y vendería el animal y la montura. Los recursos de su astucia eran la empresa de un opimo negocio.

Mientras tanto las horas pasaban, y el cura, solitario, comienza a sospechar la malicia del engaño. Urdimales no regresaba con la jaula, ni el caballo, y la noche se venía encima. Con algo de fe todavía, el pastor de almas, levanta un poquito el ala del sombrero; quiere mirar la hermosa paloma; pero un vago temor lo desconcierta. Podría escaparse sin remedio.

Al llegar la noche, el crédulo sacerdote pierde la paciencia. Entonces, ya resuelto a todo, introduce los dedos y pega un manotón a la paloma de oro. Mas su blanca mano, se clava en el cactus espinoso y agresivo; mientras en el lejano pueblo, Pedro Urdimales se reía a carcajadas, recordando las blasfemias del religioso penitente castigado.

JULIO ARAMBURU

DIBUJO DE USANDIVARAS

DE MODO QUE MARCHABA ENTRE DOS SOMBRAS.

A. Von Chamisso

Historia Maravillosa de Pedro Schlehmil

(CONCLUSIÓN)

Tuve un sueño delicioso, en que las imágenes más graciosas desfilaron ante mí danzando vaporosamente. Mina, los cabellos coronados de flores, se detuvo un momento y me sonrió con afecto. También el bueno de Bendel iba coronado de flores, haciéndome al pasar una cariñosa reverencia. Vi a muchos otros hombres; me parece que también a ti, Chamisso, en el fondo de un tropel confuso. Flores y cánticos, amor y alegría, entre bosquecillos de palmeras, todo iluminado por una luz clara, sin ninguna sombra, y, lo que es más extraño, sin que esto me pareciese mal. Yo no podía detener aquellas figuras amables y vívidas ni adivinar quiénes eran muchas que se desvanecían ligerísimamente. Pero sé que soñaba encantado con ellas, resistiéndome a despertar. Y estaba despierto de veras y apretaba todavía los ojos para retener por más tiempo fantasías tan delicadas. Abrí, en fin, los ojos. El Sol estaba aún en el cielo, pero en el Este; había dormido toda la noche. Tomando esto por una señal de que no debía volver a la posada, di fácilmente por perdido lo que aun poseía en ella, y decidí emprender a pie un camino lateral que conducía a través de bosques espesos. No pensé en volver la vista atrás ni tampoco en dirigirme a Bendel, a quien había dejado rico, como hubiese podido hacer en último caso. Me contemplé en el nuevo aspecto que debía ostentar en el mundo: mi traje era muy modesto; llevaba una vieja chaqueta, que ya tenía en Berlín, y que no sé cómo fué lo primero que encontré a mano para este viaje; me tocaba con una gorra y calzaba un par de botas viejas. Levantándome, pues, corté en el mismo sitio un bastón de nudos, como recuerdo, y emprendí al punto mi peregrinación.

En el bosque encontré a un viejo aldeano que me saludó amigablemente y con el cual

entablé conversación. Como si fuese un viajero deseoso de saber, me informé primero del camino y después de la comarca y sus habitantes, de los productos de la montaña y de otras muchas cosas.

El aldeano respondió razonable y locuazmente a mis preguntas. Así llegamos al lecho de un torrente que había llevado sus estragos sobre una amplia extensión del bosque. Ante aquel espacio iluminado por el Sol me estremecí íntimamente y dejé al aldeano adelantarse; pero él se quedó parado y silencioso en medio del peligroso lugar y se volvió a mí para contarme la historia de aquellos estragos. Pronto notó lo que me faltaba y se interrumpió en mitad de su discurso:

—¡Pero cómo puede ser eso!. ¡El señor no tiene sombra!

—¡No, por desgracia! — repuse suspirando. — Durante una larga y maligna enfermedad me quedé sin pelos, uñas y sombra. Ya ves, buen viejo, los pelos que han vuelto a salirme todos blancos, a mi edad, las uñas muy cortas y la sombra aun no ha vuelto a crecerme.

—¡Hum!—replicó el viejo sacudiendo la cabeza. —¡No tener sombra, malo es eso! Fué una mala enfermedad la que el señor tuvo.

Lo cierto es que él no reanudó su relación, y, a la primera encrucijada que se presentó, se separó de mí sin decir una palabra. A mí me corrieron amargas lágrimas por las mejillas y se me acabó la alegría.

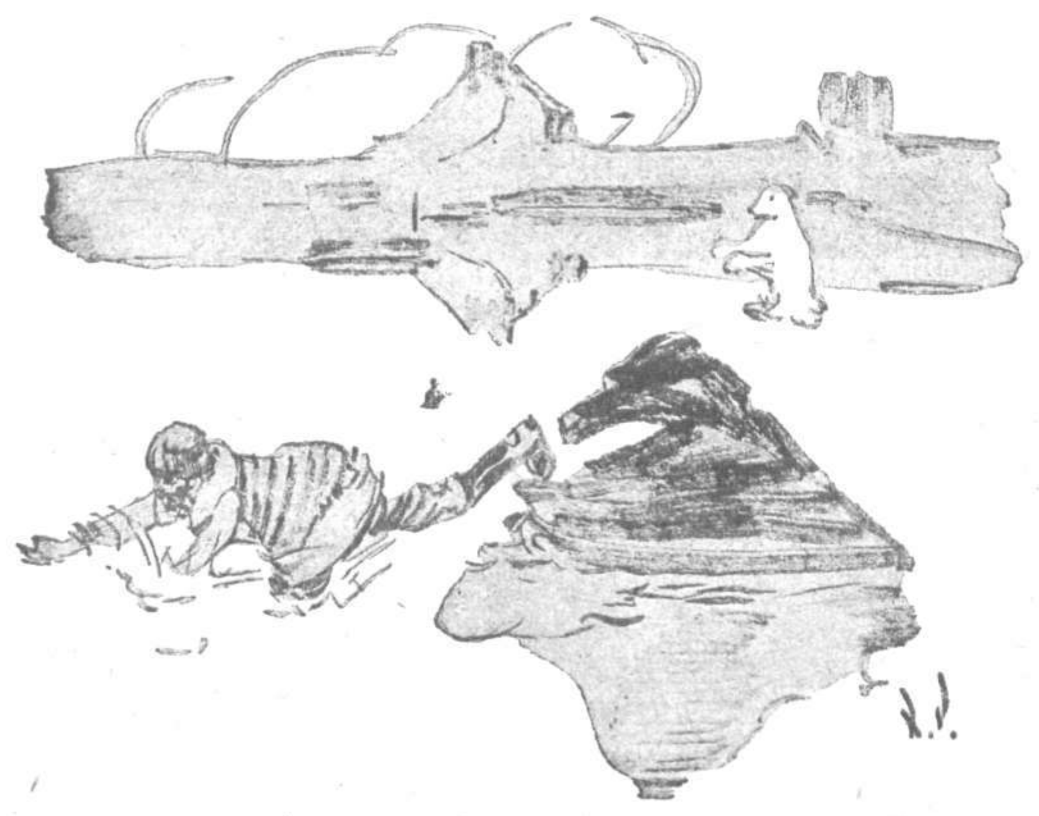
Proseguí mi camino con el corazón contristado y no volví a buscar compañía humana. Me mantenía en lo más obscuro del bosque, y para pasar por un lado donde brillaba el Sol, tenía que esperar muchas veces horas enteras a que no me impidiese el paso ningún ser humano. Por la noche procuraba pedir albergue en las aldeas. Iba derechamente hacia unas minas de la montaña, donde esperaba encontrar trabajo bajo tierra, pues aparte de que mi situación actual me forzaba a buscarme los medios de subsistencia, había llegado a darme cuenta de que sólo un trabajo rudo podía preservarme de mis siniestros pensamientos.

Un par de días lluviosos me abreviaron el camino, pero a costa de mis botas, cuya suela había sido calculada para el conde Pedro y no para un peregrino. Como iba ya con los pies desnudos, tenía que procurarme un par de botas nuevas. A la mañana más inmediata me cuidé con toda seriedad en este negocio en una villa donde había feria, en un puesto de la cual estaban a la venta botas viejas y nuevas. Anduve escogiendo y regateando mucho tiempo. Al cabo tuve que renunciar a comprar un par nuevo, que me hubiese puesto con gusto, espantado por las inicuas exigencias del vendedor, y me contenté con unas viejas, que estaban aún buenas y fuertes, y que el guapo muchacho de pelo rubio y rizoso que tenía el puesto me entregó una vez que las hube pagado, sonriéndome amistosamente y deseándome un buen viaje. Me las puse en seguida y salí del lugar por la puerta que daba al Norte.

Iba muy abismado en mis pensamientos y apenas si miraba dónde ponía el pie, pensando en las minas, adonde esperaba llegar aquella misma noche y en las cuales no sabía bien cómo debía presentarme. Aun no había andado doscientos pasos cuando advertí que me había extraviado, pues mirando en torno mío me encontré en un hirsuto y antiquísimo bosque de abetos, en que el hacha no parecía haber entrado jamás. Avancé algunos pasos y me vi en medio de rocas desiertas, en que sólo musgo y líquenes habían medrado y entre las cuales yacían campos de nieve y hielo. El aire estaba muy frío. Miré a mi alrededor; el bosque había desaparecido tras de mí.

Anduve algunos pasos más... En torno mío dominaba el silencio de la muerte, y hasta perderse de vista, se extendía el hielo sobre el cual me encontraba y que estaba cubierto de una espesa niebla. El sol estaba sangriento en el confín del horizonte. El frío era insoportable. Yo ignoraba cómo me había pasado aquello. Pero el frío entumeciente me forzó a acelerar los pasos. A lo lejos percibí un rumor de aguas. Un paso más y llegué a la orilla helada de un océano. Ante mí se precipitaron rápidamente en el mar incontables manadas de focas. Corrí a lo largo de aquella orilla y seguí viendo rocas desnudas, tundras, bosques de abetos y abedules. Proseguí corriendo un par de minutos derecho ante mí. Hacía un calor asfixiante. Miré alrededor; estaba entre hermosos y altos arrozales, bajo moreras. Me senté a su sombra y miré mi reloj; hacía más de un cuarto de hora que había abandonado el puesto de la feria. Creyendo soñar me froté los párpados para despertarme, pero estaba perfectamente despierto. Cerré los ojos para concentrar mis pensamientos y oí frente a mí extrañas sílabas nasales. Abrí los ojos: dos chinos de inequívoca fisonomía asiática, si es que no quería dar crédito a sus vestidos, me hablaban en su lengua con las ceremonias que les son tradicionales. Me levanté y retrocedí dos pasos. Dejé de verlos; el panorama había cambiado del todo:


FIRMAD, PUES.



AFIRMÉ UN PIE SOBRE EL PEÑASCO, PERO CAÍ AL MAR DEL OTRO LADO.

en vez de los arrozales, árboles y bosques. Me fijé en estos árboles y en las hierbas que me rodeaban; las que conocía eran plantas del Sudeste de Asia. Quise acercarme a un árbol, di un paso y volvió a cambiar todo. Entonces me puse a andar como un recluta que hiciese la instrucción, yendo y viniendo a pasos regulares largo rato. Y territorios maravillosamente variados, campiñas, praderas, montañas, estepas, desiertos arenosos desfilaron ante mi vista estupefacta. No cabía ninguna duda: me había calzado las botas de siete leguas.

X

Caí de rodillas en muda oración y vertiendo lágrimas de gratitud, pues de súbito me había dado cuenta con toda claridad de mi porvenir. Excluído, por mi culpa, de la compañía de los hombres, se me daba en compensación la de la Naturaleza, a la cual había amado siempre; la Tierra se me mostraba como un rico jardín; el estudio, como norma y sostén de mi vida, y la ciencia, como objeto. No había otra resolución que tomar. Desde entonces he intentado, con una aplicación silenciosa, severa, incesante, exponer lo que entonces se me presentó clara y perfectamente como modelo ante la conciencia, y mi satisfacción ha dependido de la conformidad de lo expuesto con el modelo.

En seguida me levanté para tomar sin tardanza y con una fugaz ojeada posesión del campo donde en el porvenir pensaba cosechar. Estaba en la meseta del Tibet, y el Sol, que había salido para mí pocas horas antes, se inclinaba ya hacia Poniente. Adelantándolo en su carrera, recorrí Asia de Este a Oeste y pasé a Africa, la cual medí repetidamente en todas direcciones, mirando siempre curiosamente en torno mío. En Egipto, después de contemplar con asombro las viejas pirámides y templos, divisé en el desierto, cerca de Tebas, la de las cien puertas, las cuevas donde antaños moraban los anacoretas cristianos. En el acto me dije decididamente: aquí está tu casa. Escogí por futura mansión una de las más escondidas, que a la vez era espaciosa, cómoda e inaccesible a los chacales, y reanudé mi viaje.

Salté a Europa por las columnas de Hércules, y después de pasar revista a sus provincias meridionales y septentrionales, crucé el Asia del Norte y los ventisqueros polares hacia Groenlandia y América, y atravesé las dos partes de este continente, hasta que el invierno, que reinaba ya en el Sur, me hizo volver rápidamente el cabo de Hornos hacia el Norte.

Me detuve, hasta que se hizo de día, en el Este de Asia, y continué mi exploración después de un descanso, siguiendo a través de ambas Américas la cordillera que encierra las más altas escabrosidades conocidas de nuestro globo. Tras largo rato de andar con precaución de cima en cima, tan pronto sobre volcanes humeantes como sobre cumbres recortadas, respirando con trabajo frecuentemente, alcancé el monte Elías y salté a Asia por el Estrecho de Bering. Siguiendo la costa oriental con todas sus sinuosidades, escudriñé con singular atención cuáles de las islas allí diseminadas me eran accesibles. De la península de Malaca me llevaron mis botas a Sumatra, Java, Babi y Lamboc, e intenté incluso, arriesgándome a menudo, pero siempre en vano, abrirme paso por el Noroeste, aprovechando las pequeñas islas e islotes de que está sembrado aquel mar, hacia Borneo y demás islas del archipiélago. Tuve que renunciar a esta esperanza. Por fin me senté sobre la punta más extrema de Lamboc, y,

volviendo el rostro hacia el Sudeste, igual que si estuviese ante la reja infranqueable de una cárcel, lloré por haber encontrado tan pronto los límites de la Tierra. La notable Nueva Zelandia y el mar del Sur, con sus islas de zoófitos, tan esencialmente necesarias para el conocimiento de la Tierra y el mundo de los animales y plantas con que la viste el influjo del Sol, me estaban vedadas, de modo que todo lo que podía juntar y construir estaba condenado desde su origen mismo a permanecer mero fragmento. ¡Pero éstos son, oh, Adalberto, los afanes de los hombres!

Como era lo más recio del invierno en el hemisferio Sur, intenté repetidamente, dando inseguros saltos sobre los témpanos y arriésgandome lo-amente contra el frío y el mar, franquear desde el cabo de Hornos, por los hielos polares, aquellos doscientos pasos hacia Oeste que me separaban de la Tierra de Van Diemen y Nueva Zelandia, sin preocuparme del regreso, y aunque esta tierra malvada hubiera de cerrarse sobre mí como la tapa de mi féretro. En balde. Aun no he estado en Nueva Zelandia. Siempre acababa regresando a Lamboc y sentándome sobre su punta más extrema; lloraba sin cesar, con el rostro vuelto al Sudeste, como ante la reja infranqueable de una cárcel.

Por fin me aparté de aquel sitio, y volviendo con el corazón afligido al interior de Asia, la recorrí de nuevo siguiendo al crepúsculo matutino hacia Oeste, y llegué aún de noche a la Tebaida, a la casa que había escogido en las horas de la tarde anterior. Tan pronto como descansé algo y se hizo de día en Europa, fué mi primer cuidado procurarme lo que necesitaba. Ante todo, algo que detuviese mis botas, pues ya había experimentado, al ponérmelas, qué incómodo es no poder acortar el paso para examinar a gusto los objetos próximos. Un par de chinelas puestas por encima me dió el resultado que me había prometido de ellas, y con el tiempo llegué a llevar siempre dos pares de ellas conmigo, porque a menudo tenía que arrojar un par, sin tiempo de recogerlo, cuando leones, hombres o hienas venían a espantarme al herborizar. Mi reloj, que era muy bueno, resultaba un excelente cronómetro en mis rápidas correrías. Pero necesitaba además un sextante y algunos instrumentos físicos y libros.


LO TOMÉ BAJO EL BRAZO Y LO LLEVÉ CONMIGO HASTA CASA.

Para procurarme todo esto hice algunos viajes peligrosos a Londres y París, los cuales me facilitó, sin embargo, una niebla favorable. Cuando se agotó el resto de mi oro, aporté en pago con toda facilidad el marfil que encontraba en Africa y del cual elegía los dientes más pequeños, aquellos que no sobrepujaban mis fuerzas. Pronto me pertreché y proveí de todo, y empecé en seguida mi nuevo género de vida como sabio *particular*.

Recorría la tierra, ya midiendo sus alturas o la temperatura de sus fuentes o del aire, ya observando animales, ya examinando plantas. Pasaba aprisa del Ecuador al Polo, de un mundo a otro, comparando experiencias con experiencias. Los huevos de los avestruces africanos o de las aves marinas del Norte; las frutas, singularmente las de las palmeras y bananos tropicales, eran mi sustento acostumbrado. A falta de dicha, tenía como sucedáneo la nicotina, y a falta de afectos y lazos humanos, el cariño de mi fiel perro de aguas, que me guardaba mi cueva de la Tebaida, y cuando volvía a ella cargado de nuevos tesoros, saltaba a mí amistosamente, y aunque no fuese un ser humano, me hacía sentir que yo no estaba solo sobre la tierra. Pero todavía una aventura debía mezclarme de nuevo con los hombres.


XI

Un día que, refrenadas mis botas con las chinelas, recogía juncos y algas en las costas de Noruega, me acometió de improviso un oso blanco que surgió detrás de una roca. Arrojando las chinelas, quise pasar a una isla situada enfrente, a la cual me daba acceso un peñasco desnudo que sobresalía en medio de las olas. Afirmé un pie sobre el peñasco, pero caí al mar del otro lado, por no percatarme de que se me había quedado adherida la chinela del otro pie.

Un intenso frío se apoderó de mí y salvé con dificutad la vida de aquel peligro. En cuanto pisé tierra corrí tan aprisa como pude al desierto líbico, para secarme allí al sol. Pero habiéndome expuesto demasiado, me dió en la cabeza una insolación tan grande que, sintiéndome muy mal, volví vacilante hacia el Norte. Intenté proporcionarme alivio mediante un movimiento rápido y corrí a grandes zancadas inseguras del Este al Oeste y de Oeste a Este, encontrándome tan pronto de día como de noche, tan pronto en verano como en el rigor del invierno.

Ignoro cuánto tiempo fluctué así sobre la tierra. Una fiebre ardorosa me abrasaba las venas y sentía, con una angustia enorme, que la conciencia me abandonaba. Pero la desdicha quiso que con carrera tan desconsiderada pisase a alguien en el

pie. Debí de hacerle daño; recibí un fuerte golpe y desfallecí.

Cuando recobré la conciencia yacía cómodamente en una buena cama, que estaba, entre otras muchas, en una hermosa y espaciosa sala. A mi cabecera alguien estaba sentado; por la sala, unos hombres iban de una cama a otra. Llegaron ante la mía y hablaron de mí. Lo raro era que me llamaban el "número doce", no obstante (podía leerlo del todo) que a mis pies, en la pared de enfrente, estaba escrito perfectamente mi nombre

Pedro Schlehmil

con grandes caracteres dorados sobre una lápida de mármol negro. En la lápida había además dos líneas de letras bajo mi nombre; pero estaba todavía demasiado débil para colegirlas y volví a cerrar los ojos.

Entonces oí leer en voz alta y perceptible algo en que se trataba de Pedro Schlehmil, pero no pude comprender el sentido. Ante mi cama vi aparecer un hombre afable y una mujer muy hermosa, vestidos de negro. Sus caras no me eran extrañas, pero no pude reconocerlas.

Pasó algún tiempo y fuí recobrando las fuerzas. Se me llamaba el "número doce", y el "número doce" pasaba por un judío a causa de su larga barba; pero no por esto era atendido menos cuidadosamente. Nadie parecía haber advertido que no tuviese sombra. Según me aseguraron, mis botas, junto con todo lo que se había encontrado conmigo al traerme aquí, se encontraban guardadas en sitio seguro para serme devueltas después de mi restablecimiento. El sitio en que yacía enfermo se llamaba el Schlemihlio; lo que de Pedro Schlehmil se leía en la lápida era una exhortación a rogar por él, como fundador y bienhechor de aquella institución. El hombre afable que había visto junto a mi cama era Bendel, y la mujer hermosa era Mina.

Me restablecí en el Schlemihlio sin ser reconocido, y además me enteré de que estaba en el pueblo natal de Bendel, donde con el resto de mi oro maldito había fundado, bajo mi nombre, aquel hospital, en que los desgraciados me bendecían y cuya inspección ejercía él mismo. Mina se había quedado viuda. Un desdichado proceso criminal había privado de la vida al señor Raskal, y a ella misma de la mayor parte de su fortuna; sus padres ya no existían; ella vivía aquí como una viuda piadosa dedicada a las obras de misericordia.

Un día ella y el señor Bendel se pusieron a hablar junto a la cama número doce.

—¿Por qué, señora, os exponéis con tanta frecuencia al aire malsano que reina aquí? ¿Tan duro ha sido con vos el Destino que deseáis morir?

—No, señor Bendel. Desde que he despertado de mis sueños me encuentro bien. Desde entonces ya no deseo ni temo la muerte. Desde entonces pienso serenamente en el pasado y el porvenir. Y vos mismo, ¿no servís con callada fidelidad íntima, piadosamente a vuestro señor y amigo?

—Sí, señora, gracias a Dios. ¡Pero qué cosas más singulares nos han pasado! Sin pensarlo, hemos apurado una copa llena de tantos bienes como amargos dolores. Ahora está ya vacía. Ahora podría pensarse que todo no ha sido más que un ensayo y que, bien aleccionados, va a empezar la verdadera representación; pero la verdadera representación es ahora otra. Y sin echar de menos aquel ensayo, está uno, sin embargo, alegre de haberlo vivido tal como fué. Por lo demás, tengo la confianza de que nuestro antiguo amigo se encuentre ahora mejor que entonces.

—También yo —repuso la hermosa viuda, y se alejaron.

Esta conversación me causó una profunda impresión; dudé si debía darme a conocer o irme desconocido. Por fin me decidí. Hice que me diesen papel y lápiz y escribí estas palabras: "También vuestro antiguo amigo se encuentra ahora mejor que entonces, y si expía es la expiación de la reconciliación."

Después pedí mis vestidos, pues me encontraba más fuerte. Me entregaron la llave de un pequeño armario que estaba junto a mi cama, en el cual encontré todo lo que me pertenecía. Me vestí, me colgué sobre la chaqueta negra la caja de herborizar, en la que encontré con alegría mis juncos nórdicos, calcé mis botas y dejando sobre mi cama el billete escrito, estaba ya lejos, camino de la Tebaida, cuando se abrió la puerta.

Andando a lo largo de la costa siria, por el camino por donde me había alejado de casa la última vez, vi venir hacia mí a mi pobre *Fígaro*. Al parecer, este buen perro de aguas había seguido las huellas de su dueño después de haberle esperado mucho tiempo. Me detuve y lo llamé. Ladrando saltó sobre mí con mil demostraciones conmovedoras de inocente alegría. Y como sin duda no podría seguirme, lo tomé bajo el brazo y lo llevé conmigo hasta casa.

La encontré toda en el mismo orden, y volví poco a poco, a medida que recuperaba fuerzas, a mis ocupaciones anteriores y a mi antiguo modo de vivir. Pero pasó un año, durante el cual me fué insoportable del todo el frío polar.

Y así, mi querido Chamisso, vivo todavía hoy. Mis botas no se desgastan, como en un principio me lo hizo temer la muy docta obra del celebre Tieckius, *De rebus gestis Pollicilli;* su fuerza sigue incólume. Sólo mis energías se acaban; pero tengo el consuelo de haberlas empleado fructuosamente en un fin perseguido con perseverancia. Tanto como mis botas han alcanzado he estudiado la Tierra, su forma, sus alturas, su temperatura, la atmósfera y sus cambios; las manifestaciones de su magnetismo y la vida que hay sobre ella, singularmente el reino vegetal, más fundamentalmente que cualquiera de los que me han precedido. He expuesto en orden claro y con la mayor precisión posible estos hechos en varias obras, y he consignado de pasada mis deducciones y opiniones en algunas disertaciones. He establecido la geografía del interior de Africa y de las tierras polares del Norte, del interior de Asia y de su costa oriental. Mi *Historia stirpium plantarum utriusque orbis* constituye un gran fragmento de la *Flora universalis terrae* y un miembro de mi *Systema naturae*. Con ella creo no haber aumentado solamente el número de las especies conocidas, en mayor proporción que nadie, sino también haber hecho algo para el sistema natural y la geografía de las plantas. Ahora trabajo asiduamente en mi Fauna. Tendré cuidado de que antes de mi muerte mis manuscritos sean entregados a la Universidad de Berlín.

En cuanto a ti, mi querido Chamisso, te he escogido por depositario de mi maravillosa historia, de la cual, cuando yo haya desaparecido de la tierra, acaso puedan obtener enseñanza provechosa muchos de los que la habitan. Así que, amigo mío, si quieres vivir entre los hombres, aprende a estimar primeramente tu sombra y después el oro. Mas si quieres vivir sólo para ti y para tu mejoramiento, entonces no necesitas ningún consejo.

F I N

DIBUJOS DE PAEZ TORRES

Las plumas salvadoras

Los refranes no son verdades axiomáticas; en algunos casos muestran que son obra humana e imperfecta. Aquel sabio refrán de: *más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena*, es una verdad que acaso debía escribirse en el frontis de las casas de orates. Y, sin embargo, el doctor Lucio V. Meléndez, médico de locos, cuya vida fué un bello ejemplo de consagración al bien, dirigía el manicomio con la sabiduría y bondad más encomiable, y, cada infeliz asilado, más que un enfermo era un hijo, para el que tenía la mayor solicitud y cariño. Los locos, sensibles a esta bondad, lo querían entrañablemente, y en miles de casos en que los guardianes no podían reducir a un enfermo enfurecido, la presencia del doctor Meléndez bastaba para tranquilizarle. Convencido de su ascendiente sobre los enfermos, penetraba solo en las celdas de los más furiosos:

— El día menos pensado le van a dar un mal rato — le decía su ayudante.

— Yo conozco a mis pobres enfermos — replicaba Meléndez. — No tenga cuidado.

Y seguro, perfectamente seguro que jamás se atreverían contra él, hacía sus visitas, y entraba aquí y allá, solo siempre, pues no quería que le acompañara ni su ayudante.

Aquella tarde, como de costumbre, luego de hacer una recorrida, se llegó a la cocina, a inspeccionar la comida, y no bien entró lo rodearon cocineros y marmitones, gritando alegremente:

— ¡Aquí está el pollo! ¡Al caldero el pollo! ¡Aquí está el pollo! — Meléndez se rió, creyendo que era una broma, pero, bien pronto dióse cuenta que aquello iba en serio, que un cocinero alto y fuerte trataba de tomarlo por los sobacos para meterlo al caldero. No había cómo llamar, ni era posible luchar contra tantos: Meléndez se juzgó perdido, y cuando ya lo alzaban para tirarlo de cabeza en un caldero de agua hirviendo, gritó:

— ¿Qué cocineros son ustedes que van a cocinar un pollo con plumas? Déjenme, que me saque las plumas...

— ¡Qué se saque las plumas! ¡Qué se saque las plumas! — gritaron los locos alborozados.

Meléndez, muy serio, salió por entre la doble fila de locos, *a sacarse las plumas*. Más tardó en llegar a la puerta que en pedir socorro, y cuando llegaron los guardianes... cada loco estaba tranquilamente dedicado a su tarea.

Meléndez los miró largamente, y, volviendo a su despacho, murmuró sonriendo:

— Si no es por las plumas... qué lindo pollo se comen.



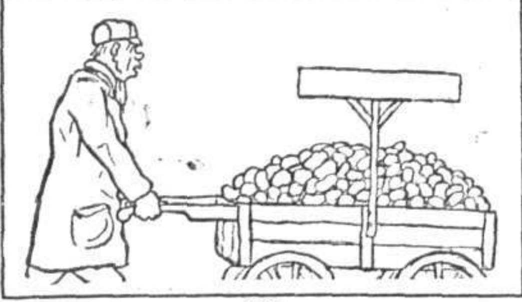
—¿Has echado a la nodriza?
—¡Naturalmente! Me dijeron que esa mujer tenía un niño...

La felicidad consiste en poseer un buen espíritu y una recta razón. ¡Oh, genio mío! ¿Qué haces tú, pues, aquí? Retírate, en el nombre de los dioses, del mismo modo que has venido; porque no te necesito. Has venido según tu antigua costumbre; no te odio por eso, pero, en una palabra, vete.

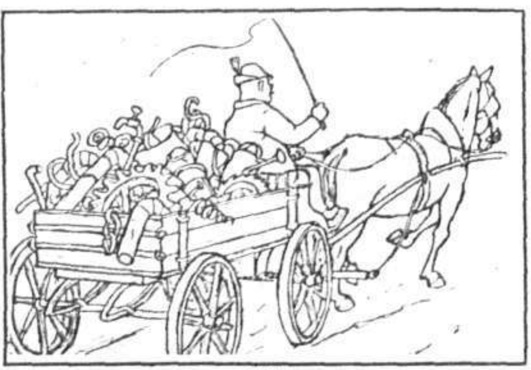
Marco Aurelio.



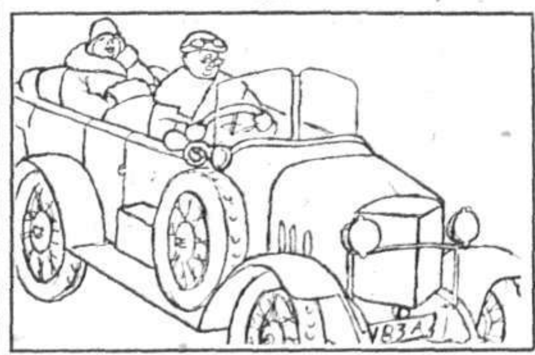
Historieta Muda
EL ACAPARADOR



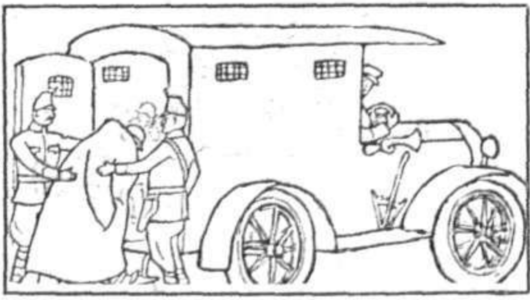
1921



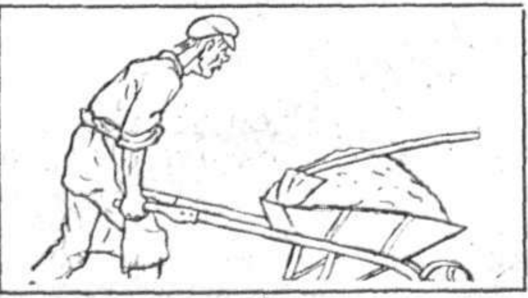
1922



1923



1924



1925

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838

SOLICITE CATALOGO N.° 21



MODELO N.° 424

En cabritilla negra. En cabritilla *marrón*. En cabritilla charolada. Tacos de 3 ½ y 5 ½ centímetros.

$ 14.90



MODELO N.° 414

En cabritilla charolada. En cabritilla negra. En gamuza negra. NOTA: En cabritilla negra y gamuza negra, hay taco de 3 ½ y 5 ½ centímetros.

$ 14.90



MODELO N.° 441

Capellada cabritilla charolada, talonera de gamuza negra. En cabritilla negra. Tacos 5 ½ centímetros únicamente.

$ 14.90



MODELO N.° 416

En cabritilla negra. En cabritilla marrón. En cabritilla charolada. Taco de 5 ½ centímetros únicamente.

$ 14.90



MODELO N.° 328

En gun metal negro. En cabritilla negra. Liso o picado.

$ 14.90



MODELO N.° 318

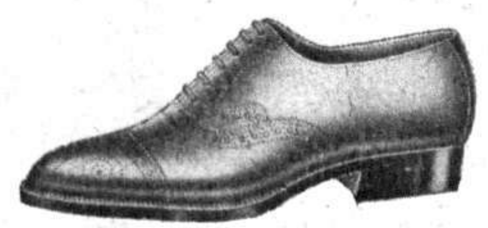
En gun metal negro, caña de gabardina gris plomo, gris perla y beige. En gun metal de color, caña de gabardina gris y beige obscuro.

$ 14.90

MODELO N.° 335. — En gun metal negro. En gun metal de color. Suela extra reforzada .... **$ 14.90**



MODELO N.° 325. — En cabritilla charolada. En cabritilla negra. En gun metal negro. En gun metal color, liso o picado............ **$ 14.90**



Invitamos a cotejar nuestros calzados con los que se venden a $ 25 ó 30 el par.



EL HOMBRE DE LOS ROMANCES

Como no sabe escribir
y es un pobre badulaque,
José Grullo, hijo de Pero,
dice mil trivialidades,
y de este modo inocente
estropea los romances.

Sagarna, hombre muy sensato
suele a ratos declamar:
—Muchas veces oí decir
y a los antiguos contar,
que ninguno por riqueza
no se debe de ensalzar,
ni por pobreza que tenga
se debe menospreciar.

En diversas ceremonias
Noel se pasó tres días,
y, al ver que están arrugados
sus pantalones, musita:
—¡Oh ciudad, cuánto me cuestas
por la gran desdicha mía!

El que de la Agricultura
hoy viene a ser el sultán
salta, brinca, duerme un poco
y después vuelve a saltar.
Unas veces piensa en Cristo
y otras veces en Alá,
y pretende que le tengan
por ministro sin igual.
Los folletos que publica
de mil pasan y algo más.
De allí quedó con gran honra
y mayor prosperidad.

Cuando Elpidio piensa en Cárcano,
suele Elpidio hablar así:
—Hice a Córdoba diez viajes;
fué como si fuera al Rif,
pues en todo me ha vencido
por más hábil y más chic.
De ese Cárcano execrable,
de ese os quiero decir,
que le dé Dios mala vida
y a la postre peor fin.

Ayer vi en los Mataderos
al marido de Jacinta,
matarife muy famoso
por su plata y su barriga.
Iba tan tinto de sangre,
que una brasa parecía.

Oye Hipólito las quejas
de los que en vano trabajan
por que haya unión absoluta
y porque triunfe la causa.
Y les estrecha la mano
y les dice estas palabras:
—Bien vengades, los mis hijos,
buena sea vuestra llegada,
allá iredes a posar
a esa cal de Canta-ranas;
hallarés las mesas puestas,
viandas aparejadas.
Desque hayais comido, hijos,
no salgades a las plazas.

Don Marcelo está mohino,
don Marcelo piensa en algo
que se refiere a amenazas,
intrigas, ruido y escándalo.
Y exclama, mientras recorre
su cámara a grandes pasos:
—El bien de la libertad
por ningún precio es comprado.

Gallo, creyéndose moro,
lleno de entusiasmo, grita:
—Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
el día que tú naciste
grandes señales había.
Estaba la mar en calma,
la luna estaba crecida
y soñaban en su triunfo
los antipersonalistas.

Al inspector que la busca,
la bataclana feroz
recibe con estas frases:
—¿Soy menor de edad? ¡Bribón!
Déjame, triste enemigo,
malo, falso, mal traidor,
que no quiero ser tu amiga
ni casar contigo ¡no!

Mi drama anoche estrené,
y los críticos, ¡infames!
afirman que son de paja
y cartón mis personajes.
¡Arriba, canes, arriba!
¡que mala rabia os mate!
En jueves matais el puerco
y en viernes comeis la carne.

Sabe que el interventor
se acerca, y lleno de rabia
murmura el intervenido:
—¿Qué quieres, hombre sin alma?
La pena que merecías,
mereces que te quemaran,
y la ceniza que harás
merece ser aventada.

Vociferan los que ansían
que llegue la intervención:
—Hélo, hélo por do viene
el infante vengador.

Se casó un viejo muy viejo
con la hermosa Soledad,
y se murió a la semana
el obseleto galán.
Si te acercas a su tumba
este epitafio verás:
Aquí está don Bernaldino
que murió por bien amar.

Un curioso entremetido,
alacrán de la política,
que, metiendo las narices
en todo, pasó la vida,
observa que va a quedarse
desnarigado y suspira.
Ya le comen, ya le comen
por do más pecado había.



Las herraduras y la buena suerte

La herradura ocupa el primer lugar entre los problemas de la buena suerte. Todo el mundo sabe que es de mala sombra no recoger una herradura encontrada en la calle, y si se recoge no hay amuleto mejor para traer la fortuna. La creencia viene de hace muchos siglos, y se ha ido transmitiendo de padres a hijos a través de las generaciones.

Antes de coger una herradura es preciso fijarse cómo está colocada. Si las puntas caen al lado de allá es señal de que cogiéndola se coge la suerte, mas por extravagancia o descuido, o por causa de los ladrones, puede abandonarnos con la misma facilidad que se nos presenta. Por eso, ecuando la herradura se encuentra en esta forma, es señal de que se tiene que proceder con cautela.

Lo mejor que puede hacerse es darla vuelta para que las puntas miren hacia el que la va a coger y cogerla entonces. Para llevarla a casa, también hay que seguir la regla de que las puntas miren hacia el cielo, pues de lo contrario, la tierra atrae la prometida fortuna.

Lo mismo hay que hacer al colgarla detrás de la puerta o de una ventana: las puntas deben mirar hacia arriba o se anula la bondad del amuleto. Colgándola, como muchas personas lo hacen, por el centro de la curva, en lugar de ahuyentar los malos espíritus los atrae, y en vez de acarrear la fortuna a la casa, la espanta.

Supónese que en esto tiene mucho que ver la electricidad. De la herradura sale corriente de rayos benéficos, que al estar las puntas hacia arriba, esparcen por encima de la casa una protectora influencia; con las puntas hacia abajo los rayos buenos se hunden en la tierra y con ellos muchas de las buenas influencias que podían ejercer sobre la vivienda.

Hace un siglo, era corriente en muchos pueblos poner una herradura en los establos para ahuyentar a las brujas que ordeñaban a las vacas y las secaban.



El cajero (cambiando el cheque):—¿Cómo lo quiere, don Servando?
El viejo carrerista, distraído:—Mitad "gagnant" y mitad "placé"...

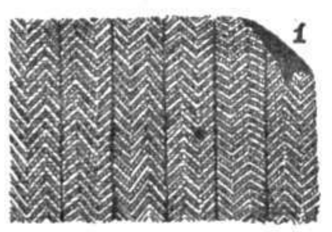
100 MIL CORTES

de ricos casimires, a $ 14.80 c/u.

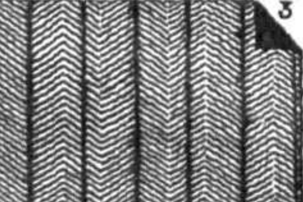
(3 metros)

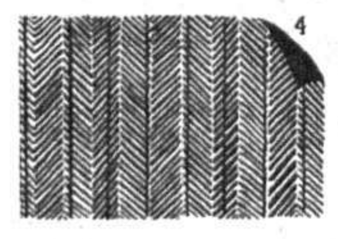
PARA CONMEMORAR DIGNAMENTE LOS

25 AÑOS DE EXISTENCIA DE MI CASA COMERCIAL











Ofrezco esto por muy POCOS DIAS

Se trata de buenos casimires nacionales, de pura lana, en tipos ingleses, de mucho abrigo y duración. De estos casimires, PARA TAPADOS DE SEÑORA, TRAJES TAILLEURS Y SOBRETODOS. vendo cortes de 2.20 metros, a sólo

$ 10.90

OTRAS OCASIONES

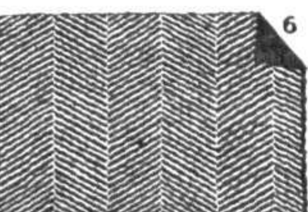
50.000 FRAZADAS "SIBERIANA" gris, de pura lana, 1.50 por 2 metros, a

$ 5.90

10.000 frazadas de lana, blancas y de colores, en todos los tamaños, con pequeños defectos de fabricación, SE LIQUIDAN a PRECIOS INCREIBLES. Grandes saldos de sargas, gabardinas, cheviots, mantas, ponchos, franelas, etcétera.

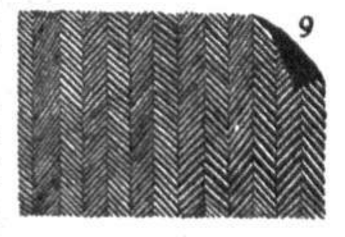
Los pedidos de la campaña pueden hacerse solicitando los gustos que se deseen, de acuerdo al número que llevan estos grabados, de los cuales hay en 3 colores: marrón, gris y gris obscuro; los que serán atendidos previo giro del importe correspondiente.

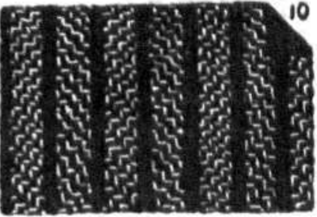
SI ES Vd. COMERCIANTE y no compra en mi casa, no podrá competir con los demás.











FERNANDO SANJURJO

ALSINA 1000 - Buenos Aires
U. T. 4862, Rivadavia

Dispensario gratuito de belleza

La última forma de la caridad—la más moderna y la más pintoresca — es la caridad de la belleza. La ha empezado a practicar Miss Dorothy Gray, especialista que tiene un aristocrático salón de belleza en la Quinta Avenida, estableciendo un "dispensario gratis para muchachas pobres".

"Es preciso aceptar con franqueza la realidad", dice Miss Gray. "Teóricamente, la mujer ha alcanzado igualdad de derechos políticos y de oportunidades profesionales que el hombre y es independiente; teóricamente también, cuando una muchacha solicita un empleo no debe confiar sino en su capacidad para desempeñarlo, para salir triunfante en su aspiración. Pero la realidad es que una criatura graciosa, tiene mucha más posibilidad que una cuyo aspecto resulta ingrato para obtener una colocación. Porque el hombre sigue siendo primeramente hombre, y después, comerciante o profesional. En definitiva, que la muchacha marchita tiene tan pocas probabilidades de conseguir colocación como de conseguir novio, y que no puede hacerse obra más caritativa que "rehabilitar" físicamente a estas bajas del ejército de la belleza que pueden volver a las primeras filas de la batalla que todas las mujeres libramos por el éxito, en un terreno o en otro.

Sostiene además Dorothy, que al enseñarle a las mujeres pobres a arreglarse, se les enseña una economía de tiempo muy apreciable, que pueden dedicarle a sus ocupaciones. Una muchacha que aprende a "maquillarse" científicamente no necesita arreglarse la cara sino dos veces al día, en la seguridad de que no tendrá que darse ni siquiera una mano de polvos ni mirarse al espejo una sola vez en el tiempo de la jornada, pudiendo por lo tanto poner toda su atención en su trabajo.

"Sé perfectamente", dice esta nueva benefactora de la humanidad, "que existen algunas mujeres irremediablemente feas; que hay defectos físicos que no puede remediar ningún cosmético, del mismo modo que hay enfermedades que están fuera del alcance de la medicina y de la cirujía. Pero la belleza es un término relativo y es casi siempre posible realzar el aspecto de la que nació naturalmente bella, y darle gracia y atracción a las que no tuvieron esa suerte".



—¿Y cuánto tiempo tuviste relaciones con ella?
— No me acuerdo; no tenía reloj...

Proverbios franceses

Quien se beneficia por un crimen, es el verdadero criminal.

Los hombres no se entienden unos a otros. Hay más locos de lo que creemos.

Los hombres hacen las leyes, pero las mujeres hacen la moral.

DISCOS DOBLES "NACIONAL"

GRAN PREMIO EN LA EXPOSICION DE LA INDUSTRIA ARGENTINA

LAS NOVEDADES MAS EXITOSAS DE LA SEMANA



DÚO GARDEL-RAZZANO

Con acompañamiento de 4 guitarras

RICARDO BARBIERI

Disco Doble NACIONAL de 25 cms. a $ 3.25

18128 — **ORGANITO DE LA TARDE** Tango. (La más celebrada creación de Carlos Gardel.) González Castillo - Cátulo Castillo.
REYES DEL AIRE. Shimmy. Solo Gardel. Canale - Bohr.

Pida "PUAS CONDOR" Son las mejores y más difundidas. En cajitas de 200 púas m$n. 1.-



Discos DOBLES "NACIONAL" DE 25 cms. A $ 3.-

ROBERTO FIRPO - FRANCISCO CANARO

ORQUESTA TIPICA

6354 — **TIERRA MIA.** Tango. Francisco Payá.
Cicatrices. Tango. Adolfo R. Avilés.

ORQUESTA TIPICA Y JAZZ - BAND

4075 — **TUYO.** Tango. Típica. Rolando Angeletti.
El capote de paseo. Pasodoble. Jazz-Band. S. Merico.

ORQUESTA TIPICA "PACHO" - ELEUTERIO YRIBARREN

JUAN MAGLIO

7441 — **JAQUELINE.** Tango. Bernardo Germino.
Un adiós. Vals. Juan Maglio.

AMERICAN JAZZ-BAND

8061 — **JE VEUX QU'TOUT LE MONDE VOUE MON BONHEUR.** (Quiero que todo el mundo vea mi dicha). Fox Trot. Borel - Clerc.
Quelqu' Un M' Adore. (Alguien me adora). Fox Trot. G. Geshwin.

FRANCISCO LOMUTO - MARIO A. PARDO.

ORQUESTA TIPICA Y JAZZ - BAND

7618 — **HAY QUE APRENDER A BAILAR.** Fox Trot. Jazz-Band. F. Lomuto.
La chirola. Tango. Típica. Victor Lomuto.

CON ACOMPAÑAMIENTO DE GUITARRA

6590 — **EL TORONJIL.** Zamba. J. Muñoz.
Cuyana Mia. Zamba. García Jiménez-Aieta.

Discos DOBLES "NACIONAL" DE 25 cms. A $ 3.25

IGNACIO CORSINI - AZUCENA MAIZANI

CON ACOMPAÑAMIENTO de 3 GUITARRAS

18433 — **VIRGENCITA DEL TALAR.** Tango. Vacarezza-Farini.
Buena suerte. Tango. P. V. Lambertucci

CON ORQUESTA FRANCISCO CANARO

11014 — **TIERRA MIA.** Tango. Novión-Payá. De la revista "Adelante con los faroles".
Tembladeral. Zamba. Camino-Luisi.

MAX GLÜCKSMANN



BUENOS AIRES
CALLAO y B. MITRE
FLORIDA y LAVALLE



ROSARIO
CORDOBA 1048/52
MONTEVIDEO
18 DE JULIO 966

Nuevos
Discos
Nacional

RECUERDOS DE LA VIDA LITERARIA

UNA TARDE CON UN GRAN POETA

Por aquel tiempo me había dedicado galantemente. Guillermo Belmonte Müller su traducción de *Rolla*, tan justamente elogiada. Con objeto de darle las gracias por su fina galantería, pasé a casa del poeta.

Habitaba el feliz intérprete de Musset un tercer piso, en una casa que daba a una plazoleta. Era un apartamentito modesto, pero graciosamente arreglado; parecía cuadrar con el carácter y las aficiones de su ocupante. En todos y en cada uno de los objetos se adivinaba un temperamento sereno y suave, una índole seria y, más que todo, un espíritu delicado.

Era una de las últimas tardes de la primavera, una tarde soleada y tibia. La luz se colaba a pleno por las ventanas abiertas, trayendo en sus torrentes de polvo de oro la cariñosa despedida de la estación.

Belmonte Müller no estaba solo. Le acompañaba un caballero de mediana estatura y algunos años, en quien no se sabría decir si la edad o el quebranto de salud, eran la causa de que en su rostro se advirtieran las huellas de un hondo desgaste. Cualquiera que fuese el origen, era lo cierto que se trataba de un organismo en completa decadencia.

Cuando iba a iniciarse la presentación de estilo, automáticamente extendí mi mano para estrechar la del desconocido; pero en aquel momento oí su nombre y la retiré con un movimiento instintivo. Acto continuo, sin poderme contener, abrí los brazos y estreché al presentado contra mi corazón.

«Contra mi corazón» es una frase que en esta oportunidad casi podría afirmarse que perdió su carácter metafórico. Se trataba de una persona que en el mío ocupaba un lugar tan preferente, que tal decir encajaba de manera admirable.

El huésped de Belmonte, era, nada menos, que el gran lírico don José Zorrilla.

Una bandada de recuerdos invadió mi memoria al escuchar el nombre del poeta. ¡Le había leído tanto y con tan gran placer! Conocía su vida literaria, paso por paso, desde que lanzó su amarga queja sobre la tumba de Larra, hasta las últimas estrofas publicadas ya en su edad senil. Me eran familiares sus reyes idealizados, sus hidalgos califas, sus soñadoras sultanas, sus princesas moras, sus abnegadas damas castellanas, sus gentiles trovadores, sus valientes espadachines, sus cumplidos caballeros, sus doncellas apasionadas, sus monjas y sus celestinas. En tal forma había entrado en mi juventud, que me creía vinculado a él por un parentesco espiritual, bastante estrecho como para permitirme esa cariñosa expansión.

Aquel transporte de un extraño, de un hijo de otras tierras y de otros climas, en vez de sorprenderle o molestarle, conmovió su sensible corazón hasta el punto de que sus ojos se humedecieron. Había un motivo para tal emoción. Rudos desengaños martirizaban su espíritu. La musa fecunda y radiante, siempre obediente a su llamado, con sus favores no había servido sino para enriquecer a los editores y a los empresarios. Estos, en cambio, no tenían para el gran laureado ni la más pequeña atención. Conocida es la anécdota que nos cuenta cómo en un día 1.º de Noviembre, mientras en todos los teatros de Madrid se representaba *Don Juan Tenorio*, él distraía su velada en un circo, viendo ejercicios ecuestres, saltos mortales, fieras domesticadas, juegos malabares y pantomimas grotescas, porque ninguna empresa había tenido a bien recordarlo para ofrecerle una entrada de cortesía, en tanto que las salas se veían pletóricas de gente anhelosa de escuchar su fantástica creación.

— ¿Es usted, según creo, americano? — me dijo.

— Soy de Guatemala, — le respondí.

— ¡América! — suspiró. — ¡Qué buenos días pasé yo allá! No días, años. Once nada menos. Estuve en un país vecino al suyo, en Méjico. Guardo de esa tierra muy buenas memorias... y malas también.

Recordé entonces, in mente, sus grandes triunfos en la tierra del Anahuac, el cariño que se le profesó, y con tristeza, su salida violenta, provocada por él. Recordé más: los versos que dedicó a ese país y que constituyen una sombra en su gloria. Fué un desahogo impropio de su grandeza de espíritu de estro privilegiado.

Aprovechando la pausa que había seguido a su reminiscencia, le pregunté, aunque perfectamente lo sabía, si era cierto que en calidad de lector oficial había estado cerca de Maximiliano.

Innúmeros pensamientos debieron pasar por su mente, porque tardó unos momentos en contestar. Suavemente dijo:

— Sí, con ese carácter tuve oportunidad de estar al lado del Emperador.

No quise perder la ocasión de oír de labios del poeta una opinión más, agregada a lo escuchado y leído, sobre el archiduque austriaco.

— ¿Y cómo era el Emperador? — repuse.

— Un perfecto caballero y un hombre bondadoso — exclamó, con entusiasmo. — Creía cumplir una misión casi providencial y la cumplía a su modo, pero de muy buena fe. Era el instrumento que obedece ciegamente a la mano que lo empuja.

— ¿Y no cree usted que su ejecución fué, con todo y eso, un acto de la más rigurosa justicia?

—Yo lo quería; no soy voto imparcial — murmuró.

Claramente decían más sus ojos que sus palabras que de buena gana hubiera querido que jamás se hubiese representado el sangriento drama del *Cerro de las Campanas*. Yo, en cambio, decía para mí: ¡Nunca con más derecho se ha derramado la sangre ni cadalso alguno ha sido más fecundo! Fué la lápida con que se amortajaron para siempre las tentativas de monarquía en América.

La conversación giró sobre los temas más variados, por un buen espacio de tiempo. Belmonte se levantó para ir en busca de su traducción de *Las Noches*, y quedamos solos Zorrilla y yo. El trovador se puso de pie y comenzó a pasearse. De pronto hizo ademán de dirigirse a la ventana y se detuvo en el propio umbral.

— Tuviera usted la bondad de acompañarme — dijo con voz misteriosa.

Me apresuré a complacerlo; no sin pensar que alguna cosa secreta quería decirme. Acaso algo referente al Emperador. No era así. Cuando estuvimos acodados sobre el barandal, repuso:

— Perdone que lo haya llamado, pero es que yo no puedo asomarme a una altura. Siento el vértigo del abismo, y le aseguro que sería muy capaz de tirarme de cabeza sin poder evitarlo.

— Debe usted vivir en una constante tortura, — articulé sonriendo.

— ¿Cómo así?

— Ocupa usted tan alta cima en el Parnaso, que no debe abandonarle un solo momento el vértigo.

Me tomó la mano y la estrechó con cariño. El sol se hundía en un purpurado atardecer. En breve también iba a sepultarse en la noche sin aurora el astro que tenía a mi lado.

M. SOTO HALL



DE ÉSTA, EL CAZADOR RECIBÍA UN REVÓLVER, Y EL TIGRE, UNA CAMPANILLA.

EL "TIGRE - CLUB"

POR

F. OSSENDOWSKI

Residí una corta temporada en Novokiyevsk, observando el anormal modo de ser de sus habitantes y conviviendo con los militares de su guarnición. Eran éstos una gente extraña, pues hay que advertir que el gobierno ruso destinaba a la remota plaza fronteriza a los oficiales de peor nota, tachados de borrachos, desfalcadores, díscolos y brutales. Como se ve, eran por lo general hombres desmoralizados, abyectos, dedicados por completo al alcohol y al juego; en fin, entregados a la degradación moral. Casi todos eran solteros, y si llegaba la familia de un oficial, empezaban inmediatamente los escándalos, las aventuras y los duelos. Si por casualidad caía por allí una persona natural y digna, su vida entre aquellos locos y granujas merecía la calificación de verdadero cretino; no podía acostumbrarse a las horribles condiciones del servicio ni a las costumbres locales, y pasaba todo el tiempo cazando, la única diversión sana a su alcance, porque no había libros, ni sociedad, ni recreos cultos de ninguna clase. Sin embargo, la mayoría de ellos, casi olvidados por sus superiores y abandonados a sus instintos en la costa de la bahía muerta, junto a la trágica frontera de Corea, aprendían a vivir. Una embriaguez homérica, los juegos de cartas y las frecuentes y sangrientas reyertas llenaban los días de tan envilecidos seres humanos.

El «Tigre-Club» es el mejor ejemplo de los depravados hábitos de aquellos oficiales en las costas de la bahía Possiet. Durante mi visita a la población este «club» funcionaba en secreto, por no tolerarlo las autoridades; pero veinte años antes existía de una manera franca, y su fama se extendió hacia el Oeste hasta el centro de Siberia. Se le conocía con el nombre excéntrico de *El círculo a tiro limpio*. Me contó su historia un veterano oficial que llevaba muchos años destacado en Novokiyevsk.

«Por la tarde, ya todos muy bebidos, solíamos reunirnos en el casino, un granero sucio y obscuro que apestaba a aguardiente, hasta el punto que bastaría para hacer sobrio al más borracho el entrar en nuestro cubil. Claro que a nosotros no nos producía la menor impresión. La borrachera suele poner a los hombres tristes o melancólicos, y de esto surgió el invento de un nuevo recreo llamado el «Juego del tigre». Los asistentes al casino entraban en un cuarto alumbrado por una sola bujía. Se echaban suertes para clasificar a los socios en cazadores y tigres; blanco para los cazadores y encarnado para los tigres. Luego el azar designaba también la pareja a la que tocaba empezar el juego. De ésta, el cazador recibía un revólver, y el tigre, una campanilla.

Los demás socios se sentaban en lo más alto de unas escaleras de mano colocadas junto a las paredes, dejando el suelo a los dos jugadores. Cuando todo estaba dispuesto, los criados entraban trayendo grandes vasos de «vodka» para los espectadores, y de alcohol puro o «arraka» para los contendientes. Consumidas estas «bebidas refrigerantes», los criados apagaban la bujía y salían cuidadosamente cerrando la puerta. Se pronunciaba la voz de «¡Empieza la caza!», y comenzaba el juego.

El tigre se arrastraba, sin ruido, en la obscuridad, porque los jugadores se quitaban el calzado antes de que principiase la broma; se escondía en los rincones de la habitación, se tiraba al suelo y ponía en práctica cuantos recursos le sugería su astucia para engañar el oído y la vigilancia del cazador.

De repente se oía el tintineo de la campanilla, seguido de un disparo. A veces respondía a la detonación el ruido sordo de la caída de un cuerpo, si el tigre resultaba muerto o herido, y en ocasiones resonaba un grito de triunfo:

—¡Perdiste! ¡Toma la campanilla!

Los jugadores cambiaban de papel y la diversión se prolongaba mientras uno de los dos no daba un buen golpe o hasta que no transcurriese el tiempo marcado. A menudo, después de una velada en el «Tigre Club», las patrullas de servicio de mañana encontraban en las playas de la tétrica bahía alguna indudable prueba del increíble entretenimiento. Aunque nadie ignoraba lo que había sucedido entre los miembros del Círculo, el parte oficial se limitaba a manifestar: «Un oficial se ha matado casualmente manejando un arma de fuego».



LAS PATRULLAS DE SERVICIO DE MAÑANA ENCONTRABAN ALGUNA PRUEBA DEL INCREÍBLE ENTRETENIMIENTO.

El viejo capitán que me refería esta historia, quedó un momento silencioso, recordando los años pasados en los cuarteles de Novokiyevsk, y luego levantó la cabeza, añadiendo:

—Al fin y al cabo, todo esto era preferible a nuestra vida actual en este maldito destierro. Hay muchas cosas peores que la muerte.

Maldijo en silencio y tornó a su mutismo, dando una chupada a la pipa.

El Caruso de la raza negra

El prejuicio que contra la raza negra observan los norteamericanos, tiene sus excepciones. Vemos en un periódico de Nueva York, una nota curiosa. En la misma plana donde se comenta la petición de divorcio de un caballero, fundando la demanda en que uno de los ascendientes de su esposa tenia unas gotas de sangre africana, leemos los más calurosos encomios al cantante Roland Hayes, aclamado en Europa y América y calificado por el mismo periódico como el Caruso de la raza negra.

Los americanos, a pesar de todos los prejuicios, sienten admiración por este hombre que ha cantado en el Palacio de Buckingham y ha sido felicitado por los Reyes de Inglaterra, que viene a cobrar cien mil dólares al año, que está condecorado y que los pintores y escultores de más fama inmortalizan en mármoles y lienzos.

La historia de Roland Hayes es curiosa.

Nació de una madre que fué esclava, su niñez la pasó descalzo, en Georgia. Muy pequeño aún, principió a trabajar como moldeador en una fábrica de cocinas. En las noches cantaba en el coro de una iglesia. Su voz llamó la atención de un profesor de música, quien tuvo que insitir mucho para lograr que el muchacho, entonces de diecisiete años, se decidiera a estudiar música. La madre de Roland se oponía a que su hijo, que tenia un magnífico porvenir como obrero, se dedicara a una profesión teatral que en su concepto, era denigrante. En todo caso, el muchacho siguió con sus lecciones de música, sin abandonar su plaza de obrero en la fábrica.



Los deportes en la música.

Ayudado por otros, Roland Hayes emprendió camino, con 50 dólares en el bolsillo, para el Conservatorio de Música de Oberling. Jamás pudo llegar allá porque le faltó el dinero. Logró, sin embargo, que lo recibieran como alumno en la Escuela de Música de Fisk University. Allí, para pagar su instrucción y sufragar sus gastos de vida, trabajaba como mozo en los comedores de la Universidad.

Aunque después de concluir sus estudios en el Conservatorio de la Universidad de Fisk, le era difícil todavía lograr ganarse la vida con su voz de tenor. Se ocupó de mozo en el club más importante de Lousville.

En este mismo club, donde él fué mozo, dió a su vuelta de una jira triunfal por Europa, un concierto, donde fué aclamado por la más escogida aristocracia de la ciudad.

En Alemania, donde la prensa lo recibió con hostilidad a causa de que fué allá cuando los franceses tenian tropas negras en territorio alemán, alcanzó uno de los éxitos artisticos más estupendos que jamás haya tributado ese país de músicos.

Hoy día los diarios y revistas más importantes de los Estados Unidos y la sociedad en general, aclaman a este negro, de pura raza africana, como a uno de sus cantores más eminentes.


En Los
Bailes, Teatros
Fiestas

Por qué duelen los pies

Cada década que pasa, nuestros pies se van haciendo más grandes y más feos. Si bien ese aumento de tamaño coincide con los tiempos, la falta de belleza y de comodidad es deplorable. La culpa sólo es nuestra.

El cincuenta por ciento de las personas tienen pies enfermos. Esto se debe principalmente a la falta de cuidado y al uso de calzado de tamaño inexacto. O se acostumbran los dedos de modo que el dedo grande se tuerce sobre el contiguo, o se deforman los dedos más pequeños.

El primer requisito para la salud de los pies es la limpieza, y esto está al alcance de todos.

Diez minutos de baño tibio de pies todas las noches basta para hacer que el cutis se ponga suave y flexible y desaparezca todo dolor.

Para que no se formen suciedad ni secreciones que den malos olores, se arreglarán las uñas de los dedos de los pies por lo menos dos veces a la semana.

Una causa frecuente del cansancio de los pies es el usar medias demasiado ajustadas. Esto produce transpiración y dolor. La lana es preferible al algodón, aún en verano. Las medias demasiado finas producen raspaduras y grietas, debido a que no absorben bastante la transpiración.

Aquellas personas que están constantemente de pie hallarán mucho alivio frotando col-cream a las plantas y espolvoreándolas con ácido bórico.

Creencia errónea difícil de hacer desaparecr es la de que el agua caliente es buena para los pies. Los baños calientes de pies son, excepto como remedios contra resfríos, perjudiciales para el cerebro y la vista. Esto se explica por que así se extrae demasiada sangre del cerebro.

Para los pies delicados y cansados, el mejor baño es el tibio, en el que se ha disuelto un puñado de sal gruesa.

El uso de navaja, cortaplumas o las uñas, se evitará al sacar los callos, pues pueden originar envenenamiento de la sangre.

Se aplicará varias noches seguidas un poco de limón sobre el callo y así se aflojará bastante para sacarlo friccionándolo con una toalla.

Por último, elíjase calzado amplio.

El juez. — ¿Dice usted que nunca ha estado en el juzgado?
El acusado. — Sí, señor; esta es la primera vez...
El juez. — ¡Pero si estoy seguro de haber visto ya su cara!
El acusado. — Sí, señor; yo soy el que le vendo whisky de contrabando...

El corazón puede conmoverse, a veces, al encuentro de otro ser, porque cada cual ejerce sobre el otro atracciones y repulsiones. Todas estas influencias engendran la amistad. — *G. de Maupassant.*

La amistad es una confianza del corazón, que os lleva a buscar la compañía de un hombre que hemos distinguido entre los demás, a no temer nada de él o esperar su apoyo, a desearle el bien, a desear ocasiones de procurárselo y a vivir con él lo más posible. — *Faguet.*


Heno Pravia
La pulcritud
es la castidad del cuerpo,
escribió el célebre Bacon.
EL JABÓN
HENO DE PRAVIA
es el blasón de la pulcritud.
Embellece el cutis, dándole
suavidad y fragancia.
De venta en todas partes. - - Perfumería Gal. - Madrid.
Representante general para Argentina y Uruguay:
Jorge E. Chadwick. - Buenos Aires.
Heno de Pravia
GAL
MADRID
RIBAS

ANECDOTARIO DEPORTIVO

En las lides deportivas suelen disputarse premios de valor moral, y son generalmente los que más llaman la atención del competidor y del público que sigue los acontecimientos a través de sus fases. Hay actualmente un sinnúmero de copas, objetos de arte y «challenge» que cuentan con veinte y más años de vida y que han pasado de una a otra mano. Los nombres más gloriosos del deporte están inscriptos al pie de estos trofeos, y la nueva generación deportiva sigue el tradicional peregrinaje manteniendo alto el prestigio de estos premios de valor moral. Entre los que más han despertado entusiasmo e interés hay la Copa Michelin, creada en 1908, para los aviadores, y a la que inscribieron sus nombres los «ases» como W. Wright, H. Farman, E. Gilbert y Wuillemin; la copa Gordon Bennet, también para la aviación, fundada 15 años ha, la copa Schneider, que cuenta con doce años de vida. En atletismo, los franceses son los que cuentan con el Premio Roosevelt, creado en 1891, y con la Copa Paul Blanchet, que se disputó por primera vez en el año 1894. El Gran Premio Lemonnier, que suele correrse sobre la magnífica carretera que une Versalles con París, se disputa también desde hace 23 años, y entre los ganadores figura el malogrado Juan Bouin, «recordman» mundial de la hora. La Copa Dubonnet es otra prueba clásica que se corre desde el año 1903 y sobre la vuelta de París. Los automovilistas tienen también su Copa Gordon Bennet, desde 1900; la Copa Vanderbilt, desde 1904; la Targa Florio, creada en 1906; la Copa de la Gaillon desde 1899.

Los remeros, desde 25 años inscriben el nombre del mejor hombre sobre la Copa de París, y los footballers disputan la Copa Inglaterra, desde el año 1872. Es sin duda éste el trofeo más antiguo que se disputa en el viejo mundo, entre los profesionales del «football.»

En ciclismo, por ejemplo, no hay la costumbre de las Copas. Se han hecho clásicas varias carreras, pero Copa o Trofeo pocos. En Italia, sin embargo, se corre la Copa del Rey, desde 1900, y los mejores aficionados suelen participar en esta carrera.

El elegante juego del "tennis" tiene en la Copa Davis su mejor manifestación, desde el año 1900, y la batalla entre América e Inglaterra culmina siempre en partidos sumamente emocionantes.

Según la historia deportiva, existe desde el año 1851 la Copa América, otra gran prueba para el «yachting». Sabemos todos que la Copa América nos ha llevado a las hazañas maravillosas del «Columbia», del «Reliance», del «Resolute», etc. etc.



Existe en Italia la «Fundación Costamagna», cuyo fin es el de premiar el mejor deportista del año. Costamagna, fué, sin duda, el periodista y el técnico más perfecto con que contara Italia en los comienzos de su nueva vida deportiva. «Magno», como le llamaban las muchedumbres, fué el fundador del cotidiano deportivo «La Gazzetta dello Sport», treinta años ha, cuando el periodismo deportivo era un «mito».

El gran «Magno» murió en 1920 y se fundó entonces el Premio Costamagna, consistente en una «áurea medalla».

En 1921, el premio fué asignado al poeta y aviador Gabriel D'Annunzio, quien había volado con cuatro otros aeroplanos sobre Viena en los últimos meses de la guerra, no para tirar metralla, sino para decir la palabra de paz al pueblo que sufría los tormentos de la guerra.

En 1922, la «áurea medalla» fué asignada a Félix Nazzaro, el gran volante de Italia, quién, después de haberse retirado de las actividades deportivas volvía y, con intervalo de quince años, ganaba para su patria el Gran Premio automovilístico de Francia, que en aquel momento representaba la mejor prueba del año.

Para 1923 la comisión especial, después de haber valorizado las «performances» establecidas por los atletas italianos, resolvió asignar el premio a Enrique Tiraboschi, por la magnífica hazaña realizada con el cruce del canal de la Mancha. Son tres, pues, los nombres inscriptos en el libro de oro de la «Fundación Costamagna»: D'Annunzio, Nazzaro y Tiraboschi.



El pedestrismo de fondo ha sido, sin duda el deporte más pobre... hasta el año 1915. Mientras los «sprinter», que se dedicaban a las carreras de corta distancia, ocupaban todos altas posiciones sociales, tal como Bouin, Kaiser, Longhi, etc, etc, los «fondistas» que participaban en los maratón o en los circuitos de largo kilometraje, eran pobres. Cibot y Siret, por ejemplo, que fueron los ganadores de la carrera de los Seis días de Nueva York (imagine el lector una carrera a pie que dure seis días) no tenían otro empleo que el de canillita en las calles de París. Y Siret vendió «La Presse y «L'Intransigent», desde el año 1900, en los grandes bulevares de la Ville Lumière, corriendo durante tres horas y pregonando sus diarios. Así se entrenaba, para los «Grands Prix», que se disputaban en aquel entonces. Siret había conseguido una preparación tal, que llegó a ganar en el año 1910 la Vuelta de París, de 42 kilómetros, empleando dos horas 44 minutos y venciendo a 347 corredores.

Los americanos, que se habían entusiasmado con Cibot y con Siret, los contrataron para correr en Madison Square; pero a la vuelta, en Francia, los dos famosos «fondistas» volvieron a pregonar diarios, como si los dólares no influyeran sobre la pasión y el entusiasmo que tenía para el modesto trabajo cotidiano. Y siguen siendo pobres.





Cutis Fresco

La frescura del cutis no se logra ni con cremas, ni con afeites, ni con polvos. Con ellos se disfraza y se envejece la piel en lugar de rejuvenecerla.

Usando a diario el Jabón de Sales Naturales de "La Toja", se mantiene el cutis en una juvenil tersura que da la sensación de la fruta fresca lozana.

JABÓN DE LA TOJA

El más barato de los jabones finos y posiblemente el más fino de los jabones de tocador.

OBSEQUIO - En breve ofreceremos un obsequio en canje de etiquetas del jabón de La Toja. Guárdelas.

CONCESIONARIOS

POLLEDO & Cía

Bme Mitre 1352
Buenos Aires

Optimismo norteamericano

EL MULTIMILLONARIO ROCKEFELLER

La plenitud vital del multimillonario Rockefeller, quien a los 85 años juega admirablemente al «golf», atiende sus negocios y realiza grandes sueños de filantropía, es, según uno de sus biógrafos, la más concluyente demostración de lo que influye el cultivo de pensamientos sanos y altruístas en la vida del hombre. La gran filosofía americana tiene una demostración patente en la vida del generoso magnate.

La historia es algo fantástica. Lo importante para los negocios, ha dicho el Rey del Petróleo, es adquirir una visión neta de una necesidad humana y satisfacerla, y la de crear nuevas aplicaciones a los productos de la naturaleza que se exploten. Esta realización comprende para ser efectiva, la cooperación de los hombres de ciencia, de los financistas, de los hombres de Estado y de los trabajadores. ¿Y todo para qué? Para ofrecer el resultado de tan asombrosa combinación al servicio de la humanidad que se beneficia realmente con las conquistas del progreso cuando éste se dirige por las vías de un altruísmo bien entendido.

¿Cuál es el deber del capital? — le preguntó una vez al viejo millonario un periodista de Texas. — «El deber del capital es el de no permanecer inactivo, el de servir al progreso. Los capitales tímidos que se conservan en las arcas son una amenaza social»

Al periodista Brisbane le hizo el multimillonario las declaraciones siguientes:

No he sentido todavía ninguno de los síntomas que indiquen desfallecimineto, y lo atribuyo no sólo a mis hábitos de vida, sino al orden de mis ideas, al constante deseo que me anima de ver eliminadas algunas de las calamidades que amenazan a la humanidad. Estoy convencido que sería muy fácil que la humanidad realizara su ideal de ventura con sólo propagar ideas altruístas y con sólo proclamar que el servicio al prójimo es acción fecunda y que lo que se da con amor es retribuído con creces en virtud de una ley que preside los destinos del hombre.



— Pero ¿conoce usted bién la diferencia que hay entre un «chauffeur» de ambulancia y un «chauffeur» común?

— *Sí, señor; siendo «chauffeur» de ambulancia, cuando atropella uno a un individuo tiene que detenerse a recogerlo.*

Posiblemente no me será dado realizar toda mi ambición humanitaria, pero tengo la firme convicción de que he dado un paso inicial que mis sucesores aprovecharán para seguir en la tarea que he concebido como la mejor inversión de las facilidades de que me ha rodeado la fortuna.

Cuando cierre los ojos, lo haré sin el más leve pesar y llevaré al sepulcro la seguridad de que mi país está destinado a imprimir rumbos nuevos al mundo en el sentido de hacer de la vida una obra de arte en el sentido moral más elevado.

PROVERBIOS FRANCESES

Las leyes inútiles disminuyen la autoridad de las necesarias.

Los genios no tienen patria.

Sin pan, muy pronto desaparece el amor.

Cuanto menos se piensa, más se habla.

Los embusteros necesitan buena memoria.

La mujer es más fuerte por sus sentimientos que por su fuerza.

La mujer es para su marido, lo que él ha hecho de ella.

El que se contenta con nada, lo tiene todo.

El que tiene imaginación y no se educa, tiene alas, pero no tiene pies.

Un descubrimiento que encierra posibilidades Eugenésicas de valor incalculable

En los momentos en que la ciencia creía haber despejado la incógnita de las vitaminas, un reciente descubrimiento ha venido a plantear nuevos e interesantes problemas en relación con los famosos "alimentos vivos".

Todo el mundo sabe ya que las vitaminas son substancias que se encuentran en determinados alimentos, y que son indispensables al crecimiento y al sostenimiento del organismo. Las altas temperaturas las destruyen, y de ahí que los alimentos en conserva y la leche condensada, no los contengan y sean impropios para usarse como dieta exclusiva.

Hasta ahora se conocían cuatro vitaminas:

La vitamina "A", que se encuentra en las grasas y particularmente en la mantequilla y la yema de huevos, así como en las hojas y legumbres verdes.

La vitamina "B", que se halla en la semilla de las plantas, en los granos enteros, en la levadura y en las frutas frescas y jugosas, y en muchas legumbres.

Poco se sabe de la vitamina "D", pero se tiene entendido que la contienen el aceite, el hígado de bacalao y ciertos vegetales verdes, y que su asimilación ayuda al crecimiento de los huesos e impide el raquitismo.

Todas esas vitaminas hasta ayer conocidas, pues, son alimentos, o por decirlo mejor, substancias que hacen posible el equilibrio alimenticio del organismo e impiden las enfermedades. La nueva vitamina que se cree haber descubierto ahora, por el contrario, no desempeña ese papel. Se la ha llamado "Vitamina X" para dar idea de la incertidumbre que aún reina respecto a su verdadera naturaleza, que la hace aún una incógnita, en el campo de la ciencia.



Un cazador recién llegado, se parapeta tras un buzón de la calle Florida.

La doctora Helen Mitchell, directora del Departamento de Investigaciones de Nutrición en el Sanatorio de Batle Ceek, está realizando ahora una serie de pacientes investigaciones con el objeto de poner en claro las propiedades de esta nueva y maravillosa substancia.

"Todavía no se sabe a ciencia cierta", — nos dijo la doctora Mitchell, — "si realmente existe una nueva vitamina. Yo, por mi parte, me inclino a creer que lo que hasta ahora se ha tomado por "Vitamina X", no es en verdad una vitamina, sino un cuerpo de naturaleza distinta o quizá un producto más acabado del equilibrio de cuerpos ya conocidos.

De todos modos, vitamina, cuerpo o producto nuevo, la substancia en estudio tiene la facultad de afectar la propiedad de reproducción de los animales y, posiblemente también, desde luego, la del hombre.

Los experimentos hechos hasta ahora con ratas y conejillos de Indias, han demostrado que la supresión de la "Vitamina X" — o de alimentos que la contienen — en la dieta de estos animales, disminuyen su facultad de reproducción, su potencia sexual.

Hasta ahora es problemático el efecto que han de tener los experimentos semejantes que actualmente se practican sobre el hombre.



Mantenga sus Dientes Limpios y su boca saludable

No permita usted que millones de gérmenes nocivos se alojen y desarrollen en su boca y garganta, cuando puede destruirlos eficazmente con el uso diario de Kolynos.

La Crema Dental Kolynos es en extremo apropiada para limpiar los dientes a la perfección y restaurar su lustre perlino. Ella mantiene la boca, a la vez, limpia y saludable, arrojando de ella millones de bacterias nocivas. Kolynos es compuesto de los más puros ingredientes, en forma sumamente concentrada, para hacerlo más eficaz económico. Basta un centímetro de crema Kolynos para cada vez—un tubo contiene 100 de estas porciones. Procúrese siempre Kolynos — *el tubo amarillo en caja amarilla.*



KOLYNOS
CREMA DENTAL



CUANDO ERA PERIODISTA Y FIRMABA SUS ARTÍCULOS CON EL PSEUDÓNIMO DE SANSÓN CARRASCO.

RECORDANDO EL PASADO

DANIEL MUÑOZ

UN MINISTRO LITERATO

QUIÉN no conoce su perfilada silueta de gran señor? El ministro uruguayo es al que más queremos y es el que más nos quiere. Se educó entre nosotros; representa a su país hace ya tantos años, creo que casi siempre ha vivido aquí... Es, como si dijéramos de la familia.

Su investidura diplomática le vuelve rehacio a la confidencia. Sin embargo, llego a conversar con él durante una hora... ¡Ay!, ¡si pudiera referir todo lo que me ha dicho!

Pero, no; me lo prohibió muy seriamente. ¿Entonces, para qué me lo contó? Hagamos, pues, del silencio virtud, lo que, para un periodista, es bien doloroso. Y refiramos el aspecto más inocente de sus confidencias.

—Empecé a escribir desde muchacho..., me agradaba hacer la crónica de las fiestas, y luego, como quien comete un crimen, echaba la carta al correo, conservando el anónimo... Wáshington Bermúdez me descubrió. En su diario colaboré más tarde, ya a cara descubierta, publicando una serie de artículos con el título general de "Cartas turcas"...

—¿Turcas, por qué?

—¡Por todo!... — dice, y sonríe. — Luego..., luego... me vine para Buenos Aires. Yo me he educado aquí; fuí compañero de Miguel Cané, en el Colegio Nacional...

Se recuesta en el sofá, tratando de traer a la memoria viejos recuerdos, escondidos, perdidos en los repliegues del pasado. Don Daniel Muñoz es el prototipo del viejo hidalgo castellano. Desciende de españoles en una tercera o cuarta generación, y conserva el tipo de europeo en el físico y en el carácter. Después de hablarme de múltiples episodios, intercalando digresiones sabrosas, cambia de rumbo:

—Dejemos todo eso..., no se puede contar. Le voy a decir cómo lo conocí al general Mitre. Fué por casualidad. Iba yo en viaje a Europa, con un hermano enfermo. Al llegar al Brasil se empeoró, y tuve que quedarme en Río de Janeiro. Triste y solo, me paseaba por la calle, cuando, al volver una esquina, me doy con Luis María Cantilo... Abrazos y efusiones, pues éramos parientes y nos queríamos mucho. Me pide que vaya a vivir a la Legación Argentina, de la que era secretario...

—¿Quién era nuestro ministro entonces?

—¡El general Mitre!... Fuí allí por unos días, y me quedé seis meses... En la mesa, en el paseo que daba todas las tardes el general, en tantos momentos de conversación que amablemente me concedía, pude observarle a mi sabor... Podría contarle un sin fin de pasajes...

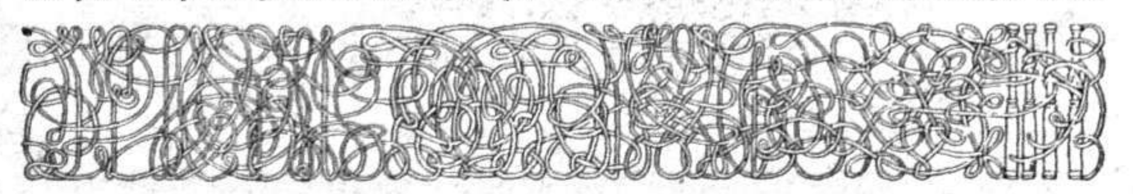
—¡Cuénteme todos los que recuerde!... Eso es historia también, y quizá en su aspecto más perdurable... Recuerde que la frase de Temístocles, "Pega, pero escucha", ha llegado a ser, por el episodio que la motivó, más impresionante que la misma batalla de Salamina... ¿Quién fué el cronista que salvó esa frase del olvido? No se sabe... ¿Decía, usted...?

—Sí, es cierto todo eso... Pero yo no voy a referirle sino uno. Y ocurrió así: Después de almorzar, salimos a dar una vuelta. Al general Mitre le agradaba mucho pasear entre el pueblo carioca, donde era muy popular. Hacía calor, naturalmente, y nos detuvimos... No había bancos por allí. Paseó la vista, y, señalándome un alto escalón de una puerta, me dijo con sencilla naturalidad: "Sentémonos acá..." Se quitó el sombrero, para enjugarse la frente, y puso entonces al descubierto aquella cicatriz que, en forma de estrella, parecía darle un sello de predestinación... Yo, muy muchacho, en seguida le pedí: "General, ¡cuénteme cómo se produjo esa herida!" "Cómo se produjo, no tiene mayor importancia... — accedió gustoso. — Me hallaba al frente de las tropas, a caballo, y de pronto me hirió en la frente un casco de granada..., el escudo amortiguó el golpe, pero el proyectil llegó a romper el hueso..., la curación fué realmente lo grave. Muchos meses estuve desahuciado por los médicos. Decían: "o muere o pierde la razón..."

Habíamos descansado, y el general Mitre se puso de pie, con gesto irónico, con expresión burlona. Y sus pasos iniciales me parecieron como los puntos suspensivos de aquella frase que dejaba sin concluir.

—¿Volvió a Buenos Aires?...

—Sí, mi pobre hermano falleció, y emprendí el regreso. De aquí, ¿qué puedo referirle? Fuí secretario de Vicente Fidel López, mejor dicho:




DON DANIEL MUÑOZ, MINISTRO DEL URUGUAY, EN SU DESPACHO DE LA LEGACIÓN.

amanuense. Toda la *Historia Argentina* la he copiado yo... ¿Ve esta joroba que tengo en el dedo? Me salió de la lapicera...

—¿No hay doble intención?

—¡No, hombre!..., ¡ja, ja!... El doctor López escribía entonces un estudio comparativo entre el quichua y el sánscrito, y precisaba la colaboración de algún sabio europeo versado en lenguas asiáticas. ¿Sabe quién vino de Francia a secundarle?... Máspero. Durante mucho tiempo hemos estado juntos y conversando diariamente.

—Me deja asombrado... ¿Conque, Máspero estuvo por acá?

—Sí, algún tiempo... Salíamos a veces a pasear por la ciudad, a caballo o en carruaje... Un día lo llevé por las afueras, entre las quintas, que se hallaban en su gran mayoría cercadas con pitas... Un sabio — creo que ya se ha dicho —, es un hombre que, fuera de su especialidad, lo ignora todo... Paseábamos una tarde, y, al cruzar entre uno de estos cercos tan típicos, vimos varias plantas en flor... Usted sabe, esa vara de varios metros, que arriba se abre en racimos... "—¿Qué plantas son esas?" — me preguntó Máspero, sorprendido ante aquel desmesurado desarrollo. Y yo, muchacho y burlón como éramos por aquí, le contesté, muy serio:

—Espárragos...

Me parece que el sabio se la tragó, porque quedó muy impresionado...

Reímos un poco de la bribonada, aunque él lo hace con cierta pesadumbre. Pero, podemos tranquilizarnos, porque en ningún libro de Máspero — que yo sepa — se ha hecho nunca alusión al desmedido desarrollo que en Sud América adquiere la sabrosa legumbre.

—¿Y de Montevideo?... ¿Su actuación al frente de "La Razón", sus campañas de periodista cuando firmaba con el inolvidable seudónimo de *Sansón Carrasco*?...

—¡No, no!... Todo eso es política, y no quiero hablar... Sólo le voy a referir, de esa época un episodio ajeno a esas cosas, y muy gracioso. Fué así: Una noche, ya tarde, se me presentó un desconocido. Quería imprimir un cartel de teatro anunciando una fiesta en el Solís. Mientras hablábamos, me contó su historia. Había salido de España y venido a América trayendo únicamente un cargamento de botines. Pero él no era zapatero, sino periodista. Así, pues, al poco tiempo de instalado el negocio, todo el calzado estaba desparejo. Liquidó, como Dios le vino en ayuda, y se puso de empresario teatral. No iba nadie. Organizó un baile, la policía desalojó a la concurrencia. Serían quinientas personas, de las cuales sólo veinte habían pagado la entrada. Pero las quinientas vinieron a recobrar el importe, al otro día... Era Eustaquio Pellicer...

—¿Usted recuerda, señor Muñoz, aquellos artículos que escribieron en colaboración?...

—No, en colaboración no. Fué así: habíamos hecho un viaje a las provincias, Joaquín González, Machado de Assis el ministro brasileño, y yo. Al pasar por Córdoba, visitamos el dique San Roque, y, ya de regreso, cuando íbamos a tomar el tren, vino el ingeniero Bialet Massé con un álbum, para que le pusiéramos un pensamiento. Era muy tarde..., y sin almorzar. El tren esperaba...

— Ingeniero — le dije —, yo le prometo que al llegar a Córdoba, en cuanto nuestras humanidades hayan recobrado las fuerzas, no un pensamiento..." "Un artículo— intervino González, que presentía el peligro—, un artículo vamos a escribir cada uno de nosotros..."

Y así nacieron aquellos artículos a que usted se refería: uno de González, otro mío y otro de Machado de Assis... Y ya hemos conversado un buen rato.


EN POSE DE DIPLOMÁTICO.

ESTANISLAO RIVAS

A p r é n d a s e   e s t o

Nunca exageres.

Nunca reveles un secreto.

Nunca te rías de las desgracias ajenas.

Nunca prometas lo que no has de cumplir.

Nunca hables mucho de tus propios hechos.

Nunca dejes de ser puntual a la hora señalada.

Nunca dejes de dar una contestación política a una pregunta atenta.

Nunca interrogues a un criado o a un niño acerca de asuntos de familia.

Nunca leas las cartas que encuentres dirigidas a otro.

Nunca llames la atención hacia las imperfecciones de alguno presente.

Nunca refieras que has hecho algún regalo o algún favor.

Nunca te asocies con malas compañías. Busca una buena o ninguna.

Nunca contestes en sociedad alguna pregunta que [illegible] le haya hecho a otro.



La abuela (tejiendo unas medias para la desobediente nena). — Si no eres una niña formal me voy a ir y no volveré.

La nena. — Pero no te irás sin haberme terminado las medias, ¿eh?

Nunca mires lo que otro está escribiendo o leyendo.

Nunca te fijes en la cicatriz, deformidad o defecto de alguno presente.

Nunca llames la atención de nadie tocándole. Háblale.

Nunca prestes a otro lo que te hayan prestado a ti, a no ser que tengas facultad.

Nunca demuestres cólera ni impaciencia cuando ocurra algún incidente.

Nunca pases por el medio de dos personas que estén platicando.

Nunca entres en un cuarto con estrépito; siempre cierra la puerta sin ruido.

Nunca demuestres mucha familiaridad con un nuevo conocido.

Más de un millón de gentes escaparon de ser arrolladas por los automóviles el año pasado en Estados Unidos. Muchas de ellas se escaparon también el año anterior.

Olio Sasso

Un simple par de huevos fritos puede ser la piedra de toque.

Cómase Vd. un par de huevos, fritos en Aceite SASSO y compárelos con otros preparados en cualquier otro aceite.

Si su paladar sabe distinguir se explicará en seguida por qué es el

OLIO SASSO

"el preferido en todo ei mundo".



Curiosidades

En el centro de la ciudad minera de Redruth, Cornwall, Inglaterra, hay una casa que está intimamente vinculada a dos de los grandes inventos del siglo XIX. En 1874, el dueño de la casa, William Murdock, realizaba algunos experimentos con gas de hulla, cuando ocurrió uno de esos afortunados accidentes que se registran de tarde en tarde. Para apagar la llama de gas que salía por un tubo, aplicó un dedal de su mujer, —lo que tenía más a mano—y entonces advirtió que el flúido así contenido daba una luz mucho más viva. De este modo fué inventado el pico de gas. Murdock inventó también la bomba neumática, y dos diferentes clases de válvulas para la máquina de vapor que inventara James Watt, de quien había sido ayudante. Fué en el sótano de aquella casa donde se produjo el invento más trascendental. Murdock había construido una pequeña máquina de vapor, cuyo funcionamiento explicó a su amigo Ricardo Trevithich. Este meditó mucho respecto a quella máquina y algún tiempo después construyó la primera locomotora. La casa de Murdock fué parcialmente destruida por el fuego en 1922, pero se la ha reconstruido en homenaje a la memoria de los dos amigos citados.

Se recuerda un curioso episodio ocurrido en la catedral de San Pablo, Londres, y que constituye un magnífico ejemplo de presencia de ánimo y de rapidez de resolución. Sir James Thornhill estaba pintando la cúpula interiormente. Para ello se había hecho un andamiaje. Absorbido por su obra, el artista quiso ver desde lejos el efecto de algunas pinceladas y comenzó a retroceder. Estaba ya a punto de llegar al borde y de caer en el vacío, cuando uno de sus amigos, que se hallaba junto a la parte pintada, se precipitó sobre un pincel y con él embadurnó la obra. Sir James se detuvo bruscamente, y, horrorizado, preguntó: "¿Qué ha hecho usted?" "Salvarle la vida, simplemente", replicó el otro.



"MUCHOS POCOS HACEN UN MUCHO".

—¡Miserable! ¿Cómo ha podido usted asesinar a esa infeliz para robarle diez centavos?

—¡Qué quiere, señor juez! Diez centavos por aquí, diez por allá...

* * *

Un pensamiento casi siempre actual:

"El hombre celoso de su mujer es un tonto, pero el que hace que su mujer se vuelva celosa, es mucho más tonto todavía."

* * *

Acostarse en seguida de comer es favorecer el mal sueño, pues la digestión se perturba. Pero si se deja transcurrir demasiado tiempo entre la comida y el sueño, éste puede rehusarse a venir. En tales casos, un ligero alimento procurará un buen descanso. Un vaso de leche con un poco de pan, o unos *bizcochos*, resultarán entonces de gran efecto para el descanso.

* * *

Para que los vasos de cristal no salten con el fuego, hay que ponerlos a cocer en agua, dejándolos hasta que ésta se enfríe. Si se ponen a hervir en aceite, adquirirán mayor solidez.


PARFUMERIE
L.T. PIVER
PARIS
Los Polvos de Tocador
REINITA
Y
ASTRIS
son los preferidos de las damas elegantes, por su gran finura y perfume exquisito.
POUDRE
REINITA
L.T. PIVER
PARIS

Del libro recientemente aparecido "La almohada de los sueños"


RAQUEL SÁENZ

RAQUEL Sáenz es una joven poetisa uruguaya cuyo libro titulado «La almohada de los sueños» la coloca entre las principales escritoras de su país De dicho volumen hemos entresacado estas poesías, lo cual no quiere decir que sean las mejores, para que nuestros lectores puedan saborear el espíritu gentil y exquisito que las anima, condiciones que la crítica hecha a «La almohada de los sueños» ha sabido valorar en las proporciones que la autora se merece.

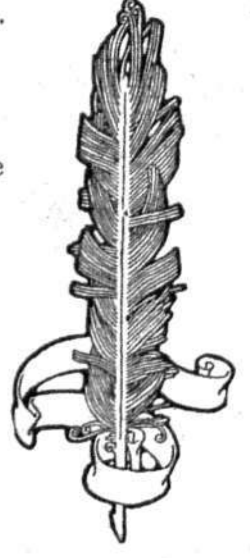
¡HOSANNA!

Me ha besado... me ha besado!...
Correría,
Por caminos y caminos
Pregonando mi alegría!

¡Me ha besado!... y al besarme
Su alma estaba de rodillas.
¡Hosanna! hoy está mi torre
Cubierta de campanillas!

¡Suenen... suenen locamente
Las campanillas de plata!...
En tanto que mi alegría
Portentosa se desata!

¡Tengo en los labios sabor
De los besos de mi Amado!
¡Yo quiero gritarle al mundo
Que en los labios me ha besado,
Y que conquisté la gloria
Con el beso que le he dado!



LA SUAVE CRUELDAD

Si por el daño inmenso que me has hecho
Dios, en gracia suprema me dijera
Que el castigo a tus faltas eligiera...
Te miraría a los ojos largamente,
Y con mi voz más dulce te diría:
—¿Por qué me has hecho mal, si te quería?...
¿Por qué me has hecho mal?...
....

¡Sé que a mis plantas tú caerías de hinojos,
Y en el mirar sereno de mis ojos
Hallarías la condena celestial!

"AUSENCIA ES AIRE"

Nos huimos... y nos amamos.
Nos huimos... y nos deseamos.
«Ausencia es aire
Que aviva el fuego grande»
Y en ese fuego,
Nos abrasamos.

Cruzo el camino
Por donde pasas
Sólo por verte.
Y si te hallara,
¡Te volvería la cara
Dándote pruebas
De aborrecerte!
Si no te veo,
¡Torturante es la angustia
De mi deseo!
¡Siento la muerte!
En tanto que mis ojos
Besan el sitio
Donde acostumbras
A detenerte.

¡Nos huimos... y nos amamos!
¡Nos huimos... y nos matamos!
«Ausencia es aire
Que aviva el fuego grande»
¡Y en ese fuego
Nos abrasamos!


Fibrol
El tónico que borra las huellas de los años y repone los desgastes físicos del organismo.
$ 3.50 el frasco.
En las farmacias.
LABORATORIO FARMACEUTICO FUCUS ARGENTINO
SERRANO

Páginas médicas

FARINGE

ANGINAS, AMIGDALITIS, MUGUET

Faringitis crónica simple. — Debida generalmente a insuficiencia nasal, rinitis hipertrófica, desviación del tabique, sinusitis, etc.

A *menudo latente:* molestia en la faringe; sensación de sequedad, de escozor; dificultad en la deglución, que es dolorosa; constricción faríngea. Mucosa roja, cubierta a veces de mucosidades espesas. Duración muy larga, sobre todo en los fumadores.

Tratar el estado general artrítico o linfático. Pulverizaciones con agua bórica; infusión de coca, de saúco. Pincelaciones yodadas; toques con nitrato de plata, glicerina mentolada al 4 por 100, etc.

Faringitis crónica hipertrófica. — La faringitis crónica hipertrófica y la faringitis atrófica son consecutivas a la forma precedente.

Los síntomas funcionales son idénticos a los descritos, pero más acentuados. Por otra parte, las lesiones son también más acentuadas; los pilares, el velo del paladar, están engrosados; la faringe está estrechada: la mucosa es de un rojo charolado, muy sensible. La inflamación se corre hacia la laringe. Además esta faringitis es una de las causas más frecuentes de la *sordera* en el adulto.

Faringitis granulosa. — Caracterizada por la hipertrofia de los folículos adenoideos que se perciben en la cara posterior de la faringe y que se presentan con el volumen de una cabeza de alfiler, y a veces una arveja, rodeados de una red vascular. Estas granulaciones son aisladas o confluentes, de aspecto muriforme cubiertas o no de mucosidades adherentes.

Faringitis atrófica. — Iguales causas e idénticos trastornos funcionales que en las formas precedentes. En estos casos la mucosa es lisa, decolorada, de color gris, opalescente; los músculos participan de la atrofia, y la deglución es difícil.

Tratamiento. — Suprimir las causas: vegetaciones adenoides, desviación del tabique, sinusitis, tratar el estado general artrítico o linfático, gota albuminuria, diabetes, etc.

Gargarismos con soluciones alcalinas boratadas y bicarbonatadas. Pulverizaciones; en la faringitis crónica simple, inhalaciones; pero en cuanto las lesiones han alcanzado cierto desarrollo hay que apelar a otros preparados. Pincelar dos o tres veces al día con:

Mentol	2	gramos
Eucaliptol	1	—
Aceite de vaselina	100	—

(Guisez)

Excitar las glándulas por medio de toques yodados:

Yodo	1	gramo
Yoduro potásico	4	gramos
Mentol	20	centigramos
Glicerina	50	gramos

Emplear el nitrato de plata al 1 por 20, o también al 1 por 10. En la forma hipertrófica, no practicar pincelaciones yodadas, sino preparaciones a base de mentol y líquidos alcalinos.

MEDICINA CASERA

Constipado, gripe, influenza. — El constipado se anuncia por un abatimiento general y una picazón extraordinaria en las regiones laringiana y nasal. Los ojos queman; frecuentes estornudos se producen.

Hay que lavar las fosas nasales aspirando agua boricada, y, al acostarse, introducir en cada ventana nasal un tapón de algodón hidrófilo empapado en esa misma agua, y después se tomará un "cachet" de antipirina o de quinina.

La gripe o la influenza, pueden combatirse desde que empiezan: desde que el malestar se manifieste, se toma una fuerte infusión de te; tan pronto como produce efecto, se toma un baño sulfuroso algo caliente, que haga desaparecer los dolores.

Si el acceso es muy violento, hay que llamar al médico; pero, casi siempre, desaparece con estos cuidados.



Señora mamá:

Si quiere usted que su nene estudie con gusto, sea feliz y se alimente bien, déle, cuando vuelva de la escuela, una taza de Chocolate Noël, de gusto delicioso y recomendado por los expertos en la materia como el alimento más rico en elementos nutritivos. El

Chocolate Noël

se elabora por los procedimientos más modernos e higiénicos, con cacao, azúcar y vainilla de la mejor calidad.

Hay tres clases de Chocolate Noël: 1 Estrella, papel crema; 2 Estrellas, papel blanco; y 4 Estrellas (inmejorable), papel marrón.

Pídaselo Vd. a su proveedor y fíjese que la etiqueta lleve impresa esta palabra:



La marca que tiene una fama de 78 años.

Por culpa de la melena les crecerán barbas y bigotes a las mujeres.

PROFECÍA formidable, si Dios quiere; inaudita, increíble, si quieren ustedes. Y sin embargo, es bien verisímil, y hasta parece lo más probable con los simples conocimientos biológicos de las personas medianamente instruídas.

Tal es, ni más ni menos, la tesis del profesor Schnurrbart, eruditísimo copilógrafo de Praga, que ha causado sensación inmensa con su estudio en seis capítulos titulado "Das Haar und die Zukunftfrau", recientemente publicado y que por su extensión y terminología no cabe en las columnas de un periódico. Pero ahí va su extracto:

Schnurrbart, en sus dos primeros capítulos, nos llama la atención al hecho de que en los pueblos primitivos los hombres carecían de pelos en la cara, lo que concuerda con nuestros informes, y lo que hoy día vemos en los aborígenes del Nuevo Mundo y los negros del África Central.

En los pueblos más antiguos, como Egipto y Persia, tampoco los hombres tenían barbas ni bigotes, que aparecen por primera vez entre los judíos; y aquí nos recuerda el sabio de Praga el precepto talmúdico que obligaba a los israelitas varones a "llevar el cabello corto", costumbre que también lo fué de griegos y romanos, pero éstos usaban el heroico procedimiento de la depilación con tenacillas, para librarse de los pelos de la cara.



—¿Quieres agradar al patrón?
—No, hombre ¡Si él fué quien me las regaló...

Finalmente, las estampas de la Edad Media nos muestran los hombres con la cara limpia, pero *los cabellos largos*, y todos estos hechos rigurosamente históricos, nos dejan entrever el fondo de la teoría de Schnurrbart.

El profesor de Praga, en los tres capítulos siguientes de su "Haar und Zukunftfrau", cita las leyes biológicas bien conocidas en que se fundan aquellas cosas tan simples como el podar un árbol para que produzca frutos, la perfección de los cuatro sentidos en los ciegos, etc., y en seguida nos da la conclusión, ¡que francamente no puede ser ni más lógica ni más científicamente fundada!

Primero. — Recortar los cabellos continuamente, determina la evolución de los vellos de la cara, en barbas y bigotes.

Segundo. — No tenemos noticia de que en ningún pueblo, ni en ninguna época antes de ahora, las mujeres se hayan cortado el cabello, y ésta es la única razón de que nunca hayan tenido barbas ni bigotes.

Tercero. — ¡La costumbre actual de las mujeres de cortarse el cabello y aún de afeitarse la nuca, les hará brotar los apéndices capilares que aun no tienen, y ese brote, como nuevo, será vigorosísimo! En este punto son idénticas las fisiologías del hombre y de la mujer.

XI SALON DE ACUARELISTAS,



Cuando de aquí muchos años el historiador reuna los materiales para establecer los fundamentos de nuestra constitución artística, sin duda comprobará estos dos hechos: aceptación premurosa de valores y ausencia absoluta de jerarquía.

Porque resulta curioso advertir cuán dispuestos somos a reconocer personería en cualquier cultor de las cosas de arte, aunque ello se deba a los buenos oficios del primero que inserta cuatro elogios desmedidos; y cómo, en cambio, somos refractarios a cualquier clasificación jerárquica.

Dicho sea de paso, la palabra "jerarquía" disuena en nuestros oídos republicanos. Mas en arte no conocemos otra que mejor responda a nuestras ansias de culminación, por ser generadora de esas categorías ineludibles, tan prósperas a todo magisterio.

En efecto, si repugna a toda conciencia educada ese falaz reconocimiento de valores negativos, indigna sobremanera la confusión y el desorden que ellos entrañan. De ahí esas desorientaciones típicas en nuestro medio intelectual. El cronista las apunta, aunque reconoce su incapacidad para destruir esos vicios de cultura, en vías de formación.

Y esos males lógicamente evidéncianse más que en otras expresiones, en los salones de artes plásticas. Allí se establecen connubios dramáticos, aparejamientos imposibles, compañerismos ficticios. Por ello, algunos valores puros no saben soportar tamaña lucha, y desertan. Otros — cada vez son menos — resisten en sus sitios, sobreponiéndose al aluvión de "dilettantes", de "snobs" y, lo que es más grave aun, de esos improvisados espíritus universales, sabihondos que podríamos llamar "hombres orquesta".

En tanto, los Walter de Navazio, Santiago Stagnaro, Duchessois, Ramón Silva, Palazzo, Nicolás Lamanna y ¡cuántos más!, comieron el pan de la negación, bebieron el agua de la injusticia, y el soplo del olvido agita un aliento helado sobre sus afanes eternos.



«Olvidando penas», por Alfredo Gramajo Gutiérrez.



Aguafuerte de Benedicto Massino.



«Escena de Carnaval», pastel de Thibon de Libian.

Cuando algún día, el historiador vea que un jurado ni siquiera dió uno de los cinco premios a Valentín Thibon de Libian y que, en cambio, obtuvo el primero una pieza desprovista de originalidad como esa de Emilio Centurión intitulada "Doña Consuelo"; cuando los estudiosos del futuro sepan que los dibujos impersonales de Bonomi merecieron más estímulo que esos estudios — discutibles si se quiere, pero llenos de intención satírica — de Bermúdez Franco, interesado en darnos sensaciones, escenas y tipos nativos; cuando la conciencia nacional ¡pasarán muchos años!, encauzando también sus energías hacia las expresiones de belleza, constate que al original Alfredo Gramajo Gutiérrez — espiritualización de una raza que se va — fué pospuesto a Jorge Soto Acebal con sus acuarelas transoceánicas, desprovistas de emoción; cuando se juzguen tales hechos, severo será el juicio para esos jurados. Y más grave aun, para aquellos que, encargados de orientar las opiniones del público, sólo obedecen a camaraderías y a propósitos interesados.

¿No hemos tenido, acaso, que leer, en un diario importantísimo de la mañana, al referirse a los adocenados dibujos de Jorge Larco, cómo el crítico recordaba nada menos que a Dulac?

Caras y Caretas que, es menester decirlo, tanto ha contribuído a despertar el interés por nuestros artistas, no puede silenciar estos hechos, empleando estas palabras, acaso graves, pero movidas por la verdad.

En este XI Salón de la Sociedad de Acuarelistas, Pastelistas y Aguafortistas, se destacan simpáticamente Enrique Policastro, Requena Escalada, Octavio Fioravanti, Garbarini, Leonie Matthis, Domínguez Neira, Luis Macaya y Miguel Petrone, con sus bellos dibujos a pluma y, como aguafortista, se revela Benedicto Massino. Pero los que asumen la representación definitiva y eficaz son Valentín Thibon de Libian, Alfredo Gra-

ARTURO

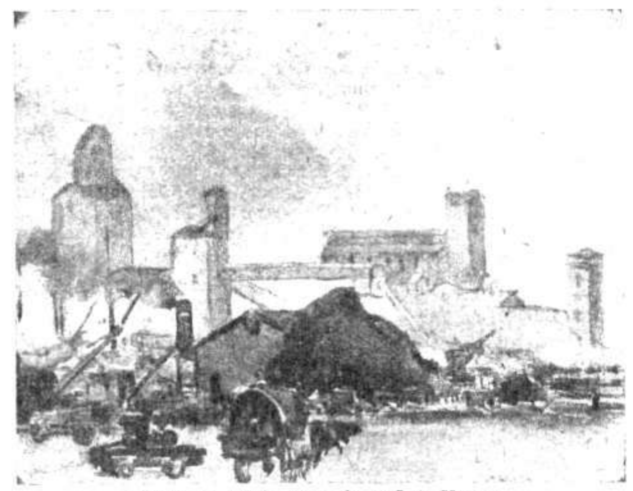
PASTELISTAS Y AGUAFORTISTAS

majo Gutiérrez y Bermúdez Franco, sincera y felizmente humorista.

Thibon de Libian conoce todos los recursos del oficio, pero no los emplea en forma convencional como Centurión. En las manos del autor de "Entre bambalinas" el color no se pervierte; conserva su virginidad: toques matizados y seguros, nunca diluidos por el empaste, como intentan muchos, desvirtuando las características del pastel. Además sus notas poseen un dinamismo formal acentuado por las vibraciones de los trazos incisivos e inquietos. Irregular y violento por veces ama, también, desvanecer su materia, como ciertos mediodías de estío, en las orgías del color. Artista de visión libre, supedita toda la obra a su expresión plástica. Y si tiene preferencia por ciertos verdes y rojos y anaranjados, siempre es el animador por excelencia. Sabe expresar las formas más sutiles, y sus colores adquieren, al rutilar, vibraciones tornasoladas. Sugiere siempre más de lo que realiza. Así, gracias a su piedad, que trasciende hasta en sus dibujos a pluma, sus tipos, aun los más caídos o perversos, son realizaciones tan ricas de humanidad y tan finamente observadas que nos cautivan y emocionan.

Gramajo Gutiérrez es un artista estático. Todo el sopor norteño se inmoviliza en sus pinceles. No busquéis en él la perfección académica, ni los detalles preciosistas. Sus nubes parecen dormidas en verdes ensueños. Sus mujeres tienen la serenidad de un cacharro, si bien repleto de caña. Sus construcciones parecen hechas para el solo regodeo de los infantes que se asoman, curiosos, de las alforjas. Con ser tan viejo todo, dijérase recién nacido. Con esas indecisiones típicas de los niños, Gramajo Gutiérrez dice su eternidad. Y pensamos en sus hombres avinazados, torcidos por la fatalidad y que parecen sostener el cielo con sus espaldas. Gramajo Gutiérrez ha sentido la tragedia silenciosa de esas gentes y la ha revestido de vívidos colores para quebrar su ceniza. Y en los ponchos cálidos y luminosos envuelve sus vidas pardas.





Escena del puerto, acuarela de Luis Macaya.



Acuarela de Alejandro Christophersen.



Gouache de Requena Escalada.

Thibon de Libian es ciudadano. Gramajo Gutiérrez es autóctono. Uno dice la angustia de nuestras vidas metropolitanas, falseadas, materialistas y pervertidas. El otro muestra a seres y cosas cual juguetes de la naturaleza y víctimas de sus fatales designios.

Y si Gramajo Gutiérrez pone un escapulario en el borracho que deambula por los riscales, por si acaso se perdiera, Thibon de Libian urde la maravilla de sus brocatos complicados para cubrir todas las perversidades.

La angustia de Gramajo, por momentos se remansa en la ilusión agrisada de sus despaciosos burritos serranos. Thibon de Libian, para contrarrestar los maleficios porteños, entrega la siempre renaciente rosa de su ingenuidad.

En cuanto a Emilio Centurión, cumple observarle su carencia de armonía, que, sin duda, fué el propósito inicial de su obra.

Naturalmente, los amarillos y violetas y grises ofrecen su nobleza intrínseca, nadie lo ignora ya; pero la dificultad de emplear esos tonos corre pareja con su belleza generosa.

Supeditado el pintor a superar sus dificultades, descuida a veces el espíritu emocional, y en verdad es sensible esa falta de coordinación de valores, porque anula los esfuerzos del autor y derrumba la impresión favorable. Dados sus antecedentes, Centurión debe profundizar más su obra, despreciando los triunfos efímeros y por lo tanto, perniciosos.

La nueva ciencia del zodialfabeto

De la Associated Press. — Ha sido lanzado un nuevo barco sobre los insondables mares de la arqueología, cuando Mr. Eduardo C. Getsinger, astrónomo e investigador de antigüedades, en un reciente informe presentado ante el club de Argonautas, subrayó los principios del "zodialfabeto" en los cuales declaró que el origen de veinte lenguas escritas se encuentra en los signos del zodiaco.

Mis descubrimientos, declaró Mr. Getsinger, prueban que la astronomía fué una ciencia religiosa familiar con las clases más inteligentes del mundo antiguo, si es posible, en una época anterior a 12.000 años; que la Biblia, por medio del zodialfabeto, puede obligársele a revelar muchos secretos religiosos e históricos, que por mucho tiempo han permanecido encerrados en los libros; que Israel tiene una historia que data de una fecha muchísimo anterior a 6.500 años, en la que sus sumos sacerdotes, como reveladores de los misterios de los cielos, estaban más avanzados en varias ramas de la astronomía que los observadores de estrellas, más ilustres de nuestros días, y que ha habido errores fundamentales en la traducción hecha por los egiptólogos de algunas de las primeras inscripciones encontradas en Egipto.

Los signos zodiacales, declaró el orador, se convirtieron en símbolos de confraternidad, y de allí pasaron a usarse como caracteres escritos, cada uno representando una idea y más tarde, aunque con una ligera alteración en su forma, se convirtieron en letras de los sistemas gráficos modernos.

Los hombres de ciencia, tanto del país como del extranjero, han dado muestras de profunda admiración ante las declaraciones del Prof. Getsinger, y ya se preparan para entrar de lleno al estudio de estas nuevas teorías, que, de llegar a probar su veracidad, serán de gran utilidad para la ciencia, y especialmente para la arqueología que tan gran desarrollo ha alcanzado en estos últimos tiempos, en que todo el mundo se empeña por descubrir los secretos del pasado, ocultos en los lugares que sirvieron de cuna a las antiguas civilizaciones.



El: — ¡Bellos muebles! ¿De qué época son?
Ella: — De mi p imer matrimonio.

La Eutanasia o la buena muerte

Ya algunos pueblos semibárbaros — los Celtas — consideran legal la muerte de los ancianos valetudinarios de los niños monstruosos. Plutarco, en las vidas paralelas de Licurgo y Solón, habla de la costumbre espartana de seleccionar a los nacidos. Durante el Renacimiento vemos que Tomás Moro, en la *Utopía*, sostiene el derecho de la sociedad a matar de hambre o con armas, durante el sueño, a los que sufren enfermedades incurables.

La tesis rueda luego al través de los siglos, más o menos modificada; pero siempre atendiendo al derecho natural y al derecho legal; esto es, a que el tránsito de la vida a la muerte se efectúe con el máximo de seguridad y el mínimo de padecimientos, y a que el *sentimiento* de la justicia social se cumpla sólo en casos muy necesarios, no otorgando la autorización de la Eutanasia sino con todas las garantías jurídicas.

Varios tratadistas insignes, singularmente alemanes e italianos, han fijado las bases y el procedimiento de la Eutanasia, señalando a quién corresponde la iniciativa de practicarla, los casos en que debe fundamentarse la sentencia, el instrumental más conveniente, etc., etc.

Así, Richet es partidario de aplicar la Eutanasia a los niños monstruosos como en Esparta, diciendo: "Todos los ríos de nuestras grandes ciudades modernas debieran recibir el mismo tributo humano que el Eurotas."

Binet-Sangle, tras meditadas reflexiones, se inclina a la Eutanasia por medio de narcóticos, protóxidos de ázoe y gases hilarantes, que han de administrarse al paciente en un local dispuesto a tal fin: "sala eutanásica".

Por su parte, el poeta Maeterlinck, eutanásico férvido, propone que se forme un cuerpo médico eutanásico.

Pero el tema, por su índole, más es científico que literario. Tiene, en verdad, un valor ético, que es del dominio del psicólogo. Mas su génesis patológica lo adscribe al fuero de la medicina legal. Y dentro de él, ningún libro tan denso, documentado y al par amenísimo como el de Enrico Morselli, *La uccicione pietosa*. Morselli, con serena energía, se rebela contra la Eutanasia. Demuestra lo falaz del argumento por virtud del cual la intervención "piadosa" está justificada en los casos incurables. ¿Cuáles son — dice con una probidad científica singular — los casos verdaderamente incurables? ¿Qué médico digno se atrevería a señalarlos?

Señora náufraga (excesivamente indignada): —¡Y pensar que yo me dediqué a la cría de peces de colores!

En cuanto al argumento "espartano" de que la sociedad tiene derecho a separar violentamente de su seno a los locos, a los idiotas, a los "inútiles", aduce la dificultad para el psiquiatria de establecer, por modo infalible, la incurabilidad de un loco o de un idiota, y el daño que recibiría la sociedad al postergar, por dudosas ventajas materiales, algo tan noble como la vida humana.

Y en cuanto al argumento sentimental de que la Eutanasia, siendo una inclinación piadosa, es, por lo tanto, compatible con la justicia, sostiene que en ningún caso puede un juez proclamar legítimo lo que la ciencia y la moral estiman dudoso.

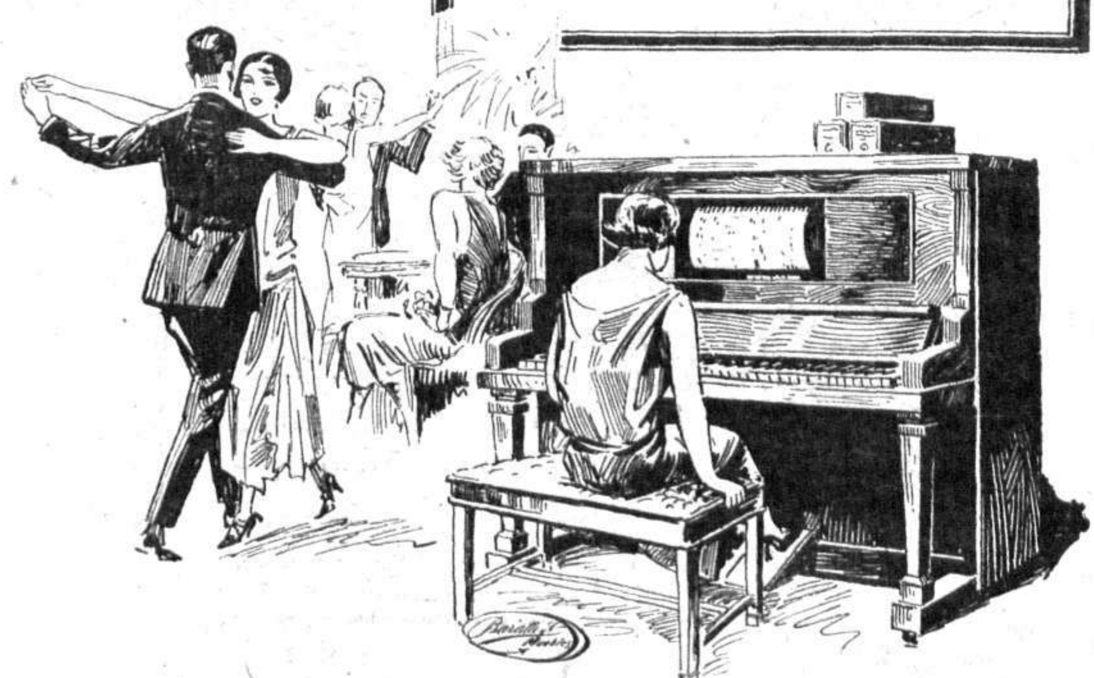


Autopianos PLAYOTONE
Norteamericanos $ **2400**

Pianos EMKE
Alemanes $ **1300**

En **16** y **25**

MENSUALIDADES



REGALAMOS



10 PIEZAS de MUSICA

a toda señora o señorita que nos visite, presentando este aviso

La fraternidad

Los árabes refieren que en el sitio en que se levanta hoy el templo de *Jerusalén* y que no era entonces más que un campo de labor, vivían juntamente dos hermanos y cultivaban la herencia que habían recibido de su madre.

Llegado el tiempo de la siega, los dos hermanos ataron sus gavillas e hicieron dos montones iguales, que dejaron en medio del campo.

Durante la noche, uno de los hermanos tuvo un buen pensamiento y se dijo a sí mismo: "Mi hermano tiene mujer e hijos que alimentar; yo soy soltero y no es justo que mi parte sea tan grande como la suya. Vamos, tomaré algunas gavillas de mi montón y las agregaré al suyo; él no lo echará de ver y de ese modo no podrá rehusarlas." Y lo hizo como lo había pensado.

Aquella misma noche el otro hermano se despertó y dijo a su mujer: "Mi hermano es joven, vive solo y no tiene nadie que le asista en su trabajo y le consuele en sus fatigas; no es justo que tomemos del campo común tanta parte como él. Levantémonos, vamos y llevemos en secreto a su montón algunas gavillas; mañana no lo echará de ver y no podrá rehusarlas". Y lo hicieron, como lo habían pensado.

Al día siguiente los dos hermanos fueron al campo y quedaron muy sorprendidos al ver que los dos montones eran completamente iguales.

Repitieron la misma operación durante varios días; pero como cada uno de ellos llevaba al montón de su hermano el mismo número de gavillas, los montones permanecían *siempre iguales*. Al fin, una noche, habiéndose puesto ambos de centinela para descubrir la causa de este prodigio, se encontraron llevando cada uno sus gavillas al montón de su hermano, y, conmovidos, se abrazaron mutuamente.

Se juzgó que aquel lugar en que los dos hombres habían dado tan hermoso ejemplo de unión fraternal, era el más digno de servir de asiento a un templo levantado en *honor del padre común de todos los hombres*.

Esta historia nos presenta la imagen de la sociedad humana, tal como debería ser y tal como, sin duda, ha de llegar un día a ser.

Si todo el mundo no tuviese más que un pensamiento — el de prestar servicios a sus semejantes — lo que diese a uno, lo recibiría de los *demás*; la parte correspondiente a cada uno, lejos de disminuir, permanecería siempre igual y hasta aumentaría sin cesar con este continuo cambio de servicios y de cariño entre todos los hombres. Semejante sociedad de hermanos sería el más hermoso templo que pudiera erigirse a la divinidad.



—¡Parece mentira! ¡Todos los años que venimos se reconocen este par de animales! ¡Es asombroso!

En política, el secreto del éxito consiste en aparentar que se ignora lo que se sabe, y que se sabe lo que se ignora.

Falsedad de los proverbios. Lo mejor es enemigo de lo bueno. Si nos detuviéramos en la hora presente no habría progreso posible.

Una mujer no puede pensar en varias cosas a la vez, pero sí en varios hombres a la vez.

Se llama pesimista al hombre que dice la verdad prematuramente.


Las celebradas audiciones dadas por el afamado concertista Don Miguel Llobet, han despertado entre los cultores de la buena música, el vivo deseo de tocar a la perfección este clásico instrumento que tantas satisfacciones íntimas proporciona al que posee alma musical.
Para esto es necesario, además de condiciones, un buen maestro y un buen instrumento.
En la CASA AMERICA "El Hogar de la Guitarra" hallará usted los mejores instrumentos nacionales y extranjeros, ya sean para estudio o concierto.
Catálogo ilustrado N.º 23 remitimos gratis. — ACORDAMOS FACILIDADES DE PAGO
CASA AMERICA
SOCIEDAD ANONIMA Lda.
AVENIDA DE MAYO, 979 - BUENOS AIRES
Necesitamos Agentes activos en cada localidad.



Más que un simple aperitivo

XEREZ - QUINA RUIZ

es un factor eficaz de la nutrición, pues no sólo despierta el apetito, sino que estimula la actividad del estómago, preparándolo para una digestión fácil y la asimilación perfecta de los alimentos.

Es el verdadero tónico aperitivo de las familias.

AÑO XXVIII BUENOS AIRES, 6 DE JUNIO DE 1925 N.º 1392

CARAS Y CARETAS

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



SILUETAS ARISTOCRATICAS

Señorita Lía Chapar Tedín

FOTOGRAFIA DE
FRANS VAN RIEL

Página Infantil

Alfredo M. García



Carlos Babuglia Poch



Hebe Raquel Del Ponte



COMO SE NOS SOCORRE EN CASOS DE ACCIDENTES
LOS PRIMEROS AUXILIOS

EL DIRECTOR DE LA ASISTENCIA PÚBLICA, DOCTOR ABEL ZUBIZARRETA, A CUYO TALENTO Y CELO EFICAZ SE DEBE EL PROGRESO DE LA INSTITUCIÓN, DESPACHANDO CON SU SECRETARIO PRIVADO, D. PEDRO EYRABIDE.

La vida de las grandes ciudades es ahora un torbellino gigantesco, una vorágine infernal donde el movimiento continuo y la vibración febril crean un peligro constante para el hombre con las creaciones suyas, inventadas para su comodidad.

El problema del tráfico preocupa hoy a las autoridades de

EL SECRETARIO DE LA SECCIÓN DE HIGIENE, DOCTOR IGLESIAS.

EL ADMINISTRADOR GENERAL DE LA ASISTENCIA PÚBLICA, DON FRANCISCO MUNDUATE, CUYA ACERTADA GESTIÓN ES DIGNA DE ELOGIO, CON EL AUXILIAR SEÑOR CASTRO.

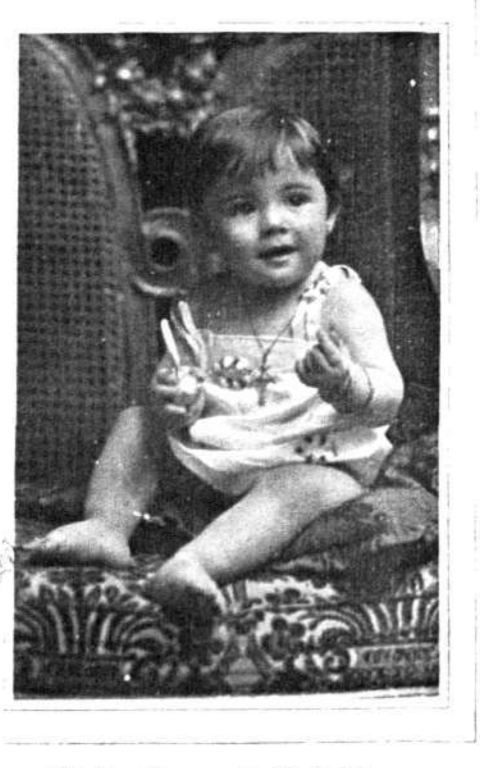
EL OFICIAL MAYOR DE LA ASISTENCIA PÚBLICA, SEÑOR REQUENA.

Página Infantil

Alfredo M. Garcia



Carlos Babuglia Poch



Hebe Raquel Del Ponte



COMO SE NOS SOCORRE EN CASOS DE ACCIDENTES
LOS PRIMEROS AUXILIOS

EL DIRECTOR DE LA ASISTENCIA PÚBLICA, DOCTOR ABEL ZUBIZARRETA, A CUYO TALENTO Y CELO EFICAZ SE DEBE EL PROGRESO DE LA INSTITUCIÓN, DESPACHANDO CON SU SECRETARIO PRIVADO, D. PEDRO EYRABIDE.

La vida de las grandes ciudades es ahora un torbellino gigantesco, una vorágine infernal donde el movimiento continuo y la vibración febril crean un peligro constante para el hombre con las creaciones suyas, inventadas para su comodidad.

El problema del tráfico preocupa hoy a las autoridades de

EL SECRETARIO DE LA SECCIÓN DE HIGIENE, DOCTOR IGLESIAS.

EL ADMINISTRADOR GENERAL DE LA ASISTENCIA PÚBLICA, DON FRANCISCO MUNDUATE, CUYA ACERTADA GESTIÓN ES DIGNA DE ELOGIO, CON EL AUXILIAR SEÑOR CASTRO.

EL OFICIAL MAYOR DE LA ASISTENCIA PÚBLICA, SEÑOR REQUENA.

CON DOLOROSA FRECUENCIA SUCEDEN EN LA CALLE ACCIDENTES DE LOS QUE SON VÍCTIMAS LOS TRANSEUNTES.

EL AGENTE QUE SE ENTERA DEL PERCANCE DA LA ALARMA DESDE EL TELÉFONO MÁS PRÓXIMO AL SITIO DEL ACCIDENTE.

EN LA ASISTENCIA PÚBLICA HAY UN SERVICIO PERMANENTE DE TELEFONISTAS QUE RECIBEN LOS AVISOS DE AUXILIO.

todo el mundo. Antes la vida se reconcentraba centripetamente hacia el interior de las habitaciones, en razón inversa del progreso, y desde las cavernas del hombre primitivo se llegó, por instinto de conservación, a encastillarse lóbregamente. Pero ahora la vida se desarrolla en el exterior; los negocios, las transacciones y los esparcimientos espirituales hay que buscarlos fuera de la casa; hay que salir a la calle, esa calle donde los tranvías, los automóviles, los coches, toda clase de vehiculos, cruzándose en todas direcciones, forman una red en movimiento, en cuyas mallas nerviosas caen frecuentemente muchas víctimas.

Es lógico que las autoridades velen por la

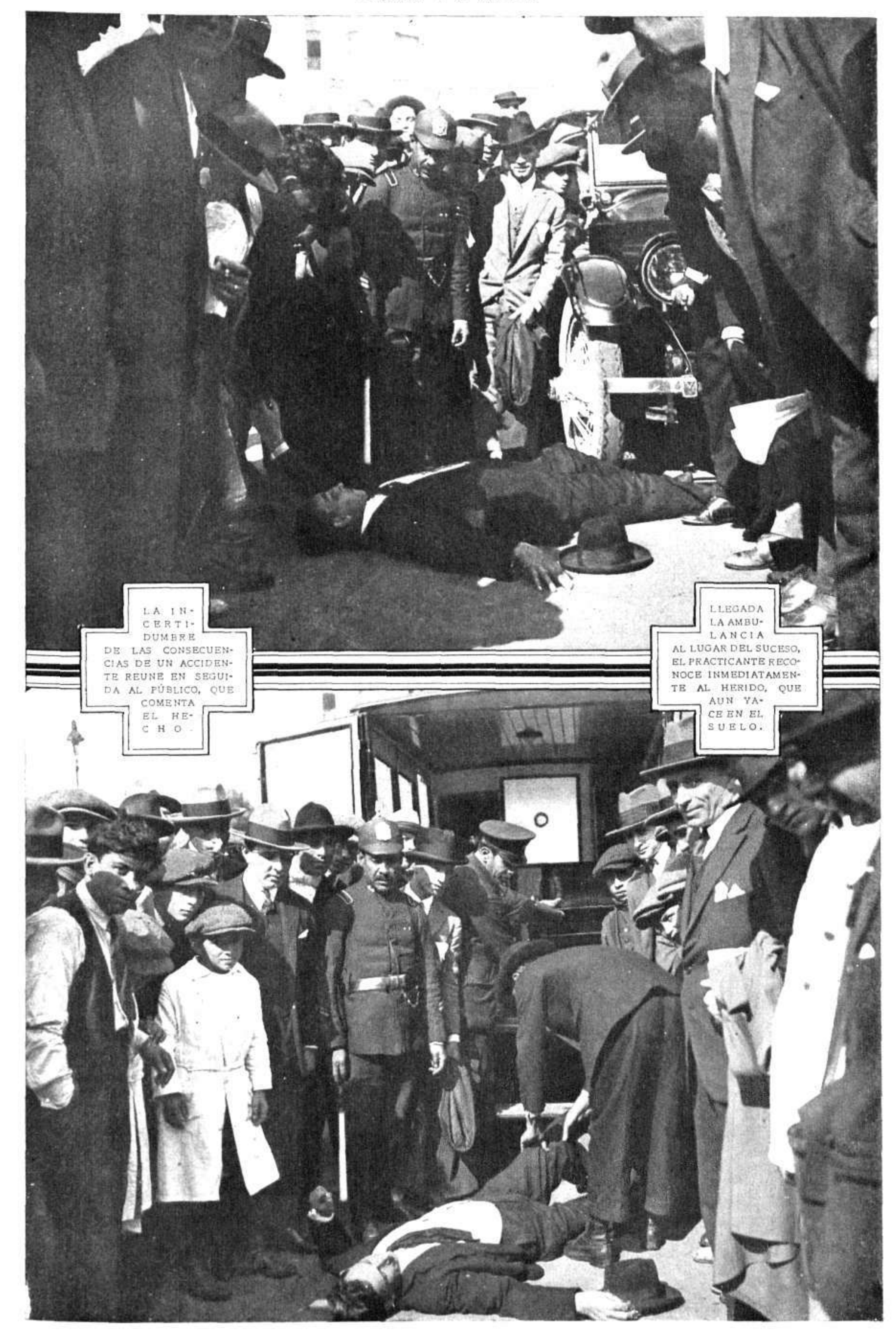
custodios son, efectivamente, las instituciones cuya finalidad piadosa se orienta en socorrer a quienes, en la calle o en su casa, sufren un accidente inesperado.

La Asistencia Pública de Buenos Aires está organizada con una exacta perfección que la coloca a gran altura, sin tener que envidiar nada al extranjero. En el reciente Congreso Médico de Sevilla causó admiración general el conocimiento de cómo funcionaba nuestra entidad altruísta. La labor intensa e inteligente del director, doctor Abel Zubizarreta, es tan meritoria que de todos los rincones de la capital federal se elevan plácemes y elo-

APENAS SE TIENE CONOCIMIENTO DEL PEDIDO, UN PRACTICANTE DE GUARDIA TOCA LA CAMPANA DE ALARMA...

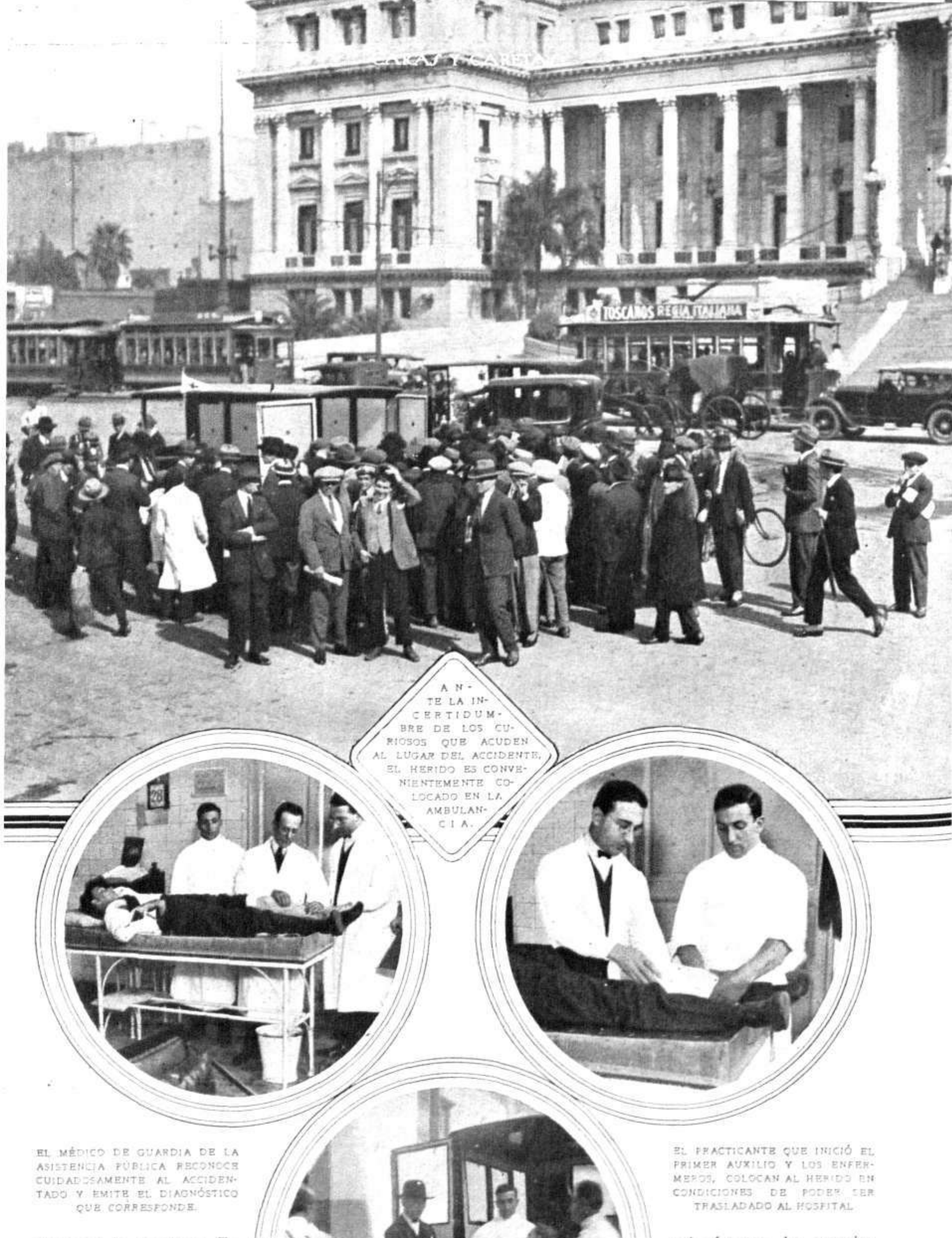


...E INMEDIATAMENTE PARTE VELOZ EN UNA AMBULANCIA QUE LA CAMPA-



LA INCERTIDUMBRE DE LAS CONSECUENCIAS DE UN ACCIDENTE REUNE EN SEGUIDA AL PÚBLICO, QUE COMENTA EL HECHO.

LLEGADA LA AMBULANCIA AL LUGAR DEL SUCESO, EL PRACTICANTE RECONOCE INMEDIATAMENTE AL HERIDO, QUE AUN YACE EN EL SUELO.



ANTE LA INCERTIDUMBRE DE LOS CURIOSOS QUE ACUDEN AL LUGAR DEL ACCIDENTE, EL HERIDO ES CONVENIENTEMENTE COLOCADO EN LA AMBULANCIA.

EL MÉDICO DE GUARDIA DE LA ASISTENCIA PÚBLICA RECONOCE CUIDADOSAMENTE AL ACCIDENTADO Y EMITE EL DIAGNÓSTICO QUE CORRESPONDE.

EL PRACTICANTE QUE INICIÓ EL PRIMER AUXILIO Y LOS ENFERMEROS, COLOCAN AL HERIDO EN CONDICIONES DE PODER SER TRASLADADO AL HOSPITAL.

gios que le ensalzan. En una ciudad como Buenos Aires, donde ocurren, a diario, infinidad de accidentes de todas categorías, la organización matemática de la Asistencia Pública es una garantía tranquilizadora. El alma humana es infantil; los hombres más fuertes, los grandes luchadores que en los combates de la vida encaran el destino con serenidad heroica, son sensibles al dolor, que podrán mitigar con el dominio poderoso de sus voluntades, pero que muerde intensamente el espíritu con las múltiples ga-

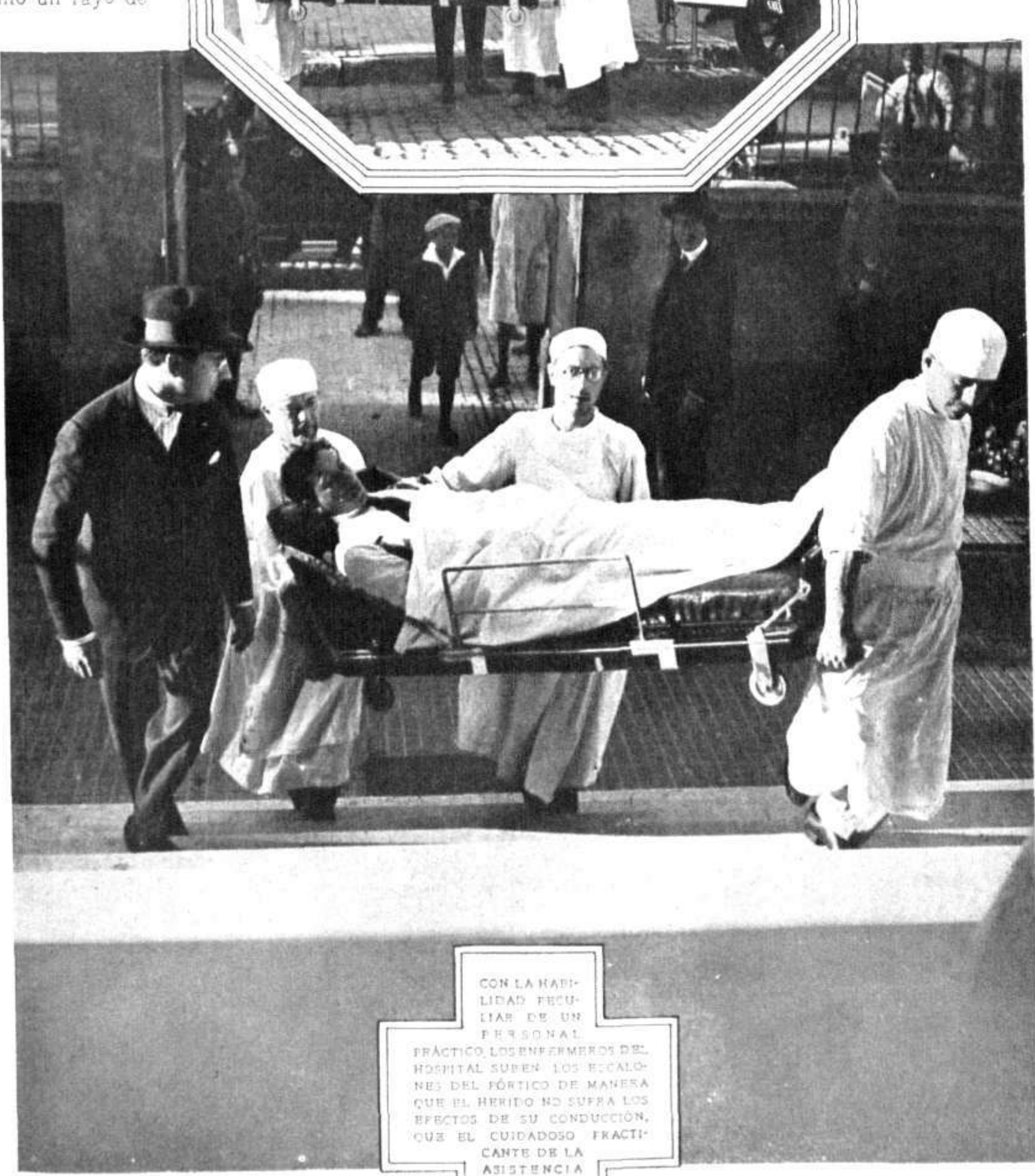
EN UNA AMBULANCIA Y SIEMPRE BAJO LA CUSTODIA DEL PRACTICANTE, EL HERIDO, ACONDICIONADO POR LA CURA REALIZADA EN LA ASISTENCIA PÚBLICA, ES TRASLADADO A UN HOSPITAL.

LOS ENFERMEROS DEL HOSPITAL CONDUCEN AL HERIDO CUIDADOSAMENTE DESDE LA AMBULANCIA DE LA ASISTENCIA PÚBLICA HASTA LA SALA DE PRIMEROS AUXILIOS.

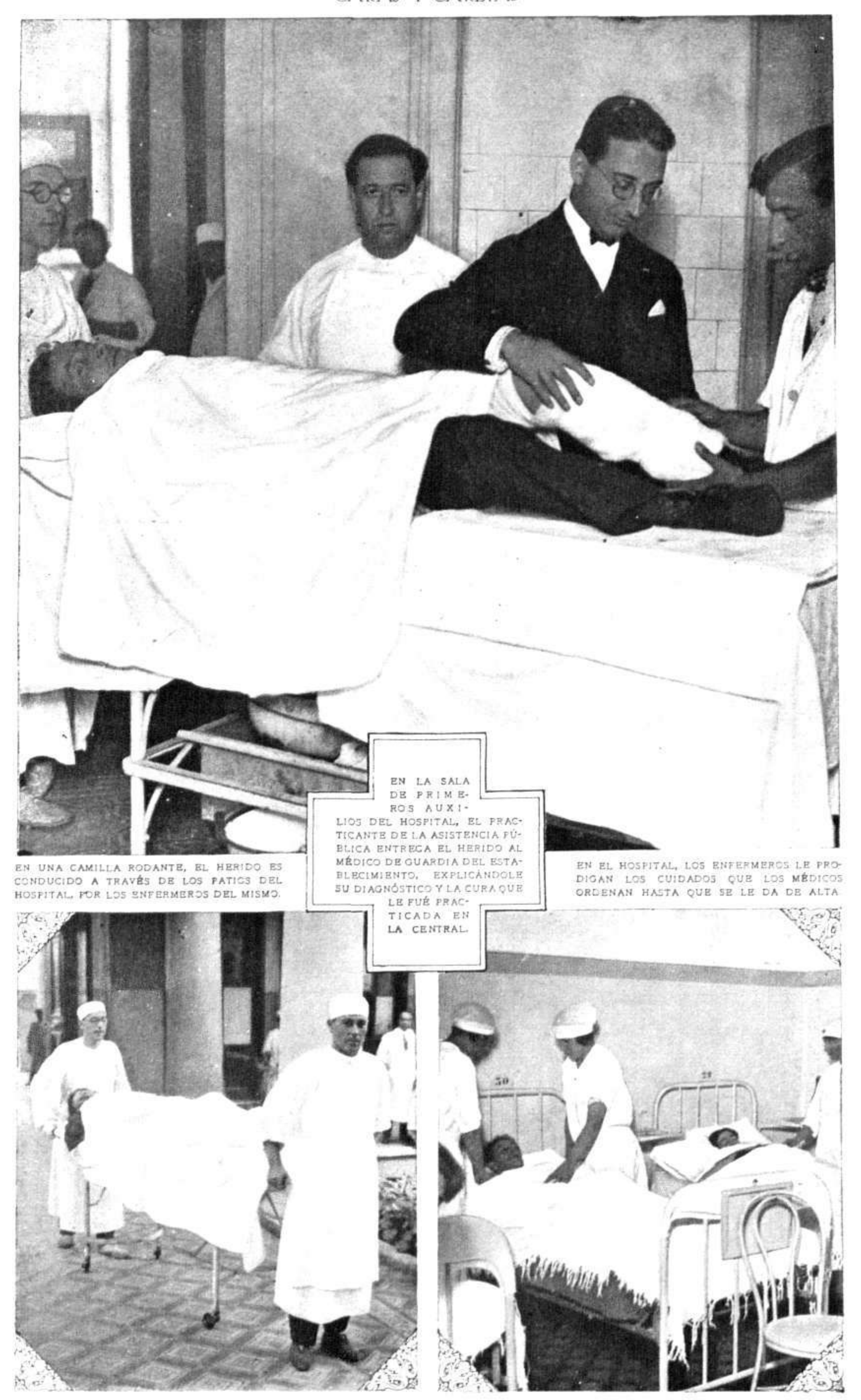
rras invisibles de los nervios sutiles.

En los momentos de angustia, en los que un accidente abre una incógnita con el sufrimiento, la llegada rápida de los primeros auxilios es como un rayo de luz en las tinieblas; esas tinieblas que invaden los sentidos acercándonos al «más allá» de la vida, ese «más allá» desconocido, misterioso e inquietante.

ADELARDO FERNÁNDEZ ARIAS



CON LA HABILIDAD PECULIAR DE UN PERSONAL PRÁCTICO, LOS ENFERMEROS DEL HOSPITAL SUBEN LOS ESCALONES DEL PÓRTICO DE MANERA QUE EL HERIDO NO SUFRA LOS EFECTOS DE SU CONDUCCIÓN, QUE EL CUIDADOSO PRACTICANTE DE LA ASISTENCIA PÚBLICA DIRIGE AÚN



EN LA SALA DE PRIMEROS AUXILIOS DEL HOSPITAL, EL PRACTICANTE DE LA ASISTENCIA PÚBLICA ENTREGA EL HERIDO AL MÉDICO DE GUARDIA DEL ESTABLECIMIENTO, EXPLICÁNDOLE SU DIAGNÓSTICO Y LA CURA QUE LE FUÉ PRACTICADA EN LA CENTRAL.

EN UNA CAMILLA RODANTE, EL HERIDO ES CONDUCIDO A TRAVÉS DE LOS PATIOS DEL HOSPITAL, POR LOS ENFERMEROS DEL MISMO.

EN EL HOSPITAL, LOS ENFERMEROS LE PRODIGAN LOS CUIDADOS QUE LOS MÉDICOS ORDENAN HASTA QUE SE LE DA DE ALTA.



BENITO LYNCH

EL NOVELISTA DE LA PAMPA

SOBRE ESTA SENCILLA MESA DE TRABAJO, SE HA REALIZADO UNA OBRA MAESTRA: «LOS CARANCHOS DE LA FLORIDA».

Allí en La Plata, en su vieja casa de patios inmensos, una tarde gris de otoño, me di el gusto de estrechar su mano por la primera vez. Lo habían descrito como un hombre huraño, de silencios hoscos y bruscas ocurrencias. Y es sencillo como una corriente de agua clara; es cordial como un vino generoso.

— Pero, colega, ¿qué interés puede tener la gente en conocer a un hombre como yo?... ¡si aquí no hay nada de extraordinario!

— ¡Cómo!... ¿y su obra no es algo extraordinario?... Usted es el novelista de la pampa, como Hernández fué el poeta. Usted nos ha dado un tipo que conoce a fondo y pinta a maravilla...

Queda reflexivo, como si por primera vez se diera cuenta de tal verdad. Lynch es delgado, alto, y se mueve con una agilidad que luego me explico, al saber que es un avezado esgrimista. Su expresión aguda y su palabra campechana, van de lo incisivo a la franqueza. Me contesta:

— Elegí el gaucho, como el personaje esencial de mis obras, porque ya es un tipo hecho, completo... El hombre de la ciudad, es todavía transitorio. Pero, el gaucho, da poco... ¿Usted ha visto que siempre en mis novelas yo pongo un «ladero»?... En «Los caranchos de la Florida», en «El inglés de los güesos»... un hombre de otro ambiente, de otra cultura, un «ladero» para que cinche... ¡porque el gaucho solo, da muy poco!

Me hace gracia la imagen empleada y tengo curiosidad por seguir el interrogatorio, con la impertinente sangre fría que las circunstancias me deparan:

— ¿Dónde nació?

— En Buenos Aires; soy porteño viejo... Mi padre, Benito Lynch como yo, murió joven... Mi madre es uruguaya, de la familia Beaulieu, y vive todavía... yo soy su compañero de la vejez...

— Así que usted es soltero...

— Soltero, sí... ¡me he quedado solterón!... He admirado tanto a la mujer, que tal vez por eso no me he casado...

Lynch es de una antigua familia del país. Ya por el año veintitantos, suena un Benito Lynch también... Su abuelo, casado con una Andrade, tuvo dos hijos: Benito y Ventura. Este último dejó una valiosa obra folklórica en canciones populares, con su letra y su música, y fué una rara multiplicidad como músico,

pintor y poeta, todo en forma de diletante.

— ¿Y esos personajes de los «Caranchos», son tomados de la realidad? ¿Usted ha vivido mucho en el campo?

— Le voy a contestar, englobando las dos preguntas y alguna otra que podría ocurrirse... Siendo chicos nosotros — porque tengo otros hermanos, — mi padre se vino del Uruguay y fué a instalarse en Bolívar, que en aquellos tiempos era el desierto... Allí nos criamos. Pero, un día empezó a notar que corríamos el peligro de hacernos unos gauchos. Yo, sobre todo, que no salía del lado de los paisanos, a caballo, enlazando, boleando... Se vino, pues, la familia a Buenos Aires y entré a estudiar...

— ¿Ha seguido alguna carrera?... ¿o sólo cursó el colegio nacional?...

— El nacional, nomás...

Los personajes de los «Caranchos» están hechos con apuntes tomados de muchas partes, en diversas épocas... Si he situado el episodio en Dolores, fué porque conocía mucho ese paraje... Campos bajos, con lagunas de aves acuáticas y nutrias... eran una maravilla, una riqueza, que hacía la fortuna de muchísima gente que vivía de la caza...

— ¿Por qué habla en tiempo pasado?... ¿Han podido cambiar en algo?

— Sí, pues: con las obras de desagüe, todos esos campos han quedado en seco. Ahora son absolutamente inútiles; no sirven para agricultura por ser de tierras arcillosas y, en cambio, al retirarse el agua, han emigrado todos los animales que los poblaban... ¡Hay que andar con mucho tiento, antes de corregirle la plana a la naturaleza!

La obra de Benito Lynch está tomada directamente de la vida. No es, pues, un escritor libresco. Ha leído mucho, pero no para propalarse en citas o reminiscencias, como acontece por desgracia tan a menudo con el escritor suramericano, sino para formar ese fondo de madurez en el juicio, de propulsión en las ideas, de orientación en la marcha.

Cuando se recurre a una cita, es porque nos falta una experiencia. Lo observado vive, lo leído es transitorio. ¡Qué hojarasca deleznable la erudición de tantos de nuestros literatos!

¡Y qué tesoro de observación, en cambio, qué cosa única nos han dejado en su viaje a los ranqueles, en sus cuadros porteños!... Hasta los tipos de transición tienen su valor. Y entre nosotros, por ahora, sólo existen tipos de transición...

— Sé que allá en Dolores — continúa Lynch — alguien ha bautizado su estancia con el nombre de «Los caranchos». Y ha hecho esculpir dos de estos pájaros, poniéndolos en el frente... No sé quién será...

Nos echamos a caminar por La Plata, ya de noche. Lynch es un efusivo, que desearía hablarme de mil cosas y preguntarme otras mil. Acompaña sus expresiones con gran movilidad de gestos.

Quiere, sobre todo, que diga yo a la gente que él no es un intratable, sino un hombre todo corazón. También quiere que hable de sus proezas deportistas, porque las practica todas:

— ¡Aquí, donde me ve, un «flaco de porra»...!

Y de sus tareas literarias no me dice sino que las empezó a poco de soltar el andador, que las realiza como una alegría de su espíritu, pero que no trabaja más porque es un solemne haragán. Lo cual yo no le creo.

Porque la obra puede ser abundante o restricta: hay valores de extensión y de profundidad.

Lo importante es dar, como él lo ha dado, con el verbo de Dios. Una o cien veces...

¡Y entonces, no se ha pasado en vano sobre la tierra!

ERNESTO MARIO BARREDA

RETRATO DEL NOVELISTA CUANDO ERA UN PIBE DE TRES AÑOS.

BENITO LYNCH, EN UNA ACTITUD REFLEXIVA QUE LE ES PECULIAR.

ALBUM DE ARTISTAS

BERTA SINGERMAN

Para "Caras y Caretas" con admiración
Berta Singerman



NACIÓ en Mosir (Rusia) en 1901. Naturalizada argentina. Vino al país a los cuatro años, con sus padres. A los diez años debutó en el Olimpo, con la compañía israelita Marinoff-Wallenstein en la obra "La condesa mendiga". Trabajó con Moscowitch, y dedicándose luego a estudiar, obtuvo una beca de declamación en la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, donde fué, más tarde, profesora. Dió su primera audición en público, en el salón La Argentina y el empresario Grassi la llevó a Montevideo en 1922, al teatro Albéniz, donde obtuvo un gran éxito. Hizo una jira por Chile y Perú y luego, otra mayor, por Montevideo, Chile, Perú, Méjico y Cuba. En Méjico fué consagrada en sus recitales al aire libre. Retirada algunos meses, volvió a Montevideo en enero del corriente año, recitando al aire libre, en el Prado; fué luego al Brasil, regresando a Buenos Aires para emprender una gran jira por el interior y embarcarse para Europa, donde piensa representar el arte declamatorio sudamericano. Después se dedicará al teatro. Prefiere la nota trágica en sus declamaciones. El momento más intenso de su vida fué cuando oyó el primer grito de su nena. Es una artista única y una mujer extraña. Como artista y como mujer es sugestiva.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DON LUIS ZUBERBUHLER

NUEVO PRESIDENTE DEL BANCO DE LA NACIÓN ARGENTINA

POR VALDIVIA

Son demasiado conocidas las actividades del señor D. Luis Zuberbuhler en pro del progreso comercial y financiero del país, para que su enumeración pueda encerrarse en breves líneas. Su nombramiento para el alto cargo, no hace sino confirmar los grandes prestigios adquiridos, por su vasta ilustración y por su espíritu de incansable labor.

ACTUALIDADES

EN HONOR DEL EX GOBERNADOR DE CORDOBA



El ex gobernador de Córdoba, doctor Julio A. Roca, acompañado por los caballeros que integraban la comisión de homenaje al distinguido político, quienes le agasajaron por su brillante actuación al frente de los destinos de la provincia.

Aspecto general del teatro Cervantes.

Cabecera de la mesa. A la derecha del obsequiado se hallan el general Pablo Ricchieri, el vice gobernador actual de Córdoba, doctor Paz y el señor Ernesto Padilla. A la izquierda tomaron asiento, don Benito Villanueva, almirante Fliess, doctor Norberto Piñero, señor Heriberto Gibson y el doctor E. Ramos Mejía.



CACERÍA

El Club Alemán, la conocida y prestigiosa institución social a la que pertenece lo más granado de la colonia alemana entre nosotros y distinguidas familias argentinas, organiza periódicamente estas cacerías del zorro que son motivo de agradables y brillantes reuniones de equitación.

LOS JINETES Y AMAZONAS QUE EN NÚMERO DE CIEN TOMARON PARTE EN LA ANIMADA CACERÍA ORGANIZADA BAJO LOS AUSPICIOS DEL CLUB ALEMÁN.

UNA INTREPIDA AMAZONA DISPUTANDO EN VELOCIDAD A UN JINETE, EL PASO DE UNA EXTENSA LAGUNA.

SEÑORA KESSLER DE BADER.

EL PRESIDENTE DEL CLUB, Y DIRECTOR DE LA CACERÍA, SEÑOR ALFREDO PASS.

SEÑOR EUGENIO HARTKOPF, QUE ACTUÓ DE ZORRO, SIENDO IMPOSIBLE SU CAZA.



DEL ZORRO

UNO DE LOS MOMENTOS MÁS EMOCIONANTES DE LA CACERÍA, ES CUANDO EL DIRECTOR DA ORDEN DE PERSECUCIÓN AL ZORRO.

La última, realizada en San Isidro, se vió favorecida con la presencia de un grupo numeroso de señoritas y caballeros de la institución, que demostraron sus habilidades en la difícil tarea de perseguir al zorro. En ella, como siempre, se destacó la pericia de las amazonas al salvar las vallas y obstáculos.

CON EVIDENTE ESPÍRITU DEPORTIVO, LOS JINETES VADEAN REG CIJADAMENTE UNA LAGUNA.

SEÑORITA MARÍA ISABEL SCIURANO CASTAÑEDA.

EL ZORRO Y EL DIRECTOR DE LA CACERÍA, EN POSE PARA «CARAS Y CARETAS».

SEÑORITA OLGA ER CHSEN.

ACTUALIDADES



EN EL COMITE ARGENTINO PERUANO "CLORINDA MATTO DE TURNER". — Distinguidas damas y caballeros que tuvieron a su cargo la organización del festival patriótico.



Cuadro patricio que interpretaron conocidas señoritas y jóvenes pertenecientes a la institución, en la hermosa reunión conmemorativa de la efemerides de Mayo.



SEÑOR A. MANZANERA. Distinguido periodista español representante de las revistas "Blanco y Negro" y "La Esfera" de Madrid, que parte para España después de una profícua labor entre nosotros.



DEMOSTRACION AL AGREGADO MILITAR A LA EMBAJADA DE CHILE. — Grupo de personalidades de los circulos diplomáticos y sociales que le cumplimentaron en ocasión de ausentarse de nuestro país.





BAILE DE GALA EN EL CLUB DE FLORES. — Dos aspectos de los salones del Club del aristocrático "faubourg" durante la realización de la velada de gala en homenaje al aniversario patrio.



CONSERVATORIO DE MUSICA DE LA NACION. — Señoritas ejecutantes que participaron en el interesante concierto dado con gran éxito por las primeras alumnas del mismo.



EN EL CIRCULO BELGA. — Señoritas y caballeros asistentes a la velada musical y baile que efectuó con lucimiento la conocida asociación de la colectividad belga.



EN EL CLUB DE PALERMO. — Interesante instantánea tomada en un intervalo del baile de gala que dedicó su comisión en homenaje a la fiestas mayas.

DE LA SEMANA



EN HONOR DE DON PEDRO CHRISTOPHERSEN. — El obsequiado rodeado por caballeros pertenecientes al Centro Escandinavo quienes le ofrecieron un almuerzo en su 80 aniversario.



EN OBSEQUIO DEL SEÑOR FEDERICO A. HEATH. — Grupo de personalidades de la colonia norteamericana que le dedicaron una comida festejando un acontecimiento íntimo.



RECEPCION OFRECIDA AL EMBAJADOR DE ESTADOS UNIDOS. — Mr. John Wallace Riddle rodeado por un grupo de señoras y caballeros estadounidenses que le cumplimentaron con motivo de su próxima partida a su país.

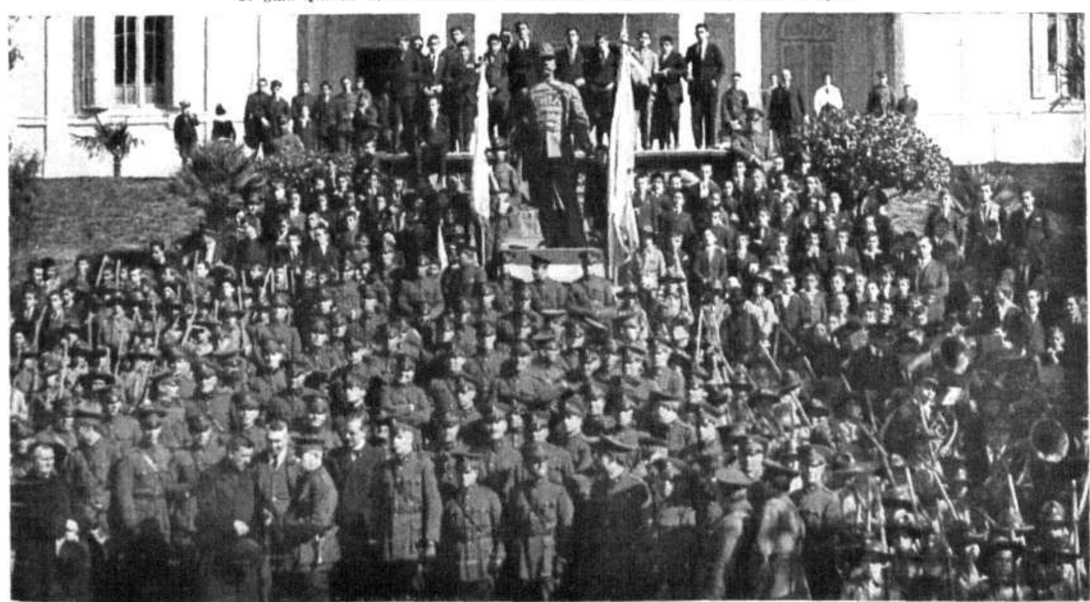


INAUGURACION DEL ASILO "PRIMER CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA". — El intendente de San Martín y destacados vecinos de la localidad que asistieron a la inauguración del edificio donado por la sociedad espiritista.





FESTIVAL EN EL CLUB BELGRANO. — Fotografías obtenidas en los salones de este club durante la realización del gran baile de gala que la C. D. ofreció a los socios en ocasión de las fiestas mayas.



HOMENAJE DE LOS ALUMNOS DEL COLEGIO LEON XIII A LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA. — Con motivo de cúmplirse las bodas de plata del instituto, los alumnos de la primera hicieron una visita a las dependencias del mismo, desarrollandose un interesante programa de festejos.



UNA ESCENA DEL FILM «LA JUSTICIA EN EL LEJANO NORTE», EN LA QUE INTERVIENEN COMO PROTAGONISTAS MARCIA MANON Y ARTHUR JASMINE.

TEATRO DEL SILENCIO

Si echáramos una mirada retrospectiva en la industria cinematográfica, el espíritu se llenaría de sorpresa al valorar los estupendos progresos que este nuevo arte ha hecho en poco tiempo. No hay precedentes de que ninguna otra industria haya marchado a pasos tan gigantescos. Pero más asombra aún el pensar lo que será el cine dentro de una veintena de años. ¿Será éste el arte definitivo del futuro?...

...TTY COMPSON, LA CONOCIDA ESTRELLA CINEMA...OGRÁFICA QUE REAPARECE EN «MIAMI», JUNTO CON LOS GALANES L. DAVIDSON Y J. BARNEY SHERRY.

LOS PROTAGONISTAS DE «EL CARDENAL RICHELIEU», PELÍCULA DE GRAN ESPECTÁCULO.

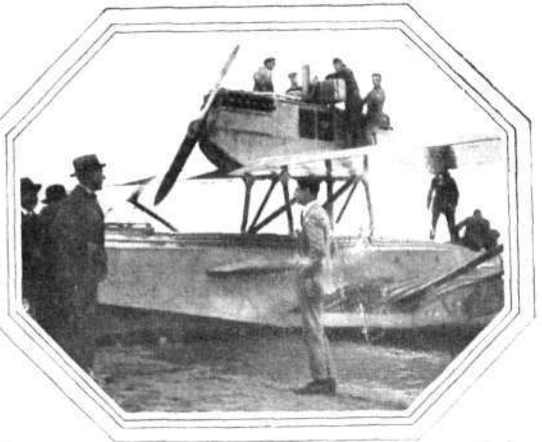
ROALD AMUNDSEN


SU EXPEDICIÓN AL POLO NORTE

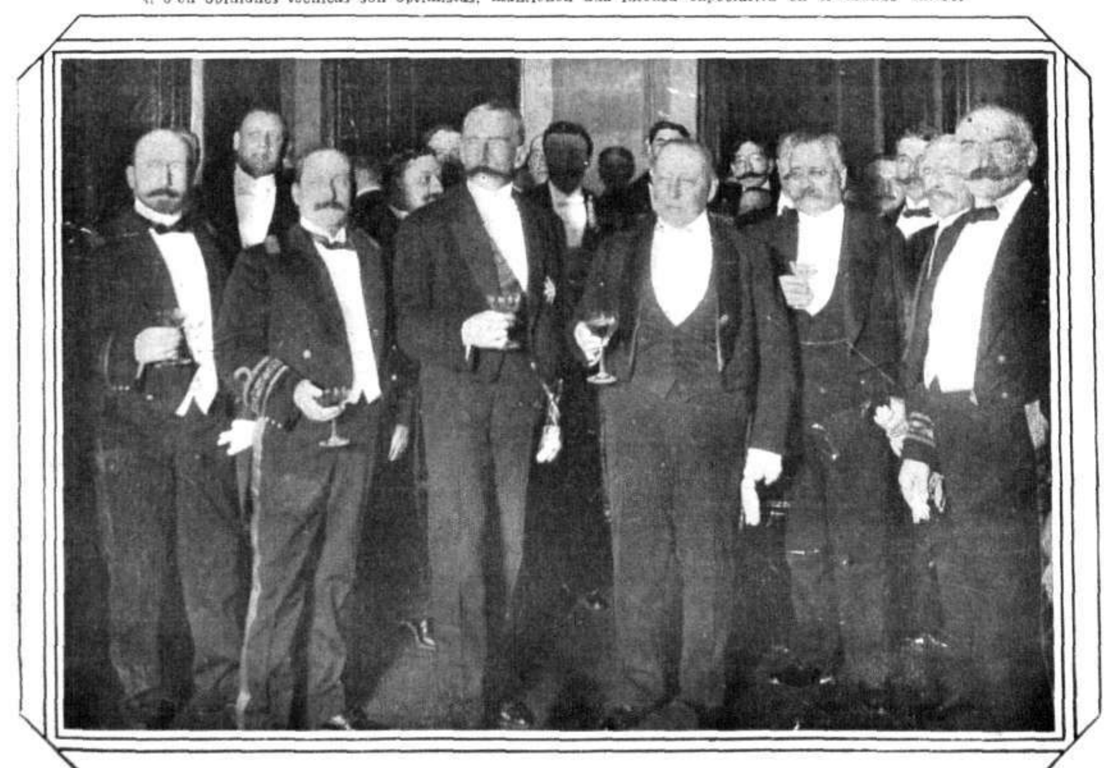



Roald Amundsen, el célebre hombre de ciencia que organiza periódicamente expediciones al polo norte, ha logrado en esta última crear una expectativa en todo el mundo como no la logró en otras ocasiones. La carencia de noticias acerca de la expedición llenó al mundo de legítima zozobra. Se temía por la suerte de los bravos expedicionarios. Pero voces autorizadas se han levantado para expresar su ilimitada confianza en quien, sin temor ni ostentación, se sacrifica en aras de la ciencia y saber humano.

Distintas expresiones del ilustre explorador, obtenidas en nuestra capital y en París, al regresar de su glorioso viaje al polo sur, y durante algunas recepciones dadas en su honor.

El sabio marino noruego, mientras observaba el funcionamiento de los motores que utilizaría en la expedición aérea, cuyos resultados, si bien en opiniones técnicas son optimistas, mantienen una intensa expectativa en el mundo entero.



Una fotografía interesantísima tomada al serle ofrecida una recepción en el Club Naval, cuando estuvo en Buenos Aires de regreso de su expedición al polo sur. En ella se ven al doctor Victorino de la Plaza, entonces Vicepresidente de la Nación; a los ministros Garro, Sáenz Valiente, Bosch; al presidente del Club, almirante Domecq García, y a otras conocidas personalidades.

Sensacional encuentro de Lombardo con Serio



Serio, por Sandunguero y Siria, del Stud Inoragna, regresando al pesaje con la monta de Manuel Lema, después de vencer en el clásico Vicente L. Casares a su rival Lombardo, siendo su triunfo recibido con grandes aplausos por los numerosos aficionados que presenciaron el reñido encuentro entre los dos mejores caballos de la generación.

Gravísima explosión e incendio de una habitación



Estado en que quedó la pieza después de la terrible explosión en la que dos personas perdieron la vida y fueron heridas otras cinco.



El agente de policía José Félix Peñaloza que acudió al lugar del suceso y que al ver que en la pieza incendiada había quedado la niñita María Vega de cuatro años de edad hizo arrancar por medio de un cable atado a un tranvía la ventana de la pieza por donde pudo sacarse con vida a la pequeña, pues la puerta se hallaba envuelta en llamas. El agente fué muy felicitado por su decidida acción.



Una vista de cómo quedó la ventana por donde fuera salvada la niña que iba a ser presa de las llamas ocasionadas por la explosión.

Los dramas de la Cocaína



Julio César Gutiérrez.



Josefa Batle.



Esther Larruscain.



Nerina Gentile.



Antonio Argüello.

QUE TOMARON PARTE EN LA TRÁGICA ORGÍA.



Justa Almeida, muerta.

En una casa de pensión de la calle Bartolomé Mitre se reunieron varios sujetos en compañía de algunas mujeres de mal vivir, los cuales, habiendo ganado en una partida anterior de pocker varios miles de pesos, decidieron organizar una fiesta en la que el consumo de los alcaloides ocupaba el primer lugar. Como es natural allí no se tuvo en cuenta si se excedían o no los circunstantes y cuando la orgía se hallaba en todo su apogeo, cayó muerta la mujer Justa Almeida a causa de una dosis demasiado fuerte de cocaína. Intervino la policía, la que consiguió detener a los participantes y esclarecer completamente el suceso.



Sara Villar Izarruelde, dueña de la pensión.



Juan A[illegible].



Benjamín Fonseca.



Ricardo Ebnert, expendedor.



José Antonio Viñas.



A. García [illegible]

QUE TAMBIÉN PARTICIPARON EN LA BACANAL.

LA URA



SUELE acontecer que una criatura se duerma, a la siesta, con la boca abierta. Días después, prorrumpe en un agudo grito de dolor, que cesa en seguida. Los gritos se repiten con intermitencias, con la misma brusquedad e igual calma subsiguiente. La criatura se lleva en aquellos momentos las manos a la garganta. Un examen prolijo de la boca delata entonces en el fondo de las fauces uno o más agujerillos hinchados, de que escurre un líquido claro.

Este es el proceso común de la ura. En el fondo de cada uno de esos agujerillos, se agita en carne viva, come y prospera, un gusano rugoso, circundado de duros anillos, estando cada anillo erizado de pelos negros.

Estos gusanos provienen de

una mosca llamada ura, no más grande ni velluda que otras inofensivas congéneres. Zumban sobre todo en los días cálidos, en busca de una piel propicia para depositar o introducir en ella sus huevos. Una vez conseguido esto, las larvas recién nacidas hallan tales condiciones favorables para su desarrollo en la alta temperatura de los mamíferos, que en breves días, revolviéndose y mordiendo en pleno tejido vivo, llegan a adquirir el tamaño y la forma de un gruesísimo carozo de dátil. Cuando se presiona bajo la piel, este gusano debe salir — y sale vivo — por un agujerillo de un milímetro de diámetro.

Los animales bovinos pagan un pesadísimo tributo a las uras, al punto de dar pena ver una vaca deformada por centenares de tumores cuyos gusanos la amodorran de fiebre, mientras la devoran viva. La industria del cuero sufre el contragolpe de esta plaga, pues poco atractivo puede ofrecer al mercado una piel endurecida y taladrada en mil partes.

Entre los animales domésticos, el caballo y la mula gozan de perfecta inmunidad. Los perros, en cambio, sufren mucho de la ura. Es digna de mención la capacidad de sacrificio de los perros, al entregarse temblorosos y gimiendo a las manos curativas de su dueño. La extirpación de una ura, cuando se oprime el tumor por su base forzando al gusano hacia el exterior, no tiene nada de agradable. El pobre perro gime, se lame los pelos a su alcance, y mira aparecer la ura que dilata la piel de un modo increíble; pero no intenta escapar. El gusano salta generalmente a varios decímetros de distancia, y el perro la sigue en su salto, con ojos poco amistosos. La intervención dura a veces largos minutos.

El hombre paga asimismo un pesado tributo a la ura, bien que su experiencia lo exima de mayores mortificaciones. El caso de la criatura a que hemos aludido no es único. En pequeñuelos con conjuntivitis, resfriados, o con fiebres que los aplastan con la boca abierta, las uras han hecho más estragos de los que se pueden contar. Cierto es que estas complicaciones sólo alcanzan a las clases más desprovistas de toda noción de higiene.

Una u otra vez, toda persona que ha transpasado el paralelo 28, ha trabado o trabará contacto con la ura. El que estas líneas escribe alimentó durante quince días en el hombro, como si se tratara de una punzante hinchazón cualquiera, una robustísima ura. Este primer tributo a la ignorancia del país, es tan ineludible como fugaz. Y se paga con el mismo rigor que lo hacen los que afrontan una madrugada de verano con una sábana por todo abrigo, y los que descienden en Posadas con un wínchester para matar tigres en el puerto mismo.

Los pájaros no escapan tampoco a la ura. Por vehementes deseos de mis chicos de criar un pirincho, nos apoderamos una vez de un pichón que entrevolaba por una palmera de casa. Cogido en la mano, los chicos lo hallaron tan feo, tan torcidos los ojos y tan amarillento de piel, que no lo quisieron. Examinándolo entonces de cerca, vimos que estaba infestado de uras. El animalito tenía apenas el volumen de un huevo de gallina, y treinta y dos uras.

El pichón murió, poco después, por culpa de nuestra alimentación. Su vida había resistido heroicamente a un enemigo natural, multiplicado de un modo formidable, como aquellas uras; pero, había cedido en seguida al menor cambio de régimen, impuesto cariñosamente por nosotros.

H. Q.

DIBUJO DE MACAYA

Apellidos Argentinos

PELÁEZ

PELAGIUS es palabra latina derivada de *pelagus*, piélago, mar, y significa marino, marítimo, lo que es del mar, o que le pertenece. Las adaptaciones españolas de *pelagius* son *Pelaio, Pelayo, Pelay, Palaio, Plazio*, contraídos en las formas *Pela, Pele, Pay, Pie, Payno*, y *Payo*. Les corresponden los apellidos *Pelayo, Peláez, Páez* y *Peley*, aun existentes, y los arcaicos *Pelágiz, Pelaiz, Pelaig, Pláiz, Pelaelz, Pelayet, Peláyez, Peles y Páiz.*

El más célebre de los Pelagios fué sin duda, el hereje inglés llamado Morgan. Morgan, quiere decir, en céltico, *hombre de mar*. Cuando empezó a revolver las cosas de la Iglesia, este Morgan adoptó el nombre latino equivalente: Pelagio. Sostenía Pelagio que no existe el pecado original, que basta el libre albedrío para darse perfecta noción de la naturaleza de Dios, y que por lo tanto, no necesita del don sobrenatural que el cristianismo llama *gracia*, para observar la ley natural y la positiva, vivir libre de los pecados y conseguir la vida eterna. Con estas proposiciones y con otras respecto a la naturaleza de Cristo, Pelagio hizo la guerra a los dogmas católicos siendo vencido en la lucha.

Pero no fué Pelagio o Morgan quien puso de moda este nombre, entre los españoles. A otro Pelagio corresponde el honor, más bien dicho a otro Pelayo, pues la forma latinizada Pelagio nunca tuvo verdadera popularidad.

Ya sabemos que el idioma español sufrió, sufre y sufrirá regresiones latinas. Mientras el pueblo modifica las palabras de origen latino, acomodándolas a su modo, la gente leída, erudita, vuelve sus ojos al latín. *Pleno* y *lleno*, *expósito* y *expuesto, radio* y *rayo*, etc., son palabras dobles, parejas, en que se ven las influencias popular y erudita. A veces, la erudición se extendió hasta el griego: *Peleiades* es una pedantesca del apellido Peláez, que no tiene arraigo en el habla. Sin la influencia ejercida por los eruditos, después de muerto el idioma de Cicerón y de los legionarios, el castellano sería ahora una lengua muy distinta de lo que es.

Actualmente, cada nuevo invento trae palabras latinas y griegas al vocabulario español: *aviación, hidroavión, cinematógrafo*, etc.

Pelayo fué la forma que nos da el justo medio entre ambas tendencias. San Pelayo, niño dado en rehenes a Abderramán III, de Córdoba, fué martirizado por este califa. La indignación que entre los cristianos produjo el asesinato unióse a la admiración que el pueblo tenía hacia otro Pelayo, Don Pelayo, el héroe que iniciara en Covadonga la empresa de la reconquista hispánica. Desde entonces el nombre de Pelayo fué el preferido por los padres para sus hijos. Había en aquellas épocas más Pelayos que ahora Pepes y Juanes.

En nuestros tiempos Pelagio y Pelayo son poco aplicables como nombres de pila. Se conservan los apellidos *Peláez, Pelay, Páez* y *San Pelayo*, según dije anteriormente.

Una de las formas más raras es Payo, corriente entre asturianos y gallegos. *Sampayo*, es decir, *San Payo* escrito con arreglo a la regla ortográfica, que pide *m* antes de *b* y *p*, es también apellido y nombre de poblaciones.

Payo, por lo muy común que era entre aldeanos, a quienes la gente de las ciudades consideran tosca, vino a designar: «campesino ignorante y rudo». Así Iriarte dice:

> «*En la corte comprar quiso una espada*
> *cierto recién llegado forastero*
> *transformado de payo en caballero.*»

El Espasa asegura que *Payo* viene del bajo latín *pagensis* derivado del latín *pagus*, aldea. Después, nos explica el argentismo *payo*, diciendo que significa albino, muy rubio, y que se aplica también a las personas, y que «en esta acepción se emplea asimismo como tratamiento de cariño». *Payo* es, también, nombre geográfico entre nosotros.

Véase, pues, todas las vueltas y revueltas que el primitivo *Pelagius*, hombre de mar, marino, ha dado hasta parar en *Payo*.

La terminación *ius*, que el castellano transformó en *is*, pertenece al grupo de las consideradas como latinas: *ius, eius, aius, aeus, eus* e *inus* (Vergilius, Pomptinus, Caius, Justinus, etc.). Las en *arna, erna, irna, ina, enna* son etruscas (Mastarna, Perperna, Porsenna, Spurinna, Caecina); umbrias *anas, enas* (Maecenas); sabinas y oscas *avus, enus* (Accavus, Varenus). Reconocen algunos latinistas, además, que muchos nombres romanos tienen origen ligur, que los en *acus* son celtas, y los en *icus* ilíricos y lusitanos. Como verá el lector, al recordar lo que dijimos sobre terminaciones, el ibero o vascuence denota aquí su influencia. Lusitano y ligur, vienen a ser términos sinónimos, y acaso también lo sea la palabra ilírico.

ARGANTONIO





La Moda

Traje de "crêpe marrocain" con "echarpe" oro viejo, adornada con castor. Abrigo de tela brochada con raso negro y cuello de zorro.

Dos abrigos como para afrontar fríos siberianos; uno de lujo con pieles de fantasía, el otro de "ragondín", creados ambos por Revillon.



EL VELORIO

Por

FAUSTO DE TEZANOS PINTO

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA

Hacía como media hora que veíamos la luz aquella. Era un claro punto lejano en la llanura cargada de sombras. Allí había, seguramente, algún rancho donde podríamos pasar el resto de la noche. Yo estaba rendido de tanto espolear a mi mula, para que no aminorara la marcha, y apenas si tenía aliento para dirigirle la palabra de vez en cuando a mi compañero, el Epifanio, un peoncito que ya otra vez había estado en Calacoto. Era un muchacho alto y delgado, de rostro cobrizo y con los ojos chicos y vivos como los del hurón. Tenía la boca constantemente llena de coca, y a ratos mordía un pedazo de *yista* para componer el *acullico*. Entonces yo lo miraba, admirado, pensando en el horrible sabor amargo de la yista. Era mezquino de palabras y parecía indiferente a todas las cosas del mundo. Sin embargo, era ingenuo y burlón y hasta se entusiasmaba cuando contaba las aventuras de don Juan el Zorro o diversas historias y casos de aparecidos y fantasmas.

— ¿Todavía faltará mucho para llegar a donde setá la luz, Epifanio?

— Aurita mos di llegar.

— ¿No estás cansado?

— Y deque...

Quedamos en silencio. Encendí un cigarrillo y le convidé otro al Epifanio. El sacó de las alforjas una botella de aguardiente y me la ofreció.

— Gracias — le dije, rechazándola.

— Sirvasé, niño.

— No, gracias.

— Echelé un traguito...

— No, no quiero.

— Pucha que había sío flojo — comentó. Y le dió un beso largo a la botella.

Después de un rato me dijo, en tono confidencial:

— Oiga, niño: ¿sabe que se me hace cuento lo de la luz ésa?

— ¿Por qué?

— Medio estoy por crer qu'es el *farol*...

— ¿El farol? — le pregunté, intrigado.

— Sí, pu, el *farol*... ¿Qué, acaso no sabe?... Es un alma que anda penando porque el finao ha dejao plata enterrada... Se alza mesmito donde está el *tapao*... Aura en cuanto estemos cerca va comenzar a seguirnos... No se le vaya a ocurrrir ponerse a silbar.

— ¡Bah!...

— En cuanto silbe lu hay castigar.

— ¡Cómo!

— Va a comenzar a sacudirle con una bolsa'i güesos hasta que lo deje desmayao o muerto.

— ¿Sabes de alguien a quien le haya pasado eso?

— ¡Na, y cómo no!

— ¿A quién?

— Na, y yo no sé, pero a mí me han contao...

— ¡Bah! — dije nuevamente incrédulo; pero confieso que no me atreví ni a intentar silbar.

Unos quince minutos después noté que la luz se agrandaba. Mis ojos estaban fijos en ella y el corazón me latía con violencia. La noche me parecía más negra y desierta y el silencio del campo me angustiaba. Yo esperaba por segundos el momento en que la luz aquella habría de levantarse y venir hacia nosotros y seguirnos.

— Epifanio... — murmuré.

— ¿Patrón?

— Ya estamos cerca.

— Sí, pu.

— ¿Y cómo no se mueve?

— ¡Cómo será, pu!

— ¿Será o no será?

— Nuay ser...

— ¿Te habrás equivocado?

— Ansí no más hay tar siendo...

Estas palabras me tranquilizaron un tanto. Después de un momento vi claramente, a unos veinte metros delante de nosotros, una especie de farol de papel dentro del cual ardían dos o tres velas. Recobré el ánimo y me avergoncé del miedo que hasta ese instante había sentido. Nos apeamos y nos dirigimos hacia aquel extraño farol. Ya estábamos como a cinco pasos cuando distinguí el cuerpo de un hombre acostado de espaldas en el suelo, sobre una manta de colores. Avancé sorprendido. ¿Estaba ebrio? El Epifanio se agachó y le tocó la frente.

— Velay... — dijo tranquilamente, sin mirarme.

Ante la serenidad del Epifanio volví a pensar que se trataba de un ebrio, y lo toqué. Pero retiré mi mano con violencia y lancé una exclamación de asombro y de rabia. Aquel hombre estaba helado, helado. En aquel momento sentí deseos de estrangular al Epifanio. Cuando lo miré trataba de ocultar una sonrisa.

— Vamos — le ordené.

— ¡El que se muere se estira! — comentó él echando una última ojeada al cadáver.

Continuamos viaje. Cuando me serené le dije:

— ¿Por qué no me avisaste que estaba muerto?

— Na, ¿y acaso me ha preguntao?

— ¿Y cómo es posible que esté ese hombre abandonado en el campo?

— ¡Y... pa que no lo moleste la bulla! ¿Qué, no siente?

Presté atención. Efectivamente, en aquel momento llegó hasta mis oídos el sonido de un acordeón y un confuso vocerío de hombres y mujeres.

— ¿Y eso? — le pregunté sorprendido.

— ¡Y... eso es en el rancho'el finao, pu! Ya'stamos cerquita.

— ¿Pero esa alegría?

— Y... ¡despidiendoló, pu!

Cuando llegamos al rancho eran las diez y media de la noche. Una media docena de *pilas* anunciaron nuestra presencia enfurecidos. Una chinita como de quince años, con más polleras que cuerpo, salió a recibirnos.

— Güenas noches li dé Dios, siñorai.

— Buenas noches, hijita.

— Aquí tar siendo el velorio, ¿no? — inquirió el Epifanio.

— Así no más es, pu, siñorai.

— ¿Era tu tatita?

— Mi tata era, pu, siñorai.

— ¿Na, y cómo decís que si llamaba?

— Iluminación Silisqui si llamaba, pu, siñorai.

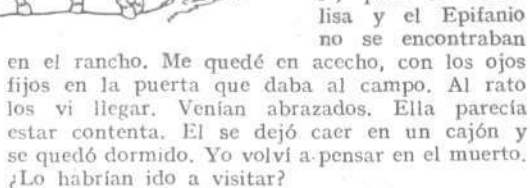
— ¿Tenís mamita?

— Adentro está, pu, siñorai.

— Andá llamala.

— Así será, pu.

Y entró en el rancho.



Nos habíamos apeado y el Epifanio terminaba de desensillar las mulas cuando apareció la madre de la chica. Era una mujer de hasta treinta años, de regular estatura, robusta, de faz ancha y morena, con los labios sensuales, los ojos grandes y abrillantados por el alcohol y con el cabello negro como el vestido que le caía a la espalda en dos largas *simbas* bien *tulmadas* que le llegaban hasta más abajo de la cintura. Era la india más linda que había visto. Así debía opinar también el Epifanio, ya que la miraba y la miraba sin quitarle la vista de encima ni siquiera un segundo. La saludé, le di mi pésame y le pedí permiso para pasar allí la noche. Ella ordenó a la chinita, que se llamaba Blanca Flor, que trajera un pan de sal para las mulas, ya que por ahí no había pasto ni para remedio, y que nos preparara algo de comer. El Epifanio echó bastante tierra en los sudados lomos de las mulas y las llevó para asegurarlas y darles la sal. Después entramos en el rancho. Nuestra presencia no llamó la atención de nadie. Los hombres y las mujeres estaban casi ebrios. El rancho estaba dividido en dos habitaciones. En la primera de ellas, arrimada al centro de la pared lateral, había una mesa en la que dos velas de sebo alumbraban una estampa de la Virgen María. Sobre la misma mesa habían colocado varios platos de comida, coca, vino, alcohol y otras cosas por el estilo. Eran las *ofrendas* para el difunto. En un rincón de la pieza, sentado en un cajón, el acordeonista se había dormido con el acordeón entre las piernas. A su lado los queneros repetían, incansables, un *huaynito* que varias parejas hacían como que bailaban. El Epifanio desde que entró se dedicó a beber todos los jarros de aguardiente o vino que quisieron convidarle. Yo lo miraba severamente, y él, comprendiendo, me decía:

— Esti va ser el sumamente último, patroncito.

Al rato no más me hubiera sido imposible saber cuántas veces me había repetido la misma promesa. La Blanca Flor nos invitó a pasar a la pieza contigua. Allí estaba la dueña de casa, la Doralisa, como se llamaba, quien nos sirvió para comer no sé qué cosa que mi apetito encontró riquísima, un sabroso queso de cabra y una buena dosis de vino para asentar. Después, con mi ensillado y mis ponchos, me arreglé como mejor pude, y, sacándome las botas, me acosté.

— ¿No quiere un *pila* pa que le caliente los pies, siñorai?

— No, gracias — respondí. Y traté de dormir.

La Doralisa y el Epifanio se habían quedado tratando de dar fin a la jarra de vino.

— ¿Na, y deque si ha muerto? — preguntó el Epifanio.

— *Costao*, pu — respondió la Doralisa.

— Ta caray, nuay tiento que no se corte...

Como una hora después, desperté. Estaba solo y a obscuras. En la pieza contigua seguían los queneros tocando el mismo huaynito. Me incorporé para ver. El Epifanio estaba bailando con la Doralisa.

— Ganas me estén entrando'i quedarme en esti rancho pa siempre... — sentí que le dijo.

A ella le relucieron los ojos y medio sonrió. Yo me acordé del difunto, que, de cara al cielo, dormía tranquilamente. Cuando, a eso de las tres de la madrugada, me desperté por segunda vez, seguía la música y el baile, pero la Doralisa y el Epifanio no se encontraban en el rancho. Me quedé en acecho, con los ojos fijos en la puerta que daba al campo. Al rato los vi llegar. Venían abrazados. Ella parecía estar contenta. El se dejó caer en un cajón y se quedó dormido. Yo volví a pensar en el muerto. ¿Lo habrían ido a visitar?

A la mañana siguiente la Blanca Flor me trajo un jarro de café. Yo me asombré al ver que casi todos estaban en pie desayunándose al par que seguían bebiendo y continuaba la música, con el agravante, para los oídos, que el acordeonista parecía haber recobrado todas sus fuerzas durante el sueño. En aquel instante la Doralisa le ofrecía un gran jarro de *yerbiao* y un pedazo de bollo al Epifanio.

Por curiosidad decidí quedarme unas horas para ver el entierro. Era un día gris y frío. A eso de las diez de la mañana partieron hacia donde estaba el cadáver, al compás de las quenas, del acordeón y de un tamboril. De allí lo condujeron, entre dichos y coplas, hasta el cementerio, distante apenas media legua de aquel punto. Era un pequeño campo cercado, lleno de cruces. Abrieron la fosa y derramaron coca, yista, aguardiente y vino para la Pachamama. Luego colocaron el cadáver sobre una escalera que tomaron entre varios y comenzaron a dar vueltas saltando, haciéndola girar describiendo una circunferencia.

— ¿Y para qué hacen dar vueltas al cadáver sobre la escalera? — pregunté al Epifanio.

— Na, y pa qu'el alma *se mache* y no venga a asustar a los vivos, pu — me repuso.

Después lo enterraron.

Nosotros seguimos viaje.



VARIACIONES LUNARES

LUNA DE CONVENTO

Lunita de mi tormento
que, con cara de novicia,
sabes hacer la delicia
de las monjas del convento.

Y en las tardes invernales
las dices cosas de amor,
bajo el postrer resplandor
de la luz en los vitrales.

O en la fuente fresca y clara
asustas a sor Inés,
si ve en el agua tu cara
reflejada de revés.

O por la abierta ventana
te cuelas en la capilla
donde, hincada la rodilla,
rezarás por una hermana.

Lunita:

Si ves a la monja bella
que en mi tarde fué lucero,
no la digas que por ella,
¡sólo por ella!, me muero.

ALBERTO FRANCO

DIBUJO DE LAMO

EL SUEÑO DE SIR S. H. W. FERKETT

POR

EL DOCTOR BRESSELLE



í, me dijo Berin; como *congreso de higiene* ha sido bueno el de Alejandría, y vuelvo de allí sin ninguna fatiga, con el recuerdo de un buen viaje. Por otra parte, usted sabe cómo entiendo yo los congresos; asistí únicamente a la sesión de apertura, al discurso del gran pontífice, y luego, el resto del tiempo, salí a distraerme por los barrios bajos, *que conozco a fondo*, le aseguro...y a propósito ¿a qué no sabe usted a quién encontré en los barrios bajos de Alejandría? No va a adivinar...; no, no busque; encontré a Morel.

— ¡Bah! — exclamé yo. — ¿Morel, el médico? Su amigo Morel que desapareció hace dos o tres años, creo, casi al día siguiente de abrir su consultorio en la plaza de los Vosgos. Me parece aun recordar que ello dió origen a habladurías, y a fin de cuentas no se supo con certeza por qué escapaba así... sin duda cuestión polleras, como siempre, ¿no es verdad?

— ¡Ah! — dijo Berin, — absolutamente, no se trataba de cuestión polleras, absolutamente, por lo menos en lo que a él concierne. ¿Tiene usted tiempo? Venga a mi casa; voy a contarle el asunto tal cual él me lo contó a mí.

Hace tres años, exactamente el 21 de Mayo, Morel se presentó a la comisaría del bulevar Beaumarchais. Introducido al «simpático comisario» *(cliché* de la prensa cotidiana), le habló más o menos en esta forma:

«Señor, está ante usted el doctor Morel. Hace cinco días que he reabierto, en la esquina de la calle de los Mínimos y la plaza de los Vosgos, el consultorio cerrado hace ya mucho por el doctor Desgenets. Vengo a comunicarle mi perplejidad, que es grande, y a confesarle que me hallo al margen de la ley. Por otra parte, la culpa de esto se debe únicamente a mi predecesor, como va usted a comprenderlo.

»Desde hacía un año, yo buscaba un puesto; mis medios no me permiten comprar una sucesión de clientela, y usted sabe qué arriesgado es instalarse aquí sin presentar otras referencias que su saber y su buena voluntad. Por otra parte, razones particulares (y ya que estoy en ello, por qué ocultárselas... un noviazgo en vista) me hacían desear no salir de París. Un amigo, al corriente de mis deseos y conocedor del doctor Desgenets, me puso en relación con este último. El doctor Desgenets, *como he tenido el honor de decírselo a usted*, no ejercía ya desde hacía mucho tiempo; había conservado, sin embargo, muchas relaciones amistosas en su barrio *y consentía en presentarme en las familias* donde él era recibido. En una situación muy holgada, deseando emigrar hacia un punto menos central, iba a instalarse en el bulevar Brune, en un departamento más modesto. Era el ideal, ¿no es verdad?, y usted comprenderá que el asunto quedó resuelto con entusiasmo por mi parte. Mi colega y predecesor, después de haberme puesto al corriente de los detalles de la casa, se despidió de mí, y estrechándome la mano, me dijo, de una manera que me pareció algo solemne: «Mi joven amigo, es necesario que yo vuelva a verlo a usted dentro de pocos días; usted me lo agradecerá después». Y se fué hacia *sus nuevos penates*.

»Durante los tres primeros días me instalé; arreglé mis modestos muebles, en compañía de una sirvienta que debe, en las horas de consulta, abrir la puerta a los futuros clientes. Usted no ignora cuántas sorpresas ofrecen a los profanos que aun no han penetrado en ellos, las viejas construcciones de la plaza de los Vosgos. No son más que corredores estrechos y muros espesos, escondrijos de apariencia incoherente, armarios empotrados en las paredes y a la verdad muy cómodos. En el curso de mis evoluciones a través de las diferentes habitaciones observé, en el fondo del gabinete de consultas, una de esas alacenas cuya llave faltaba entre las que me había entregado la portera. Su posición en ángulo, mitad sobre la plaza, mitad sobre la bóveda que precede a la calle de los Mínimos, me sorprendió algo; parecía en efecto, ocupar mucho mayor espacio que el reservado de ordinario a estas comodidades. Por otra parte, el detalle me mereció sólo una mediocre atención, contando con la visita de mi predecesor para reclamarle la llave, que sin duda por un error había quedado en su poder.

»Esta visita tuvo lugar ayer. El doctor Desgenets vino a la hora de mi consulta; salía de un almuerzo con amigos y me confesó que, contrariamente a su costumbre, había aceptado algunas copas de vino, lo que lo tenía bastante incómodo... «A los sesenta, mi joven amigo, me dijo, uno debe cuidar sus arterias *y otra vez no me harán caer en lo mismo*. Pero esto no hace al asunto. ¿Estáis contento?» Le repuse que ya había sido llamado por dos de sus antiguos clientes, lo que me parecía del mejor augurio. — «En efecto, en efecto, es muy bueno eso; ya estáis pues bien arraigado aquí. Y bien, no me disgusta que los cosas tomen ese cariz; tengo que confiaros un secreto que había podido desalentaros si lo hubieseis sabido antes de estar definitivamente asentado en esta casa. Ahora ya la cosa casi no tiene importancia. Sí, un secreto que guardo desde hace catorce años... ¿os sorprende esto, no es verdad? Hubiese querido llevarlo conmigo a mi nuevo domicilio; pero he reflexionado. Tengo sesenta años, os lo he dicho; puedo, de un día para otro desaparecer, aunque gozo de plena salud aún, y debo guardar un año todavía mi secreto. ¡Aun vi-





viviré dentro de un año! He venido, pues, a haceros partícipe de él, seguro como estoy, después de haberos estudiado durante nuestros dos meses de amistad, que os apasionará, como a mí mismo me apasionó, y que si la Parca ingrata me lleva antes del plazo, vos concluiréis para vuestro propio provecho y gloria lo que yo no haya alcanzado a llevar a cabo.



UN INQUILINO INMOVIL, PERO MOLESTO

Usted comprenderá, señor comisario, que yo me hallaba muy intrigado.

»— He aquí — continuó el doctor Desgenets, hurgando en su bolsillo, — he aquí la llave de la alacena que ocupa el ángulo de esta habitación. Haga usted el favor de cerrar la puerta con pasador.

»Cuando lo hube hecho y me volví, percibí a mi colega de pie ante el armario que había abierto. No se veía nada, salvo una manija de metal que brillaba en la obscuridad. Metió su mano dentro de la penumbra, cogió la manija y tiró fuertemente hacia él. Oí un ruido de rueditas y vi deslizar hacia la abertura una especie de enorme caja montada en efecto sobre dos rieles laterales. Me aproximé, curioso. Levantó la tapa, la mantuvo mediante una varilla de hierro, y mis ojos, habituados entre tanto a la obscuridad, vieron, acostado todo a lo largo del inmenso cajón, a un hombre de una cuarentena de años, de cara angulosa, que, con los ojos cerrados y el aire reposado, parecía dormir. No pude retener una exclamación y di un paso hacia atrás. «Calmaos, — dijo el doctor Desgenets — excesivamente tranquilo él mismo... no hace nada, y el gentleman que veis aquí no puede, en ningún caso, mover aunque fuera un dedo meñique, sin la intervención de mi voluntad. Ahora bien, mi voluntad, que por otra parte es la suya propia, ha decidido que no se moverá hasta antes de un año, exactamente hasta el 20 de Mayo de 1905, día aniversario del nacimiento de sir Samuel Enrique William Ferkett, a quien os presento y cuya aventura voy a relataros.

»Para que me sigáis bien, es menester que os remontéis conmigo a unos treinta años atrás, cuando, entusiasmado por las ciencias fisiológicas, me daba a trabajos que casi no hicieron ruido, ni aun en aquel entonces. ¿Conocéis la mosca *seygomia*?



»— Sí — dije —; he oído vagamente hablar de ella estudiando parasitología para dar mi tercer examen. ¿No fué por una larva de seygomia, nacida en sus fosas nasales, por lo que murió el papa Adriano IV, quien tenía la deplorable costumbre de dormir al aire libre?

»—Quizás tengáis razón — continuó mi colega, — pero no me parece que hayáis profundizado mucho vuestro conocimiento de este estimable díptero. Y bien; sabed, mi joven amigo, que la larva de la seygomia es eminentemente ávida de substancias carnosas, pero que es incapaz de conservar la vida, si dichas substancias no le son ofrecidas vivas. A fin de proveer a la alimentación de su prole, la mosca seygomia emplea una estratagema simplemente genial. Obrando como si conociese los más íntimos detalles anatómicos de las orugas y de las mariposas, busca los capullos de éstas, los desgarra en parte para darse acceso; luego punza, gracias a su dardo, a la crisálida que encierra el capullo, en ocho puntos precisos, siempre los mismos; y, retened bien esto, esos ocho puntos corresponden exactamente a los ocho ganglios nerviosos que representan los centros del movimiento de la crisálida en cuestión.

»Por los ocho canalículos así practicados, inyecta luego por medio de su trompa, un líquido elaborado en glándulas especiales. En contacto con este líquido los ganglios experimentan un accidente muy particular; hay, por así decirlo, suspensión de la vida. Entretanto, nuestra seygomia pone sus huevos en la abertura del capullo y cuando se abren los huevos, pueden las larvas alimentarse tranquilamente de su víctima, continuando siempre en la vida crisálida, pero sólo con esa vida inactiva y como suspendida que la hace incapaz de una defensa o de un movimiento.

»Preocupado por el estudio de estas circunstancias, capturé seygomias y crisálidas, y estudié pacientemente la maniobra antedicha.

A MENUDO NECESITAMOS LA AYUDA DE ALGUIEN MAS PEQUEÑO

Observé primeramente que las crisálidas así acomodadas no se descomponían, ni aun al cabo de seis meses o un año, pero que tampoco salían de su estado de muerte aparente. Por otra parte, después de vencer mil obstáculos, conseguí



aislar en mis seygomias, las glándulas especiales de que os he hablado y obtuve de ellas, por destilación simple, algunas gotas de un líquido que analicé. Dos meses de una labor incesante y minuciosa bastaron para este descubrimiento. Mi alegría llegó al colmo cuando me di cuenta que podía, sin dificultad, reconstituir por síntesis el dichoso líquido que se compone únicamente de elementos químicos conocidos. Aunque dificultoso, este trabajo fué llevado a cabo y pronto hubiera podido revender mi líquido a todas las seygomias del mundo.

»Ya esto era bueno, pero no era todo, y poco a poco se apoderaba de mí una idea fantástica. Puesto que un conjunto dado de substancias podía producir la muerte aparente de los centros nerviosos de un animal vivo, ¿porqué no podría otra substancia dada, en cierto modo ser el antídoto de la vida a la víctima? Durante tres años enteros, mediante tanteos, ensayé mil combinaciones basándome sobre trabajos anteriores, relativos a la reviviscencia de los rotíferos. Por fin, llegué a la meta y obtuve el triunfo de ver a una de mis crisálidas, inmóvil desde hacía más de un año, convenientemente inyectada, renacer y transformarse luego en una soberbia mariposa bajo la influencia de mi nuevo suero.

»Hice entonces comunicación tras informe y publiqué folleto tras fascículo... pero, mi joven amigo, yo no estaba en ningún círculo; ¿quién era el doctor Desgenets?... un desconocido, un aislado, así, pues, un farsante. Me resigné al olvido y proseguí mis trabajos para mi propia satisfacción. Tomé como sujetos de experiencia a animales cada vez más importantes. Primeramente sanguijuelas, crustáceos de sistema nervioso casi únicamente ganglionar, luego seres de organización más compleja, aves, peces. En fin abordé el chanchito de la India y el perro, estos tristes comparsas de los secretos de nuestro organismo íntimo. Con todos el mismo resultado, idéntico éxito. Además, pude comprobar un hecho nuevo. Mis pensionistas al volver a la vida no habían envejecido ni de un día; su pelo no se había renovado, sus costumbres no habían cambiado; se habría podido creer que se habían dormido la víspera. Permitiéndome mi fortuna personal esta locura, lancé a millares de ejemplares, una especie de manifiesto al público, bajo forma de protesta contra la inercia de los que habrían debido ser mis jueces y mis colaboradores. Todos los continentes vieron mis folletos, pero nada vino, ni una respuesta sensata. ¡Ah! ¡cómo no, qué gentes ponderadas y razonables iban a tragar cuentos de esa especie! Sólo los alienados podían comprenderme, y fué, en efecto, un loco, un loco de amor quien llegó hasta mí.

LA UNICA SOLUCION DE UN PROBLEMA COMPLICADO

Sir S.-H.-W. Ferkett es uno de esos pobres individuos afligidos por una cuarentena de millones como se encuentran a veces en el Nuevo Mundo. En un hermoso día de Mayo de 1890, lo vi entrar a este mismo consultorio en que nos hallamos hoy. De enorme talla, de espaldas de atleta, vestido con un inverosímil traje a cuadros multicolores, hablando el francés casi correctamente. Me dijo sin preámbulos: «Señor, yo quiero hacerme dormir por usted, yo pago lo que sea necesario». No habiéndome dedicado nunca al hipnotismo, no alcanzaba a comprender el sentido de su pedido.

»Se lo dije. Sacando entonces de su sobretodo uno de mis folletos, llevó mi estupefacción al colmo explicándome que deseaba ser «dormido» por mi método durante un plazo de quince años. Ante mi negativa absoluta, quedó aterrado; no llegaba a comprender que las leyes de este país se opusieran a una operación semejante, y que yo me colocaba en el caso de ser aprisionado prestándome a ello. Me expuso su historia, era de las más sencillas. Tenía una sobrina de diez y ocho años, hija de su hermana casada, en Francia, con un funcionario casi indigente. Cuando su último viaje, había caído en adoración ante la chica, una joya, una exquisita parisiense, y se había jurado desposarla. Había ofrecido toda su fortuna; aseguraba el porvenir del padre, de la madre y de los demás hijos mediante una donación fastuosa; la familia aceptaba sobre tablas, pero la linda criatura se rehusaba, rogando al tío que creyese en todo su afecto, pero declarando que nunca se casaría con un hombre mayor en veintidós años que ella.

»Si podéis — terminaba la chica, con los ojos llenos de malicia—, rejuveneceros en quince años o envejecerme en otro tanto, entonces mañana mismo seré vuestra mujer». Durante los seis meses que había pasado en París, ninguna indicación de los padres, ninguna promesa de su parte habían podido ablandar a la empacada personita que, ante tanta insistencia, sólo sabía repetir cincuenta veces por día su maldito chiste. Lo peor, es que había concluído por articularlo seriamente; un día había vuelto a la casa, mostrando orgullosamente mi folleto a su tío, primero sorprendida, luego decidida, inmediatamente, a intentar la aventura. Por fin había firmado entusiasmada una declaración en que se comprometía, bajo juramento, a casarse con sir Ferkett al cabo de quince años si se sometía a la prueba ofrecida. Y el americano sacaba triunfalmente de otro de sus bolsillos, el bienhadado papel que agitaba bajo mis ojos. A pesar de tanta sublimidad en un sentimiento tan exaltado, yo permanecía inconmovible y meneaba negativamente la cabeza, cuando sir Ferkett extrajo de un tercero de sus innumerables bolsillos un revólver del calibre de un cañoncito de campaña y me dijo: «Bueno, puesto que usted no cede por las buenas maneras, y que nada tengo ya qué hacer sobre la tierra, voy a matarlo a usted y yo me mataré luego. ¡All right! ¡Tiene usted cinco minutos para pensarlo!»... Y de uno de los bolsillos del chaleco brotó un cronómetro, mientras mi interlocutor iba tranquilamente a recostarse contra la chimenea.

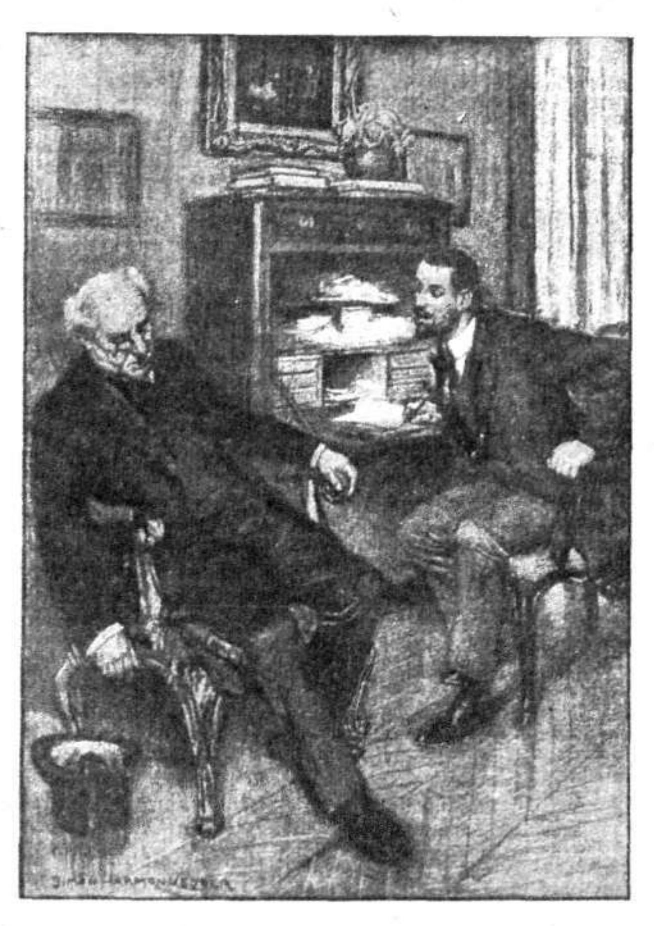
»Mis reflexiones fueron breves, en un instante decidí hacer a este obstinado una buena inyección de morfina e ir a prevenir a la policía en cuanto estuviera pasablemente dormido. Pero no había contado con mi huésped; por un fenómeno bastante raro la primera inyección lo descompuso abominablemente sin traer la menor somnolencia; una segunda y una tercera no tuvieron mejor resultado. En fin, sospechando sin duda mi estratagema, se puso espantosamente colérico, cogió el frasco en que el nombre «morfina» aparecía con todas sus letras, lo quebró en mil pedazos contra el suelo y colocándome el revólver en el pecho, me obligó a mostrarle la botella en que reposaba el terrible líquido.

»No os he dicho que lo había bautizado prosaicamente «la donnina» y que este nombre se hallaba repetido más de veinte veces en mi folleto; lo reconoció pues sin trabajo. Sin vacilaciones soportó las dos inyecciones necesarias para provocar el fenómeno y que mis trabajos me han llevado a l- calizar en dos puntos de la médula raquídea en el hombre. Sólo que a la primera se sentó y su cabeza se balanceó de derecha e izquierda; después de la segunda se desplomó como una masa; entonces el pequeño cañón portátil escapó de sus manos.



»Los primeros momentos fueron terribles para mí. ¿Qué había hecho?... Era, naturalmente, mi *primera aplicación* sobre la especie humana... ¿Serían exactas mis previsiones?... ¿No iba acaso a determinar la muerte real en lugar de la suspensión de vida esperada?

»Al cabo de algunos minutos, me repuse, palpé en todos sentidos el gran cuerpo acostado a mis pies. Pasadas las primeras cuatro horas, ya casi me hallaba tranquilizado; no se manifestaba ningún signo de rigidez cadavérica; la córnea no estaba vidriosa. Cerré la puerta de mi consultorio y salí a reflexionar por las calles. Así, pues, se trataba de un asunto concluído; lo mejor era tomar un partido y obrar en consecuencia.



»Vuelto a mi casa de noche y ya bastante tarde, encontré el cuerpo tal cual lo había dejado; lo llevé a un cuarto lateral, cuya llave guardé. Al día siguiente, hice ejecutar para esta inmensa alacena el cajón ataúd que habéis visto, y confié al carpintero, que allí pensaba guardar trapos y pieles cuando me ausentase, para garantirlos de la polilla. He ahí todo el asunto.

»La hermana de Sir Ferkett, cuya visita yo temía, vino algunos días más tarde y me contó las circunstancias de la desaparición. Yo le dije, simplemente, que jamás había oído hablar de su hermano. Se publicaron anuncios en los periódicos de uno y otro continente, pero como el americano no contaba con otra familia, todo quedó tranquilo.

»Nada transcendió de todo esto.

»*El 20 de Mayo de 1905 haré* a Sir Ferkett, que tiene siempre sus cuarenta años, y ninguno de cuyos rasgos ha cambiado, la inyección de suero necesaria, y asistiremos a su revivíscencia, pues me acompañaréis, ¿no es verdad?, y los dos juntos probaremos, con hechos en la mano, que no es indispensable pertenecer a la ciencia oficial para descubrir senderos no trillados.

»Además, lo que nunca es desagradable, y aunque yo no lo necesite, seré ampliamente recompensado por este excelente hombre, quien va a poder desposar a su sobrina, realizando el voto de ésta; y, no lo dudéis, mi joven amigo, la mayor parte de esa donación os ayudará a avanzar en el camino de la vida; yo así lo he dispuesto absolutamente.

UN DESENLACE DOBLEMENTE DESAGRADABLE

Pero a pesar de todo, ya lo habréis comprendido, tengo escrúpulos en guardar para mí solo la fórmula de resurrección y de inmediato os la voy a dictar. La aprenderéis de memoria y luego quemaréis el papel como yo lo he hecho ya hace mucho..

»Sería demasiado tonto que se nos evaporara después de tanta ingratitud de mis estúpidos contemporáneos.

»— Yo me hallaba anonadado, señor comisario — continuó Morel; — confesará usted que con razón, fué pues maquinalmente mi pluma y mi bloc de recetas sentándome ante el escritorio, mientras que el doctor Desgenets, visiblemente molesto, iba a abrir la ventana y se dejaba caer sobre un sillón, enfrente de mí.

»Me iba dictando y aquí está la anotación:

»Dosis para la inyección necesaria, antídoto de la donnina, a aplicar al sujeto humano adulto.

»— Tomad tres gramos de cloruro de sodio.

»— Un gramo sesenta centigramos de agua oxigenada a siete volúmenes frescamente preparada.

»— Cincuenta y dos centigramos de terpina pura, que haréis disolver en tres centímetros cúbicos de alcohol a noventa grados.

»Hacía pausas entre cada frase, algo fatigado y continuaba dictando:

»— Agregad medio miligramo...

»... Con la pluma levantada, yo esperaba el resto, que no llegó. Levantando entonces la mirada, vi al doctor Desgenest, con la cabeza inclinada sobre un hombro, completamente violeta, colgándole un hilo de saliva sobre la levita.

MUERTO DEMASIADO TEMPRANO

Lo sangré inmediatamente, intenté la respiración artificial y las tracciones rítmicas de la lengua. Nada hizo efecto, estaba ya muerto. Inmediatamente, telefoneé a las ambulancias urbanas, que lo transportaron, según se usa en tales casos, al hospital más próximo y vinieron dos agentes que levantaron una información sumaria.





Esto debe haber llegado a su conocimiento, señor comisario.»

El señor comisario compulsó rápidamente algunos papeles esparcidos sobre su escritorio y dijo:

— Hela aquí, en efecto, pero aun no había tenido tiempo de ocuparme de ella... ¡estamos en este momento tan apresurados!

Luego se estableció un silencio entre ambos interlocutores. El comisario miraba de soslayo a Morel, pareciendo dudar de la plena razón del médico. Por fin este último interrogó:

— Bueno, heme aquí aliviado de una gran responsabilidad. ¿Qué debo hacer ahora?

Grave, el señor comisario afirmó:

— Usted debía haber anunciado su declaración ayer, inmediatamente de ocurrido el suceso; debo consultar a mis jefes y tomaremos las medidas que convenga; de todos modos, en su presencia, procederemos a lacrar y sellar su consultorio y la alacena y le ruego mantenerse a disposición de la justicia después que mi secretario le haya tomado a usted su declaración oficial.

Como fué dicho, se hizo. Morel, muy impresionable, se había alojado provisoriamente en el hotel. Allí recibió al cabo de tres días una invitación para comparecer ante el juez de instrucción, pareciéndole a este último bastante turbia la historia. Mi amigo fué medido, fotografiado, de frente, de tres cuartos y de perfil; le tomaron sus impresiones digitales y revolvieron la fichas de la antropometría a fin de convencerse de que no era reincidente. Seis días después, en el curso de su segundo comparendo, el juez de instrucción le confió que, con gran sentimiento suyo, el asunto debía seguir las vías ordinarias, que le era asignada la calidad de acusado de homicidio y secuestro. Le rogaba presentarse por sí mismo dentro del plazo de cuatro días, para obedecer a una orden de comparencia que, contra todo su deseo, se veía obligado a solicitar del tribunal. Lo informó, además, que por decisión del prefecto de policía y para seguir las intrucciones y decretos sobre la higiene pública, el cadáver de Mr. Ferkett sería incinerado en el curso de la semana.

— ¡Pero, señor, exclamó Morel, quizás no se trate de un cadáver! Considerad la espantosa equivocación a que puede conducir tal decisión.

— Señor — contestó el juez con una sonrisa cortés, — calme usted su conciencia y sus dudas. Concebirá usted que después de la publicidad dada a su pretendido descubrimiento por el doctor Desgenets, la Academia de medicina no habría dejado de aportar al asunto su interés si es que hubiera sido digno de ello. Previo examen, hemos obtenido a este respecto un informe circunstanciado, emanando de las más altas luces de la facultad; ese informe establece la imposibilidad material de los hechos enunciados y la presencia de un caso extraordinario de conservación; a menos que el doctor Desgenets, alucinado por su fantástica imaginación, no haya conseguido sugestionarlo a usted y quizás sugestionarse a sí mismo sobre todo esto. Por otra parte, una indagación hecha en el bulevar Brune, en el más reciente domicilio de su colega, no ha hecho descubrir ningún documento que permita echar la menor base seria. En todo caso la ley es fórmal y no puede plegarse a maniobras que arriesgarían comprometerla y debilitar el respeto que se le debe. Estimado señor, espero que usted apreciará la delicadeza de nuestros procederes con respecto suyo y no faltará a la citación.

Morel volvió al departamento de la plaza de los Vosgos presa de las mayores torturas de conciencia. El, que había escuchado a Desgenets, que había vuelto a vivir con éste último las etapas del maravilloso descubrimiento, no podía dudar. Por otra parte, y por sobre cualquier otra consideración, ¿no hay acaso la experiencia y la esperanza, aun de lo que parece imposible?

Su resolución fué enérgica y rápida; los imbéciles que pretenden hacer plegar todo a la ley que otros han fabricado, le daban cuatro días de libertad... peor para ellos; ¡peor para la ley! En breves instantes embaló algunos objetos indispensables; deliberadamente rompió los sellos de lacre, colocó, no sin dificultades, a Sir Ferkett en una sólida caja y tomó esa misma tarde el rápido de Marsella. Al día siguiente a mediodía, se embarcaba en un buque inglés, el primero que partía, con destino a Alejandría. El azar lo había favorecido imponiéndole esta vía. El pedido de extradición formulado contra él fué rechazado.

Y allá, desde hace tres años, al lado de Sir Ferkett reinstalado en otra alacena, de Sir Ferkett, a quien he visto siempre tranquilo y joven, trabaja sin descanso y por otra parte sin éxito, en volver a encontrar la fórmula del doctor Desgenets; pero este Morel es un obstinado y... ¡quién sabe!

— Pero — dije, — ¿se sabe qué se ha hecho la sobrina de Sir Ferkett?

— Sí, Morel me lo ha contado también. Después de haber sido empleada en una tienda y haberse reunido una dotecilla, se casó hace unos doce años con un buen mozo, de quien se enamoró locamente: un corredor de aceites, creo. Este le pega, se emborracha abominablemente, le ha dado seis hijos, ha venido la miseria detrás, y hoy ella se deshace como sirvienta a siete centavos la hora para pagarle bifes y agua de Vichy... pues el pobre mozo tiene una enfermedad al estómago.

Habían pasado cuatro días desde que Berin me había contado la aventura de sir Ferkett, cuando, la quinta mañana, lo vi entrar desalentado a mi casa. Blandiendo unos papeles, los tiró sobre mi escritorio y se derrumbó en un sillón secándose la frente. Había en un sobre, con el nombre y la dirección de Berin, una hoja común de papel de cartas, cuya parte inferior faltaba y cuyos bordes se hallaban enrojecidos. En ella se leía lo siguiente: «Su visita y sus alientos me han traído suerte, mi querido amigo. Tonificado por el entusiasmo que usted ha atestiguado ante mis esfuerzos, me he puesto nuevamente en la tarea con encarnizamiento y he encontrado... sí, he vuelto a encontrar la fórmula con la cual, mañana despertaré a mi caballero dormido. Es justo que el que tenga la primicia de esto sea usted, que ha creído en mí: Si, por otra parte, la fatalidad quisiese que yo fuera despojado aún de la bendita fórmula, usted quedaría para revelarla. Hela aquí, pues, en su integridad...»

Aun se podían ver en la carta dos líneas más enrojecidas que el fuego... y era todo. Otra hoja, intacta, con las armas de Inglaterra, anunciaba en términos corteses y distinguidos, al «muy honorable señor Berin», que el rayo, en el curso de una de las tormentas más violentas, había caído sobre una casa de Alejandría, a la cual había derribado casi en su totalidad. Entre los escombros, se habían encontrado dos cadáveres casi destruídos y, como por milagro, sobre una mesa que el fuego celeste había respetado, el papel semicarbonizado se mostraba al lado del sobre listo y en el cual ya estaba puesta la dirección.



TRADUCIDO PARA «CARAS Y CARETAS.»

EL COLOR EN LA MODA

por

LUZ y SOMBRA


Un maestro del color (esta vez no se trata de pincel, sino de aguja), el sastre italiano Piergiovanni, dice que a la ciencia de los colores pertenece la propiedad del color complementar. El color complementar es el que nace en el borde de otro color, mirado intensamente por unos minutos. Observando, por ejemplo, un pedacito de género colorado sobre un fondo blanco, veremos al cabo de medio minuto, alrededor del rojo, una esfumadura verde, y cortando el pedazo colorado, mirando siempre el blanco, veremos unas manchitas verdes donde antes estaba el trozo cortado. En esta forma, del colorado surge el verde, del amarillo el violeta, del azul el anaranjado. El color verde, pues, es un color complementar del rojo; el violeta es complementar del amarillo, y el anaranjado, del azul. Y viceversa.

Ahí está el porqué del reflejo rosado que muchos tonos de verde comunican a los cutis blancos, mientras que el mismo color no sienta a las caras coloradas. Así mismo, una tapicería roja hace parecer verdoso el cutis de las personas que están cerca de ella.

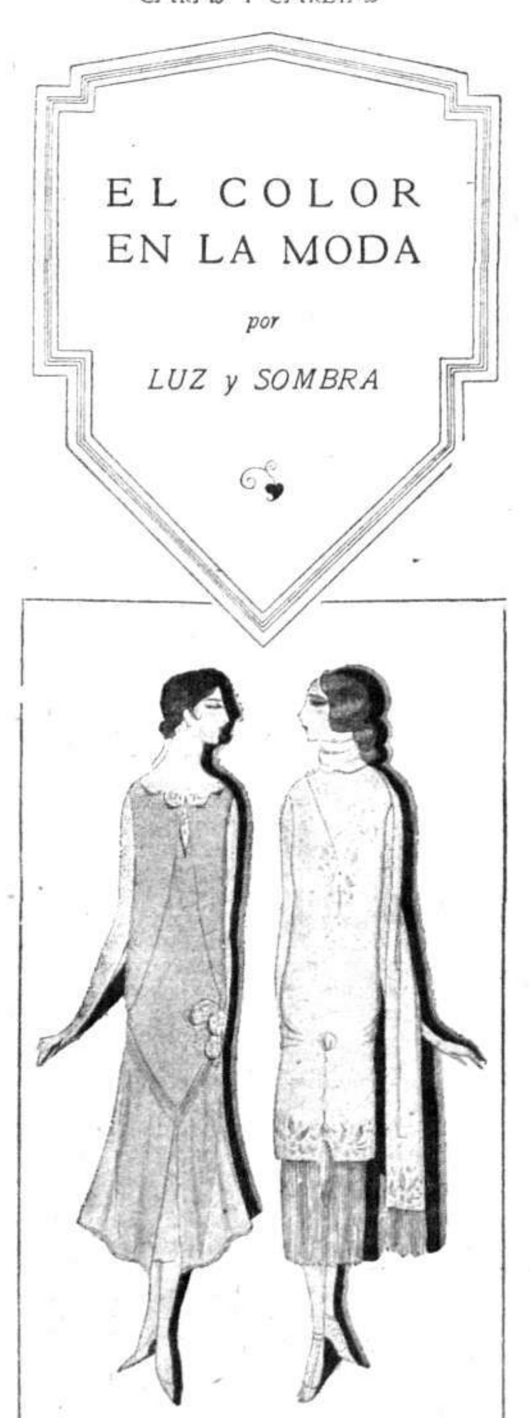
El color violeta es el que más difícilmente sienta a quien lo lleva, mientras que el lila muy pálido, con rosado, sienta sobre todo a las rubias. El violeta, según hemos visto, tiene por color complementar el amarillo, es decir, comunica al cutis un reflejo amarillento, más o menos verdoso, que no puede favorecer.

El color negro da resalte a los otros colores que se le acerquen, porque tiene la propiedad de hacerlos más brillosos. Lo mismo ocurre con el blanco, aunque con menos evidencia. Por la clasificación de las armonías y de las disonancias entre diferentes colores, que he hecho en otra de mis crónicas, mis lectoras habrán sacado la conclusión de que los colores diferentes y parecidos al mismo tiempo como el gris y el blanco, no van de acuerdo. Falta, en este caso, el contraste, que es el que produce la armonía.

Blanco y colorado también nos producen un efecto agradable, porque al lado del blanco, el rojo se hace más brilloso y el blanco toma un reflejo casi verdoso. Lo mismo pasa con el blanco y el verde vivo, cuyo color complementar es el rojo. Cerca del gris, anaranjado toma reflejos azules, lo mismo que el gris cerca del anaranjado; aquí tenemos otra vez dos colores diferentes y sin embargo parecidos, con absoluta falta de armonía. Cerca del violeta, el gris se acerca al amarillo y el otro parece más fuerte, y desentonan.

También desentona el gris con el amarillo. Al lado del violeta, el color blanco toma reflejos "paja", mientras su vecino se hace más brilloso, y juntos son muy buenos amigos. Lo mismo que el negro con el anaranjado, porque el primero se hace casi azul oscuro, y el segundo, más amarillo.

Blanco y amarillo armonizan, lo mismo que blanco y azul, porque en ambas combinaciones, el color blanco pierde un poco de su fuerza, y es dominado por el otro. Sin embargo, la segunda combinación es mucho mejor que la otra.



Entonan también los negros con el verde no muy brilloso, porque éste tiene reflejos amarillos, y el negro toma esfumaduras de violeta y colorado. Por eso es necesario que uno de los dos colores sea opaco. Negro y violeta armonizan porque el primero parece menos fuerte, y el segundo, más brilloso. Sin embargo, es ésta una alianza que a muchas personas no gusta. Sobra decir que las reglas arriba citadas, no siempre están en regla con el buen gusto. Si el género es transparente, ¡adiós mis armonías! Un voile, un chiffon, un tul, un crépe blancos o colorados, en contacto con el cutis, nos dan un conjunto de colores que van desde el del género hasta el del cutis. Sin hablar de los contrastes de luces producidos por los vainillados, los entredós, los plissés, etc.

Las complicaciones entre género, cutis, transparencia y cabello, son tantas, que al seguirlas todas, correríase peligro de salir desnudos, como aquel que por leer los tratados de la higiene en la comida, se murió de hambre.

Y aún así, habría que tener en cuenta los reflejos producidos por el sol y por las nubes sobre el cuerpo desnudo... ¿el mismo concepto, quizá, que inspiró los afeites a los salvajes.

Nos queda el consuelo de saber que el amor no entiende nada de armonías, más bien parece reconstruir sus fuerzas en las más curiosas disonancias.


BAU
FREIXAS Y C.ia

Enlaces




Enlace Brandon - Monasterio. — 9 de Julio.




Enlace Persichini - Del Rich. — Quilmes.




Enlace Suhit - Polvorín. — Lobería.




Enlace Clemente - Iglesia. — Guatraché.




Enlace Birocco - Udrizard. — Villaguay.



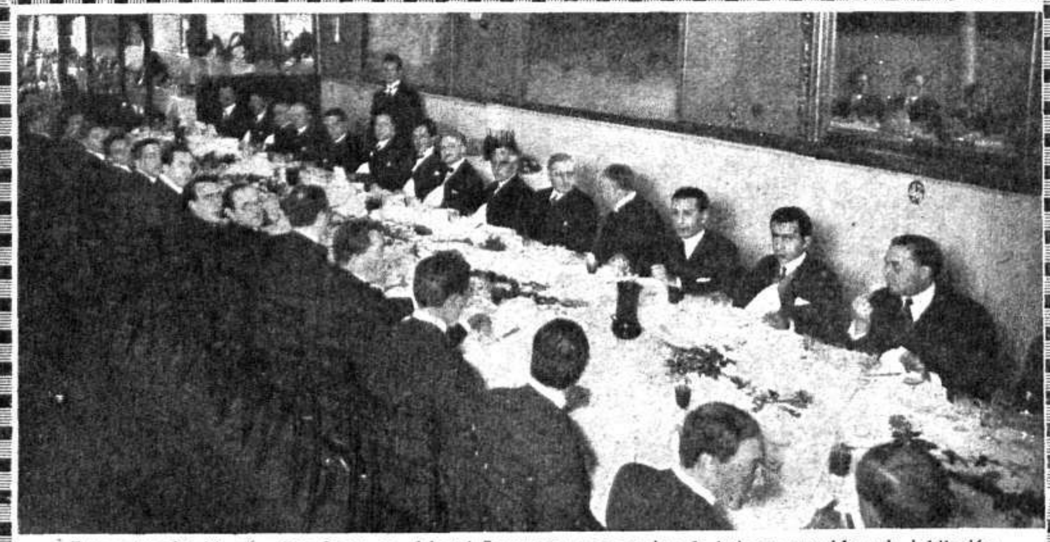

Enlace Eberbach - Costabel. — Ceres.



NOTA COMICA DEL **GLAUDA** VERMOUTH ARGENTINO

—Le ruego, señor verdugo, tenga cuidado con el lobanillo que tengo en el cogote!

De La Plata



Banquete ofrecido al señor Otero en el hotel Sportman, con motivo de haberse acogido a la jubilación.

LA MUJER

El proverbio persa dijo: "No hieras a la mujer ni con el pétalo de una rosa."

Yo te digo: "No la hieras ni con el pensamiento."

Joven o vieja, fea o bella, frívola o pensativa, mala o buena, la mujer sabe siempre el secreto de Dios.

Si el universo tiene un fin claro, evidente, innegable, que está al margen de las filosofías, ese fin es la Vida, la Vida: única doctora que explicará el misterio; y la perpetuación de la Vida fué confiada por el Ser de los Seres a la mujer.

La mujer es la sola colaboradora de Dios.

Su carne no es como nuestra carne.

En la más vil de las mujeres hay algo de divino.

Dios mismo ha encendido las estrellas de sus ojos irresistibles.

El destino encarna en su voluntad, y si el amor de Dios se parece a algo en este mundo, es sin duda semejante al amor de las madres.

AMADO NERVO.

El agua de Colonia

que a usted conviene y que debe preferir para su toilette, es el

AGUA DE COLONIA



porque su alta calidad, su delicioso y original perfume y la notable persistencia de su acción odorífera, constituyen la recomendación más digna de tenerse en cuenta.

DE VENTA EN TODAS PARTES

$2,65

AGRICULTURA

LA HUERTA ESCOLAR

Las proporciones sorprendentes de extensión que ha alcanzado la agricultura en nuestro país, en estos últimos años; su producción voluminosa y valiosa que ha colocado al país a la cabeza de los que exportan trigo, lino y maíz, y los progresos que la técnica de esta industria exige y reclama para su mayor y mejor desenvolvimiento, han determinado, hace tiempo ya, la implantación y difusión en el territorio argentino de la enseñanza agrícola en sus diversas formas y grados; de ahí que tenemos tres facultades de agronomía, cinco escuelas especiales, diez escuelas prácticas, treinta y cinco agrónomos regionales, amén de una docena de establecimientos más entre chacras experimentales y viveros, instituciones todas encargadas de fomentar el progreso y perfeccionamiento de la industria agrícola, de enseñar a los agricultores los medios para obtener mayores y mejores productos y de organizar los sistemas más adecuados para defender su producción y salvaguardar sus intereses económicos.



Una clase infantil, en la huerta escolar.

Pero, además de este organismo docente vasto, aunque no siempre y en todas partes perfectamente organizado y difuso, tenemos también pequeños y diminutos núcleos de colaboradores para la misma obra, para la realización concurrente de los mismos propósitos, esparcidos en todo el país; núcleos pequeños que podrían constituir numeroso ejército de cooperadores eficientes; nos referimos a los niños que practican y trabajan en las huertas escolares.

Hace más de treinta años que la huerta y la chacra escolar han sido incorporadas a la escuela argentina, y en los primeros tiempos, en que el férvido entusiasmo de sus iniciadores estableció sus bases, sus fundaciones, tuvo esta institución su época de oro, su período de apogeo y de celebridad, y llegó, podríase decir, a un grado casi superlativo de perfeccionamiento didáctico; y el que escribe estas líneas, pudo sistematizar su organización y funcionamiento sobre bases científicas y crear su pedagogía que tuvo su éxito escolar y editorial.



Una clase para grados adelantados.

Pero, si bien aquella grande obra de innovación escolar, a la que han ligado su nombre con éxitos brillantes e imperecederos, los Mercante, Beori, Ferreyra, Zubiaur y otros, y a la que quiso dar amplitud inusitada el ex ministro Magnasco, ha tenido sus continuadores, no podríamos decir que haya alcanzado aquel grado de extensión, difusión y arraigo en la época actual, como merece la importancia de su misión educacional y la trascendencia de sus resultados posibles. Es cierto que hay provincias como las de Buenos Aires, Corrientes, Santa Fe y otras que disponen de organizaciones especialmente encargadas de esta rama y forma de enseñanza; pero en la práctica, en la realidad la huerta escolar no ha experimentado, desde su iniciación hasta hoy, una evolución rápida, eficiente y adecuada a los fines que persigue y proporcionada a los medios de que podría disponer.

Y en verdad, si consideramos que de la población total de la república, más del sesenta por ciento vive en la campaña, o por lo menos en ésta encuentra los medios de su subsistencia; que la riqueza, el bienestar y la prosperidad de la nación, casi única y exclusivamente, dependen y derivan de la producción agrícola y ganadera, y que tenemos en el país más de seis mil escuelas públicas donde enseñan veinte mil maestros y se instruyen y educan más de setecientos mil niños, de los cuales, indudablemente, más de la mitad actúan en la campaña, sin contar las escuelas privadas; si tenemos en cuenta todas estas condiciones y circunstancias, debemos forzosamente creer que la enseñanza agrícola elemental, aunque en forma manual o práctica en las escuelas de la campaña, puede constituir una organización cooperadora poderosa y trascendental, para el fomento y perfeccionamiento de la industria agrícola en la campaña argentina. Por otra parte, es frase común que nos han transmitido los pedagogos antiguos, y hacen suya los modernos, que la escuela debe preparar a la niñez para la vida; se entiende, en todas sus múltiples manifestaciones; ahora, siendo la industria agrícola, la ocupación propia y exclusiva de la gente que vive en la campaña, nada más lógico y evidente que, si la escuela argentina quiere preparar para la vida las generaciones presentes y futuras, deberá adoptar la enseñanza del trabajo agrícola en las escuelas comunes de la campaña, como parte integrante de sus sistemas educacionales.

Nuestro país está entrando ahora en un período de franco perfeccionamiento agrícola, y siendo la escuela vehículo eficiente de todo progreso moral e intelectual, le corresponde, pues, asociarse amplia y decididamente a las instituciones técnicas docentes, colaborar paralela y simultáneamente en la obra común y cooperar a que la enseñanza agrícola, en sus diversas formas, se difunda y se extienda a todos los ámbitos del país y concurra así a consolidar los progresos iniciados y continuarlos para mayor beneficio de los intereses sociales y económicos del país.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO

De Villa Urquiza



Familias que asistieron al baile organizado por el Círculo General Urquiza, celebrando el aniversario patrio y en honor de sus asociados.

EL CREDO DE WAGNER

Creo en Dios, en Mozart y en Beethoven; creo también en sus *discípulos y en sus apóstoles*; creo en la santidad de la esencia y de la verdad del Arte, uno e indivisible... Creo en que este arte es de origen divino, y que vive en el *corazón* de todos los hombres iluminados por el celeste resplandor; creo en que después de haber saboreado las delicias de este gran Arte y de habérsele entregado, fatalmente, jamás se puede renegar de él; creo en que todos, por su *intermediación*, pueden alcanzar la santidad.

Creo en un juicio final, en el que serán condenados a terribles penas todos aquellos que en este *mundo* hayan osado traficar con el Arte sublime y casto; todos los que lo hayan prostituído o degradado con la bajeza de sus sentimientos, con la vil codicia, con la infame concupiscencia de los goces materiales. Y por el contrario, creo que los discípulos fieles del gran Arte serán glorificados, y que, envueltos en un celeste "tisu" de rayos, de perfumes, de acordes melodiosos, volverán a través de la eternidad al seno de la divina madre de toda armonía.

RICARDO WAGNER.

De Lanús



Parte de la concurrencia que asistió al baile organizado por la comisión de señoritas del Club Atlético, festejando el aniversario patrio.

NO TE FÍES, HIJO MÍO...

Del amigo que sube a saludarte alegando que pasaba cerca de tu casa, porque de fijo que sube a pedirte algo.

De la mujer fea que hable bien de su amiga.

De las improvisaciones.

De las "liquidaciones forzosas".

De las cosas que te cuente, suspirando, toda señora gruesa.

De los secretos que se te confíen.

De los que van al concierto y se duermen.

De los que quieren en seguida que se les tutee.

De la carta que no esperas.

De todos los que dan, en vez de la *mano*, los dedos.

De los que hablan bajito.

De todo abrazo muy fuerte.

De toda novela muy larga.

De toda falda muy corta.

PODER

Hombres verdaderos

Son aquellos que saben serlo en todas las circunstancias de la vida. Serenos frente al peligro, firmes en sus decisiones, resueltos en sus actos, activos y vigorosos.

Qué dolorosa impresión producen los seres tímidos, apocados, faltos de vigor e integridad; parecen ser una negación de las fuerzas humanas, un agravio a la sabia naturaleza que no concibió jamás fueran así los varones.

Cuando hay escasez de hierro en la sangre y de fósforo en el cerebro, causas que determinan este lamentable estado, inútil sería intentar una transformación recurriendo a tónicos sin base científica y que obran sólo por excitación y en forma pasajera.

Hierro y Fósforo, los dos grandes elementos de la vida sana y vigorosa, constituyen la

FERRO-FITINA

FUENTE DE NUEVA VIDA

una especialidad única que no solamente vigoriza al organismo en forma admirable y duradera, sino que transmite al cerebro el máximo de su potencia indispensable para producir energías mentales, fuerza de voluntad y lucidez. Si dudara, consulte a un médico.

La Ferro-Fitina es granulada y disuelta en el te, café o leche, constituye una agradable bebida.

EN TODAS LAS FARMACIAS

FABRICANTES:

SOCIEDAD PARA LA INDUSTRIA QUIMICA EN BASILEA (Suiza)











"CONVERSACIONES SOBRE FILOSOFIA Y ARTE" POR BELISARIO J. MONTERO

Cuando el doctor Victorino de la Plaza ocupó la vicepresidencia y después la presidencia de la República solíamos no tomarle muy en serio sin duda por obra de los caricaturistas y de los aficionados a hacer chistes a costa de las personas de calidad o de alta situación; de algunas páginas de este libro del señor Montero, el doctor de la Plaza surge con muy diferentes facciones, por decirlo así. No quitaremos al lector el placer del descubrimiento, que para quienes conocieron íntimamente al doctor nada tiene de tal, por supuesto. En cuanto al señor Montero, sería exageración visible suponer que en su libro va a encontrar el lector, de siquiera mediana cultura, muchas cosas que le asombren o que ignore, como no sean ciertos incidentes de carácter personal, susceptibles de ponerle en contacto con individuos desconocidos, o poco menos, para él, y que el autor ha tenido la suerte de tratar en sus viajes por Europa. El señor Montero, que ha sido diplomático, es un espíritu cultísimo, lleno de curiosidad inteligente, abierto a todos los sectores de la cultura humana, como hemos leído en alguna parte; pero el conjunto de todas esas bellas cualidades no es suficiente a dar a sus libros el atractivo necesario para hacer olvidar los anteriormente leídos sobre los asuntos o escritores o artistas de que habla. Ocioso es señalar que su modestia nunca tuvo semejante pretensión, y esta circunstancia, unida a sus dotes de escritor, hace que su libro encuentre, seguramente, los lectores que busca todo aquel que publica uno.



"EL ARTE DE ESCRIBIR" POR CARMELO M. BONET

Este libro plantea un problema interesante: ¿hay un arte de escribir? Y si es afirmativa la contestación: ¿conviene difundir por la enseñanza el arte de escribir? A nuestro juicio hay un arte de escribir; pero la materia prima, por decirlo así, de ese arte, no son sus reglas, sino las condiciones del sujeto; luego enseñar a todos el arte de escribir es como si se nos enseñase a todos el arte de cocer porcelanas: los llamados serían muchos y pocos los escogidos, con la diferencia, en favor del arte de la porcelana, de que quien no sirve no cuece más, al paso que en el arte de escribir los que no sirven son de ordinario los que más escriben. Por lo demás, el autor está de acuerdo con nosotros y en contra de los que creen que es poca cosa hinchar un perro. Lo que el señor Bonet dice del "repentismo" concuerda con la creencia en la aptitud propia para escribir en todos los géneros y sobre todas las cosas, de este mundo y del otro, así, al correr de la pluma, periodísticamente, como se dice, con poco respeto para con los periodistas. A los jóvenes enfermos de tentación de pluma, les conviene leer con atención este libro sensato, ameno, provechoso.



"MAL ESTUDIANTE" POR LUIS CANE

Este libro de versos fué premiado en un concurso de la Sociedad Editorial "Babel". No siempre esos premios favorecen a las mejores obras; pero en este caso, puede sin temor decirse, que el jurado estuvo en lo cierto, sin que ello signifique desmedro alguno para las obras presentadas y no premiadas, que sólo los mismos jurados conocen. El señor Cané, cuyo apellido ya es por sí solo blasón intelectual, es joven. Los poetas jóvenes suelen ser un poco majaderos porque de ordinario, dan excesiva trascendencia a su persona y a sus obras; el señor Cané nunca es majadero, porque deja al lector la tarea de apreciar por sí mismo sus versos, sin intentar influir su juicio con sus actitudes. La juventud tiene obligaciones, y entre ellas la del oportunismo, la de la alegría, no es la menos importante. No ha de ser una alegría meramente bulliciosa y por lo tanto vacía: en el fondo de la copa debe brillar el reflejo de la vida, vale decir de la sinceridad. El autor de este libro es joven de esos, y de ahí que sus versos hagan tan grata impresión. La fuente de su inspiración mana agua cantante y fresca y conserva perenne la sombra de la zagala, que un día, al llenar su cántaro, sonriera amorosamente al poeta. Luego el poeta pone un poco de vino en su agua; pero es el buen vino que alegra sin descomponer la figura, y canta como se decía antes: "A ningún placer me niego, —Todo lance me convida;—Pláceme arriesgar la vida—Como ganancia de juego.—Y así, sin quebranto alguno,—Agoto mis alegrías.—Total: para cuatro días—Que dura la vida de uno..." Y el amor va poniendo sus flores en la vida del poeta; flores que se marchitan, pero que, fielmente guardadas en el cajón de papeles viejos que es la memoria, conservan su suave perfume que trasciende a sus versos. El recuerdo y la melancolía rara vez van separados; pero la del señor Cané es una melancolía dulce y buena, y discreta además. Esa melancolía del poeta le ha inspirado algunas de las mejores composiciones de este hermoso libro, en el cual no hay una sola que disuene en el armonioso, evocador y sugestivo conjunto.



"LA BIBLIA DE PIEDRA" POR CARLOS F. ANCELL

Este libro viene en su hora, como se dice. Buenos Aires es una gran ciudad en que se edifica mucho, pero en la cual, al propio tiempo, la arquitectura no brilla por sus méritos. Desde luego, es fuerza reconocer que en todo el mundo, la arquitectura viene pasando, desde hace tiempo, una crisis que aun no se sabe si será satisfactoriamente resuelta por los arquitectos yanquis, por la arquitectura del hierro y del cemento armado. La principal víctima de esa crisis, es la piedra, cuyo empleo se hace de día en día menos intenso, por diversas razones, entre las cuales las de orden económico no son las menos importantes, como lo fueron en los tiempos y en los sitios en que se edificaba con piedra. Entre esos empleadores de la piedra, los Incas — para usar un término genérico, bien que no muy exacto — fueron grandes maestros en lo que toca a la monumentalidad; pero bastante mediocres en lo que mira a la estética, si hemos de juzgar por los restos que quedan de sus construcciones. Y ya que hablamos de los Incas, permítasenos señalar que el distinguido autor de este libro no ha caído en la ingenuidad de asombrarse sobremanera ante el tamaño de ciertas piedras de los edificios incásicos, y de los procedimientos empleados en esas viejas construcciones para emplazarlas en regiones casi inaccesibles y abruptas. Los arquitectos contemporáneos no podrían, tal vez, repetir esos empeños, porque no disponen a su antojo de la fuerza y hasta de las vidas de millares de hombres. El señor Ancell no cree posible que los arquitectos americanos encuentren en la arquitectura precolombiana, inspiración y fe; tiene en eso muchísima razón, porque los reflejos del suelo y del ambiente, para concretarse en obra de arte, tienen que pasar, como quien dice, por el hombre, y el hombre no es, en América, el mismo que antes del descubrimiento, entendiéndose que al decir hombres, nos referimos también a los indios descendientes de los que levantaron los edificios que con razón son estudiados y admirados en las regiones en que la semicultura precolombiana alcanzó mayor desarrollo. No en balde pasan los siglos sobre los hombres, ni en balde la búsqueda de la mayor comodidad con el menor trabajo es una de las características esenciales del progreso. Por lo demás, "La Biblia de Piedra" es un libro que, como decíamos, ha venido en su hora. Nuestros arquitectos, algunos de mucho talento, lo leerán con provecho porque es la expresión sincera y bellamente expresada de los pensamientos y anhelos de un arquitecto que es al mismo tiempo un artista, conjunción que no siempre se produce, para desventura de nuestra gran capital. La crisis de la arquitectura es, lo repetimos, universal; en todas partes se oyen quejas y lamentaciones en ese sentido, y es en las ciudades nuevas, todavía en formación, como Buenos Aires, en donde parece más probable que de los esfuerzos de todos, salga el remedio. Buena doctrina, espíritu artístico, nobles anhelos, talento de escritor, amplia ilustración en la materia, son las condiciones principales que aun el lector más superficial gustará en el libro del señor Ancell.



"CANCIONERO POPULAR RIOPLATENSE" POR JORGE M. FURT

Cuando, hará cosa de dos años, dimos cuenta de la aparición del primer volumen de esta importante obra, señalamos la conveniencia de que los laboriosos y eruditos folkloristas que se dedican a esta clase de estudios, se preocupasen de indicar las fuentes originales de los cantos o canciones compilados, para no hacer caer al lector poco preparado, en el error de suponer que todos son originarios del país. El señor Furt, en este segundo volumen de su capital obra, ha dado al asunto la importancia que en realidad tiene, y con ello la ha valorado más aun. Muy cultivado es el folklore entre nosotros; mas no siempre la buena voluntad y erudición de los autores van acompañadas de las condiciones necesarias para que sus obras sean del provecho que ellos se imaginan. No podría decirse lo mismo de este Cancionero del señor Furt, que quedaría como una de las más completas y mejor compuestas obras del género. Como el autor, muy atinadamente, lo apunta: "No es el folklore materia que pueda dominarse con devaneos superficiales. Para establecer una base sólida de trabajo, es necesaria la exposición completa de fuentes obtenidas de primera mano, pues únicamente con la propia observación puede surgir un criterio más o menos aceptable". Compuesta de acuerdo con esas normas básicas, la obra del señor Furt, se impone ya como de primera importancia entre las de su clase.



"VISIONES DE ITALIA" POR ANDRES PODESTA

Si este libro no fuese sino una nueva evocación, más o menos bien lograda, de la Italia que, dando al término una significación demasiado amplia, se llama clásica, su interés estaría en relación directa de las facultades evocadoras del autor, que tendrían que luchar fieramente para vencer, o siquiera atenuar, el recuerdo de los grandes espíritus que Italia ha inspirado, y cuyas obras corren en todas las lenguas; pero el libro del señor Podestá tiene méritos de otro orden. No que el autor no esté perfectamente capacitado para contarnos una vez más sus impresiones ante la Italia clásica, cuyo conocimiento y amor se advierten sin esfuerzo, por lo demás, en sus páginas; sino que la Italia que más profundamente le interesa, es la Italia actual, la Italia viva, la Italia del soldado desconocido y del fascismo, de Pío XI y de los pocos garibaldinos que quedan. Es éste, pues, un libro que reune las dos condiciones necesarias para dar actualmente atractivo suficiente a los de su clase: conocimiento y amor al pasado; pero más conocimiento y más amor al presente, puesto en el primer plano, con el pasado con fondo. Bellamente ilustrado, el libro del señor Podestá, figura destacada en el movimiento literario uruguayo, realiza a maravilla el viejo pero siempre nuevo precepto de instruir deleitando.

De Piñeyro



Organizado por la C. D. del Club Progresista realizóse con brillante éxito, un gran baile de gala, conmemorando el glorioso aniversario patrio.

LOS NERVIOS Y EL MAL HUMOR

Un doctor emite la opinión de que de diez mujeres que tienen mal humor, nueve es que están cansadas.

Las mujeres que están cansadas se ponen nerviosas, de mal humor, y por lo tanto, insoportables. Esto llega a ser una enfermedad.

Ella sufre más que su esposo y sus hijos que la tienen que soportar. La infeliz comprende lo que mortifica con su neurastenia, pero no puede evitarlo; esto empieza, generalmente, por malas noches, falta de alimentos, de ejercicios y exceso de preocupaciones.

A veces las más generosas y cariñosas de las mujeres son las que sufren de esta enfermedad, pues se dedican a sus familiares y se despreocupan tanto de ellas mismas, que no hacen ejercicio ni se divierten; por supuesto jamás duermen siestas ni descansan.

De San Isidro



FIESTAS MAYAS. — Autoridades municipales y eclesiásticas dirigiéndose al Templo donde se ofició el tedeúm.



Alumnas del Colegio N.º 1 que tomaron parte en el festival patriótico realizado en la Sociedad Italiana.

El doctor Ferrán ha puesto en claro, con sus experimentos científicos, la causa de que muchos se vuelvan tuberculosos sin haberse expuesto al contagio.

Asegura que el ser humano desde que viene al mundo se pone en contacto con unas bacterias muy abundantes, que se encuentran por doquiera, especialmente en el suelo, y que absorbemos por millones, sobre todo en la niñez, cuando gateamos; bacterias que se adaptan muy bien a nuestro medio interno, singularmente al tubo intestinal, viviendo en estado de enemigos benévolos mientras tanto nuestro equilibrio fisiológico no se altera; pero si por cualquier cambio o transgresión higiénica perdemos la estabilidad que constituye la salud, entonces estos gérmenes, que Ferrán llama bacilus "Alfa", y que con nosotros habían convivido sin dar señales de su existencia se transforman, más o menos bruscamente, en agentes morbosos, pasando en muchas ocasiones a la categoría de bacilos de Koch.

Esta doctrina ha tenido algunos detractores; pero hace poco el Instituto de Pasteur, por boca de un ilustre miembro del mismo, el doctor Petit, ha lanzado al mundo científico la noticia de haber sido comprobada en aquel centro de investigación la doctrina del doctor Ferrán.


FERNET-BRANCA
FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.
FERNET-BRANCA
AMERICA del SUD

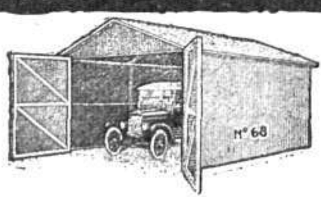
La mejor garantía de lo que fabricamos es su creciente demanda



CASILLA N.° 40. De 1 pieza de metros 3×4×3 de alto la parte más baja, *baño de 2×2, más galería*, de acuerdo con su planta. Construída con pino tea machiembrado.

Sin piso	$ 1.030
Con piso, la pieza	» 100 más
Con cielo raso	» 80 »
Con forro interior	» 210 »
Completa	$ 1.420.—

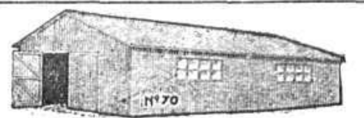
Acordamos 5 % de descuento.



GARAGE N.° 68 para autos Ford y otros coches chicos. De metros 3×4×2.60 de alto la parte más baja. Con *armazón de pino tea y chapas inglesas del N.° 26 para forro y techo.*

Preparado para ser construído por los mismos interesados .... $ **260.-**

Armado por la casa, $ 50.— más. — Precio neto.



GALPON N.° 70. (Tipo económico)

De 4× 8×2.80	de alto la parte más baja	$ 800
» 4×10×2.80	» » »	» 1.000
» 4×12×2.80	» » »	» 1.200
» 6× 8×2.80	» » »	» 1.200
» 6×12×2.80	» » »	» 1.500

Con 5 % de descuento. Sobre vagón Buenos Aires. Colocado por la casa en su destino, fletes de F. C., acarreo en su destino, albergue, manutención y pasajes para los operarios por cuenta de los Señores Compradores.



TINGLADO N.° 72. (Desarmable)

De 4× 8×2.60	de alto la parte más baja	$ 430
» 4×12×2.60	» » »	» 650
» 5×10×2.60	» » »	» 700
» 6×12×2.60	» » »	» 1.000
» 6×15×2.60	» » »	» 1.200
» 8×16×2.60	» » »	» 1.550
» 10×16×2.60	» » »	» 1.900

Con 5% de descuento. Sobre vagón, Buenos Aires. Colocado por la casa en su destino, fletes de F. C., acarreo en su destino, albergue, manutención y pasajes para los operarios por cuenta de los Señores Compradores.

Pida precios de hierro canaleta y maderas.



Casa fundada en el año 1890.

Casa central: Charcas 2941. Anexo: Chiclana 3341 — Buenos Aires.

Solicite catálogo de puertas y ventanas, garages, casillas, galpones y tinglados.



¿ESTÁ Vd. HERNIADO?



Si usted está herniado es seguro que habrá usado bragueros y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos para curar la hernia, pero sin resultado; es también muy posible que habrá sido OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe usted desechar esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

Todas las hernias (quebraduras) se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo. Este método ha producido cientos y cientos de curaciones de hernias de todas clases y en brevísimo tiempo, y puedo darle inmejorables referencias de personas respetables y bien conocidas, que han sanado con su aplicación, sin sufrir ninguna molestia.

No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme.

Escríbame sin demora, y a vuelta de correo recibirá gratis un precioso folleto que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar

Pídalo ahora mismo a

S. MORASSUT (ESPECIALISTA)

SARMIENTO, 1584 — ROSARIO (Argentina).



MANDE

su nombre y dirección en este cupón y le enviaremos absolutamente gratis nuestros folletos explicativos.

ENSEÑAMOS por correspondencia, sin que usted se mueva de su casa, los siguientes cursos: Tenedor de Libros, Contador, Cajero, Auxiliar, Calígrafo, Mecánico, Electricista, Ingeniero, Bachillerato, Dibujante, Caligrafía, Aritmética, Castellano, Dibujo Lineal, Dibujo Natural, Inglés, Francés y Pintura. Otorgamos los diplomas correspondientes.

Llene y mande este cupón.

INSTITUCION AMERICANA DE ENSEÑANZA
Piedras, 372. - Buenos Aires

Sírvanse enviarme los folletos explicativos que esa Institución ofrece gratis. Me interesa el curso de....................

Nombre ....

Dirección ....

GRAMOFONO 3781 (FABRICACION ALEMANA)

CAJA Roble genuino, tamaño, más o menos 42 x 40 x 30. Detrás de ambas puertas se encuentra un enrejado. MAQUINARIA a cuerda reforzada 20 x 65 milímetros. BRAZO plegable, el que evita el desgaste del disco. Diafragma «Excellent» con 6 piezas, 200 púas CASA CHICA y sólido embalaje, por $ **55.—**

$55

Pedidos a CASA CHICA de A. Ward, Salta, 674 - 676, Buenos Aires.

Catálogos y folletos gratis. Aceptamos figuritas "43" y "Pour la Noblesse"



Un marqués a la sanguina

El señor marqués es el producto de una vieja raza. No le ha bastado con la vejez del género humano. Se ha empeñado en adelantarnos por lo añejo, y después de tanto esfuerzo, se halla tal vez cansado y en el mismo sitio nuestro. Desconociendo las leyes mecánicas del movimiento, ha corrido en la misma dirección sobre una plataforma que avanzaba a idéntica velocidad que la suya. Los chinos han logrado convencer a la vejez, y lo han conseguido, sonriéndole. La raza amarilla sonríe y es el signo de la perfección. El marqués ha ensayado la ruta filosófica. No tiene la sonrisa, pero ha obtenido, a fuerza de insistencia, el mismo corte de ojos de los chinos. Ha entornado los párpados, como si poco de su retina bastara para seguir el espectáculo sin interés de la vida, o porque ha sabido aprovechar la luz refractada por sus pestañas rubias, y resumir así, antes que otros, el panorama. El mundo es un motivo breve, banal y delicado como la miniatura de una tabaquera del tiempo de Montgolfeir. Es la opinión del señor marqués.

En la cabeza le queda al noble, aun, una aureola de cabellos rubios y en el bajo de la cara, avara de mentón, un macizo bigote rubio que sigue la línea del arco de las manijas, en las cómodas Luis XV.

Y aquí comienza el señor marqués.

Su busto rígido, sufrió, siendo joven, el estuche de un corsé. Hoy — un poco más grueso — la cintura es más fina y el pecho más amplio. La cintura corta bien su persona en dos. Ese ecuador, tiene su lógica. Es así como una línea meridiana para los sastres, y donde deben terminar los botones. Ese ancho pecho, tiene también su razón de ser. El plastón de la corbata debe explayarse sobre como un estuche de seda sinuoso en que dormirá, sin peligros para su fragilidad, la galatea de un camafeo de ágata.

El busto del marqués puede ser descripto con el cariño con que se recuerda un salón y sus muebles.

El marqués continúa.

Como un penacho, que no tardará en calarse, lleva en la mano izquierda, con la insistencia de una mujer que usa collares todo el día para ceñir el bozo—¿qué encubre el marqués?, — la panoplia de su sombrero, de sus guantes y el bastón ¿El bastón y los guantes serán como el penacho de un casco medioeval, en un torneo organizado por los anunciadores de «Vogue»?

La única mano libre que posee, es la que da el marqués. Mientras habla, la tiene como una barrera entre él y los oyentes. Cuando la humedad que se escapa por entre sus labios entreabiertos, de la caverna de marfil de sus dientes postizos, podría preparar hongos sobre el macizo bigote rubio, el marqués lleva la mano hasta la región y sanea la parte. Su bigote mojado ha parecido durante un momento una cuerda mascada con fruición.

El marqués, tiene un gran pasado. Se casó con una mujer rica. Dió fiestas en las que llegó a usar hasta 15 kilómetros de alfombra. Dió recepciones a los reyes que pasaron cerca suyo, y siempre puso en la decoración gris y real una librea roja, como una flor plebeya, hasta el día en que recibió a un rey destronado y fué el rey quien rompió la armonía de su salón de tintes tenues, presentándose con un «smoking» colorado.

En la Cámara, fué bonapartista. Esa mano inútil que lleva, le sirvió para dar una cachetada al primer socialista que se incorporó al parlamento. Varias veces, ese hombre que cultivaba su aspecto frágil, en una suprema aspiración de vejez nobiliaria, se ha batido. Y le han sentado bien los pases de las espadas, como les queda bien a los sillones que se les pase un plumero por encima.

¿Qué nos ha dicho el marqués?

Las chucherías de la casa le han interesado más que las personas. Eran antiguallas del tiempo de Luis Felipe, y ha elogiado por sobre todas ellas una pantalla de papel de seda.

Las porcelanas, las pinturas, la caoba, la tapicería de los sillones de la época — esa época florida como un herbario rejuvenecido a la acuarela — no lo han conmovido. El papel de seda, sí.

—Tuve el gusto de conocer al señor marqués, hace ya tiempo. Fuí a su palacio, para ver un candelabro que uno de mis clientes deseaba hacer copiar.

—Es cierto. Hace de esto, once años. Un candelabro negro, ¿no?

El recuerdo de los hechos insignificantes es la inteligencia del salón.

Y el marqués se ha vuelto hacia la dueña de la casa, por la que asegura se muere de amor. Uno siente deseos de preguntarle el nombre de la heroína y la época. Tan distante es el tema y la persona de que habla. El marqués, abroquelado contra la muerte, es un amante inconmovible. Es como esas antorchas románticas: su llama está tallada en mármol. «Morir de amor» y una frase que debe usarla como lenitivo: «la fiesta de su mirada», caen de sus labios como las cáscaras secas, las hojas marchitas y la cal del muro.

El marqués no toma te, ni chocolate; bebe sólo jarabe y agua.

La vigilia lo sigue, los viernes, aun de visita, y deja los bocadillos — haciendo notar que ayuna — para los criados, que tienen menos sangre azul y más hambre.

El marqués se retira. Su amigo el lord inglés A...., le acompaña. Es su función. Es el lord de su ropero. Así se diría de sus sombreros y de sus guantes.

El marqués ha dicho: «Voy a buscar a mi señora, que está con su hijo, sobre la playa». Pero como no ha dicho aún la frase que esperan ansiosos sus admiradores, éstos se estremecen emocionados. ¡Al fin una! El marqués no podía irse sin cerrar con un broche digno de su estirpe el instante elegido que nos hace vivir. Yo me asocio a la felicidad general. Sonrío. Y cuando nuestro huésped se ha ido, pregunto:

—¿Cómo fué la frase del marqués?

— Esta: «Voy a buscar *al hijo de mi mujer*, que está con ella en la playa».

— Es aguda — dice uno.

— Es perversa para la pobre marquesa.

— Es sincera... «El hijo de su mujer», quiere darnos a entender que no discute su paternidad, y que toda la infidelidad de su esposa — si ella existe — sólo le sirve para hacer una frase.

Esa frase del marqués, que no es de él, sino del milagro de su renombre, cae por fin exhausta en el silencio, se balancea y muere.

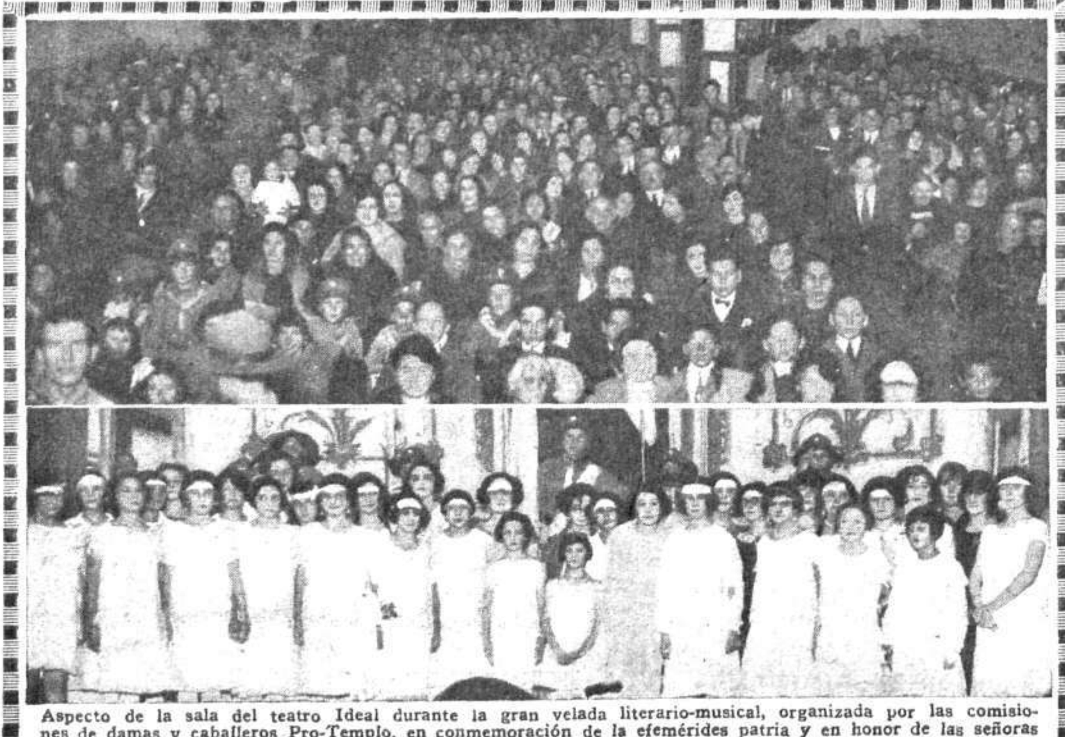
Ya no queda nada del marqués, sino una leve línea plateada sobre las paredes y los hombres, como la que deja en su ruta el caracol.



Vizconde de Lascano Tegui

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA

De Remedios de Escalada



Aspecto de la sala del teatro Ideal durante la gran velada literario-musical, organizada por las comisiones de damas y caballeros Pro-Templo, en conmemoración de la efemérides patria y en honor de las señoras y señoritas que integran los "teams" de la Sociedad Cooperadora y a beneficio de la Iglesia Parroquial.



Los grandes anhelos

¡Con qué íntima satisfacción contempla una madre a su hijito rebosante de salud y vivacidad!

Y este orgullo materno nunca puede ser más significativo, más legítimo, que cuando ella misma es quien lo amamanta con tanta felicidad.

Incontables serían las madres que podrían atestiguar cuál fué el factor que tanto contribuyó a esta ansiada realización: "Malta Palermo", el tónico natural reconstituyente que tiene consagrada una reputación única, como auxiliar insustituible de las madres que crían.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS

CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES





De Victoria



FIESTAS MAYAS. — Público que concurrió al acto oficial realizado en conmemoración del 115° aniversario de la Revolución de Mayo.



El senador provincial D. M. Silva pronunciando un elocuente discurso alusivo al acto.

LA INJUSTICIA DEL MONO

Muchas leguas al oriente de la región del Tigris y el Eufrates, en donde los animales hablan, sucedió esta historia. Son sus personajes un gato negro, un gato blanco, y un queso de cabra. Habia también un mono.

El gato negro y el blanco, dueños del queso, lo partieron por mitad.

Pero he aquí que dijo el gato negro: "Tu mitad es más grande que la mia".

Y a ello contestó el gato blanco: "Es falso, tu mitad es más grande que la mia".

Muchas horas discutieron y acordaron por fin nombrar un árbitro. Fueron a buscar al mono.

El mono cogió una de las mitades del queso, cualquiera de las dos, y dijo: "Efectivamente, esta mitad es la mayor". Y, para igualarla, la dió un mordisco.

Esa mitad quedó más pequeña que la otra, y para establecer de nuevo la igualdad, cogió la segunda mitad y le dió a su vez otro mordisco.

En esa forma el mono continuó haciendo justicia.

Viendo los dos gatos que sus mitades respectivas se hacian más y más pequeñas, convinieron en que un mal arreglo es más ventajoso que un buen pleito.

Y le dijeron al mono: "Estamos conformes con tu fallo. Devuélvenos el queso".

Pero el mono contestóles: "Ustedes están conformes, pero la justicia todavia no ha sido satisfecha".

Y se comió lo último que restaba de las dos mitades.



L'HOMME CHIC

ne porte que les

TIRANTES CH. GUYOT

LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO

Rechácense
las imitaciones.

LA
TOS
Cualquiers que sea su origen
SE ALIVIA SIEMPRE INSTANTANEAMENTE
con el empleo de las

PASTILLES VALDA

ANTISÉPTICAS
PRODUCTO INCOMPARABLE
CONTRA
ENFRIAMIENTOS, DOLORES de la **GARGANTA,**
LARINGITIS reciente o inveterada,
BRONQUITIS agudas o crónicas, **GRIPPE,**
INFLUENCIA, ASMA, ENFISEMA, etc. etc.

FIJAOS BIEN
PEDID, EXIGID
EN TODAS LAS FARMACIAS

la **CAJA** de las **VERDADERAS**
PASTILLAS VALDA
llevando el nombre
VALDA



Un RINCÓN *de* PARAÍSO



STRESA es un conjunto de hoteles y «restaurants», situados a los pies del monte Mottarone y a orillas del Lago Maggiore.

Desde el fondín más humilde hasta la mansión de gran lujo, regia, capaz de hospedar, sin inmutarse, a un príncipe auténtico, hay de todo. Todas las «nuances» de la industria hotelera.

Y, por supuesto, no falta el comercio de antigüedades, que proporciona al forastero lo que más le interesa, pues hay muchísimos que no sabrían volver a sus países sin uno que otro cachivache, artístico o no, pero cachivache de antaño.

Frente al embarcadero hay una casa de negocio, donde las antigüedades se amontonan a la espera del «pescecane» que las arrebate y se las lleve. Un tiempo eran los ingleses que limpiaban las cuevas de los anticuarios; hoy son los enriquecidos que se empeñan en conseguir, cueste lo que cueste, lo que otro no tiene... debido al precio, no por cierto al valor intrínseco. Mas esto es lo de menos.

—He comprado en lo de Fulano... ¡Me cuesta tanto!...

El «pescecane» llega casi siempre en auto. Sería... indigno viajar a bordo de los barcos que hacen servicio diario por el lago, mezclarse con todo el mundo, aunque se tratara de un mundo de... primera clase.

Mientras apreciaba en todo su valor unos platos de la escuela de Faenza firmados —rezaba el cartelito— sin decir por quién, se desencadenó a lo largo del Corso Humberto I un auto que parecía recién salido de una laguna de barro.

Cuatro seres, con las apariencias de bichos prehistóricos, bajaron desperezándose, sin consideración a nadie, y se metieron dentro de la casa de antigüedades.

—¡A ver algo bueno!... Y pronto, porque pensamos almorzar en Milán y se nos hace tarde...

Me hizo gracia esta entrada en la casa de un anticuario, como si se hubiese tratado de un bar.

Para dar fe de que era cierto que se hacía tarde, el que quería almorzar en Milán se miró la muñeca derecha, en la que relucía una pulsera de oro, con reloj también de oro y brillantes incrustados.

Luego se quitó los guantes, dejando al descubierto unas pedrerías, que quitaban la vista, de la primera falange de los dedos anulares y meñiques. Después se desabrochó el saco de cuero, y entonces por poco no quedamos encandilados por el brillo de un mayúsculo alfiler de corbata.

En fin, toda una preciosura que daba lástima y hacía reflexionar sobre el destino triste de muchas cosas bellas.

—¡Conque a ver algo bueno! ...

El anticuario se arrimaba muy humilde y obsequioso para preguntar la clase de artículos que podrían encontrar el agrado del señor, mas tuvo que interrumpirse, pues un agente municipal se permitió llamar al cliente y multarlo nada menos que por contravención por exceso de velocidad

—Lo lamento, señor, pero las disposiciones municipales son terminantes.

—¿Y a mí qué?... ¿Cuánto se debe? Cumpla usted con su deber... Yo voy como me da la gana... Bien entendido que pago... Aquí tiene mil liras... Déme el vuelto... ¡Ah!... No vaya a fugarse con las mil liras...

—No dispongo de auto, señor —retrucó el agente.

Pero el bicho prehistórico no era hombre de comprender la indirecta, y soltó una carcajada, satisfecho de haber dicho algo que, según él, tendría la mar de gracia.

Stresa, que hasta la primera mitad del siglo pasado no era más que una aldea humilde, debido a su situación privilegiada se ha vuelto una estación climática de primer orden y un centro aristocrático de veraneo para los forasteros.

Aquí suele pasar temporadas largas la Duquesa de Génova, cuyo palacio en Corso Humberto I es de los más admirados por el buen gusto que domina hasta en el más insignificante detalle.

El parque es una verdadera maravilla con plantas exóticas rarísimas, árboles seculares y entre otros una magnolia grandiflora, plantada el año 1770, cuyo ramaje abarca una circunferencia de 80 metros.

Stresa está acostumbrada a hospedar reyes, príncipes, duques, y el multimillonario Carnegie, rey él también, pero de la finanza, pasó una larga temporada en esta ciudad el año 1909.

Aquí hay todavía muchos que hablan de Carnegie como si se tratara de un antiguo conocido:

—¿El americano? ¡Simpático viejo!... Se encontraba medio embromado de salud cuando vino a Stresa, pero lo despachamos para su país hecho un pimpollo. Y no ha sido el primero.

De Stresa sale el ferrocarril eléctrico al Mottarone, montaña de 1420 metros de altura, que domina un panorama soberbio, mejor aún, según dicen, del que se admira desde el Rigi.

Según dicen, porque a pesar de la comodidad del medio de transporte, que en una hora lleva desde Stresa al Gran Hotel Mottarone, no tuve ningún deseo de volver a un invierno provisorio. Me encontraba tan bien en esa temperatura prima-

veral que reinaba en Stresa, que opté por postergar el paseo y dejarlo para el verano.

Lo que hice fué visitar las islas Borromeas. Esas sí. Están frente a Stresa, casi diría a pocos metros. Una, residencia de los *Borromeos*, reune lo que humanamente puédese concebir en materia de arte y buen gusto; la otra, pegadita a la primera, es una humilde tierra de pescadores.

No hay que asustarse de lo que piden los barqueros para efectuar una travesía, que, si no fuera por la estación, se podría realizar a nado con dos vigorosas brazadas.

—Ochenta liras... ¿Le parece mucho? Bueno, me dará setenta... Setenta, vamos... Menos no puedo, de veras...

En realidad se conforman con mucho menos.

—Mire, señor, que lo esperamos mientras usted recorre Isola Bella... Será siempre una hora la que emplea en la visita... Y sesenta liras por una hora no me parece gran cosa...

—¡Cállese, hombre, que me pongo de barquero yo también!

En realidad es curioso el contraste entre Isola Bella y la dei Pescatori.

El conde Vitaliano Borromeo compró la isla allá por el año 1632 y la quiso transformar en un jardín encantado. Hizo cortar la roca, transportar tierra negra para hacer posible la vegetación sobre ese escollo árido y desierto y levantó un palacio rico, de salones magníficos, donde han hecho profusión de arte *Leonardo da Vinci, Bellini, Correggio, Tiziano,* Guercino, Van Dick, Caravaggio, Giordano y Tempesta.

La riqueza del palacio es fantástica: hay muebles de carey incrustados de piedras preciosas y plata, gobelinos de valor inestimable, armas y cristales magníficos, estatuas debidas a los mejores artistas, fuentes, grutas, juegos de agua, mosaicos, todo eso rodeado por jardines formados por diez terrazas sobrepuestas en forma de pirámide, hasta una altura de 32 metros sobre el nivel del lago y en donde florecen las plantas más raras y exóticas.

El conde Borromeo quiso que la isla llevara el nombre de su esposa, Isabel, de ahí el nombre de Isola Bella, que se pronuncia mejor que Isola Isabella que se diría en *italiano.*

Aquí se hospedó Napoleón, y hasta dicen que con un cortaplumas escribió en la corteza de un árbol la palabra «battaglia».

Puede ser. Mas me parece raro, porque esta manía epigráfica no la tienen los que son grandes hombres de verdad. Es una forma de inmortalizarse propia de los que valen poco y no profesan mucho respeto a lo ajeno.

Pues bien: Isola Bella será un ensueño, un espectáculo de las Mil y una Noches, pero... me quedo con la Isla de los Pescadores.

Imagínense una isla de 380 metros de largo por 100 de ancho, donde existe un grupo de casuchas que recuerda las de la Boca, con balcones y ventanas adornados con macetas de geranio. La iglesia, modesta, humilde, hace la impresión de una madre que cobija bajo sus alas los desnudos pollitos. Por doquiera redes expuestas al sol junto con camisas, camisetas, polleras y medias que flamean alegremente.

La Isla de los Pescadores hace el efecto de algo que está y no está en este mundo.

El dichoso mortal que ha nacido en este rincón de paraíso, puede, si quiere, mezclarse con el resto de la humanidad enloquecida, que se agita, corre, gasta, derrocha, a pocos pasos de donde se vive en la quintaesencia del lujo; mas, si quiere olvidarse de que existen pobres seres, eternamente agitados por la sed de nuevas sensaciones, no tiene más que permanecer en su islote, donde la calma reina absoluta, donde ni tranvía, ni coches, ni autos, ni siquiera luz eléctrica y teléfonos molestan con el recuerdo de las grandes ciudades.

Aquí se pasa la vida pescando.

El oficio rinde bastante, pues el lago da truchas exquisitas que se venden a buen precio enfrente.

Aparte del sinnúmero de hoteles de menor importancia pero que siempre cuentan con una buena clientela, serían suficientes el Grand Hotel des Iles Borromées y el Regina Palace Hotel, para asegurar una vida tranquila a los trescientos ciudadanos que forman la población de pescadores.

Esta buena gente es de una sencillez y, sobre todo, de una paciencia, que solamente el oficio puede llevar a tan alto grado.

Efectivamente, un pescador acostumbrado a permanecer a veces horas y horas a la espera de que los peces piquen y se dignen transformarse en pescados, debe desarrollar la virtud de la paciencia al punto de no tener nada que envidiar al mismo Job.

Por otra parte, cualquiera que no gozara de esta condición tendría motivo de enfadarse cien veces al día, con los pasajeros que desembarcan ahí, como si pisaran una aldea de zulúes, con un aire de compasión irritante, un desprecio hacia esa sencillez encantadora, que daría ganas de reír si no despertara piedad el espectáculo de mujeres ataviadas de la manera más ridícula, que valen por lo que llevan puesto, y de hombres a los que el dinero no sirve más que para hacer resaltar lo poco que merecen haberlo ganado.

Hay que oír:

—¡Pobres!... ¿Y ustedes se la pasan todo el año aquí?... ¿Y cómo viven? ¡Quién sabe qué les parecerá a ustedes el palacio de Isola Bella!...

—¡Qué quiere que pensemos, señora!... Nada... Nosotros nos encontraríamos mal en un ambiente que *no es el nuestro, como el príncipe Borromeo* no podría encontrar de su agrado quedarse demasiado tiempo entre nosotros.

—Sí, está bien... Lo comprendo... Pero digo... De un lado tanta riqueza, del otro, hay que decirlo, tanta miseria...

—¿Miseria? ¿Y por qué? ¿Acaso alguien pide limosna en la isla? Nadie... ¿Quién le dice a usted que nosotros vivimos en la miseria?... ¿O piensa usted que la dicha consiste en disponer de un automóvil y de una villa como la de los príncipes Borromeo? Yo no envidio a nadie. Mis padres y mis abuelos han pasado los ochenta y noventa años, y por mi parte pienso hacer lo mismo... Aquí no prosperan ni médicos ni boticarios... Nuestro médico es el Sol...

—¡Ah, ah!... *Había sido socialista* usted... No sabía que a más de pescador, fuera usted hombre de letras...

—La señora tiene ganas de burlarse de mí... Hablo con lo que me parece sentido común... Lamentaría mucho que el buen sentido pudiera parecerle a la señora algo... subversivo...

Yo, que escuchaba al joven contestar en forma tan feliz y ocurrente a la señora de labios color sangre y cutis revocado, tenía unas ganas locas de estrecharle la mano y decirle:

—¡Vengan esos cinco, muchacho!... ¡Qué bien!... ¡Que aprendan a callarse!... ¡Que aprendan a no meterse en lo que no les importa!...

La dama, evidentemente amostazada, habló en voz baja a su compañera:

—¡Cómo se ha puesto esta gente... después de la guerra!... No guarda consideración a nadie... Quería dar unos centavitos a estas criaturas; he pensado que es mejor no darles nada... Son capaces de rechazarlos...

Mientras tanto, para mis adentros iba reflexionando sobre la dicha de poder conseguir unos pocos metros de tierra ahí mismo, levantar una casita aunque fuera de madera, transportable, y ahí quedar con los libros preferidos, gozando el maravilloso espectáculo de esa naturaleza sin igual y de ese silencio.

Y es a veces tan violento el deseo de aislarme, que me pregunto: Si es cierto lo que dicen, que el hombre vive vida tras vida, ¿habré sido fraile en una existencia anterior?

Si fuera así debo haberme encontrado bien, porque las ganas de hacerme ermitaño se van intensificando.

Pero me parece que mis proyectos no se podrán realizar, pues hasta este tranquilo rincón de paraíso, muy pronto puede ser que resulte un Montecarlo con su correspondiente «roulette» y «trente et quarante»...

Dr. A. Vaccari

De San Fernando



Concurrentes a la recepción oficial realizada en la Municipalidad celebrando el glorioso aniversario patrio.



El intendente municipal Sr. Juan Urcola, presidiendo el banquete realizado en el Centro Italiano Recreativo "San Fernando" con motivo del 25 de Mayo.

EL MANANTIAL

¿Sabe alguien de dónde viene el sueño que pasa, volando, por los ojos del niño? Sí. *Dicen* que mora en la aldea de las hadas; que por la sombra de una floresta, vagamente alumbrada de luciérnagas, cuelgan dos tímidos capullos, de donde viene el sueño a besar los ojos del niño.

¿Sabe alguien de dónde viene la sonrisa que revuela por los labios del niño dormido? Sí. Cuentan que, en el sueño de una mañana de *otoño, fresca de rocío,* el pálido rayo de la luna nueva, dorando el borde de una nube que se iba hizo la sonrisa que vaga en los labios del niño dormido.

¿Sabe alguien en dónde estuvo escondida tanto tiempo la dulce y suave frescura que florece en las carnecitas del niño? Sí. Cuando la madre era joven, empapaba su corazón de un tierno y misterioso silencio de amor, dulce y suave frescura que ha florecido en las carnecitas del niño.

Rabindranath Tagore.

De Pueyrredón



Alumnos de las escuelas locales cantando el himno nacional en la fiesta patriótica llevada a cabo en esta localidad, celebrando el 115° aniversario de la Revolución de Mayo.

ANTIGÜEDAD DE LA MEDICINA

En lo que pudiéramos llamar prehistoria de la medicina, Egipto ocupa el primer lugar. Existe un templo en la isla de File, dedicado a uno de los primeros médicos que debió vivir más de cuatro mil años antes de Cristo. Existen dibujos esculpidos en piedras que datan de más de tres mil años, en que se describen varias operaciones quirúrgicas. Los médicos egipcios, según Homero, se distinguían principalmente en la preparación de drogas compuestas. Entre otras cosas usaron el opio y el aceite de castor. Los famosos *libros de Hermes*, que tanta influencia ejercieron en las generaciones posteriores durante la Edad Media y en el desenvolvimiento de la magia negra, son libros en gran parte de prescripciones medicinales y originados en Egipto. Los laxativos estuvieron en mucho uso entre los egipcios; y era costumbre general de purgarse cada mes durante tres días consecutivos.



Digerir es Vivir

No es lo que comemos lo que nos fortalece y nutre, sino lo que DIGERIMOS. Digerir bien y asimilar los alimentos es lo que se puede esperar de un estómago sano. No es con cualquier régimen cómo se cura la enfermedad al estómago sino comiendo aquellos alimentos indicados como necesarios, racionales, lógicos y cuyo complemento es la

PEPTOLYSINA

el remedio eficaz por excelencia y elaborado precisamente para el ESTOMAGO E INTESTINOS Y NADA MAS.

La PEPTOLYSINA, fórmula del especialista Dr. Calandrelli, tiene el privilegio de ser un remedio científico que no debilita porque no es purgante, que tonifica poco a poco el aparato digestivo transformándolo de tirano en sirviente. Si Vd. sufre del estómago adóptelo desde hoy.

PRECIO DEL TARRO $ 5. INTERIOR AGREGAR $ 0.50 PARA FRANQUEO

Se vende en todas las buenas farmacias

PREPARADO EN LOS

LABORATORIOS Y FARMACIA "NELSON"

477, SUIPACHA, 481 — BUENOS AIRES

TELÉFONOS: UNIÓN TELEFÓNICA 4750, RIVADAVIA Y 3580, MAYO



Vd. tiene que afeitarse toda su vida; trate de hacerlo lo mejor posible.

El Jabón Williams merece su preferencia en virtud de un ingrediente especial que ablanda la barba y produce abundante espuma, que no se seca en la cara. Esto le permite afeitarse bien y con tranquilidad.

No olvide que el Jabón Williams es tan bueno para la barba como para el cutis. Además de ser deliciosamente perfumado, es antiséptico.

Venta en todas partes

Capital: ***$ 1.60***



Williams

JABONES PARA LA BARBA

MAYON Ltda., AGENTES DE J. B. WILLIAMS Co.

R A D I O T E L E F O N I A

UN EFICIENTE RECEPTOR PARA ONDAS DE 20 A 80 METROS.

En este artículo describiremos un receptor estudiado para aumentar el rendimiento y permitir a la mayoría de los aficionados de colaborar en interesantísimos ensayos en esas ondas, para los cuales es necesario tener muchos controles o sea estaciones receptoras diseminadas en todo el territorio, capaces de suministrar cada una un informe, llegando a repetir en estas ondas ultra-cortas el brillante triunfo de los aficionados obtenido con las ondas cortas.

El mayor defecto que se observa en un receptor adaptado a las ondas ultracortas es la desproporción entre la capacidad de los condensadores empleados y el valor de los selfs; resulta de esto que las variaciones de potencial aprovechables en tales circuitos son muy reducidas y que las capacidades se varían siempre muy bruscamente, de donde resulta poco rendimiento y dificultad en sintonizar.

Fig. 1

El receptor que describimos no es ninguna innovación en cuanto al esquema; es solamente una adaptación del inductivo a reacción o Perry O. Briggs para ondas ultra-cortas entre 20 y 80 metros.

Los materiales necesarios para su construcción, son:

250 gramos de alambre de cobre N.° 12 ByS forrado con dos capas de algodón. Equivale a 2,05 mm.

Un condensador variable de 0,00025 MF tipo de 11 chapas con vernier de una chapa movible y una fija. Este tipo de condensador es difícil de obtener actualmente en el comercio, por la poca aplicación que tiene; deberá además ir provisto de un dial micrométrico o desmultiplicador, para poder variar muy lentamente la capacidad. Las chapas de este condensador serán del tipo recortadas, es decir, que no penetran á un tiempo entre las chapas fijas. Además deberá ser del tipo de pocas pérdidas: costados de ebonita con bujes de bronce, ausencia de piezas metálicas superfluas, etc. C1.

Un condensador fijo de dieléctrico mica, capacidad 0,00025 MF. C2.

Una resistencia de reja variable .25 a 10 Meghoms o en caso de usar lámparas UV 201 A una resistencia de 6 Meghoms en tubo de vidrio.

Un condensador fijo de 0,001 MF C3.

Un potenciómetro de 200 a 400 ohms. P.

Un portalámpara.

Un reóstato de 20 a 30 ohms. RTO.

Ocho bornes de los cuales cuatro para las baterías de filamento y placa y cuatro para colocar en los puntos del circuito marcados: B1, B2, B3, B4.

Dos clips o pinzas para tomar las derivaciones de las bobinas L2 y L3. M1 y M2.

Además dos diales para el manejo de las bobinas de antena y reacción que van montadas como en el circuito Perry O. Briggs y del cual dará una idea la Fig. 2.

Construcción y manejo.—Sobre una tabla se traza una circunferencia con radio 4 cm. y se divide en 14 partes iguales; en cada punto así determinado se hace un agujero de 3 mm. de diámetro que sirve de guía para clavar un clavo de 3 pulgadas, al cual se le habrá cortado la cabeza. Se procede a bobinar sobre el esqueleto así formado, con un alambre de 2 mm., siguiendo las indicaciones de la Fig. 3. Los valores de L1, L2 y L3 serán respectivamente de 6, 10 y 11 vueltas. L2 y L3 tendrán una pequeña derivación de un centímetro de longitud soldada en cada una de las seis primeras vueltas. La conexión a éstas se hará mediante una pinza, con lo cual se variará el valor sin recurrir a las manijas selectoras y a los topoes de contacto. Hecho el bobinado habrá que atarlo en los cruces del alambre mediante un hilo; así puede retirarse la bobina de su soporte sin que se deshaga el bobinado. Este sistema es el empleado comúnmente en los circuitos Perry y el montaje de las bobinas es ya demasiado conocido para que insistamos sobre él.

Para el montaje del receptor conviene disponer la lámpara y los bornes, así como los condensadores fijos y la resistencia de reja, alejados del frente del receptor. Sobre éste se verán únicamente los diales del condensador y su vernier, los del manejo de L1 y de L3 y las perillas del potenciómetro y del reóstato.

Para agregar el amplificador cuya construcción no entramos a detallar, basta conectar, según el esquema, el primario del transformador de audio frecuencia T en lugar del teléfono, en los bornes B3 y B4. El resto del circuito no presenta dificultades para su construcción.

Las baterías del amplificador serán independientes del receptor.

—

En el próximo número estudiaremos un receptor Reflex.

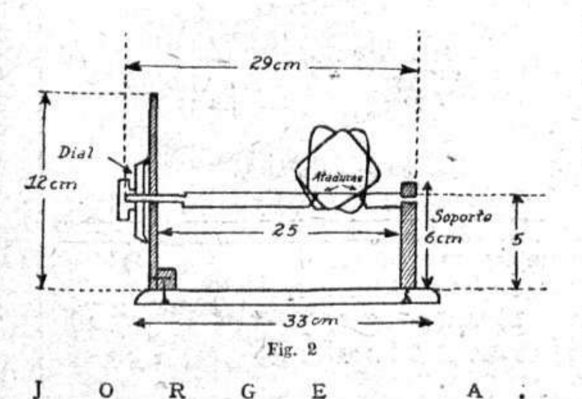


Fig. 2

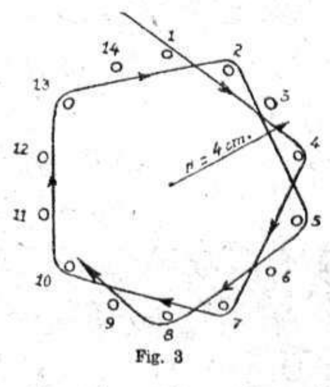


Fig. 3

J O R G E A. D U C L O U T

De Villa Dominico



Comisión de señoritas que tuvo a su cargo la organización de la gran velada artística y danzante, realizada a beneficio del subcomité local de la Cruz Roja Argentina.

La doctora Catalina Davis, de la oficina de Higiene Social, de Nueva York, ha tratado, según ella misma dice y lo cuenta el "Daily News", de aislar el "bacilo de la felicidad". A tal fin formuló un "cuestionario íntimo", invitando a las mujeres casadas a revelar si eran felices o si no lo eran y a explicar las razones de la felicidad o la infelicidad conyugal. También quiso que hablasen de los amores o flirteos que tuvieron de solteras. Fueron interrogadas mil mujeres, el sesenta por ciento de las cuales eran ciertamente "cultas, educadas y normales". Ochocientas setenta y dos declararon sin reservas que eran felices. Pocas dieron una respuesta precisa. Ciento diez y seis declararon que eran felices, si no totalmente, al menos en parte. El veinte por ciento de las mujeres interrogadas carecían de hijos, pero sólo cuatro dijeron que su infelicidad tenía por causa la falta de descendencia. Para catorce la infelicidad dependía de razones economio. Para otras, de insuficiente salud alterada después del matrimonio. Para otras, de insuficiente conocimiento fisiológico tenido antes del matrimonio. Para otras, de los amoríos (o algo peor) anteriores al matrimonio. Parece que en los Estados Unidos se flirtea de un modo alarmante antes del *matrimonio*. Novecientas setenta y dos señoras (es decir, casi todas), confesaron que habían flirteado de un modo muy intenso antes del matrimonio.



Si estudia una profesión podrá independizarse fácilmente.

Mande su dirección y recibirá folletos explicativos de los cursos profesionales que enseñamos ***por correo.***

Usted estudia en su casa con los libros que le entregaremos y envía los ejercicios ***por correo*** para que nuestros profesores se los corrijan.

Regalamos a los alumnos: papeles, sobres, libros de estudio, diploma al terminar, etc.

GARANTIA: Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio. A esta garantía, que cumplimos fielmente, debemos la gran prosperidad alcanzada por esta Institución.

Escuelas Sudamericanas
DE ENSEÑANZA POR CORREO
1059, Lavalle, 1059 — Buenos Aires.
(Las escuelas más grandes del mundo).

Nombre ....

Dirección ....

Localidad .... *C. C.*

Tenedor de Libros
Taquigrafía - Ortografía
Aritmética - Dibujante
Constructor
Conductor de Motores Agrícolas
Contador Mercantil
Correspondencia
Caligrafía - Mecánico
Chauffeur
Maquinista
Cinematografía
Electricista

Del Tigre



Niños que tomaron parte en el festival patriótico realizado en la Sociedad Española de S. M. celebrando el 115° aniversario de la Revolución de Mayo.

De Martínez



Comisión de señoritas que tuvo a su cargo la organización del festival patriótico realizado bajo los auspicios del Club Atlético Martínez.

UNIVERSIDAD FLOTANTE

Un grupo de capitalistas norteamericanos acaba de crear una universidad flotante.

Los organizadores de esta novisima universidad han fletado un gran transatlántico, el "Princess-Alice", y lo han arreglado de manera que pueda transportar en inmejorables condiciones cuatrocientos estudiantes y un respetable número de profesores; además, naturalmente, de los sirvientes y la tripulación y el personal de a bordo.

A las enseñanzas generales teóricas, que se cursarán durante los viajes, se añadirán cursos especiales de geografía, de historia, de arte y de botánica práctica; estos cursos se darán en cada escala que haga el transatlántico.

Los cursos serán de un año, y en ese tiempo se dará la vuelta al mundo.

El primer crucero del "Princess-Alice" está dispuesto con escalas en el Japón, en la China, en la India, en Turquía, en Grecia, en Italia, en Argelia, en Túnez, en España, en Alemania, en Holanda, en Suecia y Noruega, en Francia y en Inglaterra.

Un VIAJE *a las* ISLAS MALVINAS *en* 1832

PRIMER MATRIMONIO CIVIL *en la* REPÚBLICA ARGENTINA (1)

A la Señora María L. Vernet de Castro Almeyra, nieta del Gobernador don Luis Vernet.

Cierta mañana, bajo el sol veraniego de enero, me despidieron en el muelle del puerto, mi madre y mis tres hermanas.

Mi padre, que hacía dos años se hallaba en las Islas Malvinas, me llamaba a su lado. La terminación de mis estudios secundarios y los escasos recursos que contaba para proporcionarme una carrera, le habían inducido a tomar esa resolución.

La idea me llenaba de entusiasmo, que sólo decaía al ver cavilosa y triste a mi madre, pues, a pesar de mis diez y ocho años, no me había separado nunca de ella. Sin embargo, el espíritu aventurero era más poderoso que mis temores, y, con viva alegría, saludé la llegada del hombre de confianza y amigo de mi padre, Mateo Sánchez, en cuya compañía debía embarcarme hacia las lejanas Islas Malvinas.

....

Salvando la distancia de algunas cuadras en bote, me vi de pronto embarcado en el bergantín *Elba*, que se hallaba en preparativos para soltar amarras, después de una permanencia de ocho días en el puerto.

Gran trecho habíase alejado el bergantín, y allá lejos, en el borde del muelle, unos pañuelos se agitaban, cual blancas palomas. ¡El último saludo de mis hermanitas y de mi adorada madre, a quien había dejado sollozando entre los cariñosos brazos de mi hermana Elisa!

¡Oh, qué inmenso dolor y vacío se apoderó entonces de mí; las lágrimas se agolparon a mis ojos; avergonzado, busqué un sitio apartado, donde lloré, como pocos veces he llorado!

Cuando, después de largo rato, pude serenarme, ya la hermosa silueta de Buenos Aires sólo se distinguía vaga y confusa...

Una voz suave, me llamó a la realidad, encontrándome frente a una linda joven, quien, algo cohibida, pronunció mi nombre, invitándome a reunirme con los suyos, refiriéndome, al mismo tiempo, que mi madre, enterada en el muelle de que ellos también se embarcaban en el *Elba* les había rogado encarecidamente que me cuidaran.

Sonreí, fingiendo aplomo, como quien está acostumbrado a la separación de su hogar.

—¡Siempre es así mamá: me cree todavía un niño! — le respondí. Y agradeciendo la invitación, que acepté gustoso, fuimos a reunirnos con el grupo de su familia. Aquella humilde gente me recibió con suma cordialidad, haciéndome lugar en su improvisada mesa.

Yo me complacía en darles algunos minuciosos detalles de las apartadas regiones de mi futuro hogar. Detalles que mi padre nos había referido en sus largas cartas. Una prolongada sobremesa siguió al frugal almuerzo. Nadie comió con apetito, a pesar de la fresca brisa del mar y la avanzada hora. Una melancolía se adivinaba en el semblante de todos.

Mi compañero Sánchez conversaba, en un extremo del barco, con su amigo el capitán; al verle, recordé la recomendación de mi madre, que, dándose cuenta de la cortedad y timidez del buen hombre, me había encargado que fuera amable y atento con él.

Agradeciendo la atención y excusándome ante mis nuevos amigos, me puse de pie, con el propósito de ir a reunirme con ellos. El capitán, inglés bastante acriollado, bonachón y de carácter alegre, procuraba en aquellos momentos, con humorísticas frases, vencer la timidez de Sánchez, proponiéndole que fuera a mi lado para hacerse amigo de la familia de Victoria.

Victoria, era una hermosa muchacha, de facciones pulidas y delicadas, agraciada por unos ojos negros que, al mirar, confirmaban la bondad e inocencia de su alma. Comprendí en seguida que el santiagueño estaba prendado de tanta beldad juvenil, y aproveché la primera insinuación que me hizo para presentarlo, retirándome luego, porque comprendí también que estaba demás entre ellos, y porque, a medida que la tarde declinaba, mayor era la nostalgia que embargaba mi espíritu..

En tanto, las velas del bergantín, infladas por el viento, nos hacían navegar con rapidez, alejándome cada vez más de los seres queridos, ¡de mi madre!, que, sin duda, en aquellos momentos rogaría enternecida por el hijo inexperto que abandonaba sus faldas sin valorar lo que dejaba.

....

Los días se sucedieron sin traer ningún cambio favorable en el estado de mi ánimo. El abatimiento invencible, agregado a la inapetencia extrema, no tardaron en hacer sentir su efecto.

Caí gravemente enfermo; una fiebre me postró por dos semanas, durante las cuales todos me cuidaron con la mayor solicitud, especialmente Victoria, secundada por Sánchez. Mas la juventud y la naturaleza triunfaron, el peligro pasó y, entrado en convalecencia, Victoria tomó también a su cargo la difícil tarea de preparar con su propias manos los alimentos que el capitán indicaba,

(1) El original de esta acta consta en el archivo de la familia Vernet.

y cuando encontraba alguna resistencia en su paciente, ella, con admirable suavidad y hasta con mimos, lograba convencerlo.

Era tanto el halago y el placer que me proporcionaban sus cuidados que, francamente, habría deseado prolongar la convalecencia durante el resto del viaje.

Pero, un día, noté en mi dulce enfermera cierta melancolía, sorprendiendo huellas de lágrimas en sus lindos ojos. Con la imprudencia de un enfermo mimoso, pregunté la causa; ella, sonriente, respondióme con ingenuos argumentos, tratando de convencerme de que no había llorado; no obstante, adiviné el motivo. ¿Qué había pasado en los corazones de mis dos amigos? Atendiendo a la proporción de sus edades, todo el fuego de una pasión había despertado en ellos... ¡Cuántas veces mi débil sueño de convaleciente fué arrullado por el coloquio de su idilio, alegrándome infinito que esas nobles almas se hubieran confundido tan cerca de mí!

....

El término de nuestro viaje se aproximaba. Una semana hacía que, abandonado el lecho y restablecido completamente, me entretenía leyendo los libros que mi bondadosa madre no había olvidado de colocar en mi equipaje. Como Victoria y Sánchez no sabían leer, les proporcionaba, a veces, agradables ratos haciéndolo en voz alta. Una tarde, escogí un pasaje de una tierna novela, cuya lectura los enterneció, a tal punto, que ella se retiró sin escuchar la terminación, excusándose esa misma noche de sentarse a la mesa. El, callado y caviloso, apenas probó bocado. Yo empezaba a sentirme incómodo, lamentando que mi lectura fuera quizá la causa de tan profunda emoción; pero, al terminar la sobremesa, que fué corta y desanimada, Sánchez, venciendo su timidez, manifestó a los padres de Victoria que deseaba hablar a solas con ellos.

Al día siguiente se improvisaba en el *Elba* una sencilla fiesta, celebrando el compromiso; fué el capitán el iniciador de aquella simpática demostración, pues para él era todo un acontecimiento que a bordo de su barco se hubieran conocido y formalizado el compromiso, y siendo tan bonachón y liberal, no permitió que ninguno de sus tripulantes quedara sin brindar por la felicidad de los novios, al saborear el exquisito espumante que llevaba en su bodega y que sólo en casos excepcionales se le hacían los honores.

....

A fines de Febrero, en una mañana tan bella como la que nos embarcó, arribábamos a Puerto Luis con toda felicidad.

Un grupo de vecinos se hallaba estacionado en el desembarcadero; entre ellos distinguí en el acto a mi padre, con sus rubias y largas patillas.

"How glad y'am to have you here with me my dear boy" (1), fué la frase que pronunció al estrecharme fuerte entre sus brazos. Nuestra charla no tuvo fin. Cumplidos los encargos, con detalles y pormenores, que mi madre y mis hermanas me habían encomendado, lo enteré, poco a poco, de la grave enfermedad que había soportado a bordo y de los afectuosos cuidados que me prodigaron el capitán y mis amigos. Hecho que, a su amistad, agregó, desde ese momento, una gratitud inmensa para con ellos.

....

Dedicado a la ganadería, mi padre había poblado a unas cuatro millas del puerto. Una casa de piedra, con relativas comodidades, era nuestra sencilla morada, donde se extrañaba, en cada detalle, la ausencia de la solícita y bondadosa mano de mi madre y mis hermanas. ¡Ah, cuántas penosas horas hubieron de atestiguar aquellos toscos muros, al vernos privados de su compañía! Mas, el sacrificio había sido necesario, la delicada salud de mi madre y la falta de un facultativo en áquellas lejanas regiones, no habrían permitido su permanencia allí, prefiriendo sacrificarse solo mi padre por algunos años con la esperanza de obtener una posición.

La familia de Victoria se instaló en el mismo puerto, para ocuparse en la pesquería, ocupación a la que se dedicaba Sánchez, hacía un año, con excelente resultado.

Nuestras visitas, cada domingo y días festivos, proporcionábales el mayor regocijo, y aun cuando mi padre tenía otras amistades que solía visitar, raras veces conseguía que lo acompañara, prefiriendo quedarme en compañía de *mis amigos*, como yo les llamaba.

Me había impuesto, como obligación sagrada, cada domingo, instruir a Victoria, a sus hermanos y a Sánchez, enseñándoles a leer y escribir. Deseaba abrirles nuevos horizontes, y, con la mayor paciencia y tierno afecto, les explicaba largos capítulos de libros instructivos. Ya tendidos sobre la arena, después de un paseo por la orilla del mar, escuchaban mi lectura con la mayor atención, sin permitir que la suspendiera hasta que los últimos rayos del sol morían sobre las rocas. Entonces era necesario emprender el regreso, pero contentos y anhelosos de que la semana pasara pronto para reanudar las clases y la interrumpida lectura.

....

Había llegado el mes de Mayo, y en una de nuestras frecuentes visitas, percibí en el semblante de los novios un velo de tristeza. Ella, contrario a su hábito, no servía la mesa y hablaba poco. El, disimulaba en vano su evidente preocupación.

Con la franqueza que caracterizaba a mi padre, preguntó cuál era el motivo de aquel cambio de los novios y de aquella pronunciada congoja que, aparentemente embargaba a la familia, enterándose de que el gobernador Vernet, teniendo en cuenta la confianza y aprecio que dispensaba a Sánchez, le ofrecía ponerlo al frente de una lobería, a instalar en un islote algo distante de Puerto Luis. A tan halagüeña perspectiva, aceptó agradecido, sin consultar empero a su corazón y al de su prometida, que ambos se resistían a esa larga separación.

La buena voluntad de mi padre intervino en el asunto, y, pocos días después, recibían la agradable sorpresa que el gobernador, dada la bondad de sus sentimientos y la ecuanimidad de su carácter, enterado de la circunstancia en que se encontraban los novios, propuso adelantarles la felicidad, uniéndolos en matrimonio, bajo juramento de ley en un contrato firmado por ellos y testigos. El 29 de Mayo, soportando la inclemencia de un fuerte temporal, asistíamos a la solemne ceremonia nupcial, siendo mi padre uno de los que firmara a ruego de los novios y testigos, teniendo yo la íntima satisfacción de presenciar aquella unión de mis humildes amigos, cuyos corazones puros y nobles fueron, durante nuestra larga amistad, de una lealtad y sinceridad a toda prueba.

CARMEN AROLF

(1) ¡Qué contento estoy de tenerte aquí conmigo, querido hijo!

Progresos de nuestra industria



Banquete ofrecido por la General Motors Argentina, celebrando la iniciación de un raid de turismo a través de la República, que se realizará en un coche Chevrolet; el primero que sale de la fábrica instalada por la empresa en esta capital.







—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

Fiesta criolla



Los socios del Club Atlético La Paternal, celebrando con un festival al aire libre el aniversario patrio

EL ENTUSIASMO

El entusiasmo es la espada mejor para el combate de la vida.

Porque la vida no es una ciencia sino un arte; hay que sentirla en vez de razonarla.

Para vivir es preciso, ante todo, sensibilidad. Estamos llenos de fórmulas y abstracciones; nuestra filosofía es una escuela de falacias y orgullos; ahogamos las sencillas verdades bajo un turbión de palabras engañadoras y abandonamos las fuentes eternas de la alegría, los bienes fundamentales.

La vida es buena o mala, triste o alegre, según el cristal con que se mire. ¿Por qué mirarla con ojos turbios?

Ni aun el dolor merece desdén ni rebeldía, ya que es la fuente del amor eterno.

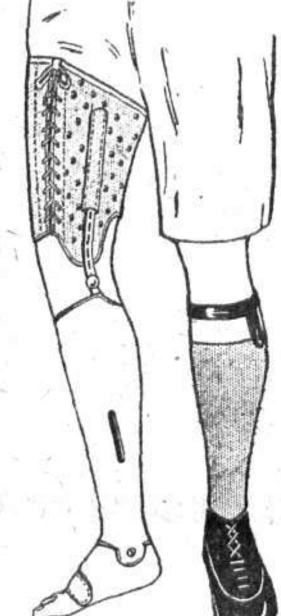
Cuando llegamos al final de la jornada de la breve jornada de la vida, nuestro mejor tesoro será el recuerdo de las lágrimas, de las divinas emociones que han sacudido nuestros nervios y abrasado nuestras mejillas y arrancando al alma una chispa de luz. El único bien que me queda en el mundo, ha dicho un poeta, es el haber llorado algunas veces.

RICARDO LEÓN.

BRAZOS y PIERNAS ARTIFICIALES

ESTABLECIMIENTO
FUNDADO EN EL AÑO 1901

Talleres modernos para la construcción de piernas artificiales. Ultimo modelo con pie y articulaciones de goma. Brazos artificiales. Corsés de cuero, celuloide, cutil, para mal de Pott, escoliosis, etc. Aparatos para parálisis, coxalgia, pie Bott, Varus, etc.



FAJAS, Bragueros, medias elásticas, orinales y artículos de goma de todas clases.

SILLONES CON LLANTA de GOMA Para ENFERMOS.

SOLICITE CATALOGO GENERAL de ORTOPEDIA *B.*

Para fajas Pídase Catálogo *A.* que remitimos gratis al Interior.

ORTOPEDIA SCATTINI
DAVID Hnos
CERRITO 488-B. AIRES

"El Sol de Noche Nº 165"

es la lámpara ideal para alumbrado interno.

Un litro de nafta arde 12 horas con un poder de 300 bujías.

Elaborada en bronce y terminada al níquel brillante.

SOLIDA Y ELEGANTE

Se gradúa a voluntad.
Sin peligro y sin olor.

CUIDADO CON LAS IMITACIONES

Hermoso surtido en lámparas y artefactos para todos los gustos.

Catálogo X, gratis, pídase a:

RICHEDA y Cía.
IMPORTADORES
TALCAHUANO, 289
Buenos Aires

AL POR MAYOR Y MENOR

Nunca Una Oferta Igual

NO SON PALABRAS
GARANTIZAMOS NUESTRA OFERTA
Pídase Modelo 59 "A"

A motor una cuerda..... $ **55.—**
A motor dos cuerdas... $ **65.—**



Caja para abrir, gran tamaño 39 × 39 × 19 ½ cm., roble claro alemán de gran efecto.

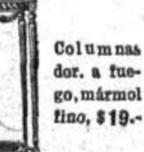
Pedidos a:
"CASA CHICA" de A. Ward
SALTA, 674-676 - Buenos Aires
U.T. 0141, Riv. - Sin sucursales
GRATIS remitimos catálogos.
Aceptamos figuritas "43" y "Pour la Noblesse".

MUEBLERIA "EL SOL"

1118 - Corrientes - 1118 Bs. Aires
LUIS TORETTI e Hijo
GRANDES OCASIONES EN MUEBLES DE SALA
PRECIOS NUNCA SUPERADOS

CATALOGOS
Lo remitimos gratis al interior. El más completo y de precios más bajos.

Mesas oval. dor. a fuego, con mármol fino, $ 38.-



Columnas dor. a fuego, mármol fino, $ 19.-

GRAN SURTIDO EN PANTALLAS PARA PIE DE LAMPARA.



Juego de sala dorado a fuego, tapizado en seda, armonizando con cualquier decoración, compuesto de sofá, 2 sillones y 6 sillas, ... $ 320.-



Musiquero dorado fantasía, $ 130.-

Pie de lámpara, sin pantalla, a $... 35.-



DESDE EL MIRADOR

MONUMENTO AL LIBERTADOR BOLIVAR EN BUENOS AIRES

Hay un decreto del poder ejecutivo nacional, por el cual va a disponerse la erección en sitio importante de Buenos Aires, de un monumento al libertador Simón Bolivar.

La idea, y sobre todo la realización de ella, pondrá de manifiesto, no sólo que aquí se sabe corresponder con altura y propiedad a todo aquello que en naciones hermanas honra a la Argentina, en las figuras representativas de sus glorias, sino que, siendo presidente el doctor Alvear, el sentido y las prácticas del verdadero, del inteligente panamericanismo, no son letra muerta.

Levántar en la más populosa metrópoli latina del nuevo mundo un plinto de homenaje sincero sobre el que se yerga la efigie metálica y perpetua de Bolivar, es mostrar al resto de la América libre y sensitiva que el pueblo argentino conoce, como el primero, los valores fundamentales de la historia continental. Es probar que la tierra del libertador José de San Martín ama a Bolivar, como Venezuela, Colombia, Ecuador, al héroe de Maipú.

Las erecciones de estos monumentos que a manera de exponentes, señalan el mutuo aprecio de los pueblos de un mismo origen épico, son hechos de vital importancia. Ellos permiten entrever y presentir a las actuales generaciones, el florecimiento de los ideales — del ideal supremo — de raza y de cultura. Así los horizontes de la historia futura comienzan a despejarse de absurdas nebulosidades, y diríase que ya pueden percibirse los primeros soplos de una aurora sublime. Aquella en que los pueblos hermanos, que nacieron a la libertad y a la república a la sombra de los dos grandes capitanes, sepan que forman una de las más poderosas entidades en que apóyase la dignidad humana.

LA VELOCIDAD INCORREGIBLE

Sigue su desastroso y mortífero curso la locura de la velocidad en nuestras calles.

Nada la detiene, nada la encauza y regulariza. Vanos resultan los propósitos y esfuerzos de las autoridades, y mucho más los gritos y lamentaciones de las víctimas y de sus deudos. Y como si esa demencia vertiginosa que posee tan tiránicamente a los conductores de vehículos mecánicos, no se conformara con victimar a ancianos distraídos, he aquí que en las últimas semanas la lista de muertos y heridos registra numerosos niños y niñas. Es una ofensiva general en la que están empeñados los coches automotores contra los habitantes de nuestra fastuosa y populosa capital.

La vía pública — ya lo hemos dicho y repetido — es aquí campo de carreras impunes. Cada avenida, cada paseo, cada calle, por angosta que sea, constituye un autódromo a los ojos de los poseídos de la locura mortífera de la velocidad.

Y lo peor del asunto es que a nuestro departamento policial ni se le autoriza para resolver el terrible problema, ni se le dan medios materiales para intentarlo.

¿Habría algo más fácil de probar que Buenos Aires necesita urgentemente un cuerpo de tráfico bien organizado, suficiente y dotado de elementos?

LA ENSEÑANZA DEL CASTELLANO SE IMPONE

Nuestro estimado colega "La Prensa", en uno de sus recientes y sesudos artículos editoriales, trata de manera magistral el problema de la enseñanza del idioma castellano en la Argentina. La argumentación del articulista abunda en razones indiscutibles, de una oportunidad innegable y de un patriotismo que mira muy lejos.

La administración de la enseñanza pública en nuestro país, con costar al erario ingentes sumas y con disponer de un numerosísimo personal, tiene muchas lagunas... Una de ellas consiste, precisamente, en la campaña insuficientemente activa y eficaz que se efectúa con respecto al aprendizaje de la lengua patria.

De vez en cuando, los señores ministros del ramo tratan de hacer innovaciones, creando organismos y poniendo en acción métodos de reciente cuño. Pero el aprendizaje del castellano dista mucho de extenderse y de apropiarse en la medida de las necesidades imperiosas de la próspera nación argentina.

EL TREN-EXPOSICION

La idea de aprestar un convoy de ferrocarril para que asista a la celebración del centenario de Bolivia, llevando muestras de los diversos productos de la actividad argentina, es algo digno del mejor aplauso.

Ese tren-exposición será como un brazo que se alargue hasta la república hermana y vecina, en la actitud de amistad, que simboliza en efecto la heráldica de nuestro escudo.

¡NO MAS ENSAYOS!

Ya lo hemos dicho, con motivo de la abundancia de tipos diferentes de autobuses que circulan por esas calles peligrosas. En vez de elegir desde el principio una o dos clases de coches apropiados para nuestro ambiente y nuestras necesidades, se permitió que cada empresa echara a rodar lo que le viniera en gana... Y hemos llegado — amén de los accidentes cuya cuenta se pierde ya — a vivir en un caos.

Ahora se trata del material de riego y de limpieza. ¡Parece que sucederá lo mismo que con los autobuses!

¿Por qué no se estudian esos casos a fin de que cada resolución sea un acierto?

Ciertos vehículos nuevos para regar la calle parece que no son apropiados a las condiciones de la capital, pues mojan a cuantos peatones encuentran. En el país donde todos se bañan sobran esas duchas ambulantes.

Eduardo Encina


S. M. Alfonso XIII
Rey de España
hablará para Vd. en
su casa por medio
de la VICTROLA
Que no haya un solo admirador del hidalgo soberano que no lleve a su casa este impagable disco sobre el cual, SU MAJESTAD, ha impreso de su propia voz una cariñosa dedicatoria para los pueblos de raza española.
El producido de estos discos será destinado a beneficio de las familias de los caidos en Africa.
VICTROLAS Y DISCOS VICTOR
EL SURTIDO MAS COMPLETO SE HALLA A SU DISPOSICION EN NUESTRA CASA A PRECIOS ORIGINALES
CATALOGOS GRATIS
VICTROLA 215
$ 640.
Si desea tener este disco, preanote su pedido con anticipación, siendo limitada la cantidad de los mismos.
Disco doble Victor de 25 centimetros, a $ 4.90 cada uno.
19619
SALUDO A LAS REPUBLICAS AMERICANAS, por S. M. el Rey.
ALOCUCION AL PUEBLO ARGENTINO, por S. M. el Rey. Impresionado en el Palacio Real de Madrid.
PROXIMAMENTE LO PONDREMOS EN VENTA
CASA AMERICA
SOCIEDAD ANONIMA Lda.
(El Hogar de la Música)
Avenida de Mayo
979
BUENOS AIRES



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



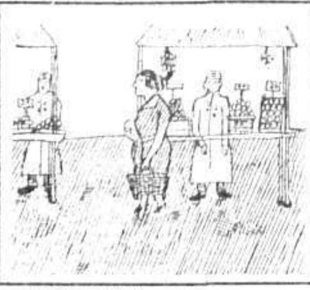
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



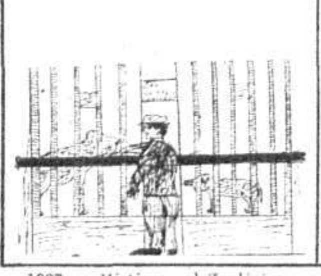
1994 — Lia haciendo sus deberes. ELDA A. LANA.



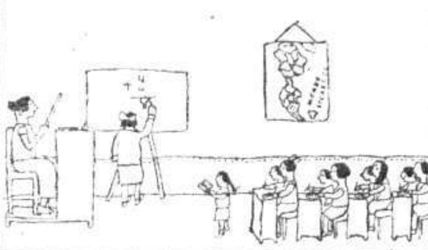
1995 — Mi hermanito saltando. MARIA JULIA CORA.



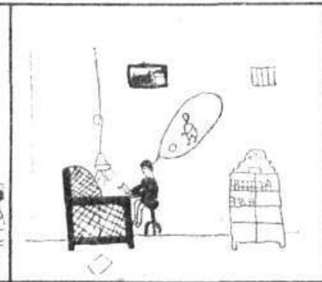
1996 — En la feria. GABRIEL C. LÓPEZ



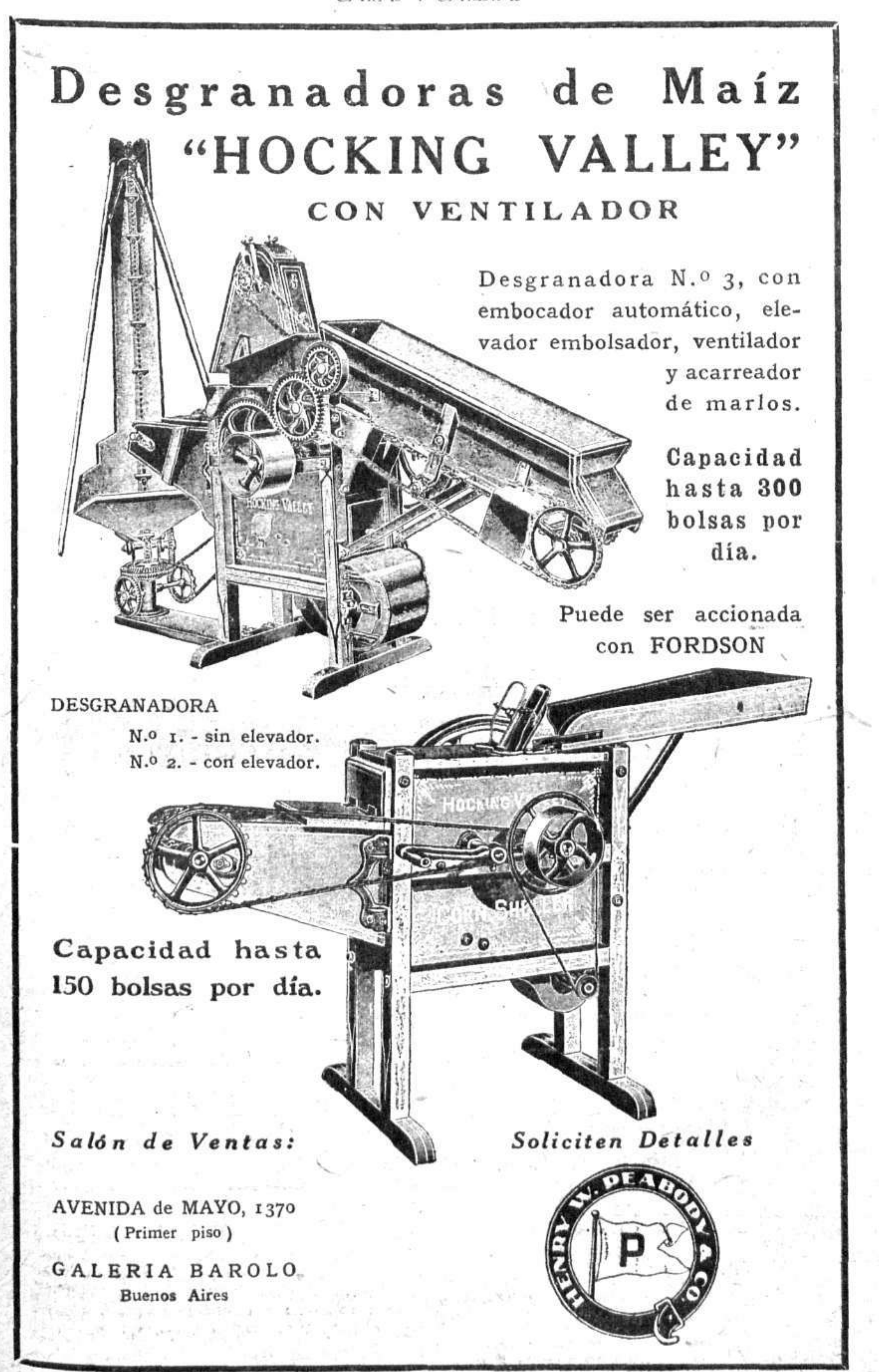
1997 — Mi tío en el Zoológico. LUIS A. DE GIACOMI



1998 — La señorita dando clase. ADA BLANCA DÍAZ CARUERO



1999 — Un niño pensando en el futbol. JORGE ARTUZAR. — CHILE.


Desgranadoras de Maíz
"HOCKING VALLEY"
CON VENTILADOR
Desgranadora N.º 3, con embocador automático, elevador embolsador, ventilador y acarreador de marlos.
Capacidad hasta 300 bolsas por día.
Puede ser accionada con FORDSON
DESGRANADORA
N.º 1. - sin elevador.
N.º 2. - con elevador.
Capacidad hasta 150 bolsas por día.
Salón de Ventas:
AVENIDA de MAYO, 1370
(Primer piso)
GALERIA BAROLO
Buenos Aires
Soliciten Detalles
HENRY W. PEABODY & CO.
P

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 119

Nombre y apellido...

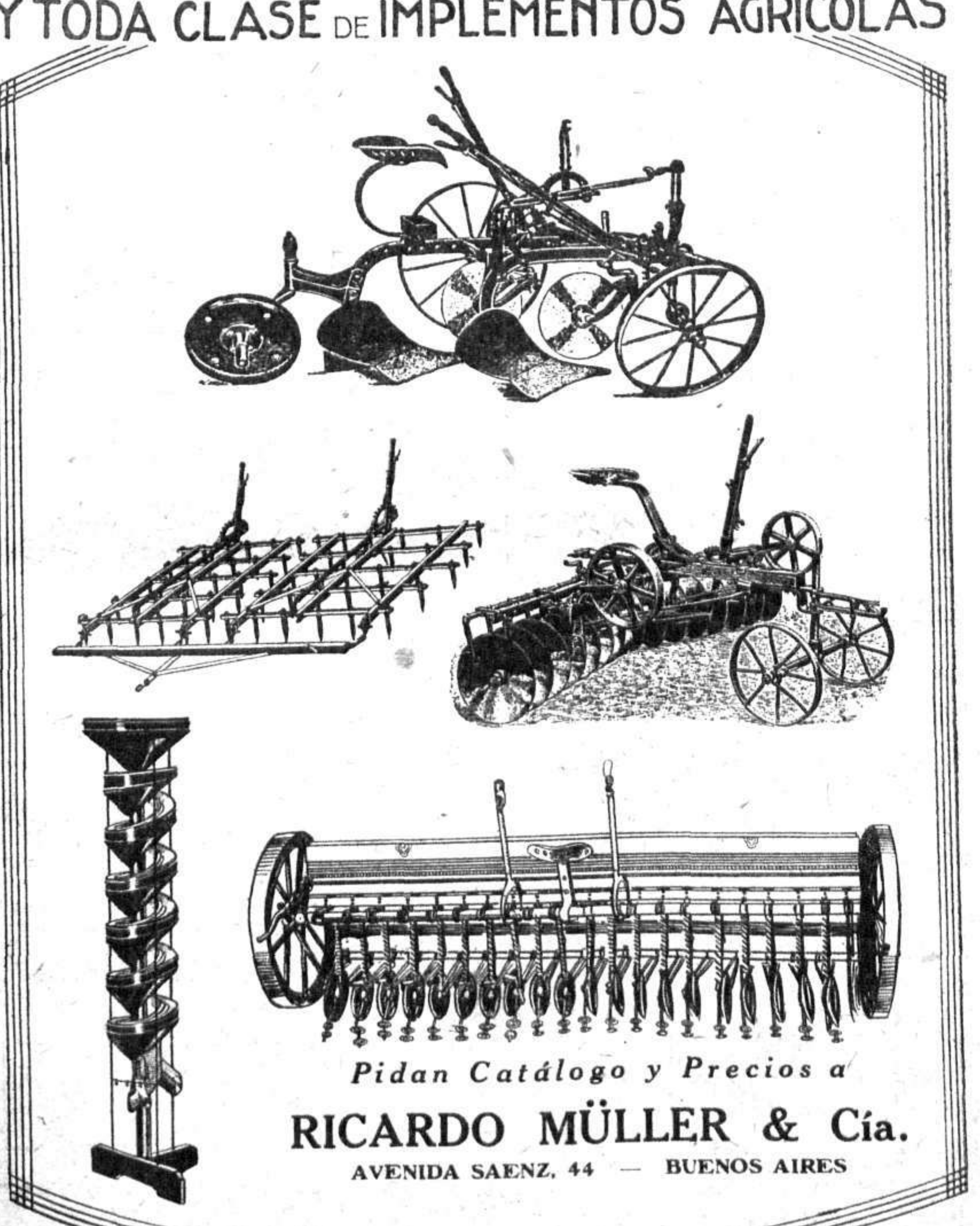
Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Arados Alemanes

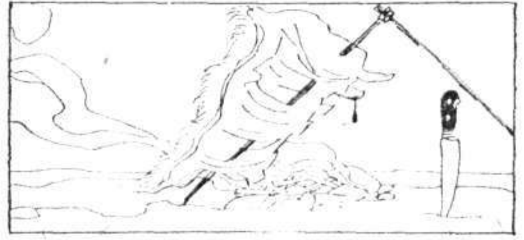
Y TODA CLASE DE IMPLEMENTOS AGRICOLAS



A PUNTA DE

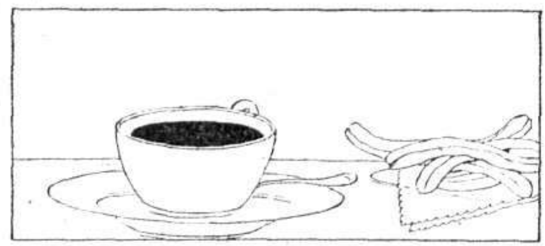
Dime lo que comes y te diré quién eres

ASADO CON CUERO



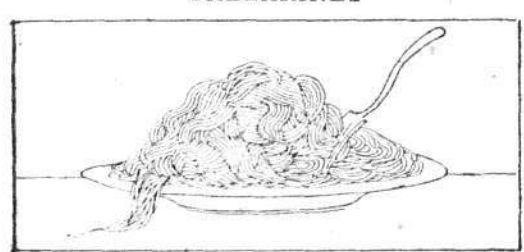
Miembro de un comité.

CHOCOLATE CON CHURROS



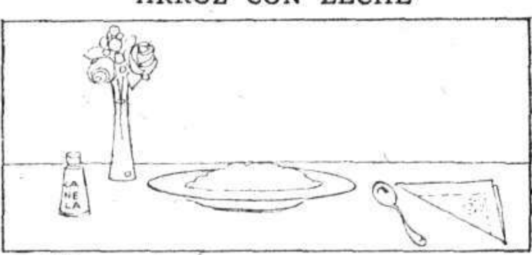
Tiple por secciones.

TALLARINES



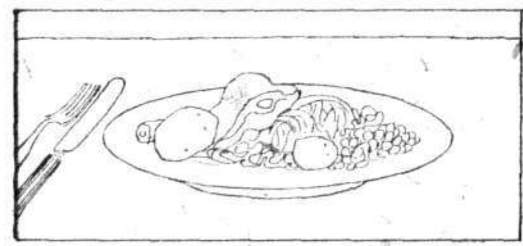
Tenor heroico.

ARROZ CON LECHE



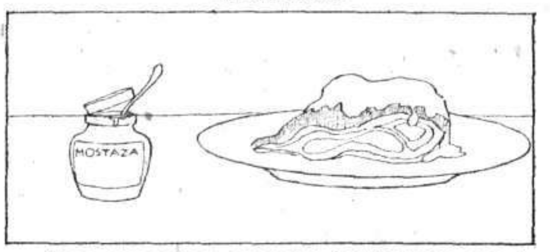
Niña casadera.

PUCHERO SOLO



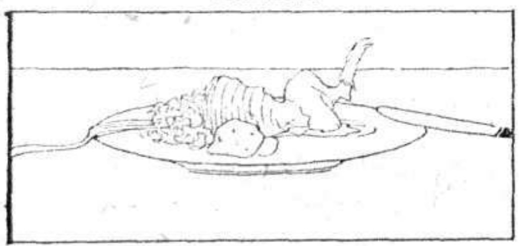
Ex empleado público.

CARNE CASI CRUDA CON MUCHA MOSTAZA



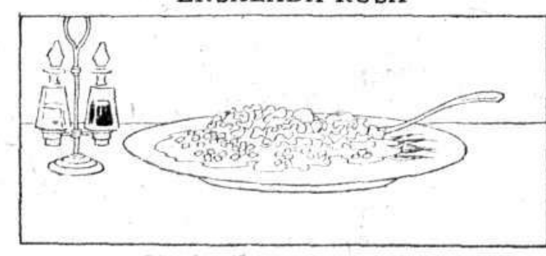
Uno que quiere aprender inglés para cuando llegue el príncipe de Gales.

LIEBRE



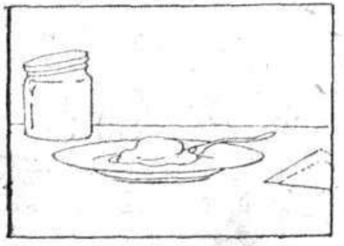
Un amante de los gatos.

ENSALADA RUSA



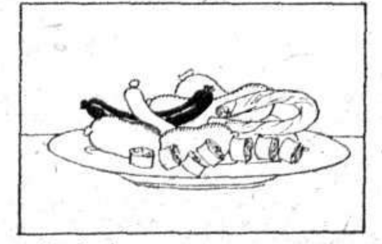
Maximalista.

DULCE DE LECHE



Interventor.

CHORIZOS, MORCILLAS, SALCHICHA Y BUTIFARRAS



Optimista.

COMPLETO

Un poeta "in partibus".

LAPIZ, por VALDIVIA

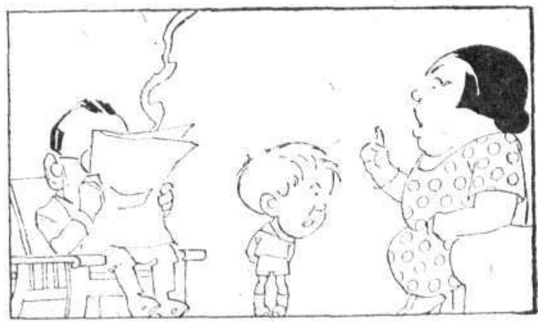


REGENERADO

—Yo no bebo absolutamente *nada*.

—¡Qué fuerza de voluntad!

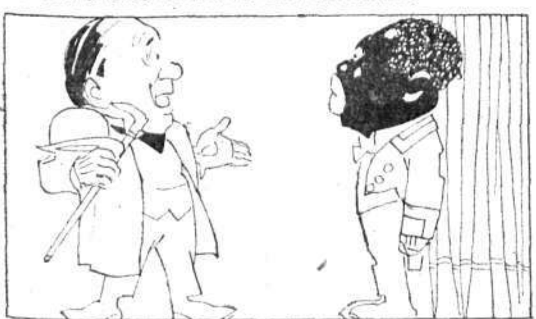
—Ahora se ha dedicado a la gastronomía. Se come de diez a doce tortillas al ron diariamente.



LA BUENA CRIANZA

—Mamá, tengo ganas de toser.

—Aguántate. Los niños bien educados, no tosen hasta que haya tosido su papá.



SIN DESCANSO

—¿Y el doctor Alvear?

—Acaba de venir de una fiesta.

—¿Y ahora qué hará?

—Va a reunirse con todos los ministros.

—¡Qué hombre! Se pasa la vida de diversión en diversión.

HISTORIA NATURAL

—¿Es cierto que los alacranes se suicidan?

—No lo creo. Tú no has pensado nunca en suicidarte.



HONRADEZ ACRISOLADA

—Eduardo es un hombre muy honrado. Le presté un papel de cien pesos y me lo devolvió a las 24 horas.

—Eso habla mucho en su favor.

—Debo hacerte notar que los cien pesos eran falsos y que me devolvió el mismo billete que yo le había prestado.



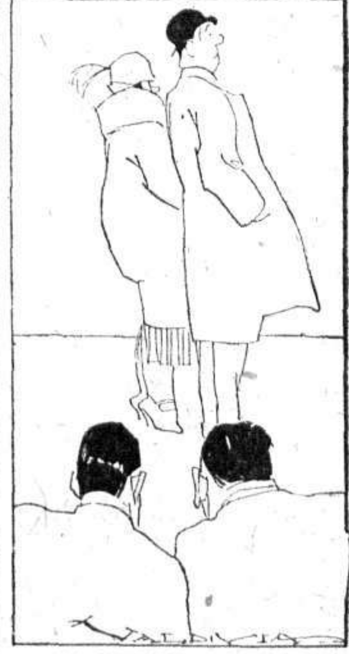


CARTAS DE RECOMENDACION

—Voy a tener un empleo número uno.

—¿Tienes recomendaciones?

—De primera. Don Hipólito me dió una carta para Cantilo. Cantilo me dió una carta para Gallo. Y Gallo me dió una carta para don Hipólito.



LA PERFECTA CASADA

—Es lampiño y se afeita inútilmente; pero a su señora le crece cada día más el bigote.

—¡Es un matrimonio tan unido!

Demostración


El Sr. Alfredo Ducrey, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un núcleo de amigos con motivo de celebrar sus bodas de plata profesionales.

EL VALOR TERAPÉUTICO DEL CUERVO EN LA ANTIGÜEDAD

En el *Paris-Medical*, el señor Bouvet señala el papel que en la antigüedad atribuían los pueblos al cuervo como elemento terapéutico.

Plinio declara seriamente que para ennegrecer el cabello, nada hay mejor que un huevo de cuervo, batido en un vaso de cobre, y aplicado sobre la cabeza, previamente rapada. Pero hay que tener aceite en la boca mientras la cabeza no está seca, porque, de lo contrario, también los dientes se pondrán negros.

Los jóvenes cuervos eran reputados excelentes contra la gota y la epilepsia.

En la mayoría de las recetas para conservar la belleza figuraba la carne de los jóvenes cuervos, que embellecía mucho la piel.

Llevando en el bolsillo un corazón de cuervo se combate la tendencia al sopor o modorra. La hiel de este pájaro cura la presbicia. El excremento, colocado en una bolsita pendiente del cuello, curaba la tos de los niños, el mal de muelas y el de cabeza.

Una mezcla de sangre de cuervo y de vino tinto servía para ennegrecer el cabello.

Estando en boga semejantes recetas, es de suponer que los enfermos se sentirán aliviados.

Verdad es que, en cuestión de remedios, con frecuencia es la fe la que salva.









N.º 458. — **Elegante y vistosa chaqueta** en fino breisswartz francés, con amplio y moderno cuello y abrochada por botones de la misma tela, toda forrada en superior símili floreado

$ 35.—

N.º 327. — **Espléndida chaqueta** en fina suple piel marrón, imitación «Skungs» toda forrada en sedas fantasía, en 80 centímetros.

$ 155.—



N.º 150. — Chaleco Reclame "Fabricación Imperial". Artículo de propaganda. Ofrecemos al costo a nuestros clientes este hermoso saco chaleco de abrigo en punto de pura lana, muy abrigado, en colores de moda, lo vendemos al precio de costo en nuestra fábrica, a

$ 5.50

N.º 747. — **De gracia exquisita** resulta este elegante modelo, en muy buen casimir inglés, de distinguido corte y prolija confección, a

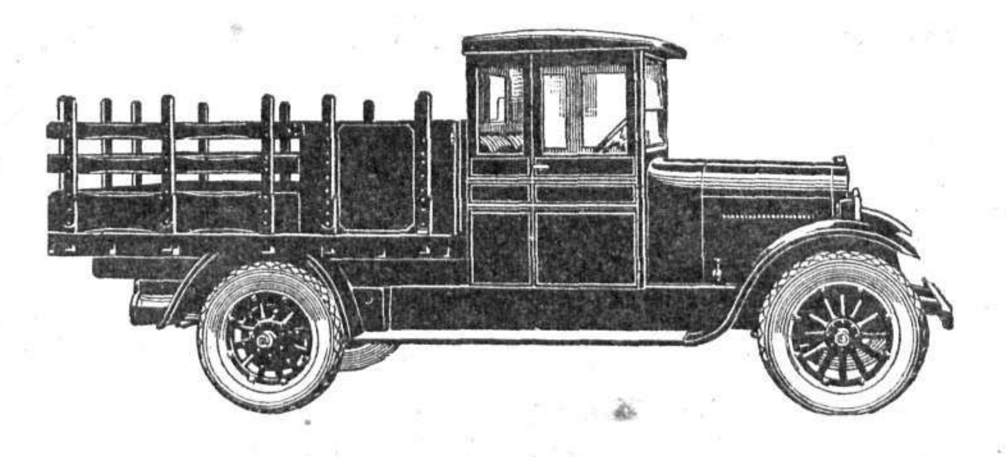
$ 38.—

LA IMPERIAL

VICTORIA ESQ PIEDRAS B.S AIRES

De Territorios

BERNASCONI. — Comisión de señoras y caballeros que tuvo a su cargo la organización de las romerías españolas realizadas bajo el *patrocinio de la Sociedad Española de Socorros Mutuos.*



Un Punto Vital

Esto de por sí solo es suficiente para merecer toda la consideración de los interesados, al obtener el método más adecuado de transportación: los camiones Graham Brothers se venden y atienden en cualquiera de las agencias de los automóviles Dodge Brothers.

GRAHAM BROTHERS
Detroit, U.S.A.

JULIO FÈVRE Y CÍA
Av. LEANDRO N. ALEM, 1620/40
BUENOS AIRES

CAMIONES GRAHAM BROTHERS

Se Venden en Las Agencias de Los Automóviles Dodge Brothers

La mujer y la casa

LABORES DE AGUJA

En los bordados modernos para dibujos de relieve se suelen usar cintas de seda y terciopelo. Los pétalos de las margaritas se imitan fácilmente con cinta de seda blanca muy estrecha, bordando el centro con seda floja amarilla. Las cintas rosadas y de color punzó pueden usarse para formar rosas, haciéndose las hojas y centros bordados con seda. En esta clase de bordado no debe usarse la cinta lisa como un bordado común aplicado, sino imitando lo más posible que se pueda la forma de la flor. Este bordado es de mucho efecto y al mismo tiempo sencillo y fácil de hacer.

El saber bordar es muy útil para marcar la ropa de casa, pues las iniciales y monogramas bordados con hilo son de mucho más adorno que otras clases de marca.

Para sábanas se usan las letras pequeñas y grandes, según los gustos. Las fundas de almohada pueden bordarse con más o menos esmero, y la sábana de encima muchas veces se adorna de la misma manera, y se vuelve, como lo hacen con tanto primor nuestras lectoras, sobre la frazada o cobertor hacia la parte de arriba.

Algunos manteles hermosos por su tela y confección se adornan con letras grandes o algún monograma en el centro. Ya dijimos en otra ocasión que cuando los manteles son finos ofrecen un vasto campo para adornarlos bonitamente.

Las toallas se marcan con letras grandes.

Si el hilo con que se borda es del mismo color del dibujo de la toalla, el efecto será muy lindo.

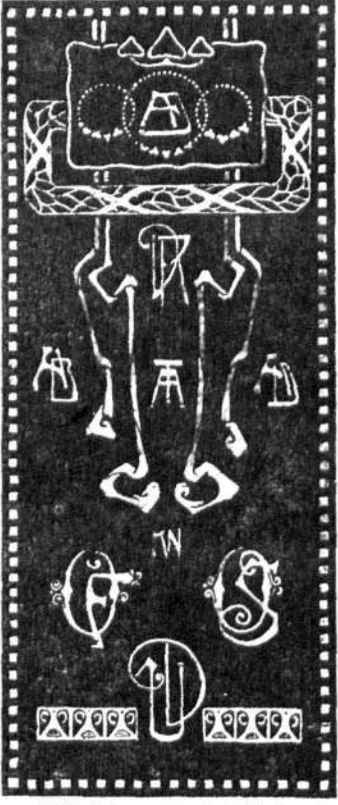


Tabla de monogramas y dibujos originales.

Bordados muy finos son los más a propósito para marcar franela, ropa interior y hasta vestido.

Los asientos y respaldos de las sillas se embellecen también con hábiles bordados.

Una banda o tira de cualquier género, de siete centímetros y medio de ancho, sobre el material que cubra el asiento y respaldo, es de mucho efecto, y si se hace uso de un dibujo fácil para el respaldo que se repite en el asiento, se tendrá un adorno bonito.

Hay una clase de bordado antiguo cuya moda se acentúa cada día más. Aunque es muy trabajoso y cansador para la vista, es tan atractivo por los dibujos más complicados que con él se pueden hacer. Es el que consiste en sacar hilos de la tela y bordar entonces dibujos difíciles de toda clase y combinación de puntadas.

El "dobladillo de ojo" es la forma más fácil de este bordado, pero de ahí viene la combinación de sacar hilos e ir formando fondo para dibujar en él distintos trabajos, de dibujos complicados, flecos, embutidos, etc. Pocas instrucciones pueden darse sobre este asunto, puesto que al fin los más complicados trabajos son simplemente cuestión de perseverancia y gusto. Algunas de las muestras antiguas de esta clase de labor, italianas, españolas y francesas, son tan complicadas y finas como el encaje más fino. Se llaman randas, filigranas, cambalache, etc. La hermosa tabla de monogramas y dibujos originales que publicamos se deben a la inspiración de un dibujante italiano.

SISTEMA Y ORDEN

Es imposible, para una mujer de conciencia, conseguir aquella paz del espíritu y aquel goce de la vida que todos debemos procurar, si constantemente halla que sus deberes se oponen unos a otros, viendo que quedan al mismo tiempo por hacer muchas cosas que sabe debieran llevarse a cabo. Como consecuencia de esto, habrá una secreta inquietud que arrojará una sombra en todo el curso de su vida, sombra que no desaparecerá hasta que ella pueda arreglar y definir sus deberes y obligaciones, de modo que le sea dado cumplirlos todos por completo. La existencia doméstica que no esté basada en la plena convicción de que el orden es una ley celeste, no puede ser ni saludable ni en manera alguna tener buen éxito.

Hay una necesidad especial de sistema en el empleo del dinero y



en el asunto de los gastos. Por pequeña que sea la suma que se gasta, debe llevarse una cuenta exacta de todo lo que se compra, de lo que cuesta, y de todos los pagos que se hacen; por lo tanto, toda mujer debe tener su libro de cuentas, sumando éstas y revisándolas una vez por semana. Debe tenerse un cuidado especial con los recibos de las cuentas que han sido pagadas. Se les doblará con esmero, procurando que tengan el mismo ancho y largo, si es posible, y en el dorso se escribirá el importe de cada cuenta y la fecha en que se satisfizo. Demás está decir, que se deben conservar cuidadosamente, atándolos con un cordón, y destinándoles un lugar por separado. Así se evitarán los malos ratos, molestias, y hasta pérdida de dinero que ocasiona el descuido o negligencia en este importante asunto.

LA ELEGANCIA FEMENINA "EL DESHABILLE"



Un poco de historia

El arte femenino de vestirse, desnudándose, o de desnudarse, vistiéndose, no es cosa de hoy ni siquiera de ayer: lo cultivaban, con amor y para el amor, hace millones de años, las mujeres de Egipto y de Fenicia, y fué en la Edad Media la sola conquista durable y el único botín que lograron en tierra de infieles, y pudieron ofrecer a sus esposas, los Cruzados.

No sabemos, y es muy probable que no sepamos nunca, la historia de la primera camisa ni los avatares que a través de los siglos, y quizá de los milenios, sufrió, hasta dar en aquella pura maravilla que era la camisa-túnica egipcia de un tejido impalpable y transparente, cuyo secreto de fabricación se ha perdido, y que en la época de los Farones sólo vestía a las elegantes con el recato leve y aleve de algunas flores bordadas.

En la Grecia clásica, la camisa, el "chitón", hacía también las veces de único vestido, y era una túnica de lino, muy corta, sujeta a los hombros con dos broches y ceñida al talle por medio de un cinturón.

En la Roma imperial, la camisa-túnica era de lino o de seda, muy amplia y recogida en pliegues sabiamente imbricados.

Durante los últimos tiempos de la invasión germánica, finalizando el siglo sexto de nuestra era, apareció en el Sudoeste europeo una ropa interior llamada "camisa"; mas no se trataba de una prenda de uso general, sino de gran lujo, que sólo estaba al alcance de los potentados... Una camisa, por aquel entonces, era regalo de extraordinario mérito que se hacía, no solamente a los grandes, para halagarlos, sino también a las imágenes milagrosas de los templos, cuando en súplica o en gratitud se deseaba ofrecerles una muestra de reverencia... Por aquellos años, las camisas de mujer, se rebordaban con seda o con hilos de oro y plata, para que tanta riqueza no pertenecieran del todo oculta; el escote del vestido exterior se prolongaba mediante un rasgado vertical, que, a cada movimiento, descubría los trabajos y primores de la túnica inferior.

Con la supresión casi radical de las batas y la adopción del pyjama, que es un vestido, el tradicional "deshabillé" femenino va desapareciendo para la mayoría de las mujeres de las grandes ciudades. Para ellas, no hay término medio entre el vestido y el desvestido, y al despojarse de su túnica de tisú, la mujer moderna, aparece como aparecía la mujer prehistórica, al dejar caer la piel de oso que le servía de abrigo: desnuda.



I V O N N E

De Carhué







ECOS DE LAS FIESTAS PATRIAS

El Sr. Eduardo Fagman, delegado de la Asociación de Maestros, pronunciando un discurso.

Cabecera de la manifestación dirigiéndose a la plaza 25 de Mayo, donde se realizó una brillante fiesta patriótica.

El R. P. José Raed, haciendo uso de la palabra.



Comisión de damas organizadora de las fiestas patrióticas realizadas con tanto éxito en esta localidad.



Alumnas de la Escuela No. 1 que cantaron el Himno Nacional.

Ramos Mejía



Alumnos de las escuelas locales cantando el Himno Nacional en la fiesta patriótica realizada en conmemoración del aniversario patrio.

Sr. Juan E. Gleeson, presidente del C. D., que pronunció una brillante alocución patriótica.

DIEZ MANDAMIENTOS

Un sesudo señor que tuvo el heroísmo de casarse once veces, y la suerte de enviudar ocho y divorciarse *las tres restantes*, ha compuesto los diez mandamientos siguientes:

1. No te cases por dinero, pues serás sirviente de tu mujer.

2. No tengas miedo de casarte con una mujer que haya tenido amores; témele a la que pueda tenerlos después de casada.

3. No permitas que ningún amigo se *mezcle en tus amores*; escoge tu mujer por ti mismo.

4. Con excepción de dulces y de flores, no le regales a tu novia otra cosa antes del día del matrimonio. Si le das regalos valiosos, ya no encontrará qué exigirte cuando sea tu *mujer*.

5. No te preocupes sólo de que "sea de buena familia". Hay algo más hondo y más noble que el nombre...

6. Cúidate de las forasteras, porque, como dice el cancionero:

El que bebe agua en tapara
y se casa en tierra ajena,
no sabe si el agua es clara
ni si la mujer es buena.

7. No te cases con parientas. El matrimonio tiene mucho de negocio y los negocios en familia son los peores del mundo.

9. No te cases sino cuando te veas asegurado contra las contingencias. Lo malo que venga después será fatalidad y puedes enseñar a tu mujer a sufrir contigo como antes le procuraste dicha.

10. Al elegir tu mujer, olvídate de todos los sentidos, menos del sentido común.

Estos diez mandamientos se encierran en dos: ama a tu prójimo sobre todas las cosas, y, si puedes, no te cases.



PEDRO y MARIA



os hallamos en pleno invierno. En uno de los rincones de la chimenea, la abuelita se encuentra recostada en su gran sillón. Su labor ha caído sobre sus rodillas. A sus pies, sentada sobre un pequeño taburete, María, cuidadosamente, dobladilla un repasador. Próximo a la ventana, herméticamente cerrada, con los cabellos enmarañados y los dedos sucios de tinta, Pedrín bosteza y rezonga sobre sus deberes. Poco a poco las sombras van extendiéndose. Pedrín refunfuña:

— ¡Yo no veo lo suficiente para continuar!

Se despereza, pero lo hace tan ruidosamente, que la abuelita, que quizá dormitaba, se estremece al mismo tiempo que lanza, sin quererlo, un gemido de dolor. Pedrín, con su gruesa y bondadosa voz la interroga:

— ¿Qué tienes, abuelita?

— No es nada... — Hizo un movimiento impensado... Es su reuma...

¡Pobre abuelita! A la edad que tiene Pedro, pocos niños prestarían atención a ese detalle; pues cuando se ha llegado a ser un robusto chico de ocho años hállanse tan lejanas esas historias de reumatismo y de mujeres ancianas!...

Pero Pedro es bueno y, además, es generoso. Va a probarlo inmediatamente. Con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón, se planta frente a la anciana y con voz de trueno enúnciale sus proyectos. Cuando sea grande hará venir a los más célebres médicos del universo y les ordenará que curen a su abuelita. Pagará todo lo que sea necesario, pero será imprescindible que la sanen inmediatamente. Si no lo hacen así, ¡guay de ellos y de lo que podrá sucederles!

Con el rostro un poco contraído por el dolor, la abuelita sonríe y agradece debidamente las buenas intenciones de Pedrito. Pero de pronto, siente que algo se insinúa entre sus espaldas doloridas y el sillón. Es una buena almohada, mullida y del tamaño necesario para estar bien.

Abandonando su trabajo, María, sin aspavientos, ha ido a buscarla, y delicadamente la ha hecho resbalar entre la espalda de la abuelita y el sillón, del mismo modo que lo ha visto hacer a su mamá infinidad de veces.

Contenta, María posa sus labios sobre la arrugada mano.

— ¡Oh, abuelita; que frío tienes!

Pedrín alza los hombros como un hombre entendido en la materia.

— ¡Naturalmente! — ¡Repetidas veces ya lo ha dicho! Está bien para las personas sanas que pueden correr y saltar, el pasar los inviernos en comarcas donde hiela. Pero la pobre abuelita que, a duras penas puede moverse de su sillón, es contraproducente. También, inmediatamente de que sea grande puede prepararse a hacer sus baúles. La instalará en una espléndida mansión, que alquilará expresamente para ella en la región cálida, donde el cielo es siempre azul y el sol radiante. ¡Es cosa hecha! Por otra parte — y Pedrín golpea fuertemente el suelo con el pie — no comprende cómo ya no se han preocupado de ello hace tiempo.

Mientras tanto, y felizmente, abuelita tiene menos frío. María le ha colocado sobre los hombros una pañoleta. Y arrodillándose cerca de la chimenea, remueve las brasas y los tizones sin apagar y añade un grueso tronco de leña. De pronto, surge la llama y la abuelita extendiendo sus blancas manos, murmura alegremente:

— Cuando vuelva Ernestina, le pediré una taza de te bien caliente, y entonces tendré tanto calor como si me hallara en un país cálido.

Pero, en seguida, Pedro mueve la cabeza coléricamente. Abuelita es demasiado condescendiente. ¿Acaso, no debiera Ernestina estar de vuelta hace ya largo rato? ¡Ah! Cuando Pedro sea el amo, las cosas pasarán de otro modo. Tendrá muchos criados. Y todos los días, a las cuatro en punto, traerán a la abuelita, sobre una gran bandeja de plata: te, chocolate, dulces, masas, etc.

Hoy abuelita no comerá tantas cosas. Pero no tendrá que esperar el retorno de Ernestina para tomar una taza de te bien caliente, pues mientras Pedrín desarrollaba sus proyectos, María ha puesto sobre el fuego un recipiente lleno de agua, y sobre la mesita, al costado de la abuelita y yendo despacito por temor de romper algo, ha preparado la taza, el platillo y la azucarera.

¡Así me gusta! Con mirada condescendiente Pedrín estimula ese vaivén. Cada cual debe tratar de ser útil, en la medida de sus medios.

De pronto, sus cejas se fruncen irónicamente: ¿en qué pensará María? ¡No ha traído una cucharita!

Majestuoso, complaciente, con paso seguro, atraviesa el comedor, abre el aparador, busca dentro del cajón de los cubiertos y vuelve hacia la abuelita:

— ¡Aquí está!...

Ahora, y gracias a su celo, la abuelita podrá tomar su taza de te. Pero si no hubiera estado alerta, si no hubiera prestado atención, la abuelita habría esperado. Con cierto dejo de importancia, aunque con tono protector y caritativo Pedrín explica a María, muy compungida, cómo es necesario portarse. Cuando se desea hacer las cosas, deben hacerse bien o no hacerse.

De pronto y aprovechando un instante en que Pedrín deja de perorar a fin de respirar, se oye la voz de la abuelita que dice:

— María, hija mía, ¿quieres ser tan gentil que me alcances una cucharita para tomar el te, y de volver a poner en su sitio este tenedor que, maldita la falta que me hace?

Y la mano diáfana tiende a María el objeto que maese Pedrín, demasiado apresurado, ha tomado hace un rato dentro del aparador. Ensaya un ademán para apoderarse de él, pero la abuelita mueve negativamente la cabeza. Es mejor que sea María quien cumpla el encargo. Y añade, con voz tranquila:

— Tú, mi Pedrín, me darás otra toda de oro... cuando seas grande!

ANDRES LICHTENBERG

Universidad Nacional de Buenos Aires. — Arquitectos egresados en 1924


Italo Baronio


Alberto J. Barone


B. O. Fritzsche


Oscar Grossi


A. F. Ghezzi


Alfredo Golan


R. Gargaglione


N. V. Parisi


Emilio Rubillo


Ciriaco Sabaté


I. Gurevitz


R. Malnati

Pedro Tadini

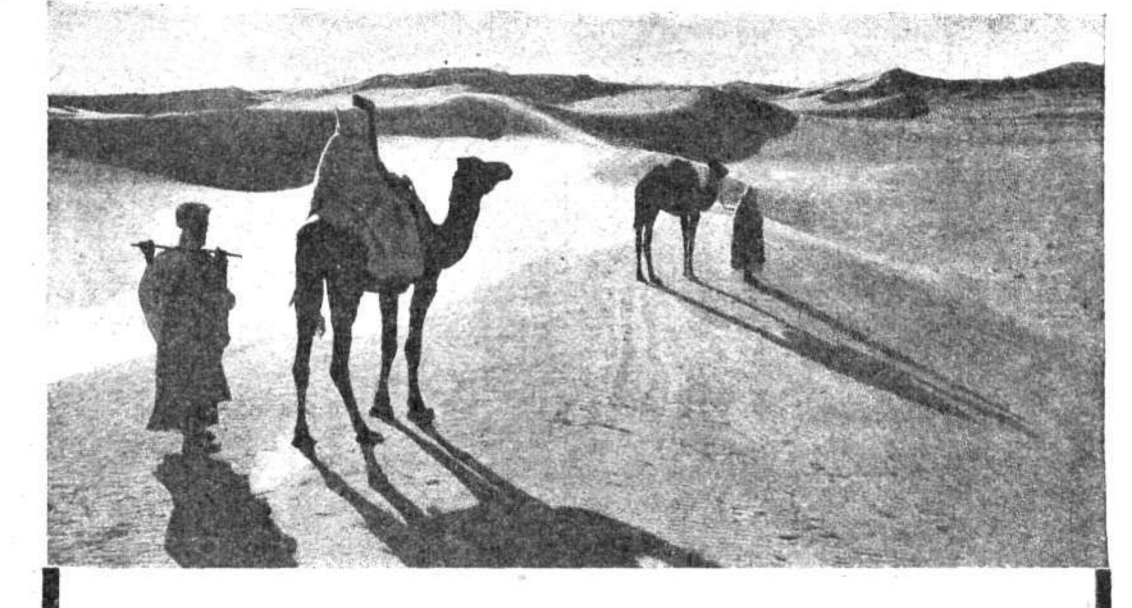
UN PROCEDIMIENTO CONTRA LA EMBRIAGUEZ

Hace tiempo que la ciencia médica estudia la manera de evitar los terribles efectos de la intoxicación alcohólica, no como algún *bon vivan* pudiera suponer, con la intención de permitir a los discípulos de Baco ponerse varias borracheras consecutivas, sino simplemente para evitar casos gravísimos, y muertes prematuras.

Habitualmente se usa gas para anestesiar a las personas. Ahora se usa gas para despertarlas del sopor alcohólico. El tratamiento consiste en aplicar dosis bastante fuertes de oxígeno y bióxido de carbono.

Los médicos de Boston, que descubrieron este sistema, lo han empleado en los precintos policíacos con gran éxito, volviendo en sí a ebrios que estaban en estado de coma. Después de media hora de tratamiento han podido hablar, dar sus nombres y sus domicilios. Media hora después, han manifestado su bochorno de verse en tal trance.

Pero al final han quedado más agradecidos, pues no han sufrido los efectos de la *cruda*, que es el peor castigo que tienen los borrachos al despertar de una noche orgiástica.



Notas varias



JUJUY. — El poeta Gaspar Medrano Rosso, autor de "Vibraciones íntimas", libro de poesías recientemente aparecido.



El artista Sr. Pedro Roca y Marsal, cuya reciente exposición de cuadros ha obtenido un brillante éxito.



Cátulo Castillo, celebrado autor del popular tango "El organito de la tarde" que obtuvo el 3er. premio en concurso de tangos realizado en el Grand Splendid.



R. P. Uladislao Zakrzewski, cuyas bodas de plata sacerdotales ha celebrado recientemente.



Sr. R. Vico Torrá, secretario - tesorero del colegio nacional Mariano Moreno.



JUJUY. — Teniente Angel C. Lencinas, nuevo jefe de investigaciones del Departamento de Policía.



ROSARIO. — Sr. Santiago Aibanese, ganador del premio CARAS Y CARETAS en el torneo de ajedrez realizado por el C. E. de la Escuela Industrial.



TUCUMAN. — Sr. Lorenzo Campi, recientemente reelegido juez de paz de esta ciudad.



JUJUY.—Capitán de navío Miguel A. Franco, prestigioso dirigente de la Unión Cívica Radical.



Dr. Félix M. Guasella, vicerector del colegio nacional Bernardino Rivadavia.

CONVENIENTE OFERTA PARA NOVIOS

UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramos c/uno con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 k. con 5 brillantitos símili, por sólo **$ 30.-**

El mismo juego, con el cintillo de oro 18 k., sellado y 5 diamantitos. ¡Ocasión!........ **$ 45.-**

N.° 550. — GEMELOS plata 900, el par......... $ **4.50**
De oro 18 kilates, a pesos......... 24.—

$ 27

N.° 582. - Bonitos aros de oro garantido y quim., $ **15.00**

N.° 555. — ABRIDORES de oro 18 kilates macizo, el par, pesos......... **5.90**

N.° 510. — PLATA 900 para señorita, con el nombre en esmalte, a. $ **3.90**
De oro 18 kilates macizo, esmalte fino a fuego, a...... $ 18.—

N.° 583. - Bonitos aros de plata, perlas y piedras col. $ **5.00**

N.° 141—PLATA 900, con iniciales en esmalte, $ **5.00**
De oro 18 k. sellado, de 20 gramos y esmalte fino, a... $ 50.—

¡NUNCA VISTO!
PLATA 900, 3 tapas, Ancora con 15 rubíes, garantida la marcha cinco años. Precio increíble............... $ **27.00**

GRAN MODA
N.° 576. — PULSERA arco, plaqué oro 18 kilates inalterable, de 7 hilos, con iniciales que se deseen en esmalte, para señora o señorita, a........... $ **10.00**

LA SUIZA AMERICANA
RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 - BUENOS AIRES

ACEPTAMOS EN PAGO CARTONCITOS «43» A 2 CTVS. C/U.



Evite dolores fáciles de combatir.

Un dolor de cabeza o de muelas, un ataque reumático o de neuralgia, son motivo suficiente para hacer perder la apacible serenidad de la persona contenta.

En esos casos, **GARDAN**, el potente calmante, alivia rápidamente aquellos dolores, devolviendo la tranquilidad al restablecer la salud.

GARDAN se puede tomar a cualquier hora, aun en ayunas. No afecta al corazón.



Recomendado por las eminencias médicas.

Se venden en cómodos tubitos que contienen 20 dosis, es decir: 10 pastillas c/uno.

Pida GARDAN en todas las farmacias.



Gardán

CALMA EL DOLOR DE CABEZA Y CORTA LA FIEBRE

NO DESCOMPONE EL ESTOMAGO



PARA LA TOS

resfríos, bronquitis, ronquera y todas las afecciones de las vías respiratorias.

El remedio que de dos años a esta parte va dando mejores resultados, porque no daña el estómago, porque es fácil y agradable de tomar, es las

Pastillas Iodeina Montagu

Una pastilla en la boca al dormir, asegura una noche tranquila, sin tos y sin fatiga.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida — Buenos Aires

A TRAVÉS DE LA REPÚBLICA

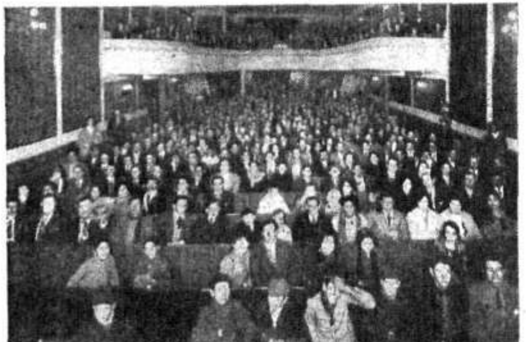
BUENOS · AIRES



LA PLATA. — Celebrando el 115o. aniversario de la revolución de Mayo, realizóse en la Escuela Naval la jura de la bandera, pronunciando con este motivo el capellán Hugo Lertera un elocuente discurso.



NUEVE DE JULIO. — Parte de la selecta concurrencia que asistió al acto de inauguración de la sala de radioscopia en el hospital local.



CIUDADELA. — Aspecto de la sala del Cine Ciudadela durante la función realizada celebrando la inauguración de este local.



C. CASARES. — Comisión directiva del Centro Juventud Sionista, acompañando a su distinguido huésped doctor Moshinson.



SAAVEDRA. — El Sr. Alberto M. Guerra, pronunciando un discurso patriótico al pie del monumento al prócer Cornelio Saavedra, el día 25 de Mayo.



NAVARRO. — Alumnos de la Escuela No. 17 que, acompañados por su maestra señorita Anita Bildoslegui, concurrieron al talar de Almeyra, colocando una corona de flores en homenaje a la memoria del coronel Dorrego.

SANTA FÉ



RUFINO. — Señores M. Elosegui, ganador del lanzamiento de bala; P. Pereyra, ganador del salto triple, y A. Pastor, ganador del lanzamiento de disco el torneo atlético organizado por el Club Ciclista.



Héctor A. Zolezzi, José Peche y Arturo Miranda, ganadores de la carrera de 10.000 metros.



Corredores que obtuvieron el 1o. y 2o. premios en la carrera de 7500 metros.



Niñas que tomaron parte en el festival deportivo.



Jóvenes aficionados que tuvieron brillante actuación en las diferentes pruebas.

MENDOZA

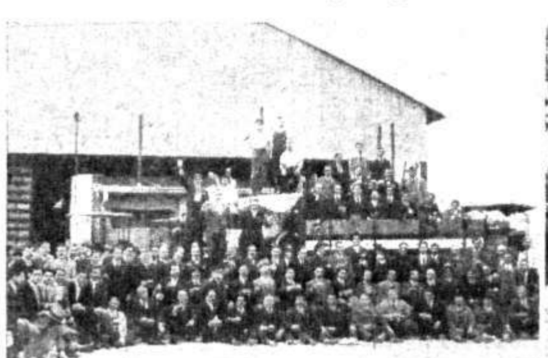


Dpto. DE LAVALLE. — El interventor nacional Dr. Mosca rodeado por un núcleo de amigos, después del banquete que le fuera ofrecido por los señores Villalobos, en el establecimiento "Jocolí", durante su reciente visita a esta localidad.

TUCUMAN



Núcleo de jóvenes aficionados a cuyo cargo estuvo la realización del festival organizado por el Centro Recreativo.



Miembros del Centro Almaceneros Minoristas que se reunieron en un almuerzo de camaradería con el propósito de estrechar vínculos de amistad.



Concurrentes al homenaje póstumo tributado a la memoria de la señorita Lidia Estela Missart, acto que fué organizado por la Sociedad Francesa.

SAN-JUAN



Público presenciando la incineración de bonos de tesorería por valor de 600.000 pesos, con lo cual se retiran de la circulación monetaria.

El gobernador Cantoni dirigiéndose con su comitiva oficial a la Legislatura, para leer el mensaje inaugural.

SAN LUIS



Personal directivo y administrativo de la estación sanitaria local, la cual cuenta con una instalación que consulta los más modernos adelantos científicos.

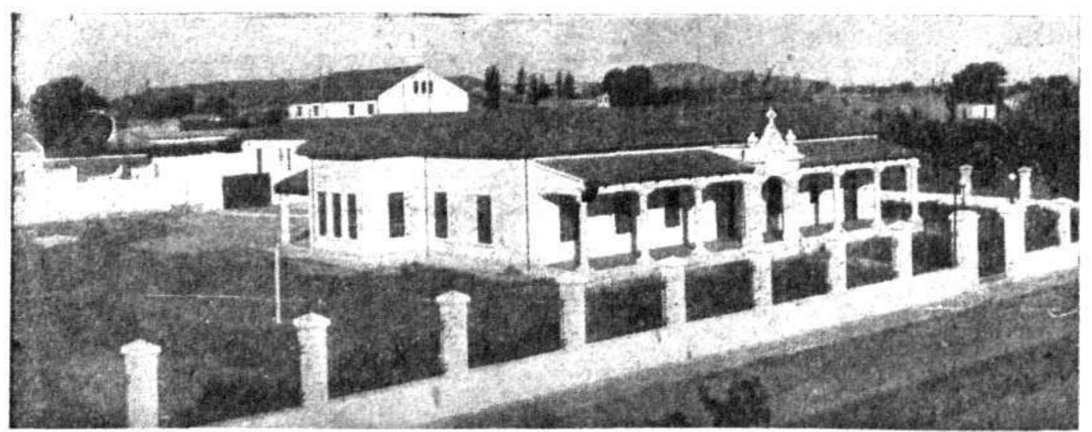


El Dr. Ricardo Rodríguez Saá, director del establecimiento.

Aspecto de las instalaciones recientemente inauguradas.



Dr. José León Romero, jefe de la sección odontológica



Vista general de la estación sanitaria



Alumnas de la Escuela Normal cantando el Himno nacional al pie del monumento al teniente coronel Pringles, el día del aniversario patrio.



Señorita Schapin, alumna de 3er. año, pronunciando una brillante alocución patriótica.

CORDOBA



ARIAS. — La señorita María Esther Baroño, rodeada por un núcleo de amigas que la hizo objeto de una demostración de aprecio, con motivo de un grato acontecimiento particular.



CORDOBA. — El ministro plenipotenciario de Francia, M. Clausse, acompañado por el presidente del Jockey Club y por un caracterizado grupo de caballeros que lo agasajó durante su estada en esta ciudad.



Las señoritas Chela y Nilda Olmos Cornú, acompañadas por sus amigas después del te que les fuera ofrecido en su honor en el Crisol Club.



Con asistencia de un selecto grupo de señoritas, realizóse en el Plaza Hotel, la demostración de aprecio tributada a la señorita Muthi Fusch, con motivo de su próximo enlace.



Profesores que tomaron parte en el gran concierto sinfonico realizado en el Teatro Rivera Indarte, en honor de los doctores Cárcano y Paz.



ALTA GRACIA. — El secretario de la intendencia municipal leyendo un elocuente discurso en el acto de la inauguración de la calle Belisario Roldán, postrer homenaje tributado en esta localidad [illegible] memoria del malogrado poeta.

Comentarios



—¿Vendrá?
—No tenga recelo.
No falta a ninguna fiesta.
Habrá fiesta sin orquesta,
pero no sin don Marcelo.

* * *

¿Por qué no le han premiado?
Ha escrito el elegante
poema detonante
"Los vómitos de Abel".
Y está desesperado.
Y dice a quien le escucha:
—Es una paparrucha
el premio de Noel.

* * *



—Ella es fea y él es feo.
—Pero se aman con locura.
Se separan dos minutos y se abrazan, en seguida
y se dicen, cariñosos: "¡Qué monada!" "¡Qué ricura!"
"¡Estaf..rmo de mi alma!" "¡Mamarracho de mi vida!"

* * *

—Cantilo está en La Plata y nadie trata
de sacar a Cantilo de La Plata.
Siempre que don Marcelo no se enfade,
nadie castigará sus imprudencias.
Eso dice Sagarna y luego añade:
—Todo es declamación sin consecuencias.

* * *

Como no logra vivir
escribiendo honradamente,
Lupercio, vate excelente,
piensa dejar de escribir.
Y va a liquidar Lupercio
nenúfares y bulbules
y diez princesas azules,
por cesación de comercio.

* * *

En un papel de estraza, el otro día,
un soneto a su novia escribió Blas:
Y la novia decía:
—¡El papel vale más!



Al saber que no hay sesión
está un poco fastidiado,
y con justa indignación
así dice un diputado:
—Fingiendo que son muy cultos
no me quieren escuchar.
Tengo cien nuevos insultos
¡y no los puedo estrenar!

* * *

—¿Con que no me presta
suma tan modesta?
Es un tío el mío
rezongón eterno.
Ni en estío es tío,
ni es tío en invierno.
¡Tanto que promete
y es un amarrete!
No me da ni un cobre.
Bueno. Me declaro
ex sobrino pobre
de un ex tío avaro.

* * *



—Está empeñado en ser músico,
y empezó a tocar el piano.
Y después el clarinete
y después el contrabajo,
y fué, como ejecutante,
un verdadero fracaso.
—Nunca tuvo condiciones
—¡Qué ha de tener! ¡Poble diablo!
Se compró hace poco tiempo
un automóvil barato,
y no ha aprendido a tocar
ni la bocina del auto.

* * *

—Dice que se soponcia misia Oroncia.
¿Que está mal dicho? ¡Vaya!
Si el que sufre un desmayo se desmaya,
el que tiene un soponcio se soponcia.

MONOS DE REDONDO

Correo sin estampilla

F. C. — Buenos Aires. — Desdeñe un romanticismo, del que la gente se ríe. Desconfíe de sí mismo, desconfíe.

L. P. A. — Buenos Aires. — Todas esas pavaditas que usted considera hirientes ya eran bastante inocentes en tiempo de los levitas.

J. C. N., Ardalio, B. T. — Buenos Aires. — Pesados, cansados. ¡Dios mío, qué prosa premiosa! Señores autores: ¿por qué no escribís otra cosa?

S. — Buenos Aires. — Su cuento fantasmal es curiosísimo: pero es fantasmalísimo.

P. G. D. Z. — Buenos Aires. — Lo primero era muy flojo. Y lo segundo era igual. Y lo tercero lo mismo. Lo que viene a demostrar que en todo lo que usted hace no cambia la calidad.

M. V. — Buenos Aires. — Ni es algo magistral ni es un aborto, y puede publicarse. Sin embargo para novela nos parece corto y para cuento nos parece largo.

Ana. — Buenos Aires. — Referir una zoncera de un modo tan desgraciado no es digno de una soltera que quiere cambiar de estado.

H. V. — Buenos Aires. — Es un absurdo que alguien escriba, con desparpajo ales elogios de la ciudad. Ripios arriba. Ripios abajo. Ripios en medio. ¡Qué atrocidad!

L. D. S. — Buenos Aires. — Fué un doloroso espectáculo. Como la tarde era fría, un ingenio de invernáculo se murió de pulmonía.

G. R. F. — Buenos Aires. — Sólo en el Ministerio de Agricultura pueden tomar en serio su partitura.

E. P. A. — Pergamino. — No.

C. de A. — Rosario. — No.